

Bernard Thomas

LUCIO

EL ANARQUISTA IRREDUCTIBLE

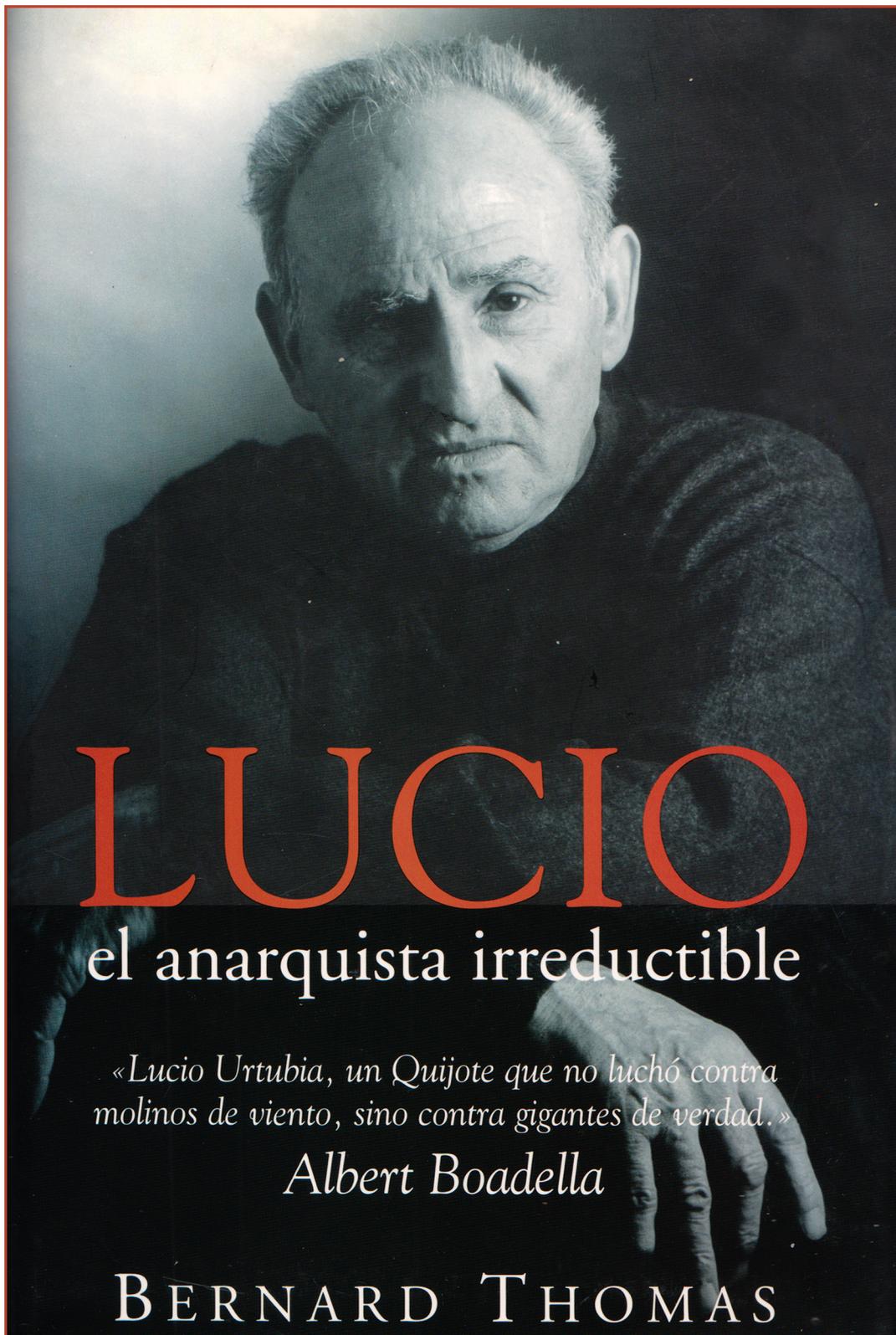


Definido por la prensa como «un bandido bueno» y por quienes le conocieron como «el último Quijote», Lucio Urtubia, un hombre honrado y comprometido con la ideología libertaria, es hoy considerado un héroe de la lucha antifranquista.

Este Robin Hood moderno, contrabandista, desertor, anarquista, atracador, falsificador de documentos y de moneda, consiguió estafar 3.000 millones de pesetas y no hacerse rico...

En esta biografía, este hombre humilde, que siguió trabajando como albañil, decidió explicarlo todo: los primeros robos, los viajes clandestinos a España, la falsificación de moneda, su encuentro con el Che, su mediación en el caso de Albert Boadella, su intercesión en el secuestro de Javier Rupérez, los encarcelamientos y juicios, y cómo —siempre fiel a un ideal en favor de las libertades— consiguió poner en jaque al banco más poderoso del planeta.

Bernard Thomas, el autor de esta biografía, trabajó como periodista en diversas publicaciones literarias, también como redactor jefe de la mítica revista satírica *Le Canard Enchaîné*. Como escritor ha publicado más de una decena de libros entre los que se encuentran libros de relatos, novelas, ensayos y teatro.



LUCIO

el anarquista irreductible

«Lucio Urtubia, un Quijote que no luchó contra molinos de viento, sino contra gigantes de verdad.»

Albert Boadella

BERNARD THOMAS

Bernard Thomas

LUCIO, EL ANARQUISTA IRREDUCTIBLE

Bernard Thomas con la colaboración de Isabelle Villemont

Traducción: Albertina Rodríguez Martorell y Francisco Rodríguez de Lecea

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

Antes de empezar...

1. Nano
2. La casa de las golondrinas
3. Una mula salvaje
4. El Pequeño Nive
5. ¡Soy el Quico!
6. El hombre de la voz de bronce
7. La cosecha de billetes
8. Y llegó el día del duelo
9. Entre los bastidores del Alhambra
10. Dólares para el Che
11. El garrote vil
12. La primavera de los amores
13. El World Revolution Business
14. El secuestro
15. A la sombra de los altos muros
16. El fin del enano
17. La prefectura libertaria
18. Travellers business
19. Tesoro perdido en «Les Deux Magots»
20. Prisionero 200-799
21. Un proceso robado
22. La caza
23. «Al pie del muro se conoce al albañil»
24. El gran banco

ANTES DE EMPEZAR...

Conocí a Lucio Urtubia gracias a Adine Sagalyn, una fotógrafa americana establecida en París que se especializó en retratar a escritores. Siempre hablaba de su anarquista aventurero del otro lado de los Pirineos, que había puesto de rodillas a uno de los mayores bancos del mundo. Era su héroe clandestino. Un completo desconocido que quería cambiar el mundo.

En nuestro primer encuentro, Lucio me anunció con su acento pedregoso que había un buen motivo para que nos entendiéramos: la biografía que yo había publicado en 1970 de Alexandre Jacob, el atracador ácrata, el mártir del presidio, el sabio.

Lucio ya llevaba comprados más de cuarenta ejemplares. Apenas dejaba uno en un ángulo de la mesa, ¡hop!, un compañero libertario le robaba el libro del libertario modelo. Lucio estaba encantado, para eso están los libros. Compraba otro ejemplar, y vuelta a empezar. Por otra parte, siempre había empleado el método de Jacob para el reparto del botín: tres tercios. Y siempre había funcionado como en la *Belle Époque*, muy bien, con grandes discusiones. Eso era todo.

Quería que fuera yo, y no otro, quien contara su vida: por Jacob y por todos los comentarios del tipo «eso sólo les pasa a los demás». Sería gracioso, decía.

Por lo demás, ¿con quién me las iba a tener?

Dos días más tarde, ofrecía una sangría en su casa, en el Espace Louise Michel, donde organizaba exposiciones. Louis Joinet, de quien volveremos a hablar más adelante, me tomó por testigo en su presencia: «¡Lucio representa más o menos todo lo que yo hubiera querido ser!», declaró, con un gusto evidente por la paradoja en un hombre que ha llegado a ser uno de los primeros magistrados de Francia. Su admiración era aún más sorprendente al estar dirigida hacia alguien que había tenido tantas y tan serias divergencias con la justicia.

Animado por esa declaración, recibí la transcripción de unas cuantas entrevistas realizadas por Adine a su ídolo: textos llenos de pasión, vividos, barrocos, salpicados por una poesía imprevista en ese diálogo entre la hija de Brooklyn y el hijo de Navarra que conversaban en francés. También me había dejado perplejo ante el «viento de marzo» que, según decían, soplaba en mayo de 1968. En realidad se trataba del «veintidós de marzo»¹. ¿No se podría explicar mejor? «¡Ah, sí, ah, sí! Mi abogado tiene todos los dosieres. ¡Es un compañero...!»

Había un problema: el compañero se encontraba en el Caribe, como funcionario de la ONU. Y así nos plantamos en Haití en plena anarquía, pero de esas que nadie desea. La

1 Movimiento precursor de Mayo del 68.

mujer de su defensor y amigo, Thierry Fagart, ya me había confiado con anterioridad algunos documentos preciosos. La justicia y la policía intentaban, con escaso éxito, esclarecer el misterio del «tesoro de Lucio». ¡Vaya! ¿Y qué rayos era ese tesoro? La aventura de aquel forajido se hacía cada vez más fascinante.

Entonces entró en escena Isabelle Villemont para hacerse cargo del proyecto, volcando en él todas sus energías. Se vio enfrentada durante dos años, no sólo a un personaje fuera de lo común, sino a un puzzle casi inextricable de anécdotas y relatos que no encajaban. Un verdadero nudo gordiano de testimonios y de entrevistas inconexas que tuvo que desentrañar para formar un relato coherente a partir de indicios ínfimos que acabaron por sacar a la luz los tesoros ocultos en la memoria de Lucio. ¿Cómo dar vida al brontosaurio a partir de un simple colmillo? Isabelle se convirtió en la Cuvier, en la paleóntologa de este libro. Realizó una tarea de naturalista, de exploradora del alma y del pasado, no de simple documentalista. Su papel ha sido básico. «Sabe más de mí que todos mis abogados juntos», se queja Lucio: «Si no fuera mi mejor defensor, podría ser mi peor enemigo.»

Nos hemos visto obligados a modificar algunos nombres: los de aquellos a los que puede parecer ingrato el papel que les ha tocado en el reparto, o los de quienes han emprendido otros caminos tras los avatares de la epopeya. Pero muchas personas representan su propio papel en la trama de estos episodios: les damos las gracias. En nombre de Lucio, el verdadero héroe, claro.

I. NANO

Los compañeros no habían querido decirle su nombre. Un tipo al que buscaban, un amigo que esconder, eso fue todo. Con un orgullo de novato, tuvo el aplomo de refunfuñar:

—Siempre que se lo merezca.

Pero ni siquiera esperaba una respuesta. Lucio tenía veinticinco años, un techo, un trabajo, y el permiso correspondiente: el mundo era suyo.

Al día siguiente, un sábado, día de fiesta, se encontró en Saint-Germain-des-Prés, en la dirección indicada, con Germinal García. Éste iba acompañado por su hermano Floreal, a quien Lucio no conocía, y por Pepe, un taxista al que tampoco había visto nunca. Los tres estaban serios. Un apretón de manos, miradas que se cruzan bruscamente antes de esconderse bajo las cejas espesas, como con miedo de haber expresado ya demasiado. Se intercambiaron algunas palabras, meras banalidades, y luego:

—Nos conocimos en la calle Sainte-Marthe. Me fío de él
—declaró Germinal, su compañero.

Lucio se apoyaba ora en un pie, ora en el otro.

En Passy, delante del edificio de ladrillo de color ocre, nadie se presentó mientras pagaban la carrera del taxi. Sólo cuando el coche hubo girado la esquina salió un hombre del café. Era robusto. Vestía abrigo negro, no cazadora como ellos. Nadie pronunció una palabra. Floreal llamó al timbre y, seguido por Germinal y por Pepe, desapareció por la entrada principal. El hombre robusto retuvo a Lucio y, unos instantes después, le empujó hacia la escalera de servicio. Eran sus primeros pasos en la penumbra de los clandestinos. Entre el primer y el segundo piso, alguna cosa le rozó la espalda. El desconocido le obligó a volverse. Tenía un cuchillo en la mano, una gran navaja de resorte. Sus ojos ardían en el rostro febril, lanzaban llamas sobre quien miraban. Eran los ojos de un hombre que se enfrenta a la muerte.

—*Nano*, no te fíes nunca de nadie —pronunció una voz cavernosa.

Nano significa «chaval» en catalán. Es un término afectuoso. Pero tanto si la intención era amable o no, Lucio no tenía ganas de ser el *nano* de nadie, y menos de un matón desconocido.

Nano. En el escalón de la oscura escalera, permaneció tenso y quieto. El otro lo miró con serenidad antes de guardar el arma.

—Es en el quinto piso.

El estudio estaba situado encima del apartamento de los patrones de María, la mujer de Floreal. Ella había preparado

pilota, el cocido catalán con bolas de carne picada de cerdo y buey, miga de pan, huevos y piñones. En su pueblo natal, en Cascante, Navarra, Lucio nunca había comido nada igual. La mujer les sirvió. Comieron ceremoniosamente, como paladeando. Le estaban poniendo a prueba, con disimulo.

Hacia las cuatro, Germinal, Pepe y el hombre de la navaja se despidieron de Floreal y de su mujer. Lucio les siguió. Fueron hasta su casa, en el número 32 de la calle Castérès, en Clichy. Subió hasta el tercero derecha, solo con el hombre que le seguía a distancia.

Los otros dos vigilaban la entrada del edificio. No era más que una habitación, con una gran cama en el centro y otra, plegable, adosada a la pared. Una minúscula cocina y una especie de ducha, y el retrete comunitario en el rellano de la escalera. El desconocido echó un vistazo rápido, indiferente. Imposible ver sus ojos bajo las espesas cejas: era como si elevara una barrera protectora a voluntad.

—Dejaré la llave sobre el dintel —dijo Lucio señalando el marco superior de la puerta.

El miércoles siguiente, al volver del trabajo, la llave había desaparecido. Llamó. El otro abrió. La habitación olía a sofrito de cebolla. El desconocido preparaba chipirones. Tenía las orejas muy peludas. Sobre el reborde de la cocinilla de gas de dos fogones, había dispuesto pimientos, ajo, aceite de oliva y pan.

—María nos ha dado esto —explicó.

Lucio no cocinaba nunca. Un hombre no debe hacer esas cosas. Su cerebro estaba atiborrado de prejuicios sobre lo que un hombre debe y no debe hacer.

Se sentaron a la mesa. Lucio se alegraba de tener a un compañero en la casa. *Le preguntó:*

—¿Tú quién eres?

—Soy el Quico —respondió con su voz cavernosa.

El corazón del joven emigrante que quería librar al mundo de sus cadenas y no sabía cómo empezó a dar golpes como un toro contra la barrera. Una leyenda acababa de entrar en su cuarto de peón no cualificado. Y además, ese tío había hecho la cena.

El Quico: ni siquiera un nombre, el diminutivo de Francisco. «Soy el Quico»: no necesitaba decir más cuando entraba en un banco, empuñando el mauser de cañón corto. Una vez recogidos los fajos, explicaba que ese dinero no era para él. Y que tampoco era de ellos. Era para redistribuirlo a los compañeros en la miseria. Con la misma voz tranquila que tenía en ese momento.

—¿Y tú qué haces, *Nano*?

—Soy peón de albañil.

Enrojeció como un niño al que han descubierto. Farfulló, buscando en vano algo de que enorgullecerse, demasiado convencido de que nada estaría a la altura.

—Eso está muy bien, muy bien. Yo era fontanero. En fin... Algo sé... Si pudiera... Mi padre arreglaba las calles.

El Quico: Francisco Sabaté. Perseguido, traicionado, superviviente de combates insensatos, el hombre más buscado de España. Destinado, si la policía le capturaba vivo, al peor de los suplicios, el garrote vil, ese tornillo que el verdugo gira lentamente por medio de una gran manivela y que penetra en la nuca, mientras un collar de acero aplasta la nuez. Así había sido ejecutado cinco años antes su hermano menor, Manuel, su protegido, en el Camp de la Bota, sin ningún motivo real, poco después de la muerte del mayor, José, acribillado a balazos en Barcelona: podría decirse que aún tuvo suerte.

En 1955, Sabaté pasó una vez más a Cataluña, cuando se le creía oculto en cualquier escondrijo. Había elegido la visita a Barcelona del Caudillo, el general Franco, para continuar su guerra, apuntando contra la ciudad un bazuca de su invención que transportaba en un taxi descapotable. Un cacharro pacífico que sólo para él representaba un peligro extremo. Ese 28 de septiembre, los paseantes apretaron el paso al ver llover sobre la ciudad octavillas de todos los colores en castellano y en catalán, firmadas por un Movimiento de Liberación que llamaba a la insurrección.

No hubo sublevación. No más que las otras veces. Como una hormiga testaruda que forcejea por arrastrar un grano en pleno incendio de su catedral de paja, Sabaté no cejó en su empeño: reanudar los contactos con los supervivientes de redadas y ejecuciones, darles ánimos, reconstruir las redes. En 1946 todavía existían en España setecientas treinta

federaciones libertarias con más de veintitrés afiliados. En 1957, en Sants, Pueblo Nuevo, Gracia, San Adrián y Gerona, no encontró más que soledades rotas.

La imprenta del famoso periódico clandestino *Solidaridad Obrera* acababa de ser saqueada y sus trabajadores arrojados a las mazmorras cubiertos de cadenas. Creó una nueva imprenta y fundó *El Combate*, de distribución confidencial. No importaba. Estaba vivo. Él en persona, delante de las narices de la Guardia Civil, distribuía octavillas en nombre de los Grupos Anarcosindicalistas en plena Barcelona, en la plaza de Cataluña, en el Paralelo, en el paseo de Colón. Esos «grupos» sólo estaban formados por él, pero ponía toda su alma.

En los medios en los que se movía Lucio después del trabajo, todos se alimentaban del mito del Quico como perros hambrientos. Cada cual enterraba su hueso para los días duros de moral baja.

Ya podían los periódicos deformar, ametrallar con contraargumentos y gritar al ladrón; ya podían los estalinistas, incapaces de hacer más que él, calumniarlo a porfía: el Quico era el Cartouche de los anarquistas, el Mandrin que lavaba el honor de todos ellos.

Robín de los Bosques, el escurridizo, estaba allí, bajo su techo.

Aquella primera vez tuvieron nueve meses para hablar por los codos, sin Dios ni amo. En las biografías consagradas a

Sabaté, incluso en la mejor,² se silencia su estancia en Clichy. Era demasiado pronto. Ahora ya no lo es.

Lucio había crecido como una mula salvaje. Era una fuerza sin cultivar. Sin saberlo, toda su vida había soñado con aquel encuentro. Lo que el Quico decía, él lo llevaba dentro desde hacía años.

El Quico, noche tras noche, le hablaba en voz baja, con paciencia, haciendo largas pausas de vez en cuando, porque algo en las tripas le hacía sufrir: ¡había ayunado tanto, y tantas veces se había visto forzado a tragar el veneno del miedo!

Lucio se sentía un pardillo delante de él. De repente comprendía todas sus carencias. Su única fuerza era su corazón.

Sabaté hablaba sobre todo del futuro, de lo que le faltaba al movimiento. De paso, Lucio descubría la increíble trama de la verdadera vida de su héroe. Su primera evasión, a los nueve años de edad, del Asilo Durán, que se haría cínicamente famoso por sus humillaciones. Su padre, peón caminero, había creído actuar bien al inscribirlo allí. Alguien le había hablado de estudios, de algo que se parecía a la promoción social. A los quince años, Quico se inscribió en la CNT, la Confederación Nacional del Trabajo, el sindicato anarquista todopoderoso en un país en el que no había arraigado el comunismo. Faltaba un año para la «República de los trabajadores» de abril de 1931, curiosa república durante la cual se dispararon cañonazos

2 Antonio Téllez Sola, *Sabaté: guerrilla urbana en España*, Virus, Barcelona, 1992.

contra la Casa Cornelio, el restaurante en el que se reunían los anarquistas de Sevilla; durante la cual se ametralló a los mineros del Llobregat catalán, de donde salieron los Sabaté, culpables como los demás de haber abolido la moneda y la propiedad privada. Una república que instauró la Ley de Fugas, una ley muy sencilla: todo prisionero puede fugarse. Nadie se lo impide, pero le disparan por la espalda.

Deportaciones, ejecuciones, hambre, huelgas de la desesperación, una de ellas terminada con esta orden: «Ni heridos ni prisioneros, apuntad al vientre.» España, prisionera de un pasado en el que reinaban los señores feudales erguidos sobre sus privilegios, se negaba a avanzar desde hacía siglos.

Cuando Lucio tenía dos años, el Quico subía al monte con su hermano mayor José para mejorar su puntería y practicar con explosivos. Cuando tenía cuatro, el Quico se declaró insumiso y desvalijó su primer banco para ayudar al comité de ayuda a los prisioneros. En 1936, cuando estalló la insurrección fascista de Franco, Francisco Sabaté y su hermano se enrolaron en la primera columna creada por los anarquistas. José mandaba a cien hombres, el Quico a veinte. La Guerra Civil no era una guerra de bordados y encajes, sino de estropajo. Sobre todo cuando los jefes enviaban a los anarquistas al matadero: órdenes superiores. Un segundo frente se había abierto a sus espaldas sin su conocimiento: ninguna revolución en el extranjero debía provocar un estremecimiento en el bigote de Stalin. Los ojos de hielo de los enviados del Komintern, los Saint-Just de la III Internacional, buscaban y rebuscaban sin tregua a los saboteadores del triunfo exclusivo del comunismo: los enemigos rojos de la patria del ejército rojo.

En su *Homenaje a Cataluña*, George Orwell, de permiso en Barcelona después de haber pasado ciento quince días bajo la metralla en Aragón con las milicias del POUM, partido marxista no estalinista en el que se había enrolado voluntario, describe al gran agente secreto soviético que acechaba en los rincones oscuros de su hotel: «Fue la primera vez que vi a alguien cuyo trabajo era difundir mentiras.»

Había un gusano de Moscú en la fruta roja y negra. Para los héroes soviéticos en la sombra, matar, traicionar o morir no significaba nada, porque la espléndida historia se alzaría gloriosa al final del camino, una vez que hubieran tirado al cubo de la basura a los anarquistas y a los trotskistas, esas escorias objetivas de la revolución. Moscú estaba dispuesto a proporcionar carros blindados, aviones y mártires, pero sólo para asegurar la victoria del Partido único. Había un millón y medio de afiliados a la CNT en 1936, por doscientos mil del PC español: más de lo que el Kremlin podía soportar.

Mandó a Barcelona, Valencia, Córdoba y Madrid tenebrosos emisarios como Tina Modotti, sobre la que el Canal+ francés emitió un reportaje en 1999. De origen italiano, empezó como modelo, se convirtió en actriz de Hollywood y fue fotógrafa famosa en México, hasta que llegó a ser dirigente del partido en el Moscú de los procesos sangrientos. En España actuó bajo el nombre de María Ruiz, con pasaporte guatemalteco. Bajo la bandera del Socorro Rojo, no se contentó con el espionaje: estuvo cerca de los que el 16 de junio de 1937 raptaron a Andrés Nin, líder de un POUM denunciado como un nido de espías que escondía mal sus cruces gamadas. Los agentes del Kremlin lo mataron después de torturarlo. Hirvientes

emanaciones de una solfatara infecta, las purgas estalinistas contaminaron España. El Kremlin llegó incluso a hacerse pagar su trabajo por adelantado: Largo Caballero, jefe del gobierno republicano del Frente Popular, en su ingenuidad, le había confiado las reservas de oro del Banco de España. El desastre culminó en Barcelona con enfrentamientos que duraron ocho días y dejaron cien muertos alrededor de la central telefónica, en la que ondeaba la bandera anarquista. Los guardias civiles la atacaron un maldito día. Los rojinegros se defendieron. Las tropas de elite de la vacilante república fueron llamadas al ataque. Orwell nunca las había visto en la guerra, la de verdad, contra Franco. «Estaba acostumbrado a las milicias andrajosas y mal armadas del frente de Aragón. Físicamente, eran hombres seleccionados con cuidado»... Fusiles último modelo, conocidos como «fusiles rusos», pistolas automáticas para cada uno, una ametralladora para cada diez, mientras que en el Ebro apenas tenían una para cada cincuenta. ¿Por qué no los enviaban ahí abajo, en ayuda de las milicias populares? Centenares de anarquistas fueron a dar con sus huesos en la cárcel mientras Franco se aprestaba a devorar España.

La prensa mundial, alimentada por periodistas que ignoraban abiertamente el anarcosindicalismo, desnaturalizó los hechos. La guerra de un clan por el poder había ocupado el lugar de la Guerra Civil. Los libertarios, que podían ser sectarios, pero que no estaban nada dotados para las intrigas, se veían, impotentes, invitados a sus propios funerales. Siempre habían conducido el rebaño de los desheredados en busca de un poco de hierba tierna. No estaban acostumbrados a ser asesinados por la espalda ni a verse arrojados moribundos a los campos de difusión de la calumnia.

Sabaté fue uno de los más clarividentes. Rebelde entre los rebeldes, se negó a dejarse matar sin reaccionar. El comisario político de su unidad, un estalinista recién propulsado a ese puesto, fue acusado de enviar demasiadas columnas populares al campo del horror. El que iba a convertirse en el Quico le esperó un día. Desenmascarado, el otro se revolvió. Quico disparó más rápido y lo mató. La CNT no le desautorizó, pero la organización combatía ya con la espalda contra la pared. Quico se convirtió en un clandestino en el seno del movimiento.

Logró que un puñado de compañeros pudiera evadirse. A cambio, le prendieron a él. Se evadió una vez, dos veces. Tropezó con una patrulla de carabineros que le pidieron los papeles. Abrió su chaqueta: cuatro disparos, cuatro carabineros derribados. Se unió a la columna Durruti para los últimos combates de la desesperación, uno contra cien, cuando ya no sabes contra quién luchas ni con qué, trabucos contra una artillería pesada que te pulveriza.

El 10 de febrero de 1939, cruzó los Pirineos con las últimas fuerzas republicanas organizadas. En la frontera le esperaban gendarmes, tiradores senegaleses y pistoleros de elite. Junto a él había decenas de miles de personas que lo habían perdido todo, el último bastión de un gobierno legal. La horda andrajosa se apretujaba, convencida de hallar refugio en una Francia tan republicana como ellos mismos. Francia los metió en campos de concentración. Sabaté tuvo derecho a un trato especial. Era un indeseable y, junto a sus compañeros anarquistas, fue encerrado tras las alambradas del campo disciplinario de Vernet, en Ariège. Su última misión fue la guerra contra los piojos, el frío, la sarna, las fiebres, el hambre

y la disentería. Pero eso era lo de menos en ese trato de desfavor. El Quico pertenecía al grupo de los «rabiosos», a la cohorte de enemigos de la patria de los derechos del hombre. Fueron objeto de una campaña propagandística formidable: el diputado de Basses-Pyrénées, Jean Ybarnegaray, los había señalado de antemano como «ladrones, incendiarios, dinamiteros, asesinos y torturadores».

Unos años después, Arthur Koestler conoció durante largos meses los honores de ese campo al que habían sido enviados a morir los sospechosos políticos rebautizados por la prensa francesa como «la hez de la tierra».

Aún sobrevivían «los últimos mohicanos de las Brigadas Internacionales» junto a los exiliados de todos los países fascistas. En *Le Yogi et le Commissaire*,³ describe «el olor de los hombres que se pudrían allí, el hambre, el frío, los golpes, el miedo, la mirada de los hombres justo antes de volverse locos...»

May Picqueray,⁴ la infatigable animadora del *Réfractaire* que durante años defendió las ideas de Louis Lecoin, acudió allí a su vez con la esperanza de sacar a un compañero español: «Vi hombres que se disputaban el privilegio de vaciar en el Ariège las inmensas letrinas del campo. Les seguí. Lo que vi me horrorizó: los hombres separaban la materia fecal, retiraban las judías mal digeridas, las lavaban y se las comían con glotonería. ¡Qué hambre debían de pasar! ¡Qué vergüenza, tratar así a

3 *Le Yogi et le Commissaire*, Édition, Chalot, 1946.

4 *May la réfractaire*, Atelier Marcel Jullian, 1979.

seres humanos, tanto si eran “de derecho común” como “políticos”! ¡Y eso pasaba aquí, en Francia, gracias a los buenos oficios del señor Daladier!»

En la época de Sabaté aún no había barracas, sino «trincheras cavadas en la tierra helada, donde se dejaba morir a los heridos y enfermar a los que aún se sostenían», dice Koestler. «Los primeros trabajos de acondicionamiento consistieron en levantar alambradas alrededor del campo y hacer un cementerio al lado. Las primeras hileras de cruces llevan nombre y apellidos españoles. No hay ninguna inscripción, pero uno de los prisioneros, José, o Diego, o Jesús, esculpió con su navaja en la madera: «Adiós, Pedro. Los fascistas querían quemarte vivo, pero los franceses te han dejado morir de frío en paz. Pues viva la democracia.» Sabaté nunca tuvo una palabra de reproche o de amargura contra nadie. Tampoco los compañeros. Tuvieron un gran mérito aquellos que, cinco largos años después, fueron a liberar París con los carros de la Nueve, la novena compañía de la 2.^a división blindada del general Leclerc, cuya lengua oficial era el castellano. Los carros blindados llevaban los nombres de los dolores de la democracia: Guadalajara, Teruel, Ebro, Guernica.

En cuanto al resto de refugiados, unos gendarmes normales, parapetados tras ametralladoras normales, acogieron a las familias de fugitivos normales que arrastraban sus rebaños de mutilados, de heridos y de moribundos. El ministro francés de Sanidad previno a los exiliados: no pondrían a su disposición los medios de la medicina militar. No tuvieron nada para vendarse. Los gendarmes agruparon a ancianos, mujeres y niños y los aislaron de los hombres, a los que encerraron en

otros campos a los que la Cruz Roja no tenía acceso: Rivesaltes, Lure, la fortaleza de Colliure.

Los muertos de hambre españoles no eran muy populares bajo el Gobierno del Frente Popular, que a partir de 1938 ya no lo fue tanto. No se llegó a declarar abiertamente que lo mejor que se podía hacer con esos andrajosos llenos de piojos era dejar que los acribillaran las armas bien engrasadas de los nacionales, pero no fue por falta de ganas. Eran demasiados, y en Francia se les acosaba. Los ingleses mandaron a Madrid a una delegación de la Sociedad Protectora de Animales para velar por la suerte de perros y gatos: «Demasiado tarde. Nos los hemos comido todos», respondieron los últimos republicanos.

Lejos quedaban las delicadezas casi humanas de los primeros tiempos de Léon Blum, cuando se contentaban con arrinconar al norte del Garona a los que no habían cedido a las firmes exhortaciones de los agentes del orden para que se volvieran por donde habían venido. Duras multas amenazaban a los malos franceses que osaran ayudar a los invasores.

En septiembre de 1937, Marx Dormoy, ministro del Interior socialista del gobierno de Camille Chautemps, que no lo era, pidió a la policía que estableciera «una barrera infranqueable» contra los elementos nocivos que empezaban a refugiarse en Francia. Costaban caro a la comunidad. Los contribuyentes de Bases-Pyrénées se quejaban. Además, quitaban el trabajo a los buenos franceses.

¡Fuera!: fuera los adultos varones que no son lo bastante

ricos para atender a sus necesidades. Fue la retirada, el desastre. Como insistía en decir el embajador de Francia en Madrid, «en cuanto Franco haya ganado en Cataluña corremos el riesgo de ser invadidos por una multitud de elementos malhechores y peligrosos que se extenderán en seguida por toda Francia». ¿Acaso no ven cómo se reproducen?

Sólo la presión de la avalancha de los vencidos obligó a Albert Sarraut a abrir las barreras del puesto fronterizo de Le Perthus el 28 de enero de 1939, unos días antes de que llegara Sabaté: nuestra falange de guardias de tráfico, de gendarmes y de senegaleses, buenas gentes y buenos corazones que nunca recibirán bastantes elogios, todos esos guardianes del corazón de Francia estaban vigilantes, explicaba el ministro del Interior, para reducir a los emboscados al margen de la ley y el orden. Más tarde pidió a su colega de las Colonias que buscara en el Pacífico una isla bien lejana y desierta para los agitadores. También tenía palabras para las almas sensibles:

«En esa ola humana, en esa inmensa y patética algarabía, hay de todo. Hay héroes y cobardes, buena gente y canallas, monstruos, inocentes y bandidos. Hay madres que agonizan, hay heridos con muñones ensangrentados y pus gangrenoso que rezuma de sus heridas vendadas a toda prisa.»

A pesar de los esfuerzos de un puñado de idealistas y de solidarios, aquellos huidos del horror acababan de encontrar su infierno. En Argeles y en la estación ferroviaria de la Tour-de-Carol, en Saint-Laurent-de-Cerdans y Cerbére, campos con nombres de apeaderos, de playas de vacaciones,

Prats-de-Molló y Le Boulou, Saint-Cyprien y Barcarés, fueron recibidos como carne averiada en campos de selección y de concentración. Estaban vencidos porque Francia —por miedo de enojar a Franco y de arrojarle en los brazos de Hitler y de Mussolini, en los que ya estaba—, aceptó con Inglaterra y la Unión Soviética un «pacto de no intervención» que Alemania e Italia pisotearon con todas sus divisiones blindadas. El 28 de junio de 1938, se disolvieron las Brigadas Internacionales. El 27 de febrero de 1939, Londres y París reconocieron a Franco como jefe de Estado, mucho antes de que los últimos guerreros de la legalidad rindieran sus almas o sus armas. El 3 de julio, Pétain, feliz embajador en Madrid, hizo que cinco camiones blindados llevaran a los pies de su amigo Franco los mil quinientos millones de francos que la República española había guardado en Mont-de-Marsan durante la Guerra Civil. Francia quería controlar al Generalísimo. Iba a perder la guerra. Ya había perdido el honor.

II. LA CASA DE LAS GOLONDRINAS

En el polvoriento Cascante, Lucio crecía en medio de un desastre del que no sabía nada. Tenía cinco años cuando estalló la Guerra Civil. A los siete, alzaba el brazo como un niño autómatas ante la efigie de Franco. Cada vez que caía una ciudad, desfilaba gritando «¡Franco! ¡Franco!». Todas las mañanas le hacían desgañifarse cantando el *Cara al sol*, el himno a la gloria de Franco: «Arriba escuadras, a vencer, que en España empieza a amanecer...» Un malhumorado instructor cojo le enseñaba el manejo de las armas con un fusil de madera, en uniforme caqui, tocado con la boina roja de Navarra. En el colegio de las Carmelitas, que le gustaba mucho, recitaba sus cuatro oraciones diarias. La madre María era su favorita desde el día en que había ido a buscarle a su casa. Corría el año 1941, él tenía diez años y había lavado los platos de unos soldados alemanes que patrullaban en el sector. Le dieron cigarrillos. Alguien lo denunció a las monjas, que, escandalizadas, le expulsaron sin consultar a la superiora. Desde entonces, cada vez que le veía con su aspecto de polluelo fanfarrón, ella le llamaba «mi amigo» con una dulce sonrisa. Las monjas fueron durante mucho tiempo un refugio de ternura para él. Los martes y los viernes, cuando el cura don

Vicente venía a dar la lección de catecismo, llovían los castigos. El conocimiento debía penetrar a fuerza de cachetes y de cintarazos. En realidad, la escasa instrucción que había recibido se la debía a Bailo, que venía a escondidas después del trabajo para darles, a él y a su hermano, cursos de aritmética y de lectura a la luz de una lámpara de aceite. Era un republicano, así que tenía prohibido enseñar. Se arriesgaba a acabar en prisión por los niños, pero su padre era amigo suyo y quería darles una educación.

En la familia eran seis hermanos, dos chicos y cuatro chicas. Lucio era el tercero. La miseria mordía con fuerza, los acosaba noche y día. Comían todos de un único plato. Cuando se rompían sus alpargatas de tela, cosa que sucedía con frecuencia, birlaba las de Alfonso, el mayor, para jugar a fútbol, un juego que consistía en empujarse unos a otros y dar patadas a una bola de paja envuelta con trapos cosidos por mamá. La humillación llegaba, ineludible, cuando Alfonso recuperaba públicamente su propiedad. Sus primeros zapatos de verdad los tuvo en el ejército.

El problema de los zapatos se convirtió en epopeya cuando la madre se puso a confeccionarle un par con cuero de asno. Incluso antes de que estuvieran terminados, presintió la catástrofe. Ella presumía demasiado de su obra. Todos los niños le tendrían envidia, decía. El sabía que las botas serían feas y que le harían daño. Se las puso una sola vez, y en la escuela se armó tal jaleo que salió de la pelea sangrando.

—Ya ves la envidia que les das —se obstinó la madre—. Sus madres no son capaces de hacer lo mismo.

Con tal de no verle descalzo, se inventaba cualquier cosa. Pero él ya no la creía.

Unas semanas más tarde, acompañó a su padre a Tarazona, una pequeña ciudad de arquitectura mudéjar a quince kilómetros de Cascante, para buscar agua potable con el carro. Un mercader consiguió engatusar a Amadeo con un nuevo par. Lucio no había visto una cosa tan fea en su vida: eran unas botitas para ratas de sacristía, con botones. Casi no servían para un hombre.

—¡Huy, qué envidia les vas a dar, con lo bonitas que son!
—reiteró la madre.

Salió del nuevo enfrentamiento con el labio partido, pero rompió una nariz e hizo saltar varios dientes. El amor materno era una débil defensa contra su condición de niño sin zapatos.

Las paredes de la casa, una mezcla de tierra y yeso, como en la época de los árabes y de los romanos, estaban tan agujereadas que los pájaros iban a hacer sus nidos en las agrietadas juntas de cal. El cemento era demasiado caro para repararlas. Además, en verano era preferible dormir en el estrecho callejón que bajo el tejado de ladrillo y paja, donde se apelotonaban padres y abuelos junto al corral.

Mucho tiempo más tarde —en otro mundo— se cruzó con su vecina de enfrente y dijo al amigo que le acompañaba:

—María Teresa era muy rica. Eran grandes agricultores.

Suavemente, para no herirle, María Teresa, a cuyo abuelo,

fusilado en 1936, habían encontrado tirado en el arroyo, rectificó:

—¡Lucio! Nosotros no éramos tan ricos, ¡pero vosotros erais tan pobres! Vuestra casa se tenía en pie por las golondrinas.

Cuando terminaba el buen tiempo y las noches se alargaban, se apretaban en los dos bancos a cada lado del fuego en el que humeaban sarmientos de vid y ramas de olivo, antes de acostarse en el granero, entre las sábanas de cáñamo de la cama de hierro.

En las mañanas de escarcha, cuando se condensa alrededor de los labios un halo de vapor, había que decidirse a morder en el dolor de vivir. Eran más frecuentes los días de ayuno que los festejos de la matanza del cerdo, en los que se atiborraban de salchichas, de arroz y de chorizo. Y casi siempre tenían hambre.

Las dos cabras daban un poco de leche cuando estaban preñadas. Si no, la madre asaba patatas para el desayuno. No podía elegir.

A mediodía, cuando salían de la escuela, les esperaba en la ventana para llamarles, a él primero:

—¡Sube, hijo! ¡Te he hecho unas patatas como nadie!

Al borde de las lágrimas, fuerte, ocultando bajo una gran sonrisa la desesperación de no tener nada más, orgullosa de haber podido llenar el viejo puchero, con las palabras inventaba una y otra vez patatas de sabores distintos. Por la noche, más de lo mismo. A veces, con un trocito de carne.

El hombre del Ocaso, un organismo al que ella había pedido prestado un puñado de dinero que cada lunes tenía que devolver moneda a moneda, rondaba por los alrededores. Aunque Lucio se esforzaba por prevenir a su madre en cuanto lo veía a lo lejos, era muy astuto. Al final, privados de todo recurso, tuvieron que buscar refugio en casa del abuelo Doroteo. Éste había seguido siendo carlista hasta el final, pero quería a su hijo. En los campos, los amigos que se habían ido al maquis alimentaban sus ilusiones con rumores de liberación llegados de Francia por la radio.

En aquella Ribera pedregosa y árida, con escaso encanto, próxima al Ebro, en la raya de Aragón, Asunción Jiménez de Urtubia, con sus manos agrietadas por el frío de las coladas, hacía milagros. Gracias a ella germinaba en cada uno de los niños un tesoro que nunca revelarían. Era tan grande como las hectáreas de viñas en las que trabajaban por la vendimia a cambio de un sueldo de miseria. Era nudosa como el olivo, paciente como el trigo que iban a cosechar para otro cuando tocaba, bajo el viento, a veinte kilómetros de allí.

A los once años terminó la escuela. Tres horas de marcha nocturna para llegar antes de que el calor apretase. Agarrado a la cola de la mula, Lucio dormía mientras caminaba. Eran sus tres horas de auténtico descanso. Al volver, medio ahogado, momificado por el polvo que le penetraba hasta el fondo de los pulmones, volvía a dormir agarrado a la cola de la mula. Comía el polvo. Madre les esperaba con agua y vinagre para los labios. No era en absoluto el mismo vinagre que el soldado romano había ofrecido a Cristo en el Gólgota. Él no había añadido agua para rebajar el sabor amargo. Al contrario, aquello fue atroz.

Pero Cristo, entonces, lo perdonaba todo. Ahora ya no se inclinaba sobre los desheredados, sólo iba a la misa mayor de los ricos. Madre, por sí sola, no podía reemplazarle. Ante él, se contentaba con demostrar que un soldadito puede ser infinitamente bueno.

Ella daba lo que los otros no podían siquiera imaginar: en su casa en ruinas resonaban las carcajadas, las únicas de la calle. Las hermanitas de Lucio saltaban sobre la mesa después de cada comida para bailar en honor de la alegría. Su madre rezaba mucho. A su alrededor, los demás reían aún más fuerte.

¿Risas en casa de los pobres? Nunca les habían concedido ese derecho. Nadie es más susceptible que un dictador: ¿y si esas marionetas se estaban riendo de él? Sus esbirros temblaban ante la idea de la más mínima debilidad. Al primer error, podían dejar al desnudo las ridiculeces que ocultaban bajo sus máscaras grotescas.

Lucio aún no tenía ocho años cuando los requetés, la milicia carlista al servicio de Franco, acosaban a su madre. Querían raparla: era el castigo reservado a las mujeres de los anarquistas, los socialistas y los republicanos (no hablemos de comunistas: en Navarra no se conocían). Luego las obligaban a beber aceite de ricino y las soltaban.

Amadeo Urtubia era un auténtico republicano. Al principio había sido monárquico. No de Alfonso XIII, el rey destronado en 1931, sino carlista, como muchos otros en Navarra; partidario de Carlos de Borbón, tercero de ese nombre, llamado Don Carlos, que reivindicaba, equivocándose de siglo,

la independencia de su antiguo reino. Amadeo, en un Primero de Mayo de los años veinte, había hecho hablar a su revólver contra los «liberales», que eran centralistas. ¿Pagar impuestos a Madrid? ¡Nunca! Fue a parar a la cárcel. Salió de ella demócrata y enamorado de Cervantes, el Caballero de la Triste Figura, apoyo de todos los réprobos. La mazmorra le había servido de universidad. También Lucio adquirió muy pronto la convicción de que las cárceles están hechas para alojar a personas de valía. Había descubierto el vivero de los rebeldes perseguidos.

Su padre no era de los que gritan sus opiniones desde los tejados, pero en 1936 era secretario de la Unión General de Trabajadores, el sindicato socialista, y teniente de alcalde del pueblo. Un alcalde digno de su modelo. Una noche dio unos azotes a su hija Saturnina, la mayor, porque al salir de la iglesia de la Asunción se había acercado a la plaza de los Fueros, donde él distribuía estofado a los pobres por Navidad. ¡Que nadie pensara que se aprovechaba de la posición de su padre para ir a mendigar! ¡Ella, hija de pobres entre los pobres!

También se atrevió a meter en la cárcel al San Bernardo de Tulebras, un pequeño pueblo vecino. Lo había hecho para salvar esa estatua de los vándalos durante la primera efervescencia de la república: la pequeña habitación enrejada de la alcaldía, cuya llave siempre llevaba encima, era el lugar más seguro para un ídolo policromo. Sin embargo, su acción fue considerada un sacrilegio sin remisión.

La situación se hizo insostenible cuando Franco se alzó en Marruecos. La gente de bien lo apuntó en las listas de

sospechosos que debían ser fusilados. Eran tiempos expeditivos: no hacía falta juicio. Bastaba con haber gritado un día: «¡Viva la libertad!», o haberlo pensado. España empezaba a cavar su fosa común. En Cascante, los carlistas de buena familia asaltaron la alcaldía y se mataron entre ellos por un quítame allá esas pajas, antes de volver sus armas contra los rojos. El pequeño Lucio fue testigo de tan deplorables hazañas. Miradas huidizas. El cura en el pulpito tronando de odio para mandar rápidamente al paredón a todo aquel que alzara la cabeza contra los privilegios. Los ajustes de cuentas por un padrenuestro farfullado o por una parcela de terreno. Los corrillos de murmuradores a horas furtivas junto a la fuente. Ayer, la redada de Tarazona. Las diez ejecuciones de Tudela. La matanza de Tulebras, donde guardias venidos de Aragón habían prendido fuego a los cadáveres apilados. La lucha por el pan cotidiano. El crimen santificado.

Amadeo Urtubia tuvo tiempo de esconderse en el monte como un bandolero. Sus hijos casi no se dieron cuenta, pues las excusas inventadas por la madre les parecieron perfectamente verosímiles. Pero los esbirros la emprendieron con ella, al no haberle encontrado a él, y el frágil cielo de la infancia se desplomó. Fue la primera intrusión de la ferocidad adulta en las ruinas de las risas. Su madre, hostigada, pudo esconderse en la pocilga, una construcción baja y sin luz donde sólo se podía estar a gatas. Volvieron muchas veces. Eran los mismos que se apretaban en las primeras filas de la iglesia. Los que pasaban bajo palio en las procesiones, pegados a la casulla de don Vicente junto a la santa mesa donde no se conoce el hambre. Los que iban a llenarse los bolsillos con el régimen. Descubrió sus verdaderos rostros. Eran la fuerza y la ley.

Aquellos ante los que había que desviar la mirada por miedo a los golpes. De los cuatro mil quinientos habitantes de Cascante, quinientos hombres se alistaron en las filas franquistas desde el principio. En las primeras semanas, su Navarra natal se había unido a Franco en pleno. Amadeo y Asunción eran ovejas negras. El no lo sabía.

—Madre no está aquí. No sé dónde está, ¡no lo sé!

Ninguna bofetada hirió a los niños. Las miradas de desprecio no les afectaban. Era una época en la que se tiraban piedras a los pobres. Llevaban en la piel el miedo a las chaquetas y las levitas. Formaron un solo cuerpo con su madre enterrada en una pocilga maloliente. Sus hermanos y hermanas sólo se sintieron conmovidos por la tragedia. Lucio alimentó la resolución de no respetar el poder establecido nunca más.

Cervantes les salvó. En un arranque digno del Quijote, unos meses antes su padre se había interpuesto para salvar del linchamiento a un cura llamado Victoriano, un auténtico mal bicho, pero Amadeo no quería barbaridades de ese tipo, y había alzado su temible pistola.

—¡Tendréis que matarme antes que al cura! —había gritado.

Don Victoriano podía ser una sentina de vicios, pero le estuvo agradecido. Cada mañana tachaba de la lista de los futuros fusilados el nombre del utopista generoso, que manos vengativas reescribían sin cesar.

Como su perversidad le hacía ser temido, ganó la causa: el padre sólo fue castigado. Desde entonces, además de las

obligaciones cotidianas, tuvo que trabajar con Alfonso, como una mula, gratis, durante horas, las tierras de los ricos propietarios, los terratenientes.

Fue castigado porque, cuando era alcalde, había traído el agua corriente al pueblo, evitando que las madres tuvieran que ir a hacer la colada al río o incluso a la laguna de Lor. Castigado por haber evitado que los demás padres tuvieran que cargar en la carreta cada semana trescientos litros de agua potable para llenar los grandes depósitos de madera de las casas. Castigado por haber repartido entre los menos afortunados las tierras baldías pertenecientes a la diputación foral de Navarra. Nada de todo eso había gustado a los carlistas.

Lucio creció. Conoció días felices. A inicios de septiembre, celebraban durante siete días la fiesta de la patrona del pueblo, la Virgen del Romero. Dos pastores la habían visto con sus propios ojos a fines del siglo anterior sobre la colina cercana. La Iglesia, para honrarla, había erigido una estatua en la plaza de los Fueros. Pero por la noche, la estatua se volvía arriba, a lo alto del monte: tuvieron que ceder y construirle una basílica. El 10 de septiembre la llevaban en procesión hasta la iglesia de la Asunción para enseñarle lo que se había perdido y asegurarse de que no había cambiado de opinión. Las calles estaban perfumadas con romero que los jardineros tiraban a puñados. No llevar una camisa limpia era considerado un pecado. En esos días venían orquestas de Pamplona y de Tudela. Se bailaban el pasodoble y el vals, al son del clarinete, el saxofón, el acordeón y la trompeta.

Las fiestas marcaban el ritmo de la vida. El Primero de Mayo,

el inicio del mes de María, cuando uno se ponía brillantina para las guitarras y para las chicas. El 25 de julio, Santiago, fiesta nacional, para glorificar a quien expulsó a los moros de España. Santa Ana, al día siguiente, que se iba a celebrar a Tudela, la segunda ciudad de Navarra, de la que es patrona, y se cantaba y se bailaba. San Juan, como en todas partes, cuando se hacían asados en la gran hoguera del verano naciente. La Asunción, el 15 de agosto, cuando se inundaba el pueblo con un océano de pétalos de rosas y de albahaca, y su perfume ascendía al cielo envuelto en cánticos. Y los Reyes Magos... Todas esas mañanas venían los cantores a celebrar la aurora, despertando a los dormilones jóvenes y viejos con sus tonadas antiguas.

A veces, por la noche, las rondallas: los guitarristas, después de haber ensayado en casa del zapatero, recorrían las calles dando su serenata. Lucio crecía en este ambiente cristiano. Su padre iba a misa de vez en cuando, sobre todo para los sermones, cuando venían los jesuitas por la cuaresma a hablar del amor. A veces se le escapaba una lágrima. Además, abstenerse de ir a la iglesia estaba castigado con multa.

Lucio llegó incluso a ser elegido como monaguillo por don Victoriano, que se mostraba cada vez más brutal. De hecho, Lucio fue expulsado por robo con agravantes cuando el cura le descubrió bebiendo el vino de misa directamente del tonel. Era un vino añejo muy bueno. El cura, indignado, le pegó tan fuerte con su pesada capa que el chico cayó al suelo, y el tonel detrás: la sangre de Cristo se desparramó por el suelo. Adiós al Rioja de añada: tuvo que devolver la sotanilla roja y el sobrepelliz blanco. Por lo menos, esta vez era culpable.

Lo que le disgustó para siempre fueron los empachos de fanatismo, las llamadas a la matanza eructadas por los locos del Señor. Había un cura, don Pablo, que cada día preguntaba a los jóvenes excitados que se relamían con la idea de matar:

—¿Cuántos has liquidado hoy?

—Cuatro.

O bien:

—Cinco —respondían los cachorros sedientos.

—¡Poco número! ¡No es bastante! —les gritaba.

Nunca era bastante.

A los ocho años llegó la edad de la primera comunión, que él imaginaba como una fiesta. La ceremonia exigía un boato que su familia no se podía permitir. El tío Elias, que había llegado a ser maître en el Astoria de Madrid metiendo la nariz en el plato de los grandes, y sin duda más cercano a los dictadores de América latina que a su cuñado, le regaló un cupón de tejido para el traje. En la taberna, Amadeo pescó a un borrachín llamado José que acababa de salir de un hospital psiquiátrico y que aseguraba ser sastre. Hizo bien la chaqueta, pero tardó un mes en hacer un pantalón corto. Como no podían darle dinero, le pagaban con comida. Él alargaba el trabajo, contento de tener cada día tres patatas calientes en que hincar el diente.

Para Lucio el gran día fue un rosario de burlas: los otros niños llevaban pantalones largos. Él era el único que no los tenía. La

comuni3n iba acompa1ada de peque1os regalos para los conocidos. Fueron estaciones sucesivas de un calvario. En lugar de regalos, recolect3 rechiflas. Sin contar un azote por haber destrozado su precioso traje en la tienda de helados.

III. UNA MULA SALVAJE

Con el paso del tiempo fue creciendo la rebelión del hombrecito humillado, hijo de un héroe menospreciado y de una santa a la que la gente de orden había pretendido ridiculizar.

Empezó a hacer pequeños hurtos por todas partes, por el amargo placer de quebrantar las normas. Sobre todo en la iglesia: un cabo de cirio, unos céntimos del cepillo de las limosnas. Durante la misa hacía sus genuflexiones. Pero justo antes del *ite*, en invierno, se escabullía bajo el porche de la iglesia de la Asunción, rompía trozos de hielo y los tiraba a las piernas de las chicas bien vestidas. En primavera, les azotaba las rodillas con ortigas. Peligrosas travesuras de un niño malo que deseaba ser reconocido, que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de hacerse notar. ¿Cómo iba él, orgulloso y de sangre caliente, a respetar a esas melindrosas que la noche de Navidad arrojaban moneditas a los pobres como él y les daban con afectación la cesta ritual de cebollas, patatas y mandarinas, una botella de aceite de oliva y turrón? ¿Y la humillación de cuando la Bartola, la panadera, se negaba a fiarles más pan? Esa negativa en presencia de clientes honorables escocía como una bofetada. ¿Y cuando la señora

Baigorri decidió no fiarles más para comprar un par de alpargatas?

¿Hay que dar las gracias cuando has vendimiado tres toneladas de uva en las viñas del abuelo y el señor Chivite te da la limosna de unos billetes que en ese mismo momento ya están gastados, porque es él quien fija los precios? Y sólo porque el tal Chivite ha adelantado diez miserables billetes sobre la próxima cosecha para la mula, el yeso, las sandalias, ¿tienes que doblar la rodilla ante él y besarle la mano con devoción? ¿Has de humillarte todavía más cuando, en el molino, se quedan con la mitad del trigo de los campos del abuelo Doroteo? Encima tienes que ir a las dos de la madrugada, como de favor, no sea que aparezcan los hipócritas de los inspectores delegados de abastos. En estas condiciones, ¿acaso podría madre devolver algún día las deudas del pan y de la ropa?

En verano, robaba la mejor fruta de los huertos de los ricos: él era el primero de la banda, siempre. El Viernes Santo, en la fiesta del Cristo del Huerto, en que se invoca al Señor de rodillas, cubierto de manzanas y de naranjas, empujó aposta a la señora Andrea en el momento en que colocaba las cestitas de fruta. Le robó dos manzanas. ¡Tenía tanta hambre!

Una noche de Navidad había tomado «prestada» la gabardina de Alfonso, pero éste se la quitó a tirones en medio de la iglesia y se encontró en mangas de camisa: le castañeaban los dientes. ¡Tenía tanto frío!

Robaba incluso a la madre. «Hijo, si necesitas algo,

pídemelo», le decía. Pero ella nunca podía dar nada. Y el hambre mordía.

Un día descubrió el escondite de las llaves de la bodega donde ella guardaba las tinajas de aceite de oliva para todo el año. Llenó dos botellas y reemplazó el contenido por agua que, más pesada, se depositó en el fondo. Cuando, mucho tiempo después, se descubrió el truco, hubo un gran escándalo. Pero los turrónes, objeto del trueque, habían resultado irresistibles.

Una vez al mes, un camión destartado que funcionaba con carbón pasaba para cambiar trapos viejos por naranjas. A los niños les parecía gigantesco. En la esquina de la iglesia de la Victoria, en un momento, Lucio se subió de un salto al monstruo y tiró a sus compañeros tanta fruta como pudo. Su obra maestra fue el robo de la canalización de hierro colado debajo de la vía del tren, con peligro de que el ferrocarril descarrilara. Los chatarreros se lo pagaron bien.

La madre apenas se atrevía a hacerle algún pequeño reproche de vez en cuando, porque temía el castigo que podía caer sobre su hijo. Le quería demasiado. La abuelita María le regañaba, pero sorbía con delicia las naranjas robadas. El padre no le consentía nada, y Lucio siempre se sentaba de lado a la mesa de la cocina para esquivar mejor su amenazador cinturón. Pero ¿qué podía hacer su padre?

Lo atraparon, evidentemente. Y entonces conoció los castigos, porque su madre no pudo pagar las multas que le llovieron: también éstos eran fueros, «derechos»: tradición. Si un niño había cometido una falta y sus padres no tenían

bastante dinero para rescatarlo, tenían que pagar en especie. Tuvo que hacer trabajos forzados: por ejemplo, plantar árboles. Era la ley. Así, el bello jardín que rodea la basílica de la Virgen del Romero es obra suya en parte: él plantó pinos y acacias. Y también en el bosque de la sierra del Perdón, cerca de Pamplona. Cavaba agujeros desde el amanecer hasta la puesta del sol. A mediodía, comía el potaje con sus compañeros de trabajo. De noche, dormían en el suelo con una manta, bajo las estrellas. «Es la colina de Lucio», dicen los amigos, referente al parque del Romero. Sobre todo, fue su jardín de los suplicios.

Se endureció. Nunca había sido un cobarde, pero a partir de entonces ya no temió nada.

No es que fuera un monstruo pervertido. Su padre, que se inquietaba por él, se tranquilizó una mañana al verlo, a sus quince años, llorando junto a la fuente de la parte baja del pueblo. Eran lágrimas de hombre, sin muecas. A Amadeo le costó mucho que su hijo le contara sus penas. En 1945 se había creado una cooperativa vinícola: una revolución. Permitía que los pequeños propietarios de viñas, como el abuelo, recibieran por la cosecha un precio razonable, establecido por la comunidad. Lucio fue su primer empleado. Un obrero entusiasta que no retrocedía ante ningún trabajo, incluido el de limpiar, a gatas en medio de los efluvios casi insoportables, las cubas de treinta y cuarenta mil litros.

Aquella noche, le habían pedido que trasvasara el vino de una cuba a otra con la ayuda de una bomba, para airear el precioso líquido. Mareado por las emanaciones, al límite de sus

fuerzas después de haber trabajado durante toda la jornada, el adolescente había terminado por dormirse, y la cuba se desbordó. Cuando se dio cuenta de la catástrofe, se habían perdido decenas de litros. No se reprochaba tanto el haber cometido una torpeza como el haber saboteado la obra común. Era la primera vez que vislumbraban un resplandor de justicia, su padre y él se habían cruzado miradas cómplices de alegría. Y ahora era él quien lo había estropeado todo. Aún se lo perdonaba menos a su jefe, que era consciente de su cansancio. Ésa fue la única vez, en aquellos años negros, que Amadeo tomó a su hijo por los hombros para abrazarlo como se hace con alguien a quien se aprecia y que está sufriendo.

La tensión creció cuando Lucio se enamoró de la hija de un fascista influyente llamado Nicolás. Ella se llamaba Carmen. Los carlistas se encarnizaron con el innoble Romeo. Era impensable que los dos jóvenes se vieran a solas. Ebrio de amor, no pudo dejar de aprovechar la fiesta del Romero para invitar a su Julieta de ojos ardientes a bailar ante todo Cascante. El padre de la bella apareció escoltado por musculosos esbirros. Después de abofetearla, agarró a la muchacha.

Dos amigos de Lucio siguieron al grupo hacia el oscuro rincón al que la arrastraron. Ella reapareció sollozando, goteando sangre, tumefacta por los golpes.

Cuando le contaron lo sucedido, sus compañeros tuvieron que impedir que el enamorado se lanzara al suicidio.

Era basura antifranquista, y su vida pendía del filo de una hoja de acero, de una bala perdida. O, si se escapaba, de un fin

horrendo en el fondo de un pozo o en un recodo de un camino pedregoso.

Una tía de Carmen que apreciaba al muchacho organizó una cita discreta. El padre, avisado por los vecinos, irrumpió de nuevo con sus esbirros. El díscolo fue encerrado en el granero de la cebada. Estuvo prisionero seis horas antes de poder evadirse. Los ácaros lo habían devorado: estaba cubierto de ronchas y de pústulas. Deshonrado.

Lucio no era un vulgar Tenorio. Para él, el amor sólo podía ser púdico y absoluto. Gustaba a primera vista, con su mirada profunda y apasionada, su sonrisa esquinada, sus andares de conquistador de la montaña. Pero el romanticismo no era su fuerte. Antes de Carmen, sólo una vez había sido víctima de la pasión. Por desgracia, se trataba de una chica de Tulebras, la aldea en la que el apellido Urtubia se había hecho célebre como encarcelador de santos. Un único beso en la mejilla había sellado su unión eterna antes de la intervención familiar. El idilio fue detenido cuando apenas empezaba a alzar el vuelo: prohibido por razones políticas. Con Carmen estaban en las mismas. El padre mandó a su hija a Barcelona sin pensárselo dos veces.

Humillado, furioso como un novillo pinchado por heridas que no comprende, se fue a Tudela y allí saltó al tren que le llevaría a Bilbao y en el que ya hacía tiempo se divertía esquivando la vigilancia de los revisores. En Bilbao se metió en el buque transatlántico Marqués de Comillas, le descubrieron, le tiraron el zurrón que llevaba con algunas cosas y lo sacaron a patadas. De Bilbao fue a San Sebastián, y de allí, por San Marcial e

Ibardin, llegó a Francia escondido, hambriento, desesperado. Su objetivo era, evidentemente, Francia, tierra de hombres libres a pesar de todos los campos de concentración que intentaba olvidar. Francia, que él imaginaba como un bello jardín. Llegó a Biarritz en 1948: a los diecisiete años, sin pasaporte y delirando de fiebre, no le pareció mal. Iba descalzo, sin afeitar, la mirada extraviada. Los gendarmes lo acompañaron hasta un camino de tierra.

—¡Fuera! Largo, sigue todo derecho.

Al otro lado, en el puesto de Endarlatza, le esperaba la Guardia Civil. Los guardias lo dejaron en la cárcel más próxima, la de Bera de Bidasoa; de allí fue reexpedido, lleno de pulgas y piojos, a Pamplona. El marido de su hermana Saturnina, un James Dean campeón de pelota vasca que también jugaba a fútbol en el equipo del Osasuna, pudo llevarle comida decente y ropas.

Volvió a Cascante al cabo de unos meses. Algunos esperaban que volviera destrozado, pero a los ojos de los republicanos llegó aureolado de una gloria luciferina. ¿Sería rojo, sería blanco? El mocoso de Asunción Jiménez Urtubia había cruzado una frontera, para siempre. Obligado a mantener su reputación desde ese momento, iba a desafiarlos a todos.

La Guardia Civil le citó en varias ocasiones para interrogarlo: era un comunista, su fuga lo demostraba. Durante mucho tiempo, Lucio creyó ser víctima del odio de un sargento, pero con el tiempo descubrió que su verdadero enemigo era el secretario de un tribunal cuyo padre, Pepe Romano, alcalde de

Cascante cuando Amadeo era primer teniente, había sido fusilado por los fascistas. Creyendo que el hijo sería como el padre, Lucio nunca había desconfiado de él. Los consideraba una familia amiga. Pero en realidad, en el afán de hacerse perdonar la infamia de su antepasado, los descendientes sólo pensaban en dar pruebas de su celo. ¿Cómo podía imaginar que las malas informaciones sobre él, en cada ocasión, procedían de allí?

Igual que una cabra sobrevive cuando sólo le quedan la piel y los huesos, sólo el orgullo sostuvo a Lucio. Él era el que nadaba en pleno invierno en el lago helado. El que rompía un leño de treinta centímetros con el canto de la mano. El que cavaba en la tierra con el pico los agujeros más grandes para plantar árboles. El que marcaba con su hoz el ritmo de los recolectores de trigo. Aún más huraño que antes, saltaba de un reto a otro.

Un día, un tipo de Tudela vino a desafiarle.

—Cuentan que eres fuerte —dijo—. Demuéstralo.

—No quiero peleas —respondió Lucio.

Era verdad. Aunque las bravatas llenaban su vida de gallito del pueblo, no le gustaban las peleas mortales con un cuchillo. Levantaba costales de harina, tiraba de una cuerda hasta arrastrar a sus adversarios, corría vestido de blanco, con la faja roja y un periódico en la mano ante los afilados cuernos de los toros, y se colgaba de ellos como un loco, el 7 de julio, en los encierros de San Fermín, en Pamplona, para seguir sorprendiendo, para atraer las miradas cuando aquellos quinientos kilos demúsculos furiosos seis veces repetidos eran

liberados en la calle de Santo Domingo para correr los ochocientos cuarenta metros de recorrido protegido por empalizadas hasta la plaza de toros, dispuestos a empitonar al imprudente que cayera bajo sus cascos. El salvaje olor del peligro excitaba a Lucio. En Cascante se habían reunido tres o cuatrocientos mirones.

—Tengo cincuenta pesetas —dijo Santiago.

Lucio vio a su madre que se santiguaba, horrorizada por la nueva locura de su pequeño.

—¡Madre! ¡Acabo de ganar cincuenta pesetas! —gritó con insolencia.

El otro enrojeció de cólera, e intentó levantar el costal en tres ocasiones. En vano. Los compañeros lo habían llenado con 150 kilos de piedras. Era un hombre fuerte, pero sólo Lucio podía cargar 150 kilos sobre sus espaldas. Se concentró. Delante del tembloroso Santiago, delante de todo el pueblo, con el zumbido de las arterias resonando en sus oídos, en el silencio de las respiraciones contenidas, levantó el costal, lo arrancó a la tierra y a su atracción.

La desgracia volvió a atacarles por donde menos lo esperaban. El padre enfermó. Lo llevaron en tren al hospital de Pamplona, ya exhausto por el sufrimiento. En unos días, el cabeza de familia había bajado de su pedestal de estatua de piedra para volver a ser lo que siempre había sido: un ser humano. El hombre bueno y afable que sabía hacerles cantar ópera con el estómago vacío. El que había traído un pellizco de cultura a la casa al hablar de Miguel de Unamuno, el rector

pacifista de la Universidad de Salamanca, en plena zona franquista, que había muerto de pena y de horror, vigilado en su propia casa. Muerto de desesperación por haber oído en 1936 al general Millán Astray, creador en 1920 de la Legión de los *Novios de la muerte*, cuya primera bandera fue dirigida por Franco, gritar: «¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!...» Ese padre era el hombre bueno a quien siempre había visto, en los peores momentos, ayudar a los fugitivos de la sierra. Aquel de cuya boca había oído salir por primera vez, con un tono terrible de cólera, la palabra prohibida por excelencia: «¡Si volviera a empezar, me haría anarquista!» ¿Blasfemia, o el desconocido extremo de la esperanza? Presentía el significado, pero ignoraba la palabra. Aquel que amaba a la madre. El padre al que de todos modos había robado una vez. No era para enorgullecerse, ¡pero tenía tanta hambre! Cuando iban a los campos, tenían derecho a un huevo duro cada uno: un alimento que tenía que bastar para toda la jornada, con pan, sal y aceite. Su padre no podía digerir el aceite de oliva. Lucio había untado con él las claras, y el padre, que sufría terribles dolores intestinales, hubo de cederle su ración. ¿Podía llegar más bajo? Sus vidas eran frágiles como cáscaras de huevo. Ante su padre enfermo, el potro rebelde se puso a temblar. En su rebeldía entraba algo que se parecía al remordimiento.

Alfonso, que había encontrado trabajo en la frontera, en Valcarlos, mandaba algo de dinero. Saturnina, sin una queja, se marchó a trabajar a Barcelona para ayudar a pagar los medicamentos. Criada para todo, se levantaba a las seis de la mañana y pasaba casi toda la jornada de rodillas fregando parqués y baldosas antes de la campana que señalaba la plegaria de la tarde, obligatoria y de rodillas. Ganaba

doscientas pesetas al mes: cien de los amos y cien de un abuelo de la familia que era bueno.

Su participación en el esfuerzo común mejoró un poco cuando encontró trabajo en una pequeña fábrica de bombillas. Ángeles, una de las pequeñas, de once años, fue a reunirse con ella. Ángeles era una estudiante brillante, pero estaba suspendida de antemano en todos los exámenes, marcada por la infamia roja. A pesar de todo, su aportación no bastaba para pagar el hospital.

Lucio visitó a su padre en Pamplona. El anciano ya llevaba la máscara de la muerte.

—Necesitamos cinco mil pesetas —murmuró—. Hay que pagar las curas. Hay que pagar los medicamentos. El tío Pablo siempre ha dicho que nos ayudaría.

La tierra vacilaba. En realidad, era un terremoto. Por primera vez, el Dios tutelar pedía algo. El tío Pablo era un primo de su madre. Nada más llegar a Cascante, Lucio corrió a su encuentro.

—No prometí nada. Y además, no las tengo —se aturulló el hombre.

En su ingenuidad, Lucio no lo comprendía. ¿Cómo era posible que un pariente cercano no comprendiera la gravedad de la situación? Su padre, sin dinero, privado de morfina. Condenado a la tortura, a sangre fría. Lucio quiso explicárselo mejor. Insistió. Se puso en ridículo.

Unos días más tarde el enfermo fue devuelto a su domicilio. Jadeaba como un perro viejo. Gritaba entre las manos de la madre, que le refrescaba las sienes con unas compresas irrisorias. Ella rezaba, querría dar su sangre para devolverle las fuerzas, pero éstas no abandonaban del todo al enfermo. El sufrimiento no iba a terminar tan pronto; excavaba su terreno con alegría, se incrustaba, se eternizaba. Aquella injusticia ahogaba al adolescente. Una noche, de repente, el moribundo se incorporó al verlo. Tenía en la mano su cuchillo, el mismo con el que cortaba el pan, cuando lo había, después de trazar una pequeña cruz; el mismo con el que esculpía figurillas en madera de olivo cuando eran niños.

—¡Lucio! Tú no eres como los demás —jadeó el agonizante—. Tú tienes cojones. Tú puedes hacerlo, tú... ¡Sólo puedo pedirte a ti! Mátame... Por la mula lo harías, ¿no?

Lucio tuvo que aceptar el cuchillo. Se agazapó en un rincón para sollozar. Evidentemente, no podía hacerlo. Por cinco mil pesetas, todo el mundo abandonaba a su padre como a un perro. Pero también él era culpable. ¿Para eso tanta generosidad y fraternidad? Era para volverse loco. ¿Acaso iba a dejar que la bestia triunfara con tantas carteras rebosantes al alcance de la mano?

La caja de ahorros de la calle Caracoles, a doscientos metros de casa, pertenecía a carlistas furibundos, de los que habían creado las primeras falanges a favor de Franco, las que sembraban el terror. Eran precisamente los que habían echado ignominiosamente a Amadeo de la alcaldía.

Con el cuchillo escondido bajo la chaqueta, Lucio se deslizó en la oscuridad de esa noche de invierno. Apoyó la mano en la manija de la puerta del banco. Detrás del gran ventanal sin protección, vio cerca del despacho, a la izquierda, a la directora que charlaba con una vecina. En cuanto se fuera...

Inconscientes del peligro que las acechaba, las dos mujeres no paraban de cotillear, aderezando su conversación con falsos ademanes de marcha e interminables charlas junto a la puerta. Por fin, la vecina se marchó con un último saludo y descubrió en la oscuridad la silueta del joven, al que dirigió una mirada de desaprobación. Era el momento de actuar. Dio un paso para entrar y prácticamente se topó de bruces con la directora. Del otro lado de la puerta, ella le miraba directamente a los ojos, distraídamente, como quien mira un insecto o a un mendigo inoportuno. Le hizo un gesto con la cabeza de que no, no tenía nada que darle, echó el cerrojo y tranquilamente le dio la espalda antes de subir los primeros escalones de la escalera que llevaba al apartamento. Se apagó la luz. Una gota de lluvia cayó sobre la nariz de Lucio. Apretando su cuchillo, se quedó ante el ventanal en sombra. Una nube de vaho salía de su boca. Arriba, tras las persianas y las cortinas, se filtraba la claridad de un apartamento opulento.

Erró por las calles durante un tiempo y volvió a pegarse como un escarabajo contra el ventanal sin luz.

Vestido en la cama, con los puños cerrados, no durmió, alimentando su rabia. Repasaba, con las mandíbulas apretadas, las palabras que pronunciaría, los gestos que haría. Quizá tendría que empujarla, con el cuchillo en su garganta hasta que

ella abriera la caja fuerte y él se llevara el botín. ¿Y si entraba alguien? Terminaría pronto. Con el dinero en la mano, sólo tendría que correr. Le mandaría a su madre el dinero por correo. Sabría dónde esconderse y su padre no sufriría más.

De madrugada, saltó de la cama, apartó el tazón que le tendía su madre y se adentró en las calles polvorientas, con el cuello levantado y apretando su arma contra el pecho. Como la oficina seguía cerrada, dio una vuelta lleno de rabia. Cuando volvió, las luces estaban encendidas. Entró dispuesto a todo: no había nadie. Se adelantó, vio el despacho, la caja cerrada, la escalera negra que subía hacia las suntuosidades que le habían robado a su padre, tocó la madera y el acero. La puerta se abrió para dejar paso a un cliente: el carnicero, cuyo horno usaban para asar los corderos, y que le saludó con un signo imperceptible para evitar crear cualquier intimididad entre los dos.

Lucio fue a sentarse al fondo. Estaba inclinado, con la cabeza entre las manos, cuando entró la directora. Presintió, más que ver, los encogimientos de hombros provocados por su presencia, entre un murmullo confuso de palabras. Sentía el cerebro martilleado por las pulsiones: «si no lo hago, soy un cobarde».

El carnicero salió cerrando la puerta y Lucio no se movió. La directora hizo como si no existiera. Como si, quizás, ese desgraciado quisiera calentarse. Porque no hay nada que se pueda decir a ese tipo de gente.

Aún hizo más: sin una palabra, volvió a su apartamento,

dejándole solo en el despacho de la caja de ahorros lleno de billetes que podían aligerar lo intolerable. Y Lucio se fue a su vez con la cabeza baja.

Ella no presentó ninguna denuncia, ni envió el menor informe al tribunal. Quizá porque era católica. O por un exceso de desprecio.

Después, siguió una larga retahila de tentativas torpes, de cabezonería, de explosiones contradictorias. Pero había pasado el momento. Lucio no había conseguido violar unas leyes que decía despreciar. Ni siquiera por un padre abocado a una muerte vergonzosa. No llegó a considerar el infierno del que le había salvado su cobardía: su vida arruinada sin remedio por un asunto sucio.

Al entierro de su padre fue muchísima gente. Lucio, en el colmo de la desesperación, se culpaba por no haber hecho nada: como si hubiera estado en su mano hacer algo para abreviar los sufrimientos de su padre. Tenía diecinueve años. Le salvó Alfonso.

IV. EL PEQUEÑO NIVE

Lo llevó a Valcarlos, a ciento sesenta kilómetros de Cascante, atraído por las perspectivas de un trabajo. Era la misma Navarra, pero otro paisaje, en el corazón de los Pirineos. En efecto, el hermano mayor se dedicaba allí a una profesión sin peligro de paro: el contrabando por cuenta del antiguo carnicero del pueblo, que se había enrolado como voluntario en el ejército franquista y se había casado con una mujer de la frontera. No era más que un simple empleado, un conductor de camión; pero los Bazo manejaban dinero, mucho dinero, y sus beneficios los convertían en gente poderosa.

Alfonso era honrado a carta cabal, escrupuloso hasta el absurdo. Siempre fue incapaz de escamotear ni un céntimo de los cargamentos fraudulentos que sus patronos vendían por cuatro veces su precio. No le animaba ningún espíritu de rebelión y, si iba a misa tres veces por semana, era por piedad sincera. Cada día, durante cuarenta años, transportó cinco toneladas de mercancías clandestinas al volante de su camión Mercedes, de Pamplona a la frontera francesa, y de la frontera a la capital de Navarra. No podía ignorar nada de ese tráfico: bicicletas, piezas sueltas de automóvil, leche, clavos, espaguetis, harina, juguetes, muestras sin fin de las riquezas de

una Francia en la que casi todo era menos caro que en la España de Franco, descarnada hasta los huesos. En la otra dirección, transportaba mercancías que el Estado francés gravaba con tasas de cuatro a diez veces más altas que las españolas: alcohol, tabaco y licores, sobre todo. Camiones llenos de absenta y moscatel, oporto y anís.

Sin contar, en la temporada de caza, las palomas torcaces abatidas en Roncesvalles desde puestos disimulados con ramas entrelazadas, y que le daban ya desplumadas al otro lado del paso de Ibañeta: treinta o cuarenta cajas que había que pasar esa misma noche para que la carne llegara fresca. Era una caza prohibida en Francia, transportada clandestinamente para el placer de algunos ricos golosos. El dinero pasaba por las manos de su hermano antes de llegar al señor y a la señora Bazo. Fortunas que él mismo depositaba en los bancos y que transportaba conscientemente en invierno, por Hendaya e Irún hasta Pamplona, cuando el puerto de Ibañeta estaba demasiado nevado. Sin la menor tentación, sin que nadie le inquietase jamás. Si un aduanero se hubiera atrevido a buscarle las cosquillas a Alfonso lo más probable es que se hubiera encontrado con un súbito cambio de destino. Todo o casi todo el valle pertenecía a José Bazo, alcalde del lugar, y a la Cipri, su temible esposa. Estaban a partir un piñón con los notables, sobre todo con el coronel de la Guardia Civil, a quien nada ilícito se le podía negar en el mercado negro. No corrían ningún peligro.

Los sudores fríos eran para la chusma que cruzaba noche tras noche el río helado, esquivando las rondas de los guardias que tiraban a matar, al lado de la casa de Alfonso.

Para aquellos que vienen del Bearn por la antigua ciudadela de Saint-Jean-Pied-de-Port, la frontera presenta una anomalía al cabo de cinco kilómetros. La carretera francesa bordea el Pequeño Nive, un torrente de apenas cinco o seis metros de ancho, pero al otro lado está España. A un tiro de piedra, al alcance de la mano, al alcance de unos brazos musculosos, al alcance de unos pies sobre guijarros resbaladizos.

A cada lado del torrente, unas frente a otras, o casi, se alzan unas veinte casas que ofrecen la misma característica: la puerta de una gran bodega se abre al nivel de la corriente. Arriba, a la izquierda, las fachadas floridas se abren a la carretera francesa hasta el pequeño claro llamado Arnegi, con alcaldía francesa, escuela francesa, iglesia, frontón y puesto fronterizo francés. A la derecha, enfrente, las puertas dan al antiguo camino de Santiago de Compostela, el camino francés, que cruza el poblado de Pecotxeta, barriada lejana de Valcarlos en la que, en época de Franco, fue impuesto el castellano con exclusión del vasco y del francés. Allí está instalado el puesto fronterizo, enriquecido con restaurantes, almacenes y ventas, esas tiendas en las que se vende de todo, incluidas, bajo el mostrador, las provisiones más refinadas.

La casa de Alfonso era la primera, la más cercana al almacén principal. Se encontraba, como por casualidad, situada frente al restaurante francés Clementenia, dotado de un amplio sótano al que se accedía por unos escalones que se sumergen en el agua al final de una estrecha plataforma. El patrón, jovial y hospitalario, hacía una buena cocina que le permitiría vivir sin necesidad de matutes, pero la atracción de lo prohibido, unida al peso de la tradición, era más fuerte.

Los avispados patronos de Alfonso llevaban la equidad hasta dividir su domicilio en dos. Él sólo podía usar una mitad y el jardín, un lugar ideal para observar las orillas. La otra mitad, adosada, había sido cedida a la matrona, la mujer encargada por los guardias civiles de registrar a las sospechosas, y a su hijo aduanero. A cada matutero, su aduanero: son las reglas del juego. La Cipri y su hombre respetan el uniforme y aprecian el dinero. Los únicos que realmente se juegan la piel son sus porteadores.

Oficialmente, Lucio había sido contratado como obrero de la construcción. No faltaba trabajo, porque la Cipri siempre andaba con nuevos edificios en proyecto. De noche, se le asignaba una misión de confianza: tenía que atender la barra de las tabernas en las que se reunían los guardias. Si hacía falta, hasta cantaría con ellos. Sin hacer preguntas para no levantar sospechas, tenía que espiar sus movimientos y entorpecer sus rondas. En esta comedia, que podía degenerar en cualquier momento, cada cual mantenía su papel con rigor, mientras el señor alcalde comía con el señor coronel. Fueron años preciosos para Lucio: conocimiento del adversario y estudio de un terreno que le iba a ser muy útil. Le complacía aquella vida de aventura, le tomó gusto a un peligro cuyo olor le atraía a pesar de algunos golpes duros. Sobre todo aquella noche en que una brusca crecida se lo llevó con sus cien kilos a la espalda en los remolinos de la corriente helada, a pesar de la cuerda tendida de una orilla a la otra. Los otros le creyeron perdido durante el largo rato en que estuvo con la cabeza bajo el agua, y sólo sobrevivió gracias a su fuerza legendaria.

El tío Elias, el maître de los ricos madrileños, lo apartó de esa

existencia en la que habría podido estancarse bajo la sombra fraterna.

Le contó que si se presentaba voluntario para el servicio militar pasaría la mayor parte del tiempo en su casa de Cascante, junto a su madre. Él se encargaría de que un coronel le hiciera el favor.

Era septiembre de 1952. A pesar de su desconfianza hacia el ejército, Lucio accedió. Apenas hubo firmado, el sargento de la Guardia Civil de Cascante le dijo riendo:

—¡Tú voluntario! ¡Pero si eres rojo! ¡Estás fichado! Las vas a pasar canutas.

Y en efecto, al cabo de tres meses de clases en la artillería, en Logroño, la capital de La Rioja, donde se cultiva el vino tinto con el que nunca se humedeció los labios, la continua repetición del manejo de armas le provocó impulsos suicidas. Mientras, seguía siendo campeón del levantamiento de pesos que tanto gusta en Vizcaya.

Tantas contradicciones hicieron que el capitán Albéniz se fijara en él y le convocara a su despacho.

—Parece ser que nunca estás contento. ¿De dónde eres?

—Soy de un pueblecito de Navarra... No estoy hecho para la vida militar. Todos me miran mal. Me han catalogado como rojo porque una vez me fugué a Francia. Me han dado mala fama.

—¿Y antes qué hacías?

—Llevaba un bar.

—¿Te interesa la cantina?

Y así, entre sus aprendizajes, el extraño combatiente Lucio abrió un nuevo frente en sus guerrillas: el robo de uniformes. Lo hizo para mandarle algo de dinero a su madre, demasiado seguro de que nunca podría pagar la deuda de sufrimiento que tenía con los de su familia. En su inocencia de campesino, ignoraba que esos hurtos eran mera artesanía, comparados con los que sus superiores practicaban a escala industrial. Tanto en el ejército como en Valcarlos, el ejemplo venía de arriba. Los pequeños siempre se quedan con las migajas del festín.

Se puso de acuerdo con los encargados del almacén del regimiento y con el carretero encargado de llevar los restos de comida de la cantina a los cerdos y a una pocilga que había en una granja a un kilómetro de allí. En los grandes bidones metálicos envueltos con trapos, semana tras semana, en vez de restos de comida metió miles de camisas, montones de botas, delirios de jerséis, cataratas de calcetines, kilómetros de cuerda de escalador y paletadas de relojes Certina. Recuperaba su botín en un bosquecillo, en el cruce de la carretera que lleva al centro de Logroño, donde iba a venderlo. Con este tráfico la madre ganó sus primeros ingresos verdaderos. Él pudo permitirse, junto a su primer par de zapatos, una chaqueta de lechuguino de una ridiculez perfecta que le valió por parte del chistoso capitán el sobrenombre de «El Majo». Nunca había

tenido tanto dinero en las manos y, como hacía que sus colaboradores también se aprovecharan, todos estaban contentos. ¿Ignoraba Albéniz ese tráfico? No es probable. Pero cerraba los ojos sin decir nada, porque sin duda había comprendido dónde iba el producto de las rapiñas del Majo. Incluso le dio como recompensa por su buena conducta un permiso que le llevó a Pecotxeta después de pasar por Cascante para abrazar a su madre y enseñarle su traje nuevo.

Una semana después recibió la mala noticia: sus sustitutos en el cuartel, que andaban menos listos, habían sido descubiertos. Los oficiales superiores, ladrones al por mayor, querían aprovechar la ocasión para dar ejemplo. Lo esperaban en el cuartel para arrestarlo y condenarlo a la pena capital, o a treinta años con un poco de suerte. ¿Qué hacer?

Se lo pensó varias noches, con los pies en el agua helada del Nive, porque su hermano le había pedido ayuda en un transporte urgente. Un incidente decidió por él. La abominable Cipri, a fuerza de racanear en la comida que les daba, había terminado por alimentarles con una raza de pollos muy particular, porque no tenían ni pechugas ni patas. En sus platos, los obreros no encontraban más que cuellos, cabezas y carcasas. Además, aunque la patrona cada día se hacía traer el pan desde Valcarlos, a ellos les daba pan duro. Un día, Lucio bombardeó con mendrugos el techo de la residencia de la pareja Bazo. Ultrajada, la Cipri se precipitó en la habitación en el momento en que sus obreros se preparaban para volver al trabajo.

—¿Quién ha sido? —preguntó—. Yo soy de una familia rica,

¡pero en mi casa me han enseñado a no tirar nunca el pan!

Lucio se levantó. Estaba colorado como un tomate, pero dio un paso.

—He sido yo, señora —dijo—. ¡En mi casa, no damos a comer a los demás lo que nosotros mismos no comeríamos!

La Cipri se batió en retirada, aunque se notaba que le costaba contener su cólera. Su marido no quiso echar al insolente: desde Cascante ya le habían informado de sus antecedentes, pero uno no puede hacer contrabando con hermanas de la caridad... Además, Lucio era demasiado listo y demasiado fuerte para echarlo por una cabezonada.

Fue el joven militar reclamado por su regimiento el que, a fin de cuentas, se despidió. Su nueva enemiga, si por ventura llegaba a saber la verdad de su situación, no le protegería ante una redada de la Guardia Civil.

Al día siguiente pidió cien pesetas con el pretexto de comprar juguetes para los niños de la familia y, en la noche del 24 de agosto de 1954, el desertor Urtubia, después de quince meses de servicio militar en vez de veinte, cruzó el río con la intención de no volver.

Desde Arnegi se hizo acompañar hasta Saint-Jean-Pied-de-Port, donde tomó el tren a Bayona y a París. A Vaucresson para ser exactos, donde trabajaba su hermana Saturnina desde hacía unos meses.

Al contrario de lo que creía, Albéniz no le había condenado.

Al contrario, lo encubrió, aunque él no lo supo hasta mucho después. Sin duda, el mismo Albéniz lo protegió y no habló de él en los registros del regimiento; si no, ¿cómo explicar que en ninguna de sus futuras tribulaciones con las autoridades se mencionara esa deserción?

V. ¡SOY EL QUICO!

Menos de tres años después, en 1957, el Quico se presentaba en su casa de Clichy. El Quico pronto le llamó cariñosamente «peque». Una promoción desde sus inicios de *Nano*, enano. Mientras, Lucio no había dejado de hacer méritos. Pero sus combates eran privados: los de la vida sin gloria de los emigrantes de esta época. Primero fue peón ilegal y luego albañil. Trabajaba duro y era inteligente. Su tercer patrón le inscribió en la Seguridad Social y en tres meses obtuvo el permiso de trabajo y el de residencia. En un año, la casa. En cuanto encontraba un trabajo mejor pagado, cambiaba de patrón.

En Marne-la-Coquette, entre dos golpes de pico en la empresa del señor alcalde, un obrero, Miguel Curto, le preguntó en catalán:

—¿Tú de dónde eres?

—De Navarra —respondió orgullosamente.

¿Esa provincia que se cree un reino? ¿En la que en cada pueblo han fusilado a treinta o cuarenta personas? ¿Esa

Navarra que está tan cercana a Franco como a Mussolini o Hitler?

—Así que eres navarro, ¿eh?

—Sí.

—Entonces, ¿eres carlista?

Lucio se tomó su tiempo.

—Por desgracia, en mi tierra todos son carlistas.

Pasaron largos meses sin que se dirigieran la palabra. Pero el catalán se las arregló para que el maestro de obras destinara a Lucio a su sector.

—En serio, ¿cuál es tu opinión? —le preguntó a la hora del descanso—. ¿Cuáles son tus ideas?

—¡Soy comunista! —respondió Lucio al azar, porque Franco hablaba mal de los comunistas y él odiaba a Franco.

—No, tú no eres comunista. ¡Tú eres anarquista!

Lucio abrió los ojos, asombrado. Como quien no quiere la cosa, había resucitado aquella palabra misteriosa que su padre había empleado en los campos, cuando todo se estaba pudriendo. Ante su cara estupefacta, Curto, con lirismo, le habló de los militantes que, como topos, se esconden en el subsuelo de las dictaduras para dinamitarlas un día. Le habló de la columna indomable de Durruti y de los héroes sin tierra ni

patrón de su ejército, el batallón que marcha y muere, de la fraternidad de los desposeídos de España como bien común, el clamor de los desarraigados que de repente aprenden a respirar, e incluso a leer y a escribir, de las huelgas asesinas: Lucio oía resonar en sus oídos algo parecido al Cristo que tenía que resucitar para salvar al mundo con el que soñaba el cura jesuíta en los sermones de Cuaresma y que hacía llorar a su padre. Pero si Cristo regresaba, volverían a asesinarle.

Unos hombres esperaban en la sombra, dispuestos al sacrificio para dispersar las tinieblas con las que ese enano destructor y su cortejo de militares habían cubierto el país. A un lado quedaba la solidaridad. Al otro, la mascarada y las atrocidades: todos para uno, nada para todos. Allí estaría, entre los suyos.

Al día siguiente, Curto le trajo un número de *Solidaridad obrera*. En aquel periódico, Lucio descubrió anuncios de clases gratuitas de francés.

—¡Pero yo no soy anarquista! —objetó.

—Bueno, tú ve, que nadie te preguntará nada. Tú vas a aprender.

Así fue como Lucio dio sus primeros pasos en la CNT española, en la calle Sainte-Marthe 24, en la X circunscripción de París, con un grupo de barbudos y desgarrados que generosamente le ofrecieron puñados de vocabulario condimentados con gramática y le hicieron compartir, con una convicción completamente natural, la evidencia de un mundo mejor. Ya no harían falta ni Guardia Civil, ni tribunales, ni

cerraduras en las puertas, porque ya no habría propiedad privada y todo sería de todos. El hombre sería libre. Carmen, la hija del fascista, decidiría por sí misma en vez de soportar la tiranía de su padre. Ante él se abría un mundo liso, armonioso, brillante, por el que le guiaban pioneros escrupulosos: no fumaban, no bebían y solían ser vegetarianos. Sólo tenían una droga, pero era fuerte: su sueño. Cancelaban la más mínima duda con una sonrisa de triste conmiseración: porque todo, en el complejo universo, había sido previsto para ellos. Eran los carboneros de la utopía. Se esforzaban por redactar innumerables octavillas con problemas rutilantes y las distribuían entre los refugiados. También actuaban en la embajada y en el consulado de España, embadurnando con pintura las paredes con «Abajo Franco» vengadores, y sabotando como mejor podían las conferencias culturales en las que se reunían los píos pensadores. Los hechos de armas de los viejos eran su pan cotidiano. En primer lugar contaban la saga de los bancos robados y de sus «expropiaciones» —como ellos designaban lo que otros llamaban atraco—, nacidas de la necesidad de obtener dinero para la causa en los lugares donde se encuentra el dinero: en los grandes almacenes de la moneda. Ladrones privados contra ladrones de Estado, para abastecer a sindicatos y huelguistas, prisioneros, abogados, bibliotecas, imprentas, familias desahuciadas... Un pozo sin fondo. Lucio se inscribió enseguida en las Juventudes Libertarias Ibéricas.

¡En cambio, Sabaté! La sangre de los suyos había escrito la historia. Su vida de clandestino aparecía en toda su crudeza. Figuraba en los manuales. Jamás se había vuelto atrás, ni en las horas más oscuras. Las cabezas duras resisten contra los altos

muros. De noche, seguía charlando con Lucio en su refugio de Clichy o en casa de amigos escogidos, todos ellos ex combatientes duros de pelar a los que visitaban con prudencia porque les atacaban escalofríos repentinos.

Algunos amigos establecidos les recibían con aire embarazado. Bebían la granadina de la existencia a pequeños sorbos, eran audaces poquito a poco, sentados sobre sus nalgas gastadas por la burocracia, a veces reivindicativos, siempre dogmáticos. Les costaba disimular su hostilidad bajo un calor aparente. El héroe intempestivo molestaba a los fatigados. Querían olvidar. ¿Acaso no habían enterrado al indomable en las ruinas de las viejas trincheras, bajo el peso de sus hazañas?

El resucitado con el que Lucio se entusiasmaba estaba allí de más, era un fantasma demasiado vivo que seguía sacudiendo las cadenas cuando ellos sólo pensaban en su respetabilidad, oficiantes de un pasado que deseaban ver olvidado para pasar más desapercibidos entre las líneas de una nueva vida. Viejos combatientes que ya sólo hacían guardia alrededor de recuerdos llenos de alambradas, quemados por el fuego de las armas, caras rotas por dentro que escondían bajo discursos inflamados las ganas de no hacer nada.

Pero Lucio quería saberlo todo del hombre que aún no estaba acabado. Cómo había escapado de la Legión extranjera y de los batallones de asalto de los que la nación francesa extraía la carne de cañón destinada al frente oriental. Cómo había sido captado para el esfuerzo bélico: en diciembre de 1939 lo habían reclutado como obrero en una fábrica de

pólvora en Angulema. Y cuando ésta explotó en 1942, tal vez no fuera casualidad que uno de los miembros de la Resistencia tuviera una foto de grupo en la que aparecía él.

Después desapareció. Tuvo una hija con su discreta compañera Leonor. Encontró refugio y hospitalidad en casa del alcalde de Prades, gracias al cual pudo por fin procurarse papeles en regla e instalarse como fontanero en la frontera francesa, al otro lado de los Pirineos de Lucio, en una aldea abandonada del valle alto de la Cerdaña.

Aprendió las rutas clandestinas hacia España, a la que volvió por primera vez en julio de 1944, seguido por varios compañeros que soñaban con la insurrección. Uno tras otro, caerían en el caldero en el que desde 1939 humeaban sin tregua los cañones de los fusiles de los pelotones de ejecución, en el que los dedos de los soldados se llenaban de callos de tanto disparar, en el que las ametralladoras se atascaban entre oscuros charcos de sangre de cuerpos acribillados, en el que los consejos de guerra enviaban bajo las balas a grupos de cientos de personas que no sabían por qué morían.

En el que ser profesor, vecino, poco creyente o poco dotado para la reverencia era considerado un crimen y denunciado. En el que se moría de miedo antes de caer abatido.

Unos pocos ataques a mano armada contra cabecillas del franquismo para recuperar fondos hicieron que en Barcelona se empezara a hablar de él. En cada ocasión, dejaba octavillas en las que explicaba el sentido de su guerra: «Nosotros no somos ladrones. Somos libertarios.» Mientras en París las

grandes voces del movimiento discutían a gritos sobre cuestiones de estrategia, él se sumergía en la acción, a pesar de esos teóricos chillones que iban a costar mucho sufrimiento.

En efecto, los agentes franquistas no eran mancos. Infiltraron a supervivientes de las antiguas estructuras libertarias. Compraron a militantes cuyas traiciones causaron estragos. Encerronas, arrestos, escondites, tiroteos callejeros... Abusos como aquel del que fue víctima un hotelero que en un exceso de celo había ido a denunciar al Quico y sus cuadrillas, y que quedó tullido para siempre a bastonazos por el entusiasmo represor. Sabaté logró escapar de cada trampa gracias a su instinto. A cada compañero caído, el cerco se estrechaba. Hasta los mejores terminan por hablar, denunciando escondites y contactos: ¿quién puede resistir con las manos aplastadas y una sierra mecánica que se aproxima chirriante a los muslos?

Volvió a Francia en dos ocasiones por lo menos. En la primera volaba: Leonor había tenido gemelas, aunque sólo sobreviviría una.

En la segunda ocasión, le esperaban varios disgustos: un atraco cometido por refugiados en la fábrica Rhône-Poulenc de Péage-du-Roussillon había terminado mal.

Hubo un muerto y los controles de policía se multiplicaron. En uno de ellos, en Ceret, a pocos kilómetros de la frontera, pararon su taxi. Llevaba una pistola y logró escapar en la noche en medio de un tiroteo, pero se quedaron con sus documentos. En un registro de su nuevo escondite, las

autoridades descubrieron material suficiente para hacerle condenar en rebeldía, en noviembre de 1948, por posesión de armas y explosivos, a tres años de prisión y cincuenta mil francos de multa. Ya no disponía de ningún refugio seguro.

En Madrid, Zaragoza y Barcelona sus redes cayeron una tras otra. Pero había que seguir ayudando a los camaradas encarcelados y a sus familias, proporcionarles abogados, pagar a los médicos, las curas, los procesos. El robo es vital, y el que se dedica a ello corre los riesgos de una bestia acorralada.

Le tendieron una trampa ante el cine Condal de Barcelona en febrero de 1949. El Quico nunca erraba su blanco: un policía cayó con una bala en la cabeza y otro con un agujero en el muslo. Un mes más tarde, el dos de marzo, en la calle de Marina, no lejos de la incompleta obra maestra de Gaudí, la Sagrada Familia, alcanzaba a dos falangistas de alto rango con un fusil ametrallador. Esperaba al verdugo más feroz de Cataluña, el comisario principal Quintela, que no llegó. Una lástima, aunque las víctimas eran de su misma banda, que multiplicaba los excesos de horrores en los sótanos de las prisiones.

Desde Madrid mandaron refuerzos policiales inauditos. Los taxis, que él solía utilizar, se transformaron en trampas. Los autobuses fueron tomados al asalto por patrullas nerviosas. Varios ciudadanos fueron abatidos por haberse llevado la mano a la cartera demasiado deprisa. Los barrios estaban rodeados.

La comisaría de la Vía Layetana se transformó en un búnker.

José Sabaté, el hermano mayor, cayó gravemente herido en una emboscada. Quico lo salvó, lo hizo pasar a Francia, y allí le arrestaron en su granja de Casenove Loubette por el lamentable asunto de Péage-de-Roussillon.

Vinieron unos meses terribles en los que José, que había podido curarse y volver a Barcelona, fue descubierto y acribillado en una farmacia durante una redada. Aquello significó el inicio de una nueva hecatombe en las filas libertarias. El hermano menor, Manolo, demasiado tierno para esas lides, ya había caído en las garras de la policía en la carretera de Moiá. Sería juzgado por rebelión militar, un proceso militar que permite cualquier cosa, y muere en el garrote el 2 de febrero de 1950, por llamarse Sabaté. La España de Franco se relamía. Su campo de exterminio lento seguía abierto hasta el infinito.

Por fin, en 1955, él, salvado de milagro, acudió a buscar las ruinas dispersas de lo que había construido, animado por la rabia de reconstruirlo. Después del cañón de octavillas, en ocasión del Primero de Mayo, inventó la publicidad municipal automóvil. «Colocaron montoncitos de octavillas previamente humedecidos en los techos de los coches y de los tranvías estacionados —cuenta Antonio Téllez, al que Lucio conocería más tarde—. De modo que cuando los coches se ponían en marcha, las hojas se iban secando y volaban por toda Barcelona.»

«*Soy el Quico*»: las tres fatídicas palabras eran la obsesión de los aprovechados del régimen. El 3 de mayo, dos días después de las octavillas, le tocó el turno al director de un almacén de

tejidos al por mayor. Sabaté estaba sentado delante de él en un sillón, tranquilo, con una cesta de provisiones bajo el brazo. Dentro, un subfusil. Hizo sus compras. Obtuvo ese día cuatro mil pesetas, que le permitieron apuntar más alto. Dos días después, con su cesta bajo el brazo, de la que sobresalían unas verduras, se presentó en la oficina del Banco de Vizcaya de la calle Mallorca, un establecimiento que, como los demás, había descuidado su deber de solidaridad humana. Mostró su metralleta Thomson, cuya visión facilitó la aportación de setecientas mil pesetas, con las que empezó por devolver el dinero al mayorista de tejidos.

Esa cosecha le permitió guardar silencio unos meses. Se movía en la sombra, se esforzaba en ahuyentar miedos profundos, en levantar los ánimos. Publicó periódicos y octavillas. Mandó subsidios. Sabaté no quería que se hablara de él mientras le quedara una parte, por mínima que fuera, del botín. Por cierto que no olvidó mandar a Leonor, obligada a trabajar como asistenta en Toulouse, la parte del jornal que le habría correspondido si él tuviera un empleo normal.

El 21 de marzo de 1956 advirtió que le seguían por las calles de Barcelona y tejió una sutil telaraña en la que cayó el inspector Gómez de Lázaro en la carretera de Montjuic, en el barrio del Poble Sec. Sabaté le acechó en una esquina y le pidió los papeles. En vez de obedecer, el imprudente policía intentó empuñar su arma. La mano del Quico no vacila.

Su foto, proporcionada por la policía francesa a la española, se publicó esa misma tarde en todos los periódicos junto a la del militante Facerías, que no tenía nada que ver.

Ello no le impidió, dos meses después, ayudado por su amigo Ángel Marqués, ir a recoger un fajo de billetes a la agencia 17 del Banco Central, bajo una lluvia torrencial. Desarmó a los dos guardias con desenvoltura, sin verter una gota de sangre: una proeza bastante embarazosa para la policía. Por si fuera poco, Sabaté, para cubrir su retirada, utilizó una bomba de mecha lenta en la que se descubrió que sólo había arena y una nota: «Yo no soy sanguinario. El Quico.»

En el tiempo de ir y volver a Francia, preparó una operación insensata que convertiría una de las empresas de obras públicas más florecientes del régimen franquista en su financiero privilegiado. Le ayudaron dos hombres: Ángel, el único en quien confiaba, a pesar de sus principios, y Amadeo Ramón, *el Asturiano*, un antiguo guerrillero de la provincia de León, bastante lunático, al que conocía poco.

Sin embargo, antes de hacer sus compras, Sabaté empezó por lo más importante, volver a repartir por Barcelona las octavillas que habían cargado a sus espaldas, como mulas, por las trochas del contrabando. Llamaban a la unión de todos contra el torturador. Recordaban que «el enano» era el único que quedaba en pie del trío de bárbaros que habían ensangrentado el mundo. Una octavilla es pequeña, y allí no se podía hablar de las bases militares concedidas a Estados Unidos en nombre de la cruzada sagrada contra el comunismo, ni del crédito bancario americano de sesenta y dos millones de dólares, ni del pacto de ayuda mutua firmado en 1953 como cortesía de Washington a Franco, ni tampoco del ingreso de España en la ONU y en la UNESCO, por la puerta pequeña, sí, pero consolidando el régimen.

Asesino reconocido como tal, pero apoyado por Occidente por razones de Estado, el Caudillo puede perseguir a quien le parezca: es un maestro apreciado por la Casa Blanca. Sabaté, frente a él, está solo: combate al autócrata cruel, y al mismo tiempo denuncia a Stalin. Sus octavillas gritan: «¡Vierte nuestra sangre y las naciones se lavan las manos con ella!» Nadie parece oírle. De todos modos, persevera. Alguien en el desierto terminará por responder a su llamada. Reparte prospectos como granos de arena. Los lanza desde el fondo del agujero de la opresión. Sin él, no habría nada. ¿Lo saben los burócratas anarcos de Toulouse y de París?

Sólo entonces pasa a los aspectos anecdóticos: el avituallamiento. Su objetivo se concreta en la empresa Cubiertas y Tejados, el 22 de diciembre, día de la paga de Navidad. Los locales están atiborrados de gente. Los clientes se apresuran frente a las ventanillas. Ángel y el Asturiano, que han llegado antes, están a punto de abandonar, descorazonados.

—¿Que hay gente? ¿Y qué? —lanza el Quico con esa seguridad milagrosa que le saca de los peores apuros.

Avisa al portero y dice que quiere ver a alguien, un nombre elegido al azar.

—A ver si lo entiendes, un atraco es una representación —le explica a Lucio.

Está sentado a horcajadas en una de las dos sillas del cuarto de Clichy. Ya hace dos meses que llegó. La fuerza de su presencia impregna la estancia. Por delicadeza, no deja que

se note demasiado, pero en seguida se ha convertido en el jefe, y ahora se dedica a hacer memoria.

Retazos de recuerdos afloran a la superficie. Hablar enlaza conexiones que él aún ignoraba.

—Lo importante son los primeros segundos, ¿entiendes? Luego todo sale solo.

Se olvida de decir que no conoce el miedo. Estaría fuera de lugar. Que no tiembla nunca. Que es un animal de guerra que olfatea el peligro a cada instante. Que no se le escapa nada. Habla con Lucio a pequeñas ráfagas, como si hablara consigo mismo.

—«Soy el Quico.» Eso fue lo primero que le dije al guardia. «Acompáñanos a las cajas como si fuéramos buenos clientes.» Lo dije despacio para no asustarle. «¡Estoy casado, tengo hijos!» Empezó a agitarse. Un buen tipo. No tenía cojones. Entonces le dije: «Muy bien. Vas a portarte bien. Todo irá de maravilla.»

Sabaté se muestra suave como un dentista que tiene el torno en la mano. Después de todo, no es más que una Thomson 11,43. Y el guardián se comporta. Lleva al anarquista, seguido de Ángel, hasta el primer piso, mientras que el Asturiano ocupa su puesto en el vestíbulo de entrada.

Después de la antecámara, detrás de la puerta cerrada, el sanctasanctórum. Sabaté llama suavemente. La ametralladora le precede ante las nances de los empleados, que no tienen tiempo ni de esbozar un gesto. Los pone de cara a la pared,

apoyándose en las manos, con las piernas bien separadas para evitar imprudencias, y pide al cajero que se anuncie.

—¿Comprendes, Peque? No hace falta gritar, ni cometer ninguna brutalidad. Hay que dejar que lo comprendan por sí mismos: vienes en son de paz. Pero podría ser la guerra. Para luchar contra la violencia, aunque no la quieras, hay que usar la violencia. ¡Peor para ellos! Tú llegarás hasta el final, tienes que hacerlo entender. Conmigo, la gente siempre ha reaccionado bien. Los polis son otra historia. No admiten que estés en guerra. Cometan el error. Hay que disparar primero. Con los civiles nunca hay el menor problema. En esa ocasión, el cajero hizo girar las estanterías del gran armario que tenía delante, abrió la caja fuerte y Ángel empaquetó los fajos. Fue una bonita operación.

—¿Ah, sí? —dice Lucio, que escucha con la boca abierta, como un niño que oye su primer cuento de hadas. No da crédito a sus oídos.

—Casi un millón de pesetas. Pero yo quería más. Quería las cajas fuertes del sótano. Sin embargo, al pasar por la planta baja vimos que el Asturiano estaba perdiendo los estribos. En vez de dejar que la gente circulase normalmente y de limitarse a hacer de palo, había sacado su arma. Tras los cristales había una multitud que se agitaba. No parecían muy asustados. Incluso había algunos que se reían: creían que se estaba rodando una película. Me vi obligado a desengañarles. Corté todos los cables del teléfono. Luego, Ángel salió el primero con el botín hacia el taxi. El Asturiano y yo le cubrimos las espaldas. Tenía miedo de que hiciera alguna idiotez. Ese tipo era una

auténtica calamidad. En fin, hasta ese momento todo había ido bien.

Cambian de taxi varias veces y se encuentran sin problemas en el escondite previsto, en la parte vieja de la ciudad. Se encierran allí dentro durante dos días y dos noches. El 25, el Quico tiene asuntos que resolver fuera de Barcelona. Cuando vuelve, Ángel ha desaparecido. No ha podido resistir las ganas de salir a tomar el aire.

Quico, encolerizado, se lanza en su busca. Temiendo lo peor, toma todas las precauciones. Y hace bien. En la segunda dirección posible, llama tímidamente a la puerta de atrás y le responden unos disparos. Ángel ha sido capturado. Más tarde, Quico descubrirá que la policía francesa abría su correo y transmitía todas las informaciones a sus colegas españoles. La conciencia humana debe desterrar a Franco, pero las dos policías nunca han dejado de colaborar. La situación no podría ser peor: Ángel conoce todos los escondites, todos los contactos. Se morderá la lengua mientras pueda. Pero, ¿cuántas horas le quedan? Incluso el refugio en el que Sabaté ha dejado al Asturiano es peligroso. Están apañados.

El Quico va a buscar a su cómplice. Una hora y media más tarde, la policía está allí, a sus talones, y el barrio rodeado. Sabaté tiene otra emergencia: hacer desaparecer el material depositado al otro lado de la ciudad: armas, explosivos, magnetófonos... No hace ni diez minutos que ha entrado en el local secreto cuando unos gritos resuenan en la calle: «¡Policía! ¡Policía!»

Sale a la calle con la Thomson en la mano, llevado por el salvaje reflejo de morir luchando. El taxista huye dando gritos. Acaba de descubrir la identidad de sus clientes. Se lleva con él una maleta que contiene parte del botín. En seguida aparece un guardia, pistola en ristre, alertado por los gritos. Sabaté apunta al pistolero con la Thomson.

—¡Soy el Quico! ¡Largo! ¡Desaparece! ¡No me obligues a matarte!

Llega un segundo guardia. El primero, aún en estado de shock, se lleva a su colega algo más lejos. Todos los policías de Barcelona les pisan los talones. Quizá les queda un pequeño escondite que Ángel no conocía. Pasa un taxi en el momento oportuno. Dispuestos a saltar en marcha si les cierran el paso, se hacen llevar allí. Baja para verificar que no hay moros en la costa y cuando vuelve a buscar al Asturiano se encuentra con que éste ha desaparecido. ¿Le habrán pillado? Ya no es posible esconderse allí. Una patrulla se perfila en el extremo de la calle. Parece que le piden la documentación a todo el mundo. Sabaté desaparece en el anochecer, bendiciendo a las autoridades municipales de Barcelona, que tan amablemente dejan merodear a tantos taxis.

Al doblar una esquina, ¡milagro! El Asturiano. A éste le falta poco para disparar, sorprendido por el coche que se para a su lado. ¿Qué le ha pasado? ¿Tan convencido estaba de que lo habían localizado, como dice? Más bien sería el canguelo. Las ganas de cortar la cuerda. Pero el Quico no tiene tiempo de preocuparse por su estado de ánimo. Se lo lleva a un descampado, al norte de la ciudad, donde tiene una cabaña en

la que ha escondido cien mil pesetas y una ametralladora. Tiene la ciudad sembrada de escondites como éste.

Nadie allí tampoco. Sí, Ángel habrá caído. Se hace tarde. Las calles se vacían. Los últimos paseantes adquieren una apariencia sospechosa. Sabaté llega a uno de los últimos cafés en los que se reúnen los trasnochadores. El Asturiano, dócil al fin, le sigue como su sombra. Sólo quedará adivinar en qué momento, como un caballo resabiado, dará el próximo paso en falso. Entonces Sabaté improvisa un plan urdido por la desesperación. Elige a un cliente casi al azar, por su cara bonita, y le sigue discretamente hasta su domicilio. Al pie de su inmueble, le clava el cañón de la pistola en la espalda.

—¡Soy el Quico! Llévanos a tu casa. No tienes elección.

Han topado con una pareja bastante amable, pero los dos trabajan y tienen una hija de doce años. Es imposible mantener a los tres encerrados. Hay que correr el riesgo de dejar que los padres vayan a trabajar y quedarse a la niña como rehén. Mal recuerdo. Días asquerosos. Basta. Expulsa la amargura de su frente. Se lleva las manos al estómago.

—Peque, te lo juro, no me gustaba nada, por muy obligado a hacerlo que estuviera. No habría tocado a la chiquilla, ni siquiera si nos hubieran traicionado. Pero ¿y si tomaban el piso al asalto, eh? Ellos no habrían dudado. Ni siquiera si la hubiera liberado. Y me habrían colgado el mochuelo. Bueno... Después pude indemnizar a los padres, eso sí.

»Quedaba Joaquina, una compañera, una militante. Había salido de la cárcel hacía tres años, y Ángel no la conocía.

Encontró lo que nos hacía falta, y nos quedamos allí un mes. Sólo por eso podían volver a pillarla. No quería dejarla atrás, aunque acababan de operarla. Además, ella quería venirse. La conocerás. Fuimos en tren a Granollers y Hostalric, ¿comprendes? El tren se acaba allí.

Lucio, que no conoce la región, no comprende. En cambio, se imagina muy bien a su huésped disfrazado de campesino, un viejecito atacado por el reuma al que cede su asiento un joven compasivo. Lleva una cesta llena de fruta que ha comprado en la ciudad, y debajo la metralleta. Imagina a la chica con su hatillo y al Asturiano fingiéndose turista. Les ve, después de haber rodeado el pueblo, cambiarse de ropa al anochecer y ponerse en marcha hacia las montañas con sus zapatones, sus chaquetas y sus pasamontañas, por pequeñas etapas nocturnas para no agotar a la convaleciente. Sigue un periplo insensato.

—Trece días para cruzar los Pirineos. ¿Te das cuenta? Llegamos a Francia por la Menera, entre Prats de Molló y Costoja, el 19 de febrero. Ya ves, hace dos meses. Joaquina fue a ver cómo iba todo por casa de los compañeros que todavía guardan mis papeles auténticos cuando voy de expedición. Hice bien en desconfiar hasta el final. Los gendarmes de Prats de Molló habían pasado a registrar el día antes. Venían de mi casa con detector de metales y todo lo demás. Lo habían encontrado todo, la Stern 9 mm, el PM Mosch, los revólveres, la munición... Tenían un mandato. Así que también me buscan en Francia. Activamente, como dicen. A menudo pienso en Ángel. En la División de Investigación Social saben hacer las cosas.

Sabaté parecía muy cansado. Tenía ganas de estirarse. Encogió los hombros.

—No te fíes nunca, Peque... Si realmente pudiéramos conseguirlo...

No terminó su frase y pasó el brazo por debajo de la cama. Lucio no veía lo que estaba haciendo. Luego, Quico se puso a gatas. Cuando reapareció, su torso estaba prolongado por una metralleta bien cuidada: la Thomson 11,43.

—El dinero ya está distribuido. Pero ésta me la he guardado. Se la tuve que dar a Joaquina para que la trajera aquí. Era más prudente. El dinero había sido bien usado. Sabemos en qué gracias a una relación de septiembre de 1957 dirigida por él mismo a la CNT exiliada en Toulouse.⁵ No usa términos medios:

Nuestros esfuerzos han permitido obtener la libertad provisional de treinta y ocho camaradas después de siete meses de detención. Abogados franceses han ido a Madrid (el señor Biaggi, en particular) y ellos son quienes han obtenido en parte lo que reclamábamos.

Asimismo, queremos señalar que ciertos camaradas sin escrúpulos intentan desacreditar nuestra actitud en este asunto y nos tildan de bandidos y ladrones usando los mismos términos que el enemigo franquista. Los franquistas intentan justificarse ante el mundo, y nuestros camaradas, justificar su inactividad.

5 Antonio Téllez Sola, *Sabaté: guerrilla urbana en España*, op. cit.

VI. EL HOMBRE DE LA VOZ DE BRONCE

Desde entonces, Lucio se sintió como drogado por el olor a pólvora que desprendía Sabaté. Evidentemente, el terreno ya estaba minado con anterioridad, pero su relación con la fiera provocó estragos de los que no habló con nadie. «Si me necesitas...» Ni siquiera esta frase, de una debilidad indecente, salía de sus labios.

Siguió trabajando en las obras, como eventual, al contrario de los contratos indefinidos que reclamaban los demás. Proletario de elite a trescientos cincuenta francos a la semana. Hombre libre en cuanto había terminado, a las tres de la tarde. Sus jefes estaban contentos. Sus excentricidades no les interesaban. Ignoraban, por ejemplo, que les había hecho contratar a curas obreros del hogar de Clichy, apóstoles de la protesta.

En la cantina de Meudon-la-Forêt, en la casa Sola, una empresa en la que trabajó bastante tiempo, provocó una pelea homérica. Allí iban a almorzar un millar de trabajadores después de haber ejercido su oficio bajo la mirada de cernícalo de un arquitecto visionario vestido con abrigos de pieles, a quien todos enviarían a la cárcel por extravagancia excesiva:

albañiles como Lucio, electricistas, fontaneros, picapedreros que venían de las canteras del señor Chevalier, el lejano patrón, antiguo alcalde liberal de Argel. Lucio había introducido allí al diablo en las personas de Silvio y Gaudicheau, uno anarquista y el otro trotskista, dos maestros que se habían puesto una gorra con la esperanza de pasar desapercibidos. ¡Anarcotrotskistas en un feudo del Partido! Apenas tuvieron tiempo de distribuir un puñado de octavillas antes de que se rompiera la primera mesa. El responsable de la CGT señaló inmediatamente a Lucio: él era el único que podía estar en el origen del sacrilegio. Uno contra cien, estaba en su salsa. Luego enarboló sus cicatrices como un combatiente enseña sus medallas. Tenía que ponerse a la altura de su modelo, y su modelo estaba muy arriba.

Ya no se contentaba con ir a las conferencias culturales de la calle Sainte-Marthe, donde intelectuales de renombre iban a manifestar su solidaridad con los exiliados haciéndoles participar en alguna medida de sus trabajos: en 1957, tan cerca del fin de la guerra, los ex combatientes del Frente Popular español habían vertido demasiada sangre en la Resistencia francesa como para no ser considerados héroes perseguidos. A la izquierda no dejaba de escandalizarle el hecho de que el Caudillo hubiera sido mantenido en el poder en 1945 por un Churchill que temía que fueran a sustituirlo gentes demasiado sensibles a los cantos de sirena soviéticos. El viejo león amaba la estabilidad tanto como sus cigarros. Pero ¿quién pagaba los chanchullos planetarios de los cuatro grandes? El pueblo, que sólo quería respirar. De haberse celebrado un referéndum en Francia, se habría percibido que una gran mayoría daba la razón a la ONU cuando, en 1946, había optado por retirar a los

embajadores del país del verdugo del garrote. La gente de orden —entonces aún se hablaba así— aplaudía al hotel Matignon, el Ministerio de Exteriores francés, por haber cerrado las fronteras de Francia en las narices del sombrío criminal después de la ejecución de Cristino García, considerado por los franceses un héroe de la Resistencia contra los nazis. Era como si el Caudillo estuviera prolongando la guerra por su cuenta. ¿Sus reformas? ¡Ah, sí! La creación de unas Cortes en 1942, dotadas de un único poder: «Intercambiar opiniones en el marco del régimen.» Y luego la supresión del saludo fascista, algo pasado de moda desde el fin de la guerra: como cambiarse de ropa. Añadamos una cierta moderación en el vocabulario, que básicamente consistía en decir «el Movimiento» en vez de «la Falange», demasiado cercana a los *fascios* de su colega Mussolini. Por lo demás, la misma arrogancia marcial y las mismas ejecuciones al trote de los tribunales de excepción. Sólo la guerra fría, dispuesta a alzar su muro en Berlín, salvaba la piel del generalillo sin envergadura, grande sólo por sus crímenes.

En la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, la única organización en la que Lucio se haya inscrito jamás, las ideas pululaban cubiertas por una discreción que abría el camino a todas las clandestinidades. Habían detectado un fallo en el sistema: en su miedo a ser traicionado, el Caudillo no había nombrado sucesor. Ahora bien, entre los católicos, los falangistas, los carlistas y el ejército, la derecha estaba tan dividida como la oposición. Bastaría con suprimir la mordaza que inmovilizaba el país para que todo estallara. En aquel momento, el remedio para los males de España podía parecer a algunos de una simplicidad tan infantil como la *Chanson du*

père la Purge, pharmacien de L'Humanité (Canción del padre La Purga, farmacéutico de la humanidad), que les enseñaban los franceses:

*Tengo todo lo necesario en mi tienda
Vivan el trueno y los rayos
Para purgar a toda la banda
De los explotadores del universo.*

Los cerebros exaltados abrigaban las ideas más peregrinas. Cada noche, en casa, el Quico escuchaba gravemente las hipótesis que a Lucio le parecían menos descabelladas. Sacudiendo la cabeza, respondía invariablemente con una objeción concreta que desmontaba el proyecto:

—Del dicho al hecho hay mucho trecho —dejaba caer.

Cuando Lucio le dijo que era amigo del hijo de Laureano Cerrada, prestó atención. Laureano Cerrada se había dado a conocer en los grupos por haber participado en un espectacular intento para acabar con Franco. Había aportado un millón seiscientos mil francos de entonces para comprar un avión Norécrin. El aparato, pilotado por un ex combatiente del ejército popular, tenía que lanzar una veintena de bombas en las regatas anuales de San Sebastián sobre la tribuna oficial en la que estaría el Generalísimo. El 12 de septiembre de 1948, el aparato, que llevaba a bordo las bombas robadas en una fábrica de pólvora de Orleans, despegó del aeródromo de Dax en dirección a Biarritz. Pero antes de llegar a su objetivo, fue interceptado por cuatro aviones que quisieron obligarle a aterrizar. Consiguió escapar gracias a una maniobra acrobática.

El as de las Brigadas se lanzó en picado sobre el océano y enderezó el aparato a ras del agua. Unos meses después, el mismo Cerrada fue a parar tras las rejas después del descubrimiento, en Gaillon, en el Eure, de una imprenta clandestina donde la policía creía haber localizado el origen de unos marcos bastante dudosos.

—El quizá sí. Habría que probarlo —dijo Quico.

¿Con quién tratar que fuera moralmente irreprochable y capaz de afrontar cualquier riesgo? Ya hacía mucho tiempo que Quico buscaba la cuadratura del círculo. Tras la experiencia de Valcarlos, Lucio le comprendía. No dudar de nada, a condición de dudar de todo: el camino entre la audacia y la prudencia era muy escarpado.

Reuniones y manifestaciones, mítines, pintadas en la embajada: todo empezaba a parecerle bueno para buscar, como en un gran vivero, los contactos propicios para futuras acciones. Quico, que con sólo sacar la cabeza habría sido una presa fácil para los sabuesos de Informaciones Generales, no podía acompañarle a los lugares públicos. A cambio, cada miércoles le presentaba a nuevos personajes en el Palmier, delante del Moulin Rouge, un cafetucho sin pretensiones, entre putas y macarras cansados, jubilados del barrio inclinados sobre el último *blanc sec* y travestís sin maquillaje. Sabaté intentaba elevar la moral de sus tropas. No se hablaba más que de «allí abajo»: de los desaparecidos, de los que habían dado con sus huesos en la trena, de planes descabellados y planes bien fundamentados, de planes sobre cómo cruzar la frontera, del dinero necesario... Una y otra vez,

como un disco rallado. A la vuelta, Quico se encogía de hombros:

—Muchas palabras y pocos hechos. Pero *Nano*, ¡lo que hace falta es alguien que pase a la acción!

En el camino de vuelta, Sabaté siempre se aseguraba de que no les siguieran. Para Lucio, era la hora de las clases prácticas. La escuela de la clandestinidad. La policía de 1957 tenía demasiados argelinos a los que aporrear para preocuparse por los pobres españoles. Pero de todos modos no convenía hacerse notar. El caso de Sabaté era de derecho común. Si se dejaba atrapar por un descuido, cualquier juez le extraditaría. Ése fue el principal tema de conversación cuando llevó a Lucio por primera vez a casa de Joaquina, en Pigalle, en la calle de la Tour-d’Auvergne, frente al local francés de la CNT. Ella les esperaba, lo cual no extrañó a Lucio. Quico siempre se las arreglaba para hacer las llamadas a escondidas, desde los bares. Lo primero que le chocó fueron los ojos de la joven, por la pasión que los inflamaba. Quico no se movía, era evidente que estaba cómodo en ese lugar. Además, ella le hizo saber muy pronto que era Quico quien se había encargado de amueblarlo. Luego le pidió:

—¡Dile tú que no tiene que exponerse a todo por nada! ¡No es Dios, no puede ganar contra todo el mundo! ¡Dile, dile que hay personas que lo necesitan vivo!

Lucio habría querido tranquilizarla.

—Tienes que ver al abogado, Quico —insistió ella—. Él te aprecia.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he llamado. Espera verte.

—Ya sabes que no me gusta... —empezó Sabaté.

—Sí, ya sé. Pero me lo pediste.

—¿Yo?

—La noche de Albanyá, antes de pasar la frontera. «Si algún día tenemos problemas gordos...», me dijiste. Tienes problemas gordos.

Lucio empezó a comprender que nada, en su situación, era sencillo. Cuando Joaquina había sido arrestada, en febrero de 1948, tenía un compañero. Éste, un alto responsable, también estaba buscado. A ella la habían liberado en 1954, pero el camarada seguía pudriéndose en Burgos, tras las rejas. Por supuesto, Quico conocía a aquel hombre, pero la pasión se había cruzado en su camino. Los dos percibían esa pasión mutua como una roca terrible, en equilibrio inestable, a punto de aplastarlos.

Aguantaban la respiración, no conseguían ni hablar de ello ni olvidarlo. Hay terrenos en los que el mayor de los héroes se siente menos audaz que bajo la metralla. En cuanto a ella, ver a alguien así arrojarse a la boca del lobo le producía una gran desazón. Joaquina lloraba cuando la dejaron.

—Ahora ya lo sabes —dijo Quico sin darle importancia, cuando volvieron a la calle—. Es posible que ella te necesite.

La semana siguiente, una mañana, con los ojos entrecerrados por la risa reprimida, metió a Lucio a empujones en el metro: dirección, plaza de L'Étoile. Eran las doce y media; por consejo suyo, Lucio se había cepillado las uñas y se había cambiado sus pantalones de loneta azul por otros claros, pero no sabía adonde iban. Como siempre con su cartera bajo el brazo, Quico le hizo subir por la avenida Hoche y cruzar la calle de Tilsitt hasta llegar a un gran hotel de puertas altaneras, detrás de las cuales el navarro se esperaba alguna cita oculta en las cocinas.

Con paso decidido, Quico cruzó el umbral del Royal Monceau seguido por un Lucio rígido. En el momento en que el recepcionista se disponía a sugerirles que pasaran por la puerta de servicio del restaurante, una mano se agitó entre los festones blancos y las molduras doradas, detrás de las murallas de camareros vestidos de negro y de manteles immaculados. Una melena leonada les hizo señal de avanzar.

—¡Torres! —lanzó a Lucio, a modo de presentación—. ¿Un aperitivo? —Y volviéndose a Sabaté—: ¡Cuéntame, Francisco! No has engordado, ¿eh? No te han alimentado bien. Habrá que cuidarte un poco.

Era el letrado Henry Torres, huracán de leyenda en el Palacio de Justicia desde hacía treinta años, vividor, deslenguado, un auténtico ogro. Veintisiete fragmentos de obús incrustados en su carne durante la guerra del catorce le habían convertido en pacifista para siempre. Era un tribuno incapaz de pasar desapercibido en ningún caso. Se había hecho abogado para airear con voz de trueno sus opiniones con la excusa de los procesos políticos. También era autor de obras de éxito: todo

París había acudido a ver *El proceso de Mary Dugan*. «Sólo una vez se encontró Henry Torres en el papel de acusado», ha contado en su libro *Accusés hors série* (Acusados fuera de serie).⁶ «Fue en América, durante la guerra, por haber “difamado” a un refugiado alemán que le pareció sospechoso. Después de debates grandiosos, el tribunal de justicia le condenó a pagar seiscientos dólares por daños y perjuicios, que el presidente del jurado se ofreció inmediatamente a pagar, como antiguo combatiente de la guerra del catorce.» Un gigante como Francisco Sabaté sólo podía tener como defensor a un hombre de su desmesura, aunque no fuera anarquista. Pronto iba a ser senador por el departamento del Sena, miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores y vicepresidente del Alto Tribunal de Justicia; y es que, ante todo, era un gaullista.

—Hablando de salud —prosiguió—, no puedes seguir así, Francisco. El día que te pillen, no te libras del viaje a España, en furgón blindado. Y allí, lo que te van a pillar es el pescuezo. ¿Habéis venido en metro?

—Sí.

—Tomad el autobús. Es menos peligroso.

Lucio se sentía completamente perdido. Le fascinaba la voz argentina que aquel hombre modulaba mejor que los colores de la banda por la Virgen del Romero. Le deslumbraba la actividad de los camareros. Le asustaba el lenguaje críptico que

6 Henry Torres, *Accusés hors série*, L'air du temps, Gallimard, 1957.

utilizaban con los clientes, indescifrable para su francés aproximado. Quico tuvo que confeccionarle su menú: sólo quería patatas. Torres, no sin una pizca de sadismo, le consultó acerca del vino. Salvo los de la cooperativa de Cascante, no conocía ninguno. Los espejos le apabullaban. Tanta blancura le hacía sentirse sucio y desplazado, como si tuviera un calcetín agujereado y una verruga en la nariz y toda la sala no mirase más que eso. Como un niño, con rápidas ojeadas, intentaba apoderarse de todo lo que le impresionaba de ese mundo: el concierto de cuchillos y tenedores, los misterios de las copas. Su sorpresa era infantil y su voracidad no lo era menos. Los otros dos, sin duda, se habrían divertido con su rostro congestionado si la discusión no hubiera asumido un tono serio desde el primer bocado: Torres quería mandar a Francisco Sabaté a la cárcel. Que se entregara. Le costaría seis meses, una broma para alguien de su talla. A cambio, el abogado se comprometía a evitar la extradición, se lo juró invocando sus redes de amigos.

Henry Torres era el único hombre capaz de convencer a Sabaté. Treinta años antes había librado a Durruti, Ascaso y Jover de una doble extradición con la fuerza de sus gritos estentóreos.

Aquello había sucedido en 1926. El trío de prisioneros de ojos incendiarios estaba acusado nada menos que de haber querido atacar el coche del rey Alfonso XIII en ocasión de su visita a París el 14 de julio. Habían reivindicado en voz alta su atentado frustrado, clamando que querían derrocar un régimen injusto para hacer la revolución. España y Argentina les reclamaban al mismo tiempo: el primer país por un atraco cometido en una

sucursal del Banco de España de Gijón, el segundo por haber desvalijado allí un banco en San Martín. Además, Ascaso era sospechoso de haber asesinado en un paso a nivel al cardenal Soldevila, arzobispo maximalista de Zaragoza, un provocador que había animado a los patronos a no mantener sus promesas después de una huelga larga y sangrienta, alegando que sus firmas habían sido arrancadas por la fuerza. Sin reparar en gastos, Argentina incluso había mandado un barco de guerra para transportar en él a los turbulentos presos.

Torres había luchado por ellos como una fiera, hasta un punto que sobrepasaba con creces su deber profesional de abogado. Se implicó fogosamente en la campaña dirigida por Louis Lecoin, a base de artículos, mítines y carteles en los que se veía su firma: «Un navio de guerra llevará a la muerte, con la complicidad de sus acusadores, a Ascaso, Durruti y Jover. Pueblo parisino, haz un supremo esfuerzo y corre a la sala de las Societés Savantes»... Louis Lecoin, «una mezcla de mago Merlín y *abbé* Pierre», como escribía Torres, era un luchador nato.

Ganaron el proceso y el trío sólo fue deportado a Alemania, de donde a su vez fueron expulsados.⁷ Llegaron a Lyon con papeles falsos y, cuando la policía les encontró de nuevo seis meses después, hubieron de emprender una nueva gira clandestina por Europa. Por lo menos estaban vivos: mala hierba, bandidos destinados al infierno de la guerra civil, miembros de la misma cofradía de desesperados que Sabaté. El hombre que les había salvado preguntó a Durruti una hora

7 José Peirats, *Les Anarchistes espagnols*, Repères-Silena, 1989.

antes de su liberación qué pensaban hacer. Respondió lentamente:

—Volver a empezar.

Quico se decidió por fin. Henry Torres apeló en el tribunal de Cercet por el juicio que condenaba en rebeldía a su cliente a un año de prisión incondicional, y el rebelde se despidió de Lucio. Le dejó lo que tenía: su «instrumental», es decir, la Thomson que le había hecho famoso y la navaja de resorte que podía provocar escalofríos en la espalda. Además de la misión de velar por los que quería, sobre todo por Joaquina.

El rebelde acudió a la audiencia prevista el 12 de noviembre de 1957. En vez de fingir que unos desconocidos habían metido las armas en su casa, reivindicó los hechos. Se batió hasta el último respiro contra Franco. El fiscal aprovechó para sacarse de la manga la condena anterior, la de 1949, por la misma razón. Demostró así que era reincidente, y el tribunal le condenó a ocho meses de prisión incondicional y cinco años de asignación de residencia.

Le colocaron las esposas allí mismo, antes de llevarle a Perpiñán, de donde fue trasladado a Montpellier. A pesar de tantas prisas, los inspectores tuvieron tiempo de burlarse de la ingenuidad de ese prisionero que se hacía el orgulloso y pretendía hacer política: sabían muchas cosas de él, incluso sus rutas de paso por la frontera. La colaboración entre ambas policías funcionaba viento en popa. La Francia democrática recogía sin remilgos los frutos del martirio de Ángel.

Lucio se puso furioso al conocer la sentencia. Durante

semanas vivió con el terror de que, a pesar de los juramentos de Torres, Francia aceptara la extradición que Madrid había pedido inmediatamente. Joaquina y él no podían pensar en otra cosa. Ya se veían, Thomson en ristre, arrancando a su amigo de las mazmorras más profundas. Se tiroteaban con todos los policías del planeta, con escuadrones de gendarmes. Ya se veían muertos, acribillados a balazos, dignos de él, cuando corrían al asalto del furgón celular.

No tuvieron necesidad de demostrar un coraje inútil: la extradición fue denegada, tal y como había prometido el letrado, pero Lucio no se calmó por ello. Se puso frenético.

Con los otros militantes, hacía imprimir sin un centavo unas octavillas miserables. Las doblaba, escribía en los sobres, las distribuía, cotizaba para mandarlas al otro lado de los Pirineos, desde donde esperaba que llegaran a todo el mundo. Eran publicaciones disfrazadas de folletos vegetarianos: «La riqueza del ajo», «La riqueza del limón», que se podían leer sin llamar la atención de los esbirros de Franco en cualquier autobús de Madrid, Cádiz o Barcelona. Pegó en el metro pasquines que llamaban a la manifestación. Todo aquello no era desdeñable, ¡pero qué poca envergadura tenía! Faltaba demasiado dinero para dar una amplitud verdadera al movimiento. Uno no combate al fascismo con mendrugos de pan duro, como los de la Cipri.

Un incidente acabó de ponerle furioso. En esa primavera de 1958, España reclamaba su ingreso en la Comunidad Económica Europea, que acababa de ser creada con el tratado de Roma: Franco saludado como un jefe de Estado

democrático, hablando de negocios en la mesa de los grandes, como si los torrentes de sangre que había vertido no valieran un bocado de tortilla. Todos estaban indignados. Distribuyeron textos muy duros en la plaza del Trocadero. La policía les rodeó. Eran cinco, todos obreros. Les tuvieron en comisaría seis o siete horas, les interrogaron, les amenazaron. Unos inspectores incluso fueron a la calle de Castérès y preguntaron a la portera por la moralidad del sospechoso Urtubia. Ella contestó, indignada, que no tenía nada que reprochar a un señor tan discreto y que cada mañana se levantaba a las cinco. Así que acompañaron a Lucio, delicada atención, a Clichy a las dos de la madrugada.

No obstante, en aquel momento terminó su tranquilidad de refugiado económico sin historia, con un permiso de residencia privilegiado. Las octavillas que le encontraron bastaron para inscribirle en el servicio de alejamiento de la prefectura de policía con el número E 208 581.

Clasificado como refugiado político, con un permiso de estancia que había de renovar cada tres años, obligado a presentarse mañana y noche en la comisaría más cercana cuando un controvertido jefe de Estado fuese recibido en Francia. Y menos mal que la policía, al acompañarle, no había pecado de exceso de celo al registrar su pequeño alojamiento. Habrían podido descubrir el escondite de la Thomson.

Esa arma ya no era una reliquia desde que había conocido a un joven intelectual. Llamémosle Fernando: después ha hecho una carrera más oficial. Y pública.

A los veinticinco años, Fernando conservaba aún en su rostro algo de adolescente. Febril, sin freno, siempre dispuesto para una algarada, destacaba de inmediato entre los obreros que acudían a los locales de las Juventudes Libertarias. Siempre llevaba unos trajes impecables en los que Lucio adivinaba refinamientos desconocidos. Una anécdota les aproximó. Un día Lucio le vio en el momento en que bajaba del vagón contiguo en la estación de metro de Belleville. Se estaba quitando la corbata para meterla en el bolsillo del traje.

—¿Te quitas el disfraz? —preguntó Lucio en broma.

—«Acostumbrarse a las malas condiciones de los que nos rodean.» Máxima 115. Es de Baltasar Gracián, *El discreto*, un jesuita.

—¿Tú lees a los jesuítas? —preguntó Lucio con desprecio.

—Hay que conocer las armas del adversario, Lucio, para volverlas contra él. Todos los manuales de guerrilla dicen lo mismo. Es de Karl von Clausewitz. Bueno, eso creo. Un general prusiano, ¿te das cuenta?

—Qué modo de perder el tiempo...

—También dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios. ¡Estamos en guerra, Lucio! Una guerra total. ¿Crees que él repara en los medios?

—¿Quién?

—¡Franco!

Lucio, que creía haberle pillado en flagrante delito de disimulación, estaba impresionado. Ese chico no se dejaba desarmar. Era un valiente. Clausewitz, nombre que Lucio no conseguía pronunciar correctamente, se convirtió en una señal de reconocimiento entre ellos.

—¿Cómo va Claus esta noche? —se preguntaban gravemente.

Claus pronto se convirtió en uno de la familia, con sus humores, sus manías, sus ideas fijas sobre la guerra que había que hacer. Así se niveló entre ellos el foso de la cultura. Fernando era un pozo de ciencia, como otros son fontaneros, eso era todo.

Unas semanas más tarde, tomaban un café en una terraza situada frente a una sucursal bancaria, no lejos de la estación del Norte.

—La camioneta de la pasta pasa el miércoles a mediodía —dijo Lucio como si acabara de tener una revelación.

—¡Ésa es una buena noticia para Claus! —replicó Fernando—. Lástima que no tengamos artillería, ¿eh?

—Para la retirada, tenemos la boca de metro a diez pasos —prosiguió Lucio—, con todas las salidas que queramos.

—¡Pero bueno, has pensado en todo!

—Estudio. Soy como tú.

Contagiado, Fernando alisó un trozo de papel, doblado en el bolsillo con su eterna corbata, para trazar mejor su plan de acción, que iba comentando al mismo tiempo.

—Dime, ¿al menos sabes usar un arma? —preguntó Lucio.

—Aprendí con el maquis, a los trece años.

Lucio le contempló dubitativo.

—¿Y por qué no? —dijo—. Pero yo entro primero. Doy más miedo que tú. Tú pareces un tío que conduce un Vedette Chambord y que va en un Caravelle a pasar el fin de semana en Roma. Lo importante son los primeros segundos, ¿comprendes? Eso es todo. —De pronto, se dio cuenta de que acababa de citar al Quico, y añadió—: ¡Qué aventura!

—Esto es lo que llaman *cinéma-verité* —respondió Fernando, serio como un oficial prusiano—. Qué lástima que no tengamos artillería, ¿eh?

Unos minutos después, mientras bajaban las escaleras de la estación, Lucio tiró brutalmente de la manga del joven intelectual. Le torturaba una última duda.

—¿Y qué harías con la pasta?

—Oye, Lucio, creía que estábamos de acuerdo. Queremos el pellejo de Franco. Para eso hace falta dinero. Yo no soy un gángster. ¡Hasta luego!

Lucio se rascó la cabeza.

—¡Fernando! Si tienes un rato... Querría enseñarte una cosa...

Tres semanas después, poseían un bonito peculio.

VII. LA COSECHA DE BILLETES

Lucio se inició en el oficio de atracador por emulación hacia Quico. Por deber. Por convicción. Podríamos decir que por virtud. Una profesión que no ejerció durante mucho tiempo y por la que nunca sintió la más mínima vocación, a pesar de su gusto por el riesgo. Las pocas veces que la practicó, se produjo una reacción vergonzosa, se meaba en los pantalones.

Lo que le atormentaba hasta ese punto no eran los remordimientos de atentar contra la institución bancaria, ni el miedo: él no era de los que se arredran. Era, para el niño pobre de Cascante, la incomodidad de ponerse en situación de agredir con su metralleta a unos empleados que no le habían hecho nada. Hacerles correr un peligro por su torpeza. Porque nadie puede saber cómo terminará un asunto así si se presentan problemas.

La Thomson que blandía en dirección de las cajas fuertes actuaba en una galaxia distinta de la nuestra, a años luz de los chips voraces de nuestra informática y de los guerrilleros que fijan sus citas por Internet.

En el año 2000 es probable que Lucio se convirtiera en un

hacker de la informática para financiar la causa antifranquista. Por lo menos, el lujo de precauciones que tomaba con Fernando evitó el derramamiento de sangre en esa época atrasada en que las tarjetas de crédito aún no habían sustituido al papel moneda. Es cierto que el diminuto ojo oculto de las cámaras tampoco vigilaba todos los cruces y todos los rincones del banco. Los gendarmes aún llevaban capa y quepis. El teléfono se usaba menos. Además, Lucio no tenía. Tampoco tenía aspiradora, ni calculadora electrónica, ni televisión en blanco y negro último modelo con un único canal que emitía cincuenta horas de programación a la semana. La tele sólo existía para un millón de privilegiados. Le bastaba con Radio Luxemburgo.

Pero su rebelión no era por ello menor. Y su rigor era absoluto. Vivía escrupulosamente de su paga. No distrajo ni una barra de turrón, ni un par de zapatos del dinero de los robos. Con atraco o sin él, siguió llegando a la obra a las siete, sin frecuentar medios en los que pudieran pulular los chorizos y soplones. Un ser aparte, como Quico. Uno de fuera. Eso le hacía imposible de detectar. Ni Fernando ni él fueron nunca identificados. Más tarde, cuando le ficharon, la policía siguió sin entender el modo de actuar de ese extraño malhechor.

Ese lunes, el metro se paró a las tres menos diez a causa de la huelga. Era el 19 de mayo de 1958 y los empleados no tenían reivindicaciones que formular. El general De Gaulle daba una conferencia de prensa a las tres de la tarde en el palacio de Orsay, a dos pasos de su despacho de la calle de Solferino. Las radios hablaban de una sublevación en Argel: las masas febriles de los *pieds-noirs*, europeos nacidos en Argelia, agitados por el

temor de la independencia de la colonia, se habían echado a la calle el 13 de mayo, hacia el Gobierno General, sede de la autoridad francesa. Había musulmanes entre ellos, no necesariamente «colaboracionistas», sino gentes que creían firmemente en la perennidad de la presencia francesa. Algunas estudiantes tiraban sus velos o los teñían de azul, blanco y rojo. Juntos, habían creado un Comité de Salvación y lo habían puesto en manos del general paracaidista Massu, en rebelión abierta contra la temblorosa República de París, donde el presidente del Consejo, Pflimlin, llamado *petite prime* («ciruelita»), gestionaba, reducido a la impotencia, los restos del mandato caído de las manos de Félix Gaillard.

En la Asamblea Nacional, montones de galgos, podencos, chuchos y caniches ladraban en busca de un hueso que disputarse. No era la leonera habitual. Era la Sociedad Protectora de Animales.

En la calle, el mundo al revés. Los policías rugían consignas furibundas en demanda de primas de peligrosidad por los atentados del Frente de Liberación Nacional argelino. Se les había visto tirarse contra las rejas del Palais-Bourbon, que el diputado Le Pen se esforzaba en abrir desde dentro.

Ante esa revuelta nacida en la kasbah de Argel, De Gaulle, el hombre de la llamada del 18 de junio, había resurgido de la sombra como el Zorro, y protestado desde Colombey-les-deux-Eglises, donde se había hecho ermitaño: «¡El poder no se toma, se recoge!» En ese caos inmenso, Francia parecía a punto de desgarrarse en dos bandos: a favor o en contra.

En la obra en la que trabajaba Lucio, como en las fábricas Renault y en todas partes, los delegados de la CGT habían llamado a la huelga. Para ellos, «el resucitado» estaba haciendo la cama al fascismo. Le describían alzado sobre un trono de déspota por los subfusiles del ejército francés en Argelia. Por esa razón habían enviado, justo antes de su declaración, a unos piquetes para que cortaran la electricidad en las treinta y dos subestaciones que distribuían la corriente a las líneas del metro.

Lucio tuvo suerte. En ese momento trabajaba cerca de la puerta Dorée, en la calle de la Vega, en la XII circunscripción, lo que le obligaba a atravesar todo París para llegar a su calle Castérès. Los empleados de la RATP no le hicieron salir hasta llegar a la plaza Clichy, con lo que sólo le quedaban cuatro estaciones que recorrer a pie: para uno que se pateaba a los once años los caminos de la Ribera, era un paseo. Hacía buen tiempo. Las hojas de los castaños empezaban a desplegarse fuera de sus pegajosas yemas. Se había formado una aglomeración delante de una tienda con el anuncio de Teppaz, en dirección a la Fourche. Estaban difundiendo la alocución del General. Hablaba de las nacionalizaciones que había hecho después de la guerra, las minas, el gas, la electricidad, la Renault. Había creado la Seguridad Social y los comités de empresa. «He restablecido las libertades públicas. ¿Creéis que a los sesenta y siete años voy a iniciar una carrera de dictador?» Argumentos sólidos para los oídos obreros, al contrario de las arengas cegetistas que tampoco convencían a Lucio. Como todos los españoles de su entorno, su opinión era muy simple: el que había combatido contra los fascistas era él, De Gaulle. La víspera había oído a Manolo Lozano (el héroe del

24 de agosto de 1944, al que se ve en las fotos triunfante sobre el *Guadalajara*, el primer tanque de la Nueve que llegó a la plaza del Hôtel-de-Ville) llamar en el curso de una reunión a sus camaradas supervivientes a tomar de nuevo las armas en favor de quien él llamaba «el Viejo», desde las sangrientas batallas de África del Norte y de Montecassino. Para ellos sólo se trataba de proseguir la lucha.

Mientras andaba, Lucio presentía, por retazos de frases escuchadas en un semáforo rojo, por los coches que tocaban la bocina, por la bandera con la cruz de Lorena desplegada en ese barrio popular, que la operación cegetista había sido un fiasco. Los gaullistas situaban y desplazaban sus tropas como si los mandara el mismísimo Claus. De Gaulle no podía ser su enemigo: en el entorno de ese hombre, considerado providencial por más de la mitad de los franceses, los españoles contaban con uno de sus partisanos más gloriosos, André Malraux, que en 1936 había creado la escuadrilla de voluntarios extranjeros, prácticamente la única que se había enfrentado a la aviación franquista.

Lucio apretó el paso. Por primera vez había citado en su casa a Laureano Cerrada, el hombre del atentado fallido contra Franco. Había tomado la decisión después de numerosos encuentros en el restaurante de un compañero, un anarquista aragonés, entre la estación del Este y la estación del Norte. A primera vista, Cerrada no tenía nada de impresionante: era un hombrecito tripudo, calvo y con una pipa siempre entre los dientes ennegrecidos por el tabaco. En el calor de la discusión, blandía la pipa bajo la nariz de su interlocutor, como si fuera una pistola. Era incansable. Había conocido a mucha gente y

actuado mucho. Demasiado, sin duda. Incluso antes de sus problemillas con los marcos alemanes de la imprenta clandestina de Gaillon, en el Eure, su espíritu aventurero le había llevado a la cárcel en varias ocasiones y allí había tejido una red de curiosas relaciones. En la CNT, donde por principio no se rechazaba ningún derecho común, habían considerado que la mala catadura de sus amigos le desmerecía. Tenía un acceso demasiado fácil al dinero. En los momentos de abundancia, lo prestaba a los militantes a cambio de favores a veces peligrosos, como el introducirse con pretextos en empresas con las que él había entrado en contacto, siempre en busca de nuevos y extraños negocios. De modo que le expulsaron. Fue el drama de su vida. Rondaba como un ánima en pena alrededor de la confederación, buscando sin descanso compañeros con los que rehacer el mundo. Bebía mucho: café y coñac. Eso bastaba para hacerse notar en medios en los que prácticamente sólo se bebía agua.

Lucio no estaba tan interesado en su cháchara como en su último contratiempo. Le habían pillado cerca de la plaza de la Concorde con pesetas falsas, por eso acababa de salir de una nueva temporada a la sombra. Precisamente entonces, en el cerebro de Lucio se estaba abriendo paso la idea de acceder a fuentes de ingresos menos rudimentarias que los atracos. De forma confidencial, Cerrada le había hecho saber que tenía guardada en lugar seguro una parte de su stock. Disponía de buen papel, de placas de colores perfectas y de compañeros de confianza en un discreto taller tipográfico. Además, conocía a Madeleine, Madeleine Lamberet,⁸ una pintora que había

8 Murió en abril de 1999.

consagrado su vida a la CNT. Quico la había encontrado en Barcelona entre 1936 y 1937. Ella había hecho el retrato de todos los militantes famosos. Una noche, se había divertido sumando los años pasados en prisión de las personas a las que había conocido: los siglos se sucedían sin tregua. Estaban orgullosos. Era un honor salir de las mazmorras de Franco.

Durante la Resistencia, la precisión de su trazo prestó servicios impagables con las cartillas de racionamiento y los documentos de identidad que repartía Cerrada. Aunque Madeleine no tenía nada que ver con la nueva aventura, su nombre abría todas las puertas. Las artes gráficas han sido siempre, por tradición, un feudo libertario. Cerrada sabía tratar con los tipógrafos y sus técnicas. Su mismo pasado hablaba en su favor, pero estaba sin blanca. Necesitaba una aportación en metálico para desarrollar el proyecto, una suma exorbitante. Los dos hombres habían discutido largamente y habían terminado por ponerse de acuerdo en una cantidad razonable.

Cerrada le esperaba al pie del edificio. Lucio le mandó a tomar un café en un bar de Fernand-Pelloutier, la prolongación de su propia calle; Sabaté le había enseñado que ése era el nombre del creador de las Bolsas de Trabajo, y se sentía muy orgulloso de ello. Tenía que hacer unas compras. El otro se reuniría con él en su casa, media hora más tarde.

Lucio subió lentamente al tercer piso, cerró la puerta con llave y, de la parte superior de su único armario, sacó un paquete que contenía varias decenas de millones de céntimos. Era tan novato que ni siquiera se le había ocurrido un escondite mejor. Lo dividió en dos partes y deslizó la más

grande, envuelta con una bolsa de tela encerada, entre el colchón y el somier. Cuando Cerrada llamó discretamente a la puerta tuvieron otra corta negociación. El apasionado de la controversia había perdido algo de su soberbia: venía a pedir. El valor en el que estimaba la mercancía, a librar antes de un mes, le pareció aceptable a Lucio, quien le dio el equivalente a millón y medio de pesetas de hoy. En ese momento, oyeron un rumor de pasos en la escalera. Lucio comprobó rápidamente que no había nada sospechoso a la vista. Cerrada, que ya se había metido los billetes en el bolsillo, encendió un caliqueño que pronto apestó toda la habitación. Llamaron.

Era un Quico enflaquecido, de pómulos salientes, que tuvo que apoyarse en el marco para no caer. Le dirigió una sonrisa forzada.

—¿Qué tal, *Nano*? —dijo como si todo fuera normal. Se abrazaron sin decir otra palabra.

—Entra. No te quedes aquí. Ya conoces a Cerrada. Estábamos... hablando de negocios.

Los dos hombres se dieron la mano. Quico apenas se sostenía sobre sus piernas. Estaba tan delgado que daba pena.

—La huelga del metro... —intentó explicar—. Me cuesta caminar.

Lucio le hizo sentarse sobre la cama antes de dirigirse a Cerrada.

—Me parece que lo mejor... —dijo.

—Ya me iba. Tengo trabajo. Saluda a Leonor de mi parte, Quico.

—Gracias —dijo Quico—. En cuanto la vea.

El hombrecito se despidió. Unos instantes más tarde, Quico se retorció de dolor sobre la cama, con las manos crispadas sobre el vientre. Lucio daba vueltas a su alrededor, demasiado impresionado para tocarle y sin saber qué hacer.

—¿No tienes medicinas? —se inquietó.

Los temblores se calmaron. La crisis pasó; Quico se levantó y se encogió de hombros.

—¿Has sabido algo de... de...? —preguntó.

—No. Bueno, es que ella... Bueno. Lo han soltado. Llegó de España la semana pasada.

Siguió un largo silencio. Quico no se movió. No dijo nada. Los dos sabían que no volverían a hablar del tema.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lucio.

Quico pareció despertar.

—Eh... La comida de allí, sabes... Tengo una úlcera.

—¡Oye! No te lo quería preguntar delante del otro, porque no es asunto suyo... pero, ¿te has...?

—¿Evadido? No. Me han tenido seis meses, en lugar de los

ocho iniciales. Me soltaron el 13, el día de los disturbios, tal cual. Me han asignado a Dijon. Fui a fichar desde Montpellier. Un compañero me encontró una habitación, como estaba previsto. «Buenos días, señor comisario», y aquí estoy. Mientras me presente una vez a la semana...

Lucio se apoyaba ora sobre un pie, ora sobre el otro, como siempre que estaba intimidado. Pasó la mano bajo el colchón, sacó la bolsa y se la ofreció a Quico.

—Ten —dijo—. Es para ti. Tu instrumental ha funcionado bien.

Quico miró la vieja bolsa con curiosidad. La abrió sobre la mesita. Cayeron varios fajos. Quico miraba alternativamente los billetes y a Lucio.

—¡Nano! —dijo con lágrimas en los ojos y la voz grave—. Yo necesité un maestro. Mi hermano me lo enseñó todo. Pero tú, ¿cómo lo has hecho? ¡No has necesitado a nadie, Peque!

Tuvo que sentarse, el vientre volvía a dolerle de la emoción.

—La verdad es que no fui solo —dijo Lucio—. Fui con otro, un anarquista..., del tipo político... Un intelectual. Me ha ayudado.

—Eso está bien.

—El dinero es para ti —insistió Lucio—. Es para los nuestros. Para todos los que ayudas.

—Son tantos los que sufren ahí abajo. Habría que ir...

—Yo puedo ir. Sé por dónde pasar.

Quico seguía dudando. Contempló los billetes. Luego, elevó la mirada hacia Lucio.

—Entonces, ha llegado el momento —murmuró—. Tenía que llegar el día en que me fiara de ti. ¿Cuándo irás?

—Cambio de obra, de modo que tendré un descanso. Iré dentro de tres días.

—Óyeme bien. En Barcelona verás a Ruiz, es camarero en la rambla de Santa Mónica. ¿Sabes dónde está? Abajo, hacia el puerto.

—Iré por Pamplona.

—En esa zona Ramón es el más seguro.

En pocas horas Quico le dio la llave capaz de abrir todas las puertas del pasado clandestino. Evidentemente, no todas, pero sí las direcciones en París, Toulouse y Perpiñán de las familias de los prisioneros. Y en Barcelona, Madrid, Zaragoza y Pamplona, las de los miembros que seguían activos de la CNT española de antaño, los nombres de las viudas y los de los abogados, y los escasos escondrijos que a lo mejor no estaban quemados. Era un acto de fe, y un testamento. Quico se dio cuenta y le dolió.

—Yo iré después —resopló.

Luego se desmayó. Lucio se precipitó a la farmacia en busca de un médico de guardia, que llegó una hora más tarde. La inyección reanimó al libertario. Chillaba de cólera contra su propio cuerpo, como si el sufrimiento físico proviniera de una traición de su mejor amigo.

—¿Se ha hecho alguna radiografía? —preguntó el doctor.

Era uno de esos médicos de familia de la periferia, cuyo corazón flaquea al tener que subir escaleras para diagnosticar, con demasiada frecuencia, su impotencia ante la miseria.

—Tendrá que operarse un día de éstos —dijo—, si sigue vivo. ¡No me diga que eso le da miedo!

Ese excelente médico había dado en el blanco. Quico podía correr bajo las balas sin temblar, pero la idea de entregarse sin defensa a desconocidos después de una anestesia le aterrizzaba. Estaba convencido de que aprovecharían la ocasión para asesinarle. Era su única debilidad.

En el tren que le llevaba hacia los Pirineos, Lucio había escondido los billetes entre los pliegues y los bolsillos de su camisa. Su enorme maleta estaba llena de octavillas y de literatura bajo una capa de ropa. Estando en Francia, había decidido de una vez por todas que no tenía miedo de nada. En Bayona, cogió el tren de cercanías que bordea el pequeño Nive hasta Saint-Jean-Pied-de-Port. Desde allí, siguió hasta Arnegi en un taxi colectivo modelo tracción delantera, el Citroën familiar en el que entraban ocho contando los que se sentaban en los traspontines. Se bajó tres kilómetros antes de llegar al pueblo, frente a la primera venta de la Cipri, que estaba a la

derecha, en la orilla española, al otro lado del río. El puentecillo que llevaba allí era tentador, pero Lucio sabía por experiencia que la Guardia Civil podía esconderse en las cercanías. Era una hermosa noche de junio. Salvo la ausencia de luna, las circunstancias no eran las más favorables para pasar. Sin embargo, se lo había prometido a Quico y tenía que estar a la altura. Dejó que se fuera el taxi y siguió la carretera durante medio kilómetro hasta un sendero que subía la montaña de la izquierda, donde se escondió mientras esperaba.

Luego, reemprendió su marcha hacia el albergue Clementenia. En dos ocasiones se escondió entre los matorrales, alertado por los motores de automóviles que se dirigían a la frontera. En el albergue se sintió más seguro. De todos modos, evitó cualquier encuentro y se deshizo de sus papeles de refugiado político escondiéndolos en un hueco entre las piedras de un murete, bajo la escalera lateral que llevaba hacia el río.

Sabía que estaban allí, escondidos, pero ¿dónde? Hacia la una de la madrugada, desde su escalera, vio pasar a una patrulla en dirección a Pecotxeta. Circulaban sin precauciones particulares, señal de que no les habían informado de nada especial. Un cuarto de hora más tarde, se apagó la última luz en casa de la matrona, de la que veía tres cuartos, delante de la de su hermano. Recorrió unos metros más hasta el límite del ribazo que sigue la corriente al nivel del agua y dormitó media hora, con los ojos cerrados y los oídos alerta. Cruzó el torrente a las dos, con la maleta sobre el hombro, en dirección a la empalizada del huerto de su hermano. Un modelo en su estilo: bien cultivado y cuidado, todo él era Alfonso. Un cuadro de

habas, tras los tomates, las judías y los girasoles le ocultaron el tiempo necesario para cambiar de zapatos, de calcetines y de pantalón. Desde allí, se deslizó en la sombra, al resguardo de los muros, alerta al menor rumor. Los bares en los que había servido cerveza a los guardias estaban cerrados, como suponía. El lugar de aparcamiento parecía desierto, sólo brillaban las luces de los puestos fronterizos a cada lado del puente internacional. Aprovechó para tomar la carretera de Roncesvalles hasta una construcción que había en la primera curva a la izquierda: el garaje de su hermano. Se deslizó a la parte de atrás y durmió bajo un voladizo.

El ruido de una cortina que se descorre le despertó. En una fracción de segundo se puso en pie, se aseguró de que Alfonso estaba solo y, acercándose como un gato, le tocó el hombro en el momento en que iba a subir a la cabina del Mercedes.

—Lucio, ¿qué estás haciendo?... Sube, rápido.

—Déjame en Pamplona.

Alfonso no hizo más preguntas. Miraba hacia todas partes. Temía por su hermano menor.

Casi no había tenido tiempo de sacar el vehículo del garaje cuando apareció la silueta de un guardia en la carretera, gesticulando en su dirección. Muy pálido, Alfonso decidió esperar al policía que corría hacia ellos.

—¡Alfonso! —dijo casi sin aliento—. ¿Puedes llevarme a Valcarlos?

—¿Ya conoces a mi hermano Lucio? —contestó Alfonso—. Antes trabajaba para el señor José Bazo. Ha venido a saludarme.

Lucio se apartó para dejar sitio al nuevo pasajero, y el camión atiborrado de material de contrabando empezó a pasear a un representante de la ley franquista al lado de un indocumentado: desertor con agravante de ladrón de cuarteles, a quien el contenido de su maleta habría costado la tortura y quizá la ejecución si el hombre de uniforme lo hubiera descubierto. Pero ni siquiera el borrico más estúpido del valle se habría atrevido a importunar al hermano de Alfonso: no se tocaba a los empleados del alcalde de Valcarlos.

En cuanto el guardia se hubo bajado, se sintieron más tranquilos. La espesa niebla de la mañana aún no había levantado sobre el puerto de Ibañeta.

—¡Alfonso! ¡Éste es el lugar más bonito del mundo! —declaró Lucio con convicción mientras se dirigían hacia Roncesvalles—. ¿Cómo está madre?

La carretera, de un lado a otro de los Pirineos, estaba infestada de guardias que fingían no ver el camión, o que incluso los saludaban. No dejaron de intercambiarse noticias de la familia hasta que llegaron. Se separaron en la plaza del Castillo y cada cual se fue a entregar su cargamento prohibido. Alfonso, a la vista de todos; Lucio, roído por la inquietud. Había olvidado hasta qué punto las calles de la capital navarra estaban pobladas de eclesiásticos con sotana, la tripa llena, protuberante, el gesto untuoso, pero la mirada negra de

arrogancia bajo el gran birrete o el sombrero de bordes redondeados. Deambulaban por parejas con majestad, poseedores confirmados de un poder temporal surtido de sustanciosos subsidios que nadie en la multitud de paseantes flacos y reverentes habría osado discutirles.

Fue fácil encontrar a Ramón. Se había establecido como impresor artesano no lejos de la calle Mayor, en una callejuela de la ciudad vieja, detrás de la iglesia de San Lorenzo. Lucio fue allí sin dirigir una sola mirada a la prisión llena de piojos en la que le habían arrojado después de su primer intento de marchar a Francia. El artesano se encontraba detrás de un escaparate oscuro en el que se veían, en el desorden más absoluto, participaciones de matrimonio, de entierros, de bautizos y de misas de aniversario, colecciones de plegarias ilustradas y estampas.

Lucio pensó que se había equivocado de dirección y empujó la puerta como si quisiera pedir una información. Pero no, era él, Ramón... Un amigo de Quico, ese maldito Quico del Llobregat... En un abrir y cerrar de ojos, Lucio se encontró en la rebotica abrazado por un tío enorme, rudo y fraternal, tan ávido de información que no podía terminar sus frases. Especializado en la santurronería por herencia y libertario por convicción, Ramón vivía su doble vida con sinceridad. Hacía meses que se habían cortado todos sus contactos con el movimiento. Bebía cada palabra que caía de la boca del joven mensajero como palabra del evangelio.

Lucio pudo dejar la maleta en su casa. Montones de panfletos llamando al levantamiento hallaron un lugar debajo

de rimeros de opúsculos del Opus Dei. Ramón tenía todos los sobres necesarios para enviar las octavillas, siempre que eliminara los que estaban timbrados en relieve con el escudo de la diócesis, y Lucio pudo escribir tranquilamente su correo a la atención de los militantes en la sombra antes de dirigirse a tres oficinas de correos sucesivas, desde las que envió decenas de cartas. Sólo fueron molestados en dos ocasiones por parroquianos en busca de imágenes piadosas. Ramón era realmente un buen contacto. Animado por el emisario venido de Francia, se comprometió a ponerse en campaña para reunir a los compañeros. Examinaría con ellos el material que necesitaban.

A las once, Lucio tomó el tren para Zaragoza. Allí se quedó algo más de dos horas: el tiempo de mandar nuevas cartas y de buscar a un tal Bernabé, un cantero del Casco Viejo. No estaba en su domicilio y Lucio le dejó una nota en clave, bastante complicada.

A las cinco de la tarde del día siguiente, se reencontró con Alfonso en el lugar de su cita y los dos hombres reemprendieron la ruta de Pecotxeta, Lucio con los bolsillos y los pliegues vacíos, Alfonso luchando con el volante a cada curva por lo lleno que estaba el camión. A partir de las primeras estribaciones de las montañas, por prudencia, prefirieron acondicionar un escondite para el clandestino en la parte de atrás, hasta el garaje de Alfonso, donde se dejaron tan discretamente como se habían encontrado. El viajero esperó hasta la una de la madrugada y el cierre de los bares para fundirse con las siluetas de los últimos clientes y desaparecer entre las habas.

Cruzar la frontera en este sentido no era más fácil que a la ida, pero el huerto de Alfonso constituía un puesto de observación ideal sobre un minúsculo puente de madera conocido sólo por los iniciados. El puente pequeño unía las dos orillas a la sombra, o casi, del gran puente de la carretera. Enfrente se elevaba el pabellón del jefe de la aduana francesa. Bastaba cruzar su jardín para encontrarse en el camino de Clementenia y nadie podía imaginar que un contrabandista fuera lo bastante insolente como para aventurarse por allí. En efecto, sólo lo hacían dos o tres. Lucio recuperó sus papeles y se fue en taxi, en la noche. Al día siguiente estaba de vuelta en París, donde debía encontrarse con Quico tres días después.

Quico llegó armado. Estaba aún más delgado que la otra vez, con los ojos ardientes. Salía del hospital. Habían querido que se quedara, pero se había negado.

—Es una cuestión de honor, Peque —explicó—. No puedo dejar que cojas el dinero en mi lugar. Y todavía menos Fernando. No le conozco. Tengo un par de ideas que proponerte.

Tenía tres o cuatro ideas y las ejecutaron todas, una tras otra. Una llevaba a Bélgica, otra a Holanda. Las restantes eran francesas. Todas se referían a bancos. ¿Dónde tuvieron lugar los atracos? ¿En qué circunstancias? ¿Cuánto dinero supusieron? Es inútil despertar a los dragones bajo montañas de expedientes polvorientos. Gángsteres de la fraternidad, fieles a sus principios austeros, se beneficiaron tan poco del oro que corría entre sus manos que en ciertas noches podían estar contentos si tenían algún amigo que les invitase a cenar.

Quico sufría demasiado como para divertirse. La tragedia le devoraba, pero Lucio, que a sus veintiocho años seguía siendo un ingenuo, disfrutaba incluso de sus miedos. Quico era su dios, su maestro de anarquismo. Con él, no podía pasar nada malo. Todo parecía fácil: incluso correr con un tobillo roto después de haber saltado demasiado aprisa sobre un mostrador de banco, con un enorme saco en la mano, atiborrado de títulos y billetes. El médico catalán simpatizante de la CNT que trató su fractura tuvo problemas para enyesarle: según el herido, se curaría solo.

Cualquier pretexto era bueno para reír. Un día en que habían elegido para disfrazarse los aseos de una galería comercial de los Campos Elíseos, la encargada reparó en ellos. Esa dama virtuosa se equivocó sobre sus intenciones. Cuando, con las armas escondidas bajo los abrigos, se ponían pelucas y bigotes falsos, ella empezó a aporrear la puerta.

—¡Salgan de ahí! ¡Les he visto! ¡Gamberros! ¡Qué vergüenza!
—se desgañitaba—. ¡Es asqueroso! ¡Lo hacen a cualquier hora!
¡Con cualquiera!

Se aglutinaron decenas de mirones. En cualquier momento podía llegar la policía. Tuvieron que salir, abriéndose camino bajo los gritos. «¡Cerdos!», les gritaba la gente, dispuesta a lanzarse sobre ellos. Sobre todo, temían que asomaran las metralletas por entre las ropas que las ocultaban. Escaparon de milagro, por la calle de Ponthieu. Aquella noche, consiguió hacer reír a su maestro ante dos limonadas con menta, contándole su epopeya de delincuentes sexuales.

Todo era un juego. No tenía nada que temer. En su tercer viaje a España, entre Pamplona y Zaragoza bajó del tren en Tudela, porque un autocar lleva de ahí a Cascante, y allí estaba su madre.

Ella lloró, claro. Lo quería. Un compañero pasó por la calle. No pudo resistirse. Una hora más tarde, eran una veintena, casi todos hijos de fascistas que se habían repartido el poder en Cascante, hacinados en la sala común. ¿De veras se habían pasado al otro lado? Se sentían incómodos en un franquismo nacido, para muchos de ellos, de los crímenes de sus padres. La llegada de Lucio era un modo de demostrarlo. Cada cual había traído algo para comer o para beber. Había algunas chicas. Las más guapas de Cascante, por supuesto.

Lucio se puso a recitar a Lorca, de quien recordaba su bárbaro fin: fusilado en 1936. Los guardias civiles le habían disparado como golpe de gracia una bala en el ano, porque era homosexual. Fernando había regalado a su amigo sus obras completas y los poemas habían seducido a Lucio. Siempre llevaba un libro con él, los sabía de memoria:

*Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos.*

Éste, sobre la Guardia Civil, le hacía estremecerse. Todos retenían las lágrimas. Tenía una bonita voz, y Romero Falces también. Ella cantaba como los ángeles. ¡Y sus ojos!... Le dio su libro fetiche. Al día siguiente, la bella Romerito, en su ingenuidad, corrió a enseñar con orgullo su regalo al cura. ¿La obra de un excomulgado? El precioso volumen fue confiscado inmediatamente.

Pero esa noche, para coronar la alegría del reencuentro, en la madrugada que clareaba rojiza en el cielo, el grupo empezó a cantar *La Marsellesa* como homenaje a Lucio. Un vecino les denunció. La Guardia Civil se presentó y consiguió atrapar a una decena de esos peligrosos desaprensivos que ponían en peligro el orden del Caudillo. Cuando el sargento jefe comprendió el origen del coro, Lucio ya estaba lejos; pero uno de los chicos apresados, Joselito Pascual, estaba enfermo de los pulmones. En la celda donde fue encerrado cogió frío y murió. Después de veinte años de franquismo, aún podía uno morir por haber cantado *La Marsellesa*, esa infamia, el canto de marcha de la Revolución.

La represión podía extenderse. De Asturias a Cataluña, la sangre de cada huelga podía dejar nuevos charcos. El garrote y los pelotones podían proseguir su siniestro trabajo: Lucio estaba seguro de poder pasar entre las gotas de sangre.

Tres meses después, se trasladó a Barcelona. Había tardado mucho en ir allí. La sombra del Quico estaba demasiado presente en cada esquina, el cañón de octavillas seguía plantado en las ruinas de la esperanza.

Lucio había intentado innovar. Buenos compañeros le habían afirmado que en Toulouse, en el entorno de la CNT, encontraría papeles falsos de excelente calidad, y se le había ocurrido la idea de circular por España, tranquilo o casi, delante de los tricornos.

La mala calidad del pasaporte que le fabricaron entonces le puso fuera de sí. Se puso a vociferar.

—¿Con esto mandáis a la gente a la lucha? ¡Cualquier aduanero, hasta un ciego, te descubre con esta cosa! ¡Es un asesinato!

Tuvo que volver a pasar por Valcarlos, como en cada una de sus cinco o seis incursiones en España en esa época. La lección había sido buena. En su lucha de hormiga contra la araña franquista, estaba claro que sólo podía contar consigo mismo.

En Barcelona, se alojó en casa de una pariente de su madre, María, desde donde pudo preparar sin peligro su tráfico de panfletos y paquetes manteniéndola en la ignorancia de su actividad. Exaltado por las ganas de darle una sorpresa al Quico, fue al cementerio en el que están enterrados Ferrer, Ascaso y Durruti. Las tumbas estaban vigiladas noche y día, pero de todos modos hizo una veintena de fotos. En su ilusorio sentimiento de seguridad, se permitía de improviso frivolidades que le habrían enfurecido si otros las cometieran. Le guiaba una intuición animal que él creía infalible. Esa vez, tuvo que esperar varias semanas para dar a su destinatario las fotos que tan caras le habrían podido costar: el Quico había tenido que quedarse en Dijon. Estaba entre la vida y la muerte.

Lucio seguramente lo ignoraba, pero aunque lo hubiera sabido, no habría cambiado nada. Su optimismo lindaba con un egoísmo salvaje: ¿Quico estaba enfermo? Se curaría. ¿Tenían que operarle de urgencia? Leonor vendría de Toulouse a velar por él durante la anestesia. Nunca asaltó a Lucio ninguna duda en este tema, y seguramente tenía razón, porque el Quico se repuso de la ablación del bazo (*rate*, en francés) no sin graves complicaciones, claro está.

—¿La *rate*? —repetía distraídamente Lucio la primera vez que se vieron en París.

—Sí, la *rate*. Me han quitado la *rate* —explicaba Quico con su acento catalán.

Lucio hizo un esfuerzo por interesarse por un tema que, evidentemente, no era asunto suyo.

—¿Tenías tanta hambre que te comiste una rata?

Su ferviente falta de interés por todo lo que podía hacerle desviar de sus retos lindaba con lo increíble. Pero el Quico se comportaba del mismo modo, y el lazo fraterno entre los dos hombres se reforzaba con el tiempo.

Las dos hijas de Sabaté, Paquita y Alba, fueron en varias ocasiones a alojarse en la calle Castérès. Por su parte, Lucio fue a menudo a Dijon.

No eran muchos los que hacían esa peregrinación. Iba a esperar al Quico a la salida de su trabajo, la empresa de calefacción central Mauvais et Chevassu; de hecho, el primero

se había convertido en un amigo. Pero el punto de encuentro seguía siendo París. Sus contactos allí eran innumerables.

A cada cena improvisada, a cada encuentro discreto en el fondo del café Aux Sources, a dos pasos de la plaza de la República, cerca de la calle Léon-Jouhaux, donde un amigo libertario, Robla, ingeniero petrolero, les había cedido el uso de un apartamento muy práctico para almacenar botín, octavillas y artillería, a cada nuevo contacto, el Quico repetía sin cansarse:

—Todo esto está muy bien, pero harían falta muchos como Peque para conseguir algo.

Ello fue aún más cierto cuando Laureano Cerrada dio a Lucio el fruto de su préstamo. Las pesetas que tenían que relanzar la lucha contra el tirano eran simples caricaturas de billetes, no había nada mejor para que te atraparan. Había por lo menos seis o siete errores.

El viejo aventurero libertario recibió las críticas con altanería. Lucio recibió con una altanería aún mayor unas réplicas que querían ser mordaces: ni a él, ni sobre todo al Quico, que quería experimentar en el campo de Dijon nuevos tipos de armamento con vistas a un futuro alzamiento armado en Cataluña, les quedaba un real.⁹

El proyecto del *Pancho*, el cañón fácilmente transportable

9 Cerrada morirá acribillado a balazos ante el café de l'Europe, en París, en 1976. Quería hacer escribir sus memorias. El fumador de caliqueños podría no haber respetado ciertos compromisos con malas amistades. Veredicto de Lucio: «Se dejó hipotecar.»

que había sido bautizado así en homenaje a Pancho Villa, con el que quería aprovisionar a los futuros maquis, se quedó en un sueño.

Lucio preparó, con Fernando y otros, una empresa que tampoco les aportó el menor resultado. Se trataba de vengar a los ex combatientes secuestrando a un industrial, a quien llamaremos Ferreiro, responsable durante la guerra civil de la compra de armas para el gobierno republicano. El hombre era sospechoso de haber aprovechado su situación para llenarse los bolsillos. Nunca había habido armas suficientes en el frente de Aragón, pero ahora Ferreiro era propietario de un edificio en la avenida Franklin-Roosevelt. Los compañeros mutilados de guerra, reducidos a la indigencia, habían ido a reclamarle ayuda con vehemencia y él había llamado a la policía, que arrestó a la manada de tullidos. Afortunadamente, en un reconocimiento más atento en compañía de Fernando, descubrieron a tiempo que el hombre de negocios estaba rodeado de guardaespaldas. La policía le protegía permanentemente.

—El navegante con demasiada prisa se rompe la cabeza contra los arrecifes —promulgó sentencioso el intelectual—. Hombre prevenido vale por dos. Es un refrán gallego. Te propongo un viaje a Londres.

VIII. Y LLEGÓ EL DÍA DEL DUELO

Aquella fue una curiosa operación. Nadie podría ser menos *british* que Lucio. En Petticoat Lane o Mile End Road se confundía entre la gente, pero en la City, donde se encuentran los bancos que les interesaban, la cosa era más delicada. En compañía de Fernando, que habría podido pasar por uno de los elegantes de Kensington y que hablaba sin una pizca de acento, sólo podía fingir que era su criado de confianza. Aunque también es cierto que en todas partes hacen falta obreros para meter sus agrietadas manos en lo que no funciona y que en 1959, incluso en Inglaterra, las clases sociales empezaban a mezclarse, por lo menos en la calle.

Fernando les había encontrado una coartada de lo más cultural: tenían que visitar a una vieja gloria republicana del exilio, Salvador de Madariaga, brillante intelectual, una de las primeras firmas del periódico *El Sol*, famoso en su tiempo por sus debates sobre el renacer español, diputado y embajador en la Sociedad de Naciones antes del franquismo. La guerra le había convertido en profesor de Oxford... ¿o era Cambridge? Lucio no estaba seguro. Se mantenía informado sobre la evolución de su país, pero era bastante más moderado que los dos jóvenes ladrones a los que recibía. Incluso estaba

dispuesto a tomar partido en los años siguientes para acabar con toda violencia contra Franco. Lucio estaba tan impresionado al verse recibido por un personaje tan importante que ni siquiera reparó en el respeto, quizás excesivo, que mostró Fernando con él. En otras circunstancias, quizás habría metido al ex embajador en el saco de los buenos oradores barnizados de rojo de los que Quico le había enseñado a desconfiar.

No cumplieron inmediatamente su objetivo, del que evidentemente no dijeron una palabra al notable. Uno de sus cómplices en el rapto fallido del industrial Calvino vivía en la capital inglesa. El tipo no les entusiasmaba, pero consideraban que la operación sería más fácil de montar entre tres. En vez de ir a su casa, para no levantar sospechas, patrullaron la calle en la que vivía el anarquista hasta que cayeron sobre él como por casualidad. Tal y como Fernando había supuesto, no era el tipo que buscaban. Sólo le hablaron de su visita a Madariaga. De todos modos, ese encuentro pudo tener consecuencias molestas, como veremos.

Mientras tanto, realizaron su plan sin él. En ese país en el que a Lucio le parecía que hasta el idioma iba al revés, consiguieron dar un gran golpe. El mayor. ¿Qué banco les hizo ese regalo involuntario? ¿Cuánto se llevaron? ¿Cómo pudieron cruzar la frontera con el dinero? Sobre todos esos puntos, al no ser el único conocedor del secreto, Lucio nunca se ha ido de la lengua.

A su regreso, tras pasar varias semanas escondido en compañía de su cómplice en una guarida londinense, el tiempo

suficiente para que policía y prensa se calmaran, Lucio dio al Quico el equivalente, al cambio actual, de más de doce millones de pesetas con vistas a una próxima expedición. Sí, él volvería a España un día, eso estaba claro, sólo tenía que esperar las circunstancias más favorables. Y el *Pancho* podría llegar a ser operativo.

Así comenzó la conversación la tarde en que Lucio llevó a Fernando ante su fuente de inspiración. Fernando, quizá para lucirse ante el gran libertario, sintió la necesidad de elaborar un retrato de la España del momento: cómo Franco, ante la crisis económica, había recurrido a jóvenes tecnócratas del Opus Dei formados en la Harvard School of Business, sin demasiados escrúpulos, mientras el dinero prosperara bajo la mirada benevolente del Señor todopoderoso. Según esos adeptos del capitalismo salvaje, la evolución de las sociedades era elemental: por debajo de una cierta cantidad de ingresos por habitante, todo país es devoto de la dictadura, de los asesinatos y del salvajismo. La democracia sólo puede florecer con la llegada de esos dólares, que, sin embargo, adoran los regímenes de puño de hierro. Admirable paradoja, útil para Franco y para sus negocios. El Opus Dei había sido creado en 1928 en la Universidad de Madrid como contrapeso a las tendencias liberales entonces en boga. La Iglesia pretendía así mantener con autoridad a la ciencia bajo el manto de la religión. En realidad, los jóvenes avispados salidos de las clases medias se sirvieron del organismo para deslizarse, con la bendición eclesiástica, hasta los mandos del poder. Se ahogaban bajo la capa plúmbea del Caudillo y su banda de facinerosos feudales, pero pudieron emanciparse dentro de un orden. De éste y de la ley se ocupaba el general Alonso Vega,

ministro del Interior desde la reestructuración de 1957. Era el cernícalo del alto estado mayor, y agitaba la zanahoria dorada del dinero para los buenos alumnos y el palo para los obreros que amenazaban con la huelga.

—Desde julio pasado —decía Fernando—, es posible invertir capitales extranjeros en todos los sectores. El gobierno garantiza un seis por ciento de beneficios al año con derecho a recuperar la inversión a los cuatro años. Es una avalancha, y los americanos están encantados. No es ningún secreto que Eisenhower vendrá a abrazar a nuestro grandísimo general. Los europeos se frotan las manos, los franceses corren hacia allá: España es el paraíso. Nos echan los millones de dólares a paletadas, y eso no es todo. ¡La devaluación de julio es genial! ¿Habéis visto, este verano, las nubes de langostas en la Costa Brava? Llevan como caparazón las tiendas de campaña y las caravanas. Visto el curso de la peseta, están dispuestos a arrasarlo todo. ¡Ah, muy inteligente! Mientras no se ablanden en el capítulo de la represión... pero no se ablandarán, y ésa es nuestra oportunidad. Los obreros ya no pueden más. Los estudiantes se están moviendo. ¡Pero bueno! Uno no puede abrir universidades y al mismo tiempo obligar a marchar al paso a jóvenes formados con espíritu crítico, sobre todo desde que Castro bajó del monte; desde que está en La Habana no han cambiado sólo nuestras cabezas. En las de los jóvenes, Fidel ya no es el despistado barbudo obligado a raptar a Fangio para que se hable de él en los periódicos, como en marzo de 1958. Ya no es el divertido extravagante que juega a los bolos en Sierra Maestra y que lee a Marx rodeado de barbudos armados con miserables trabucos en un bohío, una choza colgada de un clavo, entre las majaguas y los manajús gigantes.

Se acabó eso de tener la plaza del pueblo como campo de deportes, dormitorio y depósito de víveres. Los americanos están con él. Además, las volubles mariposas de la jet set ya no podían más. Ese viejo canalla de Batista y sus burdeles para yanquis gordos... Se veía demasiado, ya no se podía aguantar. Castro, con su uniforme caqui, su brazalete rojo y negro, su revólver y sus gafas de concha de abogado, siempre ha sido listo. Había prometido a los gringos que respetaría sus intereses. Y además, la nacionalización de los campos de caña de azúcar, el 17 de mayo, debió de hacer daño en lo alto de los rascacielos de Chicago. Ochenta mil hectáreas de golpe, eso duele en la cartera. Ahora todo irá deprisa. Los compañeros de Batista tienen de qué preocuparse. En España...

—Palabras y palabras son palabras —murmuró el Quico—. En 1936 nadie tenía dinero, pero quemaban los bancos, quemaban los billetes. Desarmaban a los militares.

—¡Pero de todos modos hay que atacar!

Lucio no comprendía la sombría actitud del Quico, porque Fernando anunciaba que la cosa empezaba a moverse. No estaba muy familiarizado con las perspectivas que se le abrían a Franco con su ingreso en la Europa económica, pero conocía Cuba, y eso le entusiasmaba. Había asistido a conferencias sobre la guerrilla en las Juventudes Libertarias de la calle Sainte-Marthe. Isabel del Castillo, la madre del escritor, le había hecho soñar. Cuando bajaron de la sierra de Los Órganos y de la sierra de Escambray, enarbolaban la bandera roja y negra, la de la revolución española, la de los anarquistas. Así que todo podía volver a empezar. Incluso se las había

arreglado para que le presentaran al nuevo embajador, Harold Gramatges, quien, desde entonces, le invitaba a manifestaciones culturales, a conferencias o a conciertos en la cancillería, en la avenida Foch, o en otros lugares.

Fernando acababa de afiliarse al FLP, el Frente de Liberación Popular, «el Felipe» como ellos lo llamaban. Desde 1956, el comité central del Partido Comunista predicaba la reconciliación nacional con Franco, mientras el FLP clamaba en voz alta su voluntad de combatir. Lucio nadaba entre dos aguas. A menudo encontraba a gente como Antonio López Campillo, un brillante universitario, y Antonio García o Rodolfo Guerra, futuro diputado en Barcelona por el Partido Socialista de Cataluña y a muchos otros. Fascinado, bebía las palabras de Fernando.

El Quico ya no decía una palabra. Era imposible adivinar qué pasaba detrás de esas cejas pobladas. Nada podía detener al joven militante.

—Necesitamos grandes nombres como el tuyo, personalidades como tú para encauzar nuestra lucha —lanzó de nuevo hacia su mentor—. Tú vales por todas las dinamitas. El Quico en Barcelona, en Zaragoza, en Madrid: tu presencia vale un ejército. Cuando estemos seguros de tu seguridad, porque no se trata de exponerte por error, ¿verdad? ¡Correr riesgos, vale! Pero calculados. Te necesitamos vivo. ¡Bien vivo!

Por fin, el Quico hizo algo que tomó desprevenido al ardiente orador. Sacó un sobre de un bolsillo interior y se lo tendió a Lucio.

—Recibí esto hace ocho días —dijo.

Era una carta de Henry Torres advirtiéndole de que el viejo asunto de Péage-du-Roussillon resurgía después de dos desestimaciones. El 15 de noviembre de 1959, la sala de apelaciones del tribunal de casación de Lyon acababa de rechazar una última apelación: iba a ser juzgado de nuevo por «intento de robo cualificado y homicidio involuntario». Era ineludible.

En cuanto Lucio, consternado, hubo terminado de leer, el Quico le tendió una segunda carta, esta vez escrita en castellano. Era de Ángel Marqués, el fiel compañero arrestado después de su hazaña en la firma Cubiertas y Tejados, que había sido salvajemente torturado. Desde entonces, se pudría en prisión y tenía para treinta años.

En términos poco afables, reprochaba al Quico que se divirtiera en Francia y llevara una vida regalada mientras los demás sufrían.

—Me voy —dijo Quico—. Ya no puedo quedarme. Quería pasar las Navidades en Barcelona, pero es un poco justo. Estaré allí para Reyes. —Y a Fernando—: Gracias por todo. Me alegro de haberte conocido. Ya nos encontraremos allí; después de todo, el mundo no es tan grande.

Se levantó. Lucio hizo gestos desesperados a Fernando y se precipitó tras él.

—¡Estás loco! —dijo sin aliento—. Es un suicidio. ¿Con quién vas?

—Seremos cinco —replicó Quico—. Hay uno de tus compañeros de las Juventudes: Rogelito Madrigal.

—Vas a matarlos. ¡Los guardias te matarán! Quico, por una vez en tu vida, escucha un consejo. O si no, te llevo conmigo, por Valcarlos. Y luego...

—*Nano*, en Navarra no estoy en mi casa. En Cataluña, cuando abro la puerta de una casa desconocida, hablo en catalán y, si digo mi nombre, muchos me esconden y me dan de comer. Ya nos veremos.

Lucio no se dio por vencido. Le siguió hasta el andén del tren de Dijon, en la estación de Lyon. Le suplicó. Se encolerizó. Le habló de Chile, de Venezuela.

—¿Desde cuándo América está en el camino de España?
—respondió Quico.

Lucio juró que le rompería la cara, que le ataría para impedirle que se fuera. Quico volvió su robusta silueta hacia él y se encogió de hombros.

Se separaron enfadados. Lucio intentó disuadir a los jóvenes compañeros de su entorno de que le siguieran, pero en vano: el prestigio de su amigo era demasiado alto. Sólo uno fue sensible a sus exhortaciones: un militante llamado Delgado, al que veremos más tarde. Aquello le haría ganar tres años de vida.

En la noche del 4 de enero, las radios hablaron de una escaramuza que había tenido lugar en los Pirineos orientales,

por el lado español, cerca de la frontera. Lucio comprendió en seguida. No había tantos grupos de hombres armados que se aventuraran por allí.

El 5, a las 13,30 horas, en una obra en Creil, supo por Radio Luxemburgo de la muerte de su maestro y amigo.

Los detalles se filtraron poco a poco. Sabaté había muerto como vivió: como un héroe de epopeya. ¿Le habían vendido? No, sin duda, pero estaba más vigilado de lo que imaginaba. Quizás a la policía francesa no le disgustaba dejar que la española la desembarazara de un refugiado demasiado incómodo. La Guardia Civil vigilaba en cada puerto, en cada cruce, en cada revuelta de cada pueblo y, si bien no se escondía en todas las casas y en todas las chozas, había pasado por allí amenazando a pastores, leñadores y carboneros para que no colaboraran. Habían encarcelado a sus redes de indicadores, ensillado los caballos válidos, desplegado mayor cantidad de patrullas y movilizado refuerzos en las guarniciones de la retaguardia.

El 30 de diciembre, equipados con pasamontañas, monos de trabajo y botas de marcha compradas por Quico, los cinco compañeros fueron avistados en cuanto cruzaron la frontera; luego se les perdió de vista por primera vez durante dos horas, antes de que desaparecieran hasta el día siguiente. El 31, dos guardias apostados en lo alto de una colina divisaron una columna de humo sospechosa procedente de una masía que ellos sabían que estaba abandonada.

En la madrugada del primer día del año, cuando intentaron

acercarse, les respondió una ráfaga. Se retiraron sin insistir. Habían localizado a la presa de su ronda mortal.

Durante los tres días siguientes, aprovechando los densos bosques y el terreno escarpado, Quico logró escapar a pesar de las batidas y los sucesivos peinados. Les localizaron al este, a punto de escapar del cerco. Se reforzó el dispositivo, y el mando del sector fue confiado a un coronel que hacía y deshacía a voluntad en los cuarteles más cercanos, en Gerona y Figueras. Los puestos situados en segunda línea, hasta Barcelona, fueron alertados por si el enemigo lograra escurrirse. Era la guerra.

El domingo 3 de enero, hacia mediodía, una patrulla los localizó con los prismáticos, deslizándose uno tras otro en una masía habitada por un matrimonio. Llamaron a veinte hombres de refuerzo, a las órdenes del capitán Blázquez. Tres de los fugitivos, entre ellos el Quico, se perfilaron un instante en el umbral de la puerta. Francisco Conesa cayó muerto. El Quico resultó herido por tres balas, una en la pierna, otra en la nalga y una tercera que le rozó el cuello. Martín Ruiz, uno de los jóvenes amigos de Lucio, fue alcanzado en el brazo. El asedio duró toda la tarde, puntuado por disparos que hirieron a un guardia demasiado audaz. Llegaron nuevos refuerzos bajo la dirección del coronel y luego del general de la región.

La única esperanza que le quedaba al Quico, a todos ellos, era aprovechar la noche e intentar una salida desesperada. ¿Cómo podrían despistarles? Esperó a que se escondiera la luna, se deslizó hasta el establo, e hizo salir a una vaca azuzándola en el trasero con sus cuchillos. El pobre animal no

recorrió más de diez metros antes de ser acribillado a balazos. Antonio Miracle y Rogelito Madrigal, el otro amigo de Lucio, aprovecharon la distracción para correr en dirección opuesta: los guardias les esperaban entre los arbustos, y los fusiles dieron en el blanco. Quico también salió, pero lentamente, arrastrándose. En un suspiro, oyó que alguien susurraba algo delante de él:¹⁰ «Soy el teniente... No disparéis... Soy el teniente.» Quico disparó sin pensárselo dos veces. El teniente Francisco de Fuentes cayó muerto. Quico tuvo entonces una idea genial, siguió adelante murmurando: «Soy el teniente... No disparéis...» Hasta cruzar el triple cerco que los rodeaba.

El coronel Rodrigo Gayet dirigió de madrugada el asalto a la masía bajo una lluvia de disparos. Sus hombres descubrieron en primer lugar el cuerpo del teniente; luego, los de los dos anarquistas muertos en la linde del bosque; después al tercero muerto en la casa y, por fin, al matrimonio propietario escondido en el fondo de la buhardilla más oscura. A los cazadores les faltaban dos jabalíes. En el patio interior vieron un horno de pan. Arrojaron dentro granadas por si acaso, y apareció lo que quedaba de Martín Ruiz. Lo remataron con ráfagas cruzadas. La más temible de las fieras, el viejo lobo solitario, había desaparecido de nuevo.

Durante toda la jornada, escapó del ejército lanzado a sus talones, corriendo hacia el sur y hacia el este, como podía, a través de los bosques, sembrando pimienta para los perros. Rodeó Gerona en dirección a Barcelona. El 5, de madrugada, al término de un periplo insensato que le había hecho vadear dos

10 Antonio Téllez Sola, *Sabaté, guerrilla urbana en España*, op. cit.

ríos helados, entró en la estación de Fornells de la Selva y, pistola en mano, saltó a la locomotora del tren correo que venía de Francia. Su primera demanda fue un bocadillo, que devoró.

—Y ahora, a Barcelona. ¡Rápido! —ordenó.

Los maquinistas tuvieron que explicarle que un tren no tiene la libertad de un automóvil: tiene que respetar reglas, horarios, señales. Además, la tracción cambiaba antes de Hostalric para convertirse en eléctrica. De todos modos, sorprendidos y aterrorizados, lo condujeron hasta allí.

Aprovechando la maniobra, con sus dos balas en el cuerpo, saltó de la máquina y tomó la otra máquina al asalto. Una persona normal se habría desmayado de dolor, pero él era el torturado espectro de un humano. La pierna se había infectado, la gangrena la pudría sin remedio, la fiebre nublaba su visión. Sólo se mantenía en pie gracias a su inflexible voluntad.

Sabía que los maquinistas no tardarían en denunciarle, pero tenía un objetivo supremo: llegar a Barcelona para morir en su casa. En su capital.

—¡Rápido! —repitió a los dos nuevos mecánicos.

Todas las estaciones estarían en estado de alerta. Ya no se sostenía en pie, era una agonía. Les hizo parar antes de Sant Celoni, delante de la sierra del Montseny, de la que conocía cada torrente bordeado de alcornoques. Al otro lado crecía el cemento de la costa, desfigurada por las pústulas del turismo

naciente, que había cambiado sus aguas límpidas por un océano de divisas. Se arrastró hasta la carretera. Un campesino le llevó en su carreta hasta el pueblo y le ofreció su bota de vino, que bebió de un trago. Allí, el Quico se dirigió a una inofensiva anciana que le dio la dirección del médico más cercano, aunque le precisó que quizá no estaría en casa. En tal caso, podía preguntar enfrente, cosa que hizo equivocándose de número. No era el hombre de confianza del doctor, sino un buen ciudadano que lo rechazó y, como el vagabundo insistía, lo empujó fuera de su casa. Al notar la metralleta se puso a gritar pidiendo auxilio, aferrado al moribundo que se tambaleaba en la acera. El Quico, para hacer que le soltara, sacó fuerzas para morderle la mano. El somatén local, que estaba en pie de guerra, acudió al momento. Una bala hirió al buen ciudadano. Quico, trotando como podía, logró herir con una bala de su revólver al asaltante más cercano. En respuesta, fue acribillado de balas por la tropa. Disparaban sobre un muerto viviente. Vacieron sus cargadores. Eran las ocho y media de la mañana del 5 de enero de 1960. Los americanos han hecho una película con la sangrienta epopeya del rebelde, *Y llegó el día de la venganza*, con Anthony Quinn, Gregory Peck y Omar Sharif. Su mausoleo de película.

«Cuando la noticia de su muerte llegó a Barcelona, nadie quería creerlo», escribe Antonio Téllez. «Lo primero que se pensó fue que se trataba de una nueva maquinación policial. A veces, el pueblo cree inmortales a ciertos hombres. Se podía oír de la boca de obreros catalanes, como una consigna que se iba a difundir rápidamente: “¡El Quico volverá para hacerles tragar sus mentiras!”»

Francisco Sabaté está enterrado en el cementerio de Sant Celoni. Su tumba siempre está cubierta de flores.

Lucio, en cambio, no dudaba de la muerte de su amigo. Estaba destrozado. Acababa de perder a un padre por segunda vez. Por segunda vez, no había podido vencer a la muerte. El mundo estaba exangüe. Había perdido las ganas de vivir. Con un escalofrío, después de varias noches de dolor y cólera, fue a buscar consuelo a la calle Sainte-Marthe, entre los suyos. Los libertarios de todos los colores lloraban en voz alta al irreductible Sabaté. Individualistas, celosos de sus festines de ideas, casi se habían reconciliado. Lo proclamaron así en mociones, en comunicados, por correo. Apenas algún matiz les diferenciaba. Algunos lamentaban en voz baja el daño que podía hacerles la imagen de militantes desprovistos de estrategia, destinados al fracaso en virtud de una vieja fatalidad.

Sin embargo, no por ello admitieron —hacerlo habría sido un suicidio— que se estaban batiendo con la espalda contra la pared en la que serían fusilados, por culpa del cinismo de los Estados occidentales, resumido en las palabras de un diplomático inglés: «Después de todo, Franco sólo hace daño a los españoles. Su fascismo no se exporta. Y ya que es bueno para el comercio...»

Los semblantes eran serios.

—Y aún hay otro aspecto —terminó por decir un orador—. Sabaté había pedido prestado dinero a la CNT para montar su expedición. Una suma considerable.

Lucio, que ya hacía un buen rato que se mordía la lengua, se encabritó.

—¿De dónde has sacado eso? —gritó indignado—. No acuses nunca sin pruebas.

—De muy buena tinta, te lo aseguro. Pregunta por la zona de Toulouse.

En efecto, Leonor había tenido que aceptar cincuenta mil francos del Movimiento Libertario de la calle de Belfort para pagarse el viaje cuando su marido había sido operado; pero el Quico, furioso al saberlo, había sacado sesenta mil francos de debajo de su almohada para no deberles nada.

Eso eran tres ceros menos de la suma que Lucio le había dado.

—Es falso —tronó.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo le di el dinero. Y no necesitaba pedirle nada a nadie.

Todos los rostros se volvieron hacia el joven navarro. Hasta ahora, nunca había dado que hablar. Ninguno de ellos sospechaba su intimidad con el hombre de leyenda. Sabían que era un obrero, y saludaba al entrar y al salir. Poco más se sabía de él.

—¿Tú? ¿Y de dónde sacaste el dinero? —preguntó un inquisidor flaco de ojos pálidos tras sus gafas de montura de

acero—. No quiero ofenderte, pero ¿de dónde sacaste el dinero? ¿De tu sueldo?

—El Quico está muerto. El Quico no le debe nada a nadie. ¿No tienes vergüenza? ¿No tienes vergüenza? —repitió, dispuesto a cargar contra cualquiera que manchara la memoria del gran hombre.

No pudieron sonsacarle nada más. La sesión, que ya no tenía ningún interés, se levantó pronto. Era consciente de haber embestido un muro con la cabeza baja. El anonimato que le protegía en la sombra del corral se había evaporado de golpe. Había salido al sol de la plaza, ante un público en el que, camaradas o no, siempre hay soplones. Se sentía indignado por la flagrante hipocresía, y eso le había sacado de sus casillas. Quizá Fernando habría podido calmarle, pero dos días antes se habían peleado por una razón poco honorable. Cuando había pronunciado su nombre ante Campillo, éste se había limitado a replicar con una sonrisita: «Ah, sí... Tu amigo el marica...» Para luego lanzar una sonora carcajada. Lucio se había puesto púrpura de rabia. Afluyeron a su cerebro todos los tabúes con los que había crecido. ¿Cómo? ¿Él había ligado su suerte a la de un homosexual? ¡Habían compartido la misma cama! Se le erizaban los pelos del horror. Aquella misma noche, había insultado tan groseramente al infortunado que ya no hubo vuelta atrás.¹¹ Adiós, Fernando.

Al día siguiente de la reunión, un camarada vino a decirle que José Pascual deseaba verle en su casa, en la calle Ezelvir, en el

11 Con el paso de los años, Lucio se avergonzó de su actitud: «¡Qué idiota era! Un auténtico animal. Él era mucho más inteligente que yo y no me lo tuvo en cuenta.»

Marais. En su casa: para que fuera discreto, pero al mismo tiempo oficial. Pascual, el responsable de la Secretaría Intercontinental al inicio de los años cincuenta, durante el período más sangriento de las luchas, antes incluso de la llegada de Lucio a Francia: el asunto era serio. Su función hacía de él una especie de comisario político. Un juez de paz incorruptible. El perro de caza siempre dispuesto a olfatear al sospechoso, al torpe, al chivato, al hipócrita. Su opinión tenía un gran peso sobre los compañeros. Formaba parte de esa cohorte de militantes que nunca se habían arredrado ante nada. Ni ante los trabajos más duros —tenía una pensión de la Seguridad Social por invalidez del 100%, debida a silicosis pulmonar— ni ante los riesgos a asumir para que cayese el último fascismo de Europa junto al de Salazar, en Portugal. Que el mundo entero los aceptara no importaba.

En julio de 1949 le habían visto montar una expedición que terminó mal, para un grupo de aragoneses en el cruce de los Pirineos.

Al mes siguiente se le había visto en la frontera prestando ayuda a José Luis Facerías, uno de los guerrilleros más temibles de la época junto al Quico. Y a pesar de que la enfermedad y las desilusiones en el seno del movimiento le habían conducido a una mayor prudencia, aún no había dicho su última palabra. La entrevista comenzó con un tono tan helado como ambiguo. Era un catalán de buena estatura, guapo, de unos cincuenta años, con el cabello blanco y un poco encorvado, que elegía sus palabras con precaución.

—Oye, he pensado... —sugirió Pascual—. Quiero decir, me

pregunto... Como tú dices que le diste mucho dinero al Quico... Y estuviste en Inglaterra, ¿no? Te vieron por allí...

—Sí. ¿Y qué?

—Se sabe que te reuniste con personalidades... Madariaga... Bueno, nos preguntamos si no habría una relación... Una imprudencia... Basta una palabra de más, ya lo sabes. Al Quico lo esperaban en la frontera, ¿estás de acuerdo?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que querría saber... Ese dinero, ¿de dónde lo sacaste? ¿Cómo pasó? ¡Todo eso!

—Tú querrías saberlo todo.

—Quedaría todo más claro entre nosotros, ¿no te parece?

—Óyeme, Pascual. Lo de ese dinero sólo nos afecta a mí, al Quico y a la justicia.

—Ponte en el lugar de los compañeros.

—En el de nadie más. Yo, el Quico, la justicia y basta, ¿entendido? —repitió Lucio testarudo, antes de irse casi sin despedirse.

No olvidaría tan pronto su malestar. Ideas negras se atravesaban en su cabeza. Su confianza hacia los camaradas libertarios era total, por supuesto; pero la imagen de un soplón incrustado como un piojo en la última fila de la reunión pública

del otro día le obsesionaba. Si el anarquista de Londres había contado a alguien más que a Pascual que les había visto, que era muy probable, estaba listo. A la policía le bastaría leer los periódicos de las últimas semanas en Inglaterra para descubrir el pastel. Sin contar la imprudencia en París, en Bélgica, en Holanda, de haber actuado a rostro descubierto. Era fácil atar cabos. Se encontraba a la merced de un mal encuentro, de un delator, de un retrato-robot: con su silueta y sus espesas cejas, era fácil de identificar. Sin contar otro peligro más sutil: podía extenderse la sospecha, sugerida por Pascual, de que él era, ¡oh! quizá no un chivato, pero sí por lo menos un charlatán, un imprudente. ¿Acaso esa sospecha no estaba ya recorriendo las filas de las asambleas, hasta apartarle del movimiento? Un novato sin pasado, sin aureola que le proteja, es fácil de apuñalar. ¿Qué traidor llamaría a su puerta de madrugada? Incluso podían ir policías a la obra: «¿Es usted Urtubia Jiménez? ¡Síguenos!» Y aún gracias si un comando paralelo no le raptaba para arrancarle el secreto de esos ilusorios millones.

En el metro que le llevaba de vuelta a Clichy, un negro sentado en el asiento de enfrente mordía el currusco de una barra de pan. Su mirada pasaba sin temor de los grandes carteles a las siluetas compactas de los pasajeros. Tenía un aspecto feliz y despreocupado. Lucio envidió a aquel hombre. Era libre.

Los días y los meses siguientes fueron un infierno. Todo se volvía contra él. Se sentía perdido. Después de ganar una huelga muy dura en Creil, en la casa Sola, para conseguir que reembolsaran los gastos de transporte a los cuatrocientos obreros que dirigía, tomó su mochila sin que nadie le

molestara, ni siquiera Ventorini, un contraamaestre que había intentado hacerle cambiar de chaqueta. Salió así, por la puerta grande, bajo palio, llevado por camaradas que querían convertirle en solador, un trabajo más atractivo y también más independiente, porque se les pagaba por metro cuadrado y estaban protegidos por un convenio colectivo, con el sindicato más poderoso de la construcción. Pero el viaje a Londres le había hecho perder una obra y el próximo contrato se hacía esperar. Por primera vez, no tenía trabajo. Sin Fernando ni Quico, ni siquiera le quedaba el consuelo salvaje de los bancos.

La ausencia del maestro pensante le pesaba como a un animal. Poco acostumbrado a expresar sus penas, la inmensa presencia de aquel que nunca volvería le ahogaba. Le sofocaba incluso en el sueño. No quería desaparecer. Cuando Quico estaba enfermo, esa realidad estaba presente en su espíritu como algo abstracto. Ahora, ocupaba todo el espacio del tejido vivo. Con un compañero de las Juventudes, pasó horas sentado en un banco frente al último andén de la estación de Austerlitz, observando el trajín de las camionetas y de los agentes de seguridad alrededor de los trenes correo. Sabía que allí afluían varios millones en forma de joyas, de diamantes, de bolsas que él imaginaba repletas de billetes. Pero ¿cómo recuperar esas fortunas sin arriesgar un solo pelo de los empleados de correos? Con Quico a su lado, habría elaborado un plan perfecto. El compañero se cansó pronto y le dejó solo soñando despierto, joven árbol herido por el rayo, desheredado, vencido. Para alimentarse, llegó a robar botellas de leche de la acera que había frente a una tienda de comestibles del barrio, con el riesgo de que le pillaran como a un vagabundo. Durante diez días, no se atrevió a volver a su casa. Andaba encorvado,

con el cuello del abrigo alzado, rascándose la frente para disimular mejor su rostro.

IX. ENTRE LOS BASTIDORES DEL ALHAMBRA

Una vecina le tomó cariño. Hasta entonces se había tratado de una relación de cafetería, con la mirada opaca ante el cruasán del amanecer, pero una mujer sola a esa hora es una declaración de celibato. Le dijo una frase banal y tuvo que repetirla, porque él no la había entendido. Ella tenía una mirada ojerosa, él se aturulló en un instante. En realidad, esa mañana sólo había ido al café para espiar una posible vigilancia de su edificio, pero le rodeaba un cierto halo de misterio, y eso bastaba. Por lo demás, en sus relaciones posteriores él nunca se confió. Ella disponía de una gran cantidad de ternura para dar. Vivieron en un compañerismo que atenuó los miedos. Era toda la medicina que necesitaba: hasta entonces, se había olvidado de vivir con una mujer.

En los sábados de inicios de primavera, en las colinas de Saint-Cloud, en una avenida tranquila donde vivía su hermana Ángeles en casa de unos señores que le habían tomado cariño y a los que seguiría hasta Togo, se puso a arreglar una furgoneta Volkswagen. Quería instalar una cama y armarios, con el proyecto de llevar de viaje a su compañera. Hacía tiempo que había obtenido el permiso de conducir. Un joven vecino se acercó a ayudarlo. Era del suroeste, un muchacho

guapo y bastante divertido. Tenía una caja de herramientas inagotable, llena de destornilladores automáticos y de pinzas múltiples. Iba recordando su español mientras hablaba: un buen compañero. Lucio, una tarde, le vio ir a su trabajo: era policía. Se acurrucó al fondo de su camioneta.

Al día siguiente, domingo, el policía metió la cabeza por la puerta de la furgoneta y le saludó calurosamente. Había presentido el malestar de Lucio a la vista de su uniforme y quería tranquilizarlo; para conseguirlo, había decidido invitarle a tomar un café en casa. Insistió. Era su mujer la que lo pedía.

Así que el navarro subió a su pequeño apartamento. Su mujer era adorable: inteligente, amable.

—Mi marido tendría que haber sido obrero —explicó al cabo de varios silencios—. Se hizo policía por casualidad, un encuentro, un examen...

—En realidad, no hay nada malo en ello. Soy hijo de republicanos españoles —añadió el policía sonriendo.

—Mis padres eran anarquistas italianos. Mussolini les hizo escapar —prosiguió ella.

Lucio no se había sentido tan incómodo en la vida.

—Sí, pero de todos modos es usted policía —acabó por decir—. Y si le dan la orden de arrestarme, me arrestará.

—¡Eso lo dice usted! Depende de cuál sea el motivo.

Su buena fe era evidente, pero ¿cómo confesarle que su simple presencia en un lugar público sería comprometedor en el caso de que un compañero de las Juventudes les sorprendiera juntos?

—Sabe —insistió el policía—, yo soy tan antifascista como usted...

Seguro que era verdad, pero Lucio sólo tenía una idea en la cabeza: no volver a ver jamás a esa pareja tan amable y peligrosa.

Unas semanas después, estaba citado con los otros en el exterior de la estación Strasbourg-Saint-Denis. Se habían fabricado falsas tarjetas de invitación para una exposición que iba a inaugurar el embajador de España, unos aguafuertes de Goya, el pintor aragonés que exaltaba a Lucio tanto como Cervantes, desde que Fernando le había mostrado reproducciones de *La fábrica de pólvora en la sierra de Tardienta*, en Aragón, no muy lejos de Cascante. Aquellos gritos de duelo, aquellos chillidos mudos, eran los mismos *Desastres de la guerra* vividos por él bajo Franco. Un enviado del enano desfilando ante las carnes desgarradas del pueblo martirizado: sólo la idea ya era obscena. Habían decidido sabotear la ceremonia armando un gran alboroto y arrojando chorros de pintura.

Lucio se apeaba de su vagón cuando el buen policía, que acababa de dejar el servicio, le saludó: «¡Lucio!» Imposible imaginar nada más amigable que su llamada, ni más improbable que aquel encuentro. El joven libertario echó a

correr por el andén y luego por los pasillos, saltando las escaleras de cuatro en cuatro como si el mismo diablo le pisara los talones, hasta que puso el pie mal en un escalón. Se encontró con la espalda dolorida, el codo ensangrentado y la nariz pegada al suelo, jadeante e incapaz de incorporarse de nuevo, echando miradas enloquecidas hacia atrás para comprobar que el otro, aquel tipo insoslayable que encarnaba a la Ley, aunque fuera sin querer, no seguía empeñado en saludarle.

Acudió con sus compañeros a la manifestación y tiró como los demás las pequeñas bombas de pintura que habían preparado, pero, cuando se encontró de nuevo solo, sintió que le invadía la cólera por aquella carrera precipitada. Tenía que liberarse a cualquier precio de ese malestar, cuyo origen se negaba a admitir que procedía de la muerte de Quico. Lo consiguió a su modo: huyendo hacia delante.

En primer lugar, gracias a su nuevo empleo de solador, en Orly. La técnica de la colocación de baldosas exigía una gran maestría en aquella época en que aún no existían colas especiales, y pronto dejó de tener secretos para él. Para los alicatados, se ponen en remojo los azulejos. Tienen que estar mojados, húmedos, pero que no goteen. Si están demasiado secos, no se aguantan; en el caso contrario, el azulejo se desprenderá pronto. Se coloca una bolita de cemento con la paleta. Hay que dosificar lo justo, ni demasiado, ni demasiado poco; extender y dar golpecitos hasta formar una superficie impecable. En el caso de las cámaras frigoríficas de las carnicerías y de las pescaderías, antes se ha tenido que preparar la pared con una estructura de madera, apliques de

corcho, una capa de alquitrán, una rejilla metálica y una proyección de cemento. En ese trabajo, las manos se agrietan rápidamente y los dedos gotean sangre a menos que se utilicen guantes, por entonces aún muy raros. Lucio se convirtió en un artista en esa profesión en la que se veía a los oficiales veteranos llegar a la obra con traje y corbata seguidos de un aprendiz que hacía el trabajo sucio, acarreando sacos y barriendo. Ese talento iba a resultarle útil. Le abriría puertas por entonces insospechadas. Mientras tanto, a él, que había emigrado hacía tres años, el hecho de figurar como gran jefe de las decenas de soladores de Prisunic no se le subía a la cabeza: ese no era su objetivo.

—Todo parece fácil cuando has vivido las madrugadas de Cascante agarrado a la cola del burro —explicaba a los que se asombraban.

Incluso ir en piquete a casa de un patrón con un puñado de compañeros para hacerse pagar adquiría el aspecto de un reto que vencer para dar ejemplo. La piscina olímpica de Ivry fue escenario de una de sus mejores hazañas. Como no les pagaban, Lucio llegó a verlo todo rojo, sin matices: entre la CGT, mayoritaria en los lugares de trabajo, y la alcaldía comunista, su odio contra los bolcheviques, ya traidores en Barcelona y Madrid, encontró motivos para alimentarse. Las visitas a la obra, y al complicado mosaico en el que se dibujaba un pasillo para cada nadador, tenían lugar los jueves.

Ese día, las autoridades del lugar descubrieron leyendas trazadas con tiza en los grandes paneles de cemento aún sin azulejo: «¡CGT *STALINIANS!* ¡ENEMIGOS DE LOS

TRABAJADORES! ¡PC CRÁPULAS!» Las había por todas partes. ¿Quién había sido el atrevido? Todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Sólo puedes haber sido tú —reían los compañeros—. Has dejado tu firma: ¡En francés se escribe *staliniensl*!

Pero el culpable se negó a asumir una autocrítica pública. En esas condiciones, era difícil para los rojos arriesgarse a un error de apreciación acusándolo ante los dignatarios del proletariado, aún más cuando se puso a vociferar:

—¡La pasta! ¡La pasta!

Era un lenguaje que todos comprendían. Unos minutos más tarde, una decena de compañeros le seguía a Villejuif, a los despachos de aquella empresa sin escrúpulos. Al ver sus jetas oscurecidas por la cólera, el patrón se sintió presa del pánico. Sus sienes chorreaban sudor. Los rimeros de papeles caían de su mesa y, cuando intentaba recogerlos, volvían a deslizarse, como si tuviera seis manos mal coordinadas. Para calmar a los intrusos, se puso a distribuir cheques.

Evidentemente, a la mañana siguiente, cuando fueron a cobrarlos al banco, descubrieron que no tenían fondos. Reveses de la suerte habituales. Como el patrón se había volatilizado, no les quedó otro recurso que el bandolerismo preventivo, la apropiación de las mercancías como seguro aleatorio. Los anarquistas no eran los únicos que practicaban ese deporte, en las obras el cobro en especie era casi un deber cívico. En el mundo podrido de la industria inmobiliaria, donde todo eran robos, prebendas y tráfico —una realidad

continuamente aireada por la prensa—, no cobrarse uno mismo era casi un delito de colaboracionismo. Por eso, en Antony, mientras preparaban una nueva capa de cemento en un Prisunic, se fijaron en unas cajas y unos paquetes tentadores que se amontonaban a unos metros de ellos, bajo la vigilancia de un guardia, preparados para la próxima reapertura de la tienda. Sólo los objetos de valor estaban encadenados. Bajo las narices del guardia, improvisaron una cadena de carretillas. Tenían que ser rápidos: birlar una caja, cubrirla con escombros, llevarla fuera, descargar, apartarla. Y vuelta a empezar.

Soñaban con festines, pero sólo eran sardinas: centenares de latas de sardinas que ellos, sus amigos y sus familias, se obligaron a tragar bromeando sobre las grandes ideas del rebelde Lucio.

En otra ocasión, en Chateaubriant, recuperó, gracias al mismo método, un montón de paquetes llenos de ropa y soñó con vestir a todo Cascante y a toda Navarra, pero se trataba de falditas para niñas de dos años, todas del mismo modelo.

Sin embargo, volvía a encontrarle el gusto a ese juego: el de policías y ladrones que marcó toda su vida de Cartouche, de Mandón, tan parecido al Quico, o de Till Eulenspiegel, sus ignorados primos. O de Zorro, con su imagen de hombre joven que lucha para hacer valer el principio de equidad frente al príncipe injusto... Sí, quería molestar al sargento García.

Se le veía en todos los frentes. Por dos veces, en las manifestaciones los servicios de orden de aquellos a los que

llamaba *stalinians* le dieron fuerte. Justo después —o antes— se peleaba con un subcontratista en las obras de un restaurante de la esquina de la calle Rochechouart.

A partir de 1960, después del trabajo acudía a menudo al Alhambra-Maurice Chevalier. No iba sólo a aplaudir a Brasseur, Léo Ferré y Zizi Jeanmaire, de la que estaba enamorado —le robó un par de zapatos de tacón de aguja que guardó largo tiempo como fetiche—; encima del gran music-hall estaba el taller de su amigo Rafael, originario de Málaga, que era pintor y por supuesto anarquista. Rafael interesaba a Lucio por tres motivos. Su estatus de decorador del Alhambra, en primer lugar, que le daba acceso a los bastidores del teatro. En segundo, sus cuadros, composiciones torturadas de cuerpos entrelazados que le provocaban escalofríos que recorrían su espalda: Rafael, héroe de la guerra civil y de la Resistencia francesa, había estado en Mauthausen, de donde había vuelto pesando cuarenta kilos, si es que había vuelto de veras. Plasmar sus recuerdos en una tela le permitía, por lo menos, sobrevivir.

En realidad, a Lucio también le atraía a su casa un propósito bastante más preciso: el pintor había heredado de antiguos miembros de la Resistencia armamento en perfecto estado. Si exceptuamos a Luis Edo, miembro también de las Juventudes Libertarias, que iba a dar pinceladas en los decorados de Rafael para ganarse la vida, Lucio era el único que conocía aquel secreto, que les unió hasta que se produjeron amargas desilusiones que podrían haber costado caras a nuestro navarro. Lucio revoloteaba alrededor de las armas. A pesar de su horror por las máquinas de matar, las deseaba. Formaba

parte de sus contradicciones. Gozaba al palpar la eficacia contra el fascismo. ¿Había que limpiarlas? Las engrasaba con aplicación. Hasta tal punto que un día casi mató a Edo por torpeza, al no darse cuenta de que había un cartucho en la recámara de un mauser: últimos errores de juventud, cada uno de los cuales le sirvió de lección.

Quería tener acceso a todo, saberlo todo. Rondaba con la misma pasión a los grabadores que saben dibujar con tanta perfección esas particulares obras de arte que son los billetes de banco, como a los mecánicos capaces de trucar un vehículo. Su altercado con Pascual no había hecho más que reforzar su convicción, inculcada por Sabaté: no fiarse de nadie. Y, algún día, controlarlo todo él solo.

Continuó su aprendizaje en plena guerra de Argelia. No tanto en las obras, en las que cada comunidad, portugueses, magrebíes, yugoslavos, españoles o italianos, hacía grupo aparte, sino de noche, en Clichy. La represión que se abatía sobre los hijos de los sarracenos, que venían a buscar cualquier cosa que recoger del suelo de cemento para alimentarse desde las orillas de su Mediterráneo, atraídos al principio a la metrópoli por los mercaderes de carne humana, no podían dejarle indiferente, a pesar de todo lo que les separaba. En primer lugar, en los musulmanes, su rechazo a una sociedad sin Dios y, de ser posible, sin demasiados amos. Con sus amigos los curas obreros de la comunidad local y con personajes inquietos como Maurice Pagat, futuro creador del sindicato de los parados, bajo la égida más o menos lejana de Mauriac, Sartre y Pierre Vidal-Naquet, por las noches se reunía en la esquina de las calles Martre y du Landy, bajo una lona a modo de techo,

con los redactores de la revista *Témoignages et documents* (Testimonios y documentos). Se trataba, ante todo, de recuperar los artículos prohibidos o que habían escandalizado en *L'Express*, *L'Humanité* o *Le canard enchainé* para distribuirlos en forma de octavillas en los mítines. Los argelinos le acogían con los brazos abiertos en el restaurante parisino de la calle Au-Maire, que era uno de sus discretos lugares de encuentro. Él les llevaba material, que a veces procedía de casa de Rafael. En la sombra, al margen de los intelectuales que tanto ruido hacían, él tejía su trama sin descanso.

X. DÓLARES PARA EL CHE

Cuando Kennedy y Jruschov empezaron a buscarse las pulgas a propósito de Cuba, Lucio ya no era ningún principiante. En la gran isla del Caribe, pequeños pulgarcitos de largas barbas se habían metido en la cabeza la idea de formar un hombre nuevo, un retoño de Marx y de la Coca-Cola que sería fraternal y desinteresado. Nikita aprovechó para jugar con el fuego nuclear, Eisenhower replicó. La cosa pronto se convirtió en un póquer de tramposos. En tres jugadas, subieron las apuestas: al principio se jugaban una isla, pero pronto se trató de la suerte de los habitantes del planeta.

«Ni comunista ni capitalista, nuestra revolución es verde oliva, como las palmeras.» Ese tipo de declaraciones de Fidel, despojadas de toda retórica pontifical y de la ideología que pesa como el plomo en los planes quinquenales, entusiasmaba a Lucio. Fidel llevaba su barca hacia una libertad nueva. ¿Cómo no querer ayudarlo? Cuando gritaba: «¡Cuba sí! ¡Yanquis no!», ¿cómo no aplaudirle? La Habana, antes de él, se limitaba al Mercedes, un burdel último grito para el mercado de las libidos vacilantes situado en la calle de los Perros, en el que niños y niñas vendían al mejor postor de los gringos sus cuerpos ya estropeados, y a los casinos, cuya concesión se repartían

Batista y Meyer Lansky, el padrino mafioso de aquellas playas risueñas. Las estafas y las violaciones se pagaban en dinero contante sobre las espaldas de un pueblo humillado y famélico al que se había despojado de su razón de existir.

Los barbudos, por lo menos, les habían devuelto su dignidad. Bailaban al borde del volcán atómico al ritmo de salsas improvisadas, con un dedo sobre el percutor del Kalashnikov y batiendo los bongos al ritmo de sus corazones.

Sin embargo, su existencia dependía del precio de los ingenios de la caña de azúcar: era lo único que podían vender en lugar de sexo. Un as de triunfo para los gringos: Cuba libre contra Ike on the rocks. La partida se puso dura.

En mayo de 1959, Fidel expulsa a los gigantes del azúcar y da las tierras a los campesinos. En julio, Estados Unidos se niega a comprar el azúcar. En febrero de 1960, Fidel se cree salvado: vende a la Unión Soviética trescientas mil toneladas de su cosecha a cambio de petróleo. En julio, las grandes compañías estadounidenses se niegan a refinar el crudo procedente de Siberia.

Contraataque de Castro: nacionaliza la Standard Oil, Texaco, Shell y demás. El 8 de agosto, Estados Unidos decreta el embargo comercial. En septiembre, los soviéticos envían armas al joven país hermano. Enero de 1961: Washington rompe las relaciones diplomáticas. Kennedy hereda esta partida infernal cuando llega a la Casa Blanca el 20 de enero. No quiere pasar por un chaval con pantalón corto a los ojos del Congreso. Pronto los naipes de la partida echan llamaradas. El 15 de abril,

aviones B 26 camuflados con los colores cubanos bombardean las pistas de aterrizaje de La Habana y de Santiago. El 17, mil quinientos cubanos anticastristas desembarcan desde Miami, Nicaragua y Puerto Rico en Playa Larga y Playa Girón, en la bahía de Cochinos. Los asaltantes quedan atrapados en las marismas, y todos ellos son hechos prisioneros. Siete días después, Kennedy refuerza el bloqueo económico. Fidel reacciona declarando que, decididamente, su revolución es socialista. El mundo entero sigue con una pasión horrorizada la partida que dos años antes parecía inofensiva y de la que depende la suerte de todos. Las cerillas que manejan Kennedy y Jruschov con falsa desenvoltura recuerdan demasiado a Hiroshima.

Lucio no era de los que pasan de largo ante una partida así.

Campillo, el profesor, y Rodolfo Guerra, sus amigos del «Felipe», le habían llevado a casa de Rosa Simeón, que había sucedido al embajador de Cuba Gramatges, refugiado en Estados Unidos desde 1960. Rosa y su hermana eran emigradas de segunda generación en Cuba, y tenían una bisabuela nacida en Pamplona. Lucio decretó que aquellas dos grandes burguesas de La Habana convertidas al culto de los barbudos eran paisanas. Las emocionó, las hizo reír, conquistó su simpatía con la robusta simplicidad de sus convicciones, mezclada con el fulgor repentino de intuiciones inesperadas. Los diálogos entre Rosa, educada en los mejores colegios de la isla, que había abrazado la carrera diplomática, y él, el bracero de Cascante, no se ajustaban a ningún protocolo.

Al conocer, como todos, la invasión de bahía Cochinos, corrió

a la embajada de la avenida Foch y propuso inmediatamente destruir con explosivos los intereses estadounidenses en Francia, España y Europa. A Rosa le costó convencerle de que aquella no era la mejor solución. Lucio protestó mucho, pero obedeció.

Unos meses más tarde, después de una cena en su suntuosa residencia de la avenida Hoche, volvió al asalto, pero de una manera más imprevista. Arrastró a Rosa a un salón contiguo, cerró la puerta y sacó de su bolsillo un fajo de dólares completamente nuevos.

—Son muestras —dijo. Y como ella no comprendía—: Puedo tener tantos como quieras. Miles, millones de dólares...

—¿Y qué quieres que haga con ellos?

—¿No lo entiendes? Arruinamos a Estados Unidos. Ponemos a América de rodillas.

Ella tuvo que hacérselo repetir varias veces, porque él estaba demasiado excitado. El plan era simple y genial. Estaba seguro de poder inundar el planeta con torrentes de billetes falsos, hasta asfixiar a la orgullosa América y obligarla a pedir gracia. Todo el capitalismo vacilaría. Estaba seguro de la calidad irreprochable de su producto. Pero un particular, aunque tuviera buenos apoyos, no podía lanzarse solo a la empresa: lo identificarían en seguida. Hacía falta un Estado lo bastante audaz, rodeado de aliados igualmente decididos. Cuba era el país elegido. En Paraguay, con el dictador Stroessner, en Nicaragua, con Somoza, en Santo Domingo, con Trujillo, en Venezuela o en cualquier otra parte, no faltarían grupos

resueltos que les prestaran ayuda. Los dólares saldrían de todas partes a la vez, sin que ninguna aduana, ningún banco, ninguna unidad de marines, ninguna alfombra de bombas pudieran detenerlos.

Fascinada, la gran burguesa miraba y remiraba los rectángulos de papel. Los auscultaba, los miraba a contraluz, enrojeciendo de placer, luego contemplaba a Lucio, buscando una objeción que no encontraba. Nunca se le habría ocurrido una idea de ese tipo, tan alejada de su mundo, pero después de todo, el mismo hecho de que Castro hubiera tomado el poder ¿no probaba acaso que todo era posible? Ella conocía bien al comandante que había sido nombrado presidente del Banco Nacional de Cuba el 26 de noviembre de 1959. Además, el mundo entero estaba aprendiendo a saludar a esa silueta romántica cuya sonrisa feroz y melancólica, en la foto de Alexander Korda, haría latir millones de corazones: el hombre que acababa de firmar con un apodo tan memorable como lapidario los nuevos billetes de veinte pesos, el Che.

Che Guevara, nombrado ministro de Industria al inicio de la crisis, en febrero de 1961, pasaba desde entonces la mayor parte de su tiempo, a pesar de su asma, atravesando una y otra vez los husos horarios en busca de dinero fresco para salvar a su país estrangulado.

Los países del Este eran, con China, el objeto más frecuente de sus desplazamientos. Como Cuba no tenía ninguna comunicación directa con el Viejo Continente, se había convertido en un asiduo casi mensual del vuelo Ciudad de México-París, su capital favorita. Había cursado parte de sus

estudios en la Sorbona y hablaba un francés irreprochable. Siempre que le era posible, robaba unas horas de su recargada agenda por el placer de una breve estancia allí.

Rosa, presa de glotonería como una niña ante una tienda de caramelos, intentaría obtener una entrevista con él en su próxima escala. Mientras tanto, el asunto sería considerado secreto de Estado.

El encuentro tuvo lugar al resguardo de miradas indiscretas en los salones de Orly, en la primavera de 1962. Mientras tanto, Fidel Castro, arrojado a los brazos de Moscú por su guerra con Washington, acababa de declarar su fe en el marxismo-leninismo el 2 de diciembre de 1961, pero a Lucio no le importaba. Como muchos entonces, no quería oír hablar de ese nuevo rumbo, se negaba a sufrir una decepción. Su castrismo seguía inalterable, pero con una paradoja: encontrarse con el Che no le emocionaba especialmente. A él le habría gustado encontrarse con otro: Camilo Cienfuegos, el gran guerrillero delgado con su gran sombrero de Búfalo Bill y su barba espesa, el libertario, el jefe supremo de los ejércitos. Pero Cienfuegos había muerto como un héroe, se decía en Cuba, en un accidente de avión, quizás a causa de un sabotaje. Y Fidel lo había sentido tanto, que por un momento había perdido el juicio y había pedido ayuda a los americanos para encontrar el cuerpo. Ocurrió el 26 de octubre de 1959.

Los ojos del Che enrojecieron cuando Lucio pronunció el nombre del legendario guerrillero: había sido su hermano de armas en el curso de cien batallas. No dejaba de pensar en él. El Comandante estaba agotado por el exceso de viajes y de

trabajo, al borde del colapso a fuerza de insomnios y de un asma que él se curaba con cigarros; pero a Lucio le dedicó nada menos que seis horas, devorándolo con su mirada móvil, rodeado por un puñado de jóvenes consejeros de rostros enflaquecidos que tomaban notas con atención. La idea del libertario le seducía y le irritaba a la vez. Su sentido del orden y de la corrección se sentía contrariado. Él no era de los que hacen trampas.

—Pero al otro lado —replicó Lucio—, ¿acaso no hacen trampas? ¿No están dispuestos a utilizar toda clase de guarradas? Estos billetes no son para robar. Son un arma de guerra. La respuesta a su embargo, para desbordarles.

El Che le preguntó por los problemas técnicos, el papel que había que procurarse, el coste de la operación, los métodos a seguir para fabricar grandes cantidades de billetes, el eventual impacto sobre la opinión internacional, el umbral de ruptura a partir del cual la economía americana podría entrar en peligro. Todas sus reticencias chocaban contra un argumento muy fuerte: la revolución necesitaba dinero. No podía eliminar la proposición del amigo de Rosa, por muy peregrina que pudiera parecerle al principio, sin examinarla. Era de noche cuando se separaron con el anuncio del vuelo a Berlín, adonde se dirigía el Che antes de ir a Praga. Pidió a Lucio sus muestras, que fueron confiadas a uno de sus jóvenes consejeros.

Unas semanas más tarde, la tensión aumentó todavía más entre los dos bloques. En julio empezó a correr entre los emigrados cubanos de Miami el rumor de que los soviéticos estaban instalando misiles en la isla. A finales de agosto, el Che

volvió a Moscú. Desde allí se dirigió a Yalta, donde Jruschov firmó con él un amplio tratado militar y económico. Para decepción suya, no se mencionó oficialmente ninguna entrega de misiles. Sin embargo, el 8 de septiembre los aviones espías estadounidenses avistaron un buque mercante ruso sospechoso en el momento en que entraba en aguas cubanas.

El 16, el teniente Anderson, piloto de un U2 supersónico, fotografió baterías de misiles instaladas en la costa Oeste. El 22, Kennedy decretó el bloqueo y se declaró dispuesto a abatir cualquier avión indeseable que se acercase a la isla y a abordar todas las naves. Desde 1939, el mundo no había estado tan cerca de la guerra, y hoy en día se sabe que los temores no eran vanos: de los cuarenta y dos misiles desplegados en Cuba, una veintena estaban armados con cabezas nucleares.

Algunos apuntaban hacia Nueva York, Washington y Chicago. No habían desembarcado cuatro o diez mil soldados del ejército rojo, sino cuarenta y dos mil, dotados de un poder de decisión autónomo; si la Tierra no explotó en esa semana, se debe a que el general soviético al mando tuvo la sangre fría y el coraje —o el miedo— de no apretar los botones rojos que lanzaban los misiles.

El 27, el U2 de Anderson fue abatido. Ese mismo día, Jruschov flaqueó. Aceptó retirar los misiles a cambio de la retirada de los Júpiter que apuntaban desde Turquía contra la URSS.

La flota del Báltico nunca salió de sus puertos helados, a pesar de las promesas hechas en Yalta a un Che dispuesto a

morir bajo las bombas atómicas y a sacrificar la isla entera para que pudiera nacer el hombre nuevo.¹²

Fidel, siempre lírico, tildó a Jruschov de «hijo de puta, guarro y maricón». En las calles de La Habana, las gentes cantaban con fanatismo: «¡Nikita, mariquita, lo que se da no se quita!» Los cubanos se sentían humillados porque se les había escamoteado la muerte radiante que les habían prometido sus jefes. Sólo habían sido los peones avanzados en un tablero de juego más amplio, pero la frágil paz se había salvado.

Lucio no podía parar quieto, dispuesto a embarcarse en cualquier aventura. Rosa le repetía que, desde su entrevista, el Che había tenido otros problemas con que lidiar, aún más peligrosos que una operación de moneda falsa; pero su decepción era inmensa. Hasta el día en que llegó la respuesta. Sí, la idea les había interesado. Sí, la fabricación era posible y Lucio podía servirles para garantizar su calidad. Pero no, el plan no era viable. Por una razón en la que el alumno de las Carmelitas de Cascante jamás habría pensado: el dólar, moneda de referencia universal, no podía ser devaluado, a menos que se dispusiera de medios tan formidables como aquellos de que disponían los otros. La única garantía de su valor eran el poder americano y su dominio sobre medio mundo, así que habría sido preciso empezar por arruinar a Estados Unidos antes de debilitar su moneda. El flujo de billetes falsos les haría el mismo efecto que una pulga a un mamut. Tal vez incluso enriqueciera a Wall Street.

12 Jorge G. Castañeda, *La vida en rojo: una biografía del Che Guevara*, Alfaguara, Madrid, 1997.

Así, en algún lugar de la región parisina, un escondite abrigó durante mucho tiempo una máquina de fabricar ilusorios billones, inútil desde que Lucio aceptó que no bastaba con jugar al Monopoly para ganar.

Mucho tiempo más tarde, después de 1968, unos tráfugas de la isla le contaron una versión distinta del fin del libertador Camilo Cienfuegos. Sólo él tenía talla para ir a la sierra de Escambray a convencer a otro héroe popular de que rindiera las armas con honor: Huberto Matos había entrado en disidencia contra la conversión de Castro al comunismo. Cienfuegos concluyó su misión con éxito y Matos fue trasladado a La Habana, pero sin honor: condenado a la pena infamante de treinta años de prisión. Fidel fue a verle a menudo para hacerle firmar una retractación, pero el comandante se mantuvo firme.

Sin embargo, Cienfuegos había cometido el error de dar un par de cachetes al viperino Raúl, el temido hermano de Fidel, que intentaba interferir en su autoridad. Y Raúl fue nombrado ministro: el superior teórico del libertador, pero sin autoridad sobre él.

Una vez que hubo rendido su último servicio a los nuevos patrones de Cuba, propietarios exclusivos de la marca revolución, Cienfuegos subió a un Piper que, al parecer, fue abatido sobre la bahía de la Gloria, al norte de la provincia de Camagüey, por un pequeño aparato militar cuyo piloto nunca fue perseguido. El líder máximo quedaba así desembarazado de dos rivales potenciales antes de que el tercero, el Che, se fuera sin apoyos, abandonando sus títulos y honores junto a su

nueva patria cubana, a meterse en la trampa del espejismo boliviano. Pero para entonces ya hacía mucho tiempo que Lucio había dejado de ser castrista.

XI. EL GARROTE VII

Mientras tanto, en España, la situación evolucionaba rápidamente. Más que un país, parecía una cebolla, con sus capas superpuestas y bien separadas. En el centro, el Caudillo y su proliferación de camarillas: el Ejército, la Iglesia, la Falange y los carlistas. En la superficie, bien visibles a simple vista, pieles bronceadas por el sol y turistas por doquier, que en 1961 ya aportaban cerca de cuatrocientos millones de dólares al Estado, casi el doble que todos los capitales extranjeros que se habían invertido. Los turistas proporcionaban el maná milagroso que permitía al país sobrevivir al borde del desastre económico. Entre ambos, en la carne viva del país, trabajadores explotados y mal pagados que se movilizaban a rachas mediante huelgas que eran dominadas de inmediato, y, sujetándolo todo, la represión. Por ello dos ideas se imbricaban entre los libertarios: taponar el flujo turístico creando un clima de inseguridad y abatir al Generalísimo en cuya persona se sustentaba este orden feroz.

La muerte de Sabaté había supuesto una sacudida. De ella nació una estructura clandestina encargada de reorganizar el combate: la DI, Defensa Interior. En ella estaban representadas a la vez la Federación Anarquista Ibérica, la vieja CNT y las

Juventudes Libertarias. La identidad de los siete miembros originales era mantenida en secreto, así como sus lugares de reunión, y con mayor motivo sus métodos de actuación. Lucio no era uno de ellos. Él no dejaba pistas en ningún sitio. Gracias a ese instinto, se mantuvo con vida.

En pocos meses, se multiplicaron las explosiones de bombas. En Madrid, en junio de 1962, saltaron en la vicaría general castrense, en la casa del nuncio apostólico, en el banco del Opus Dei y en el Instituto de Previsión Social, un organismo de la Falange. En Barcelona, las Juventudes Libertarias apuntaron a idénticos objetivos. En Valencia, en julio, hubo una explosión en el Ayuntamiento, donde Franco acababa de pronunciar un discurso. Un mensaje se repetía en las pintadas murales: «Seguimos tus pasos...» El 12 de agosto estalló una bomba en el mausoleo de los muertos franquistas de la guerra civil, la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, un terrorífico túnel coronado por una gran cruz de ciento cincuenta metros de alto por cuarenta de ancho, excavado en la montaña por presos políticos en régimen de trabajos forzados para albergar, a la espera de Franco entre antecámaras siniestras, altos muros cubiertos de tapices de gusto medieval e hileras de ángeles armados de espadas, a los bienaventurados, los caídos en el lado bueno del campo de batalla. Allí estalló una bomba detrás del altar, al terminar la misa: un atentado reivindicado por la DI. Antonio Martín y Paul Desnais, un médico francés, lo habían cometido con la ayuda de un detonador eléctrico y de un simple mecanismo de relojería. Fue la inauguración de un guión que se reprodujo un año después, cuando los franquistas culpabilizaron al primer sospechoso que encontraron, Sánchez Ruano, que pasó veintiocho años de prisión sin ser nunca, por

supuesto, rehabilitado por la futura democracia. El Caudillo se calmó: le habían dado una presa que masticar.

El día 19, otra bomba causó destrozos en la residencia veraniega del dictador, el palacio de Ayete, en San Sebastián, donde acababa de instalarse la señora de Franco. Ese mismo día, en Madrid, estallaron en dos periódicos particularmente serviles, el *Ya* y el *Pueblo*, y al día siguiente les tocó en Barcelona a otros dos, *La Vanguardia* y *ABC*. Hasta en Roma, donde Juan XXIII preparaba el próximo concilio ecuménico, y en Nueva York, en casa del famoso cardenal Spellman, se oía el canto de las bombas. No para matar, no para herir, sino para protestar. Como muchas picaduras de mosquito sobre la piel del tiranosaurio, aquello no le paralizaba: le provocaba. Durante un tiempo, el movimiento libertario se creyó de nuevo en la época de su esplendor de vanguardia. El Occidente cristiano pudo ver al Caudillo irritado cuando, en Milán, el vicecónsul honorario Elias fue secuestrado por las Juventudes Libertarias para presionar contra la ejecución de Jordi Conill, joven catalán implicado en los atentados de Barcelona. Se irritó aún más cuando el arzobispo del lugar, Juan Bautista Montini, futuro Pablo VI, se interpuso y le contrarió con una súplica: su arrogancia, que era muy grande, se erizó. Cuanto más se movilizaban los demócratas contra él, más se encolerizaba, obligado a sacar a la luz el fondo bárbaro del poder que le interesaba esconder. En dos días, el 2 y el 3 de diciembre, estallaron cinco pequeñas bombas inofensivas: en casa del gobernador militar de San Sebastián, en el Palacio de Justicia de Valencia, en el Tribunal de Cuentas de Madrid, en el Palacio de Justicia de Lisboa y en el consulado español en Ámsterdam. La respuesta de Franco llegó dos meses más tarde, a finales de

1962: seis consejos sumarísimos de guerra dictados durante un estado de emergencia muy poco liberal, y trescientos sesenta años de prisión en total, dictados con una curiosa unanimidad por los jueces militares.

En el momento en que España iba a solicitar su ingreso en el Mercado Común, a finales de 1961, las calderas del País Vasco se pusieron a silbar. En Beasain, entre Pamplona y Bilbao, después de una huelga en los talleres del ferrocarril, la Guardia Civil disparó sobre la multitud. Todos los obreros se unieron solidariamente. Las regiones en vías de industrialización se unieron a la fiesta. Los obreros ya no morían de hambre como en 1930: sólo se apretaban el cinturón, consumiéndose a fuego lento ante los altos hornos, donde se bailaba al son de los estómagos vacíos. El 5 de mayo de 1962, el jefe supremo decretó el estado de excepción en las provincias del Norte, con «derechos especiales» para la policía. Los obreros de la construcción tuvieron derecho a quince días de vacaciones al año, los mineros al 10% de aumento de su miseria, y los trabajadores nocturnos a ir al lavabo sin pedir autorización.

La presión volvió a aumentar en agosto de 1962 e hirvió durante el verano de 1963. Eran luchas por la vida. El pequeño clero, inmerso entre la población, apoyaba las luchas a pesar de las amonestaciones de una jerarquía opulenta. Las viejas tradiciones anarquistas, exterminadas por tantas convulsiones, ya no tenían raíces tan profundas, a pesar de que algunos cachorros audaces se esforzaban por rehacer el surco. La policía vigilaba con excesivo celo. Sólo en ese período, un centenar de militantes del FLP o de su entorno fueron a parar a la cárcel. En esos días, el comunista Julián Grimau se arrojó

desde las oficinas en que le estaban interrogando a la calle de San Ricardo, en Madrid, sin llegar a matarse. Antiguo policía en Barcelona en la época de la guerra civil, fue fusilado en la primavera siguiente y se convirtió en un símbolo: la noticia del veredicto dio lugar a campañas orquestadas por los partidos comunistas del mundo entero. Jruschov mandó un telegrama al Caudillo al mismo tiempo que la Santa Sede le enviaba una «exhortación a la caridad y al perdón cristiano». Formidable propaganda que, sin salvar al militante, consiguió convencer a la opinión internacional de que ahora sólo los comunistas ejercían una oposición activa a Franco.

En realidad, las órdenes del Partido Comunista de España se contentaban con prescribir una huelga nacional de «reconciliación» como panacea. En el campo de batalla, los libertarios eran los que entregaban su sudor y su sangre.

No podían admitir de ningún modo que a cuatro pasos de Barcelona, a tres tiros de fusil de Bilbao, los candidatos al bronceado se amontonaran tranquilamente en las playas. Empleados, funcionarios, comerciantes, obreros en su mayoría, esos turistas eran sus semejantes. Sólo les separaba el poder adquisitivo: por cincuenta mil francos de entonces, un francés podía comprar a crédito un apartamento de noventa metros cuadrados con terraza al mar, piscina y tenis en la residencia, pero eso eran seiscientas mil pesetas para un español. En 1959, hacía falta tres veces más trabajo que en Francia para comprar un kilo de arroz, cinco veces más para el café, cuatro veces para un litro de vino, dos veces para un periódico. En 1963, ochenta francos se cambiaban por mil pesetas. Y, además, faltaba todo lo que no fueran productos básicos. ¿Cómo hacer

comprender a los turistas que al actuar así consolidaban la dictadura del Caudillo?

A partir de la primavera de 1963, las pancartas empezaron a florecer, las octavillas a llover y las bombas a sacudir los itinerarios de los veraneantes. Entre marzo y abril se contaron una decena de explosiones en las agencias de Iberia en toda Europa. Los aviones españoles pasaron mucho más tiempo del debido en la pista. Se inmovilizaron trenes en la línea Barcelona-Perpiñán y se abatieron postes eléctricos.

«Como en todas las actividades que realizamos, siempre había la preocupación de no causar víctimas inocentes», cuenta Vicente Martí en *El sabor de los boniatos*, quien, sin conocerle, hacía desde Aviñón la misma guerra que Lucio. «Pudimos procurarnos lapas, un explosivo que se pega a los raíles. Cuando el maquinista pasa y la lapa explota, salta la alarma y tiene que reducir la velocidad. Si hay una segunda explosión, tiene que conducir con total atención. Si durante el día ve una bandera roja, o una linterna por la noche, tiene que parar y preguntar a las autoridades qué está pasando, lo que significa espera y retraso. Un par de compañeros realizaron dos cortes de ese tipo. Viajaron en una mobylette, con una cacerola en la mochila que contenía un estofado de conejo y, escondido debajo del estofado, todo lo necesario para provocar la parada... También sabotamos autocares de turistas en los aparcamientos...»

Al cabo de un año, la campaña era un fracaso total. Nada podía detener el flujo. De seis millones en 1961, el número de turistas pasó a catorce en 1965, a veinticuatro en 1970 y a

cuarenta y siete en 1985. Muchos invertían el argumento libertario: el dinero que aportamos, decían, beneficia a todo el mundo. Nuestra simple presencia hace que las libertades avancen.

Fue preciso volver a la peligrosa rutina que practicaba Lucio en cuanto podía escaparse de sus obras. Su permiso de refugiado político no limitaba en absoluto sus actividades. Sólo le obligaba, cuando un potentado extranjero viajaba a Francia, a acudir mañana y tarde a la comisaría para firmar un registro que atestiguaba su presencia. Así había ocurrido durante la visita oficial de Jruschov a Francia, saludado en Orly con ciento una salvas de cañón el 23 de marzo de 1960. Una distinción muy gaullista, cuyo contragolpe sufrió Lucio.

Martí da una buena idea de la energía de los libertarios:

«Por ejemplo, había que llevar la prensa, los periódicos y las publicaciones a España. No se podía pagar a un pasador. Para asumir el mínimo de riesgos, había que pasarlos por la frontera ni más ni menos que como turistas. Manipulamos vehículos e hicimos en ellos escondites que llenábamos. Ningún vehículo fue detenido jamás...

»Yo tenía la posibilidad de sacar todo el material de la fábrica: fabriqué tantas piezas mecánicas como me fueron necesarias. Eso significaba, por ejemplo, transformar una ametralladora para esconderla debajo de la chaqueta; es decir, modificar sus estructuras, colocarle una empuñadura, hacerla menos voluminosa. Cuando había demanda de silenciadores, los fabricábamos, los enviábamos...

»Pedimos a unos compañeros que nos fabricaran un aparato capaz de accionar un magnetófono cada vez que la policía emitía. De ese modo, bastaba con pasar dos o tres horas escuchando las emisiones. Teníamos eso y muchas otras cosas...»

La llegada, mucho después, de un perfume de democracia con Juan Carlos, no habría sido imaginable sin esas «cosas» marcadas por los riesgos y los sacrificios.

Francisco Granado entró en España por La Junquera sin ninguna dificultad el 14 de mayo de 1963, al volante de un 203 gris trucado precisamente por Martí en un garaje de Aviñón. Pistolas, explosivos y detonadores estaban disimulados en el sistema de calefacción y en el interior de las puertas. Trabajaba como forjador en una empresa de la construcción en Ales, era casado y padre de tres hijos, y Lucio no le había visto nunca antes. Tampoco a Martí, por aquella época: eran militantes de las Juventudes del sur de Francia. En cambio, conocía a todos los demás héroes del drama que se avecinaba.

Granado tenía leucemia. En aquel vaivén entre la desesperación y la rabia, ¿no corría el riesgo, sabiéndose condenado, de cometer alguna imprudencia? Octavio Alberola, uno de los que le reclutaron en el marco de la DI, no lo pensó nunca. Volvemos a encontrar a Alberola, el hombre guapo de cabellos canosos, brillante intelectual, autor de numerosos libros, hijo de republicanos exiliados en México, de vuelta de todos los combates de la época. «Granado no tenía antecedentes. No estaba fichado. No había ningún candidato mejor. Tenía muchas posibilidades de conseguirlo», repetía

más de treinta años después ante las cámaras, en una película rodada conjuntamente por la televisión española y por Arte, que contribuyó a restablecer la verdad sobre aquellos acontecimientos.

El asunto es delicado. Hubo muertos. Evidentemente, es fácil mostrarse clarividente más de cuarenta años después.

El día 15, en Madrid, Granado recibió de Martí el telegrama convenido que le daba luz verde para hacerse cargo de los complementos indispensables para hacer funcionar los explosivos. Después de numerosas citas fallidas se le entregó una maleta en la plaza de Castilla sin ningún problema. La escondió enseguida en el taller de carpintería de un amigo. La primera fase había terminado. Ahora sólo quedaba esperar. Allí fue donde todo empezó a embrollarse.

La operación consistía en matar al Generalísimo en el momento en que cruzara con su cortejo un puente sobre el río Manzanares, paso obligado entre su residencia del Pardo y el Palacio Real, adonde se trasladaba cada vez que recibía las credenciales de un nuevo embajador. Cinco meses antes, alguien había estudiado los lugares y había hecho fotografías a partir de las cuales la DI había elaborado sus planes.

Había un fallo en el programa: al acercarse el verano, el Caudillo se disponía a mudarse a su residencia de vacaciones. Era imposible pasar a la acción antes de varias semanas. Había que avisar a Granado lo antes posible para que volviera a Francia, por su propia seguridad. Le mandaron un mensajero.

Joaquín Delgado fue el designado. Era aquel a quien Lucio

había conocido gracias a Sabaté en la calle Rambuteau y a quien había conseguido disuadir de partir con Sabaté, retrasando de este modo su hora final. Era hijo de un veterano de la columna de Durruti, un tipo al que sus compañeros siempre habían adorado. Por cuenta del Quico, y sin saberlo Lucio, Delgado había realizado varios viajes a España para ayudar a familias con problemas. Lucio se maravillaba de su corbatita, de su pipa, de su americana impecable, de su corte de pelo, de su aire inofensivo. Si los dos jóvenes se veían lo menos posible, era únicamente como medida de precaución.

El lunes 29 de julio, Delgado, que ha llegado a Madrid la víspera, se dirige de buena mañana al taller de carpintería, del que conoce la dirección. El patrón le indica el lugar donde se aloja Granado...

Granado no desea otra cosa que volver pronto a Francia, pero su coche está en el taller. El muchacho de la corbatita acepta esperar a que el Peugeot esté arreglado para ayudarle a esconder los explosivos en un lugar más seguro, antes de volver solo en tren.

Faltan sólo unas horas para que concluya la reparación. Después de depositar el equipaje de Delgado en el portaequipajes y de beber una cerveza en el bar de la esquina, van a la piscina. Hace bochorno.

El drama se fragua mientras los infortunados se están bañando. Los estrategas de la DI han mandado desde París a un segundo equipo de las Juventudes Libertarias. Tienen la misión de hacer ruido para sacudir el franquismo, y lo

consiguen con creces. El temporizador de la primera bomba, en la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, se ha estropeado.

La explosión, que debía producirse de noche, con las oficinas cerradas, tiene lugar a las 17,40 horas y hiere a numerosas personas.

La otra bomba, situada en el alféizar de una ventana en la delegación nacional de los sindicatos franquistas, explotará a la hora prevista, las 23 horas.

Han osado tocar la DGS, el sanctasanctórum de la represión, el centro de la represión policial: nada podía enfurecer más a Franco. Es una patada en su palacio de termitas.

Granado y Delgado recuperan su vehículo en el taller. El asunto empieza a parecer una broma: apenas han recorrido unos metros, el motor entrega su alma con un gran estruendo. La junta de la culata se ha soltado. ¡Algo bastante curioso para un coche utilizado con la perspectiva de atentar contra el jefe de Estado! Y así encontramos a los temibles terroristas de los que se esperaba que asesinaran al Caudillo reducidos a la situación de naufragos en la ciudad, incapaces de pagar una nueva reparación que, además, les robaría demasiado tiempo.

Escapar abandonando un coche preparado supone un problema. Mandan un SOS a Aviñón para pedir dinero y pasan la tarde en el cine Lux para matar el tiempo, que está cavando su tumba. Cuando vuelven a la pensión a las dos y media de la madrugada, aún no están al corriente de los atentados.

El miércoles 31 un guardia civil se fija en ellos en la plaza de Oriente mientras abordan a unos turistas. ¿Por qué?

«Les seguían, evidentemente. No les arrestaron por casualidad. Les esperaban», declara en la película el general Eduardo Blanco, jefe de información de la policía franquista de la época.

Desde entonces, su siniestro destino está sellado. Ocho días para completar la investigación policial y efectuar lo que se ha convenido en llamar interrogatorios, es decir, torturas, en los mismos calabozos de esa DGS a la que pretendían desafiar. Salen desfigurados de las garras de los verdugos. Las fotos de la policía son elocuentes.

Algunos miembros de sus familias, por si acaso, sufren la misma suerte.

A partir del momento en que los investigadores encuentran la maleta escondida en el taller de carpintería, las confesiones se completan. Veinte kilos y novecientos cincuenta gramos de explosivo, una ametralladora, balas y un radiotransmisor para dirigir las explosiones a distancia: la evidencia es total. Reconocen que querían atentar contra la vida de Franco. Reconocen que han puesto las dos bombas del 29. Reconocen cualquier cosa. Uno, que se fue de la piscina durante una hora, el tiempo de ir a la DGS. El otro, que puso la segunda bomba durante la sesión de cine.

El 2 de agosto, la prensa publica un comunicado de Carlos Arias Navarro, jefe de la DGS, designándoles como culpables.

El consejo de guerra sumarísimo se reúne el 11. El proceso se realiza a puerta cerrada. Comparecen seis acusados, sentados en tres bancos de madera ante los jueces militares, amparados en un gran crucifijo sobre el estrado.

Claman su inocencia. Han repetido lo que les han dictado bajo tortura; ¿para qué? Su defensor ni siquiera es licenciado en derecho.

El 12 son condenados a muerte. No por un proyecto de atentado no realizado; puesto que en el acta de acusación ese aspecto ni se menciona, sino por un acto que no han cometido. Y que la policía, los jueces y el jefe de Estado, saben que no han cometido.

«Las sesiones estaban abiertas al público. Los acusados han disfrutado de todos los derechos de la defensa que acuerda la legislación española», comenta con su voz metálica la radio estatal.

Tres días después, un viernes, Franco encuentra tiempo para firmar su condena a muerte antes de una recepción.

Al día siguiente, sábado 17 de agosto, a las cinco de la madrugada, son ejecutados a garrote vil, una pena infamante, pero sobre todo terrorífica. El suplicio durará media hora para cada uno de ellos en la prisión de Carabanchel. Los otros detenidos, a pesar de su vigilancia, no han oído nada y se han dormido.

Granado tenía veintisiete años; Delgado, veintinueve. Era un puente de mediados del mes de agosto. Los corazones de las

ciudades ya no latían, hasta la sede de las Juventudes Libertarias estaba cerrada.

Muy pocas voces rompieron el silencio, entre ellas la de Yvon Le Vaillant en el *Témoignage chrétien* (Testimonio cristiano) del 22 de agosto.

«Eligió entre las muertes innobles que se ejecutan a sangre fría, la más innoble: el garrote vil. ¡Ese asesinato de artesano! ¡Esa muerte de aprendiz! ¡Esa ejecución primitiva de la que se sirven los brutos! ¡Esa muerte que hoy en día no se da ni a las bestias! ¡Viva Franco!»

En la Costa Brava, no quedó sin ocupar ni un grano de arena, ni una cala.

Hubo que esperar al final del mes para que se produjeran manifestaciones en Berlín, en Bruselas, en Génova, en Francia. Los verdaderos autores de los atentados, Antonio Martín y Sergio Hernández, descubrieron con horror por la prensa, cada cual por su lado, lo que sucedía. Se habían separado la misma tarde de los atentados. Hernández había llegado a la frontera en coche pasando por Hendaya con papeles falsos. Martín se había quedado unos días en Madrid, escondido en un piso.

Hernández no se perdonaba el error técnico que había producido heridos inocentes en la DGS. Desde su llegada a París, enterado de la detención de Delgado y de Granado, se precipitó al Alhambra y alertó, entre sus dirigentes, a Luis Andrés Edo, que pintaba para Rafael. Su primer reflejo fue convocar a la prensa internacional para presentar a los verdaderos autores de los atentados, pero nada habría podido

salvar la vida de los condenados a muerte. Franco había firmado demasiado aprisa. Los corresponsales de la prensa extranjera y francesa recibieron un documento del Consejo Ibérico de Liberación: «El o los verdaderos autores de los hechos sucedidos el 29 de julio no han sido detenidos.» *La Dépêche* de Toulouse fue casi el único diario que lo publicó.

Durante más de treinta años, Martín y Hernández cargaron en silencio el peso de su horrible secreto. Sólo estaban al corriente los más cercanos a la acción, y algunos amigos como Lucio. Para Hernández, era para darse de cabeza contra las paredes. Para Martín, el calvario volvía a empezar cada noche, cada noche lloraba. Antonio Martín se puso en contacto con las familias de las víctimas después del rodaje de la película. Fue acogido calurosamente, con respeto. Aprobaban que no se hubieran metido en la boca del lobo: ¿de qué habría servido ver a otros dos hombres ajusticiados a garrote? Aunque ellos se entregaran, ni Delgado ni Granado se habrían salvado.

El general Eduardo Blanco lo confirma públicamente a su modo en la película realizada a iniciativa de Martín: «Podrían haber sido otros —dice— pero de todos modos, el consejo de guerra pensaba que fueron ellos. Tenían la mentalidad y poseían explosivos.»

Y algo más tarde: «Pensábamos que abortando desde el germen toda iniciativa de ese tipo, aseguraríamos la seguridad del Estado durante mucho tiempo. Y ya ven, así ha sido.»

Después del rodaje, Antonio Martín decidió pedir la revisión del proceso. El general Jesús Valenciano Almoyna le había

animado sin saberlo. En 1963 era juez supremo del tribunal sumarísimo que había condenado a los libertarios; en 1994, veinte años después de Franco, se había convertido en consejero jurídico de todo el Ejército. «Si alguien quisiera revisar ese proceso —afirma en efecto ante las cámaras— me sometería a un tribunal de revisión, a condición que se haga en el marco de la justicia, pero no recuerdo haber firmado una sentencia injusta...»

En mayo de 1998, Antonio Martín pudo, por fin, presentarse ante el Tribunal Supremo para denunciarse. Le asistía el abogado de las familias Delgado y Granado. Antonio reveló decenas de detalles precisos, irrefutables. Era como si los volcara en el tonel sin fondo de los condenados.

En marzo de 1999, las familias recibieron la notificación de desestimación. Estaba firmada por el presidente José María Ruiz-Jarabo, pariente cercano de un terrible ministro de Justicia del gobierno de Arias Navarro en 1973.

El mismo Arias Navarro que dirigía la DGS en 1963 y que no había dudado, en su entusiasmo, en golpear personalmente a uno de los acusados entre una sesión de picana y otra de embudo.

El mundo judicial español es muy pequeño. Veinticinco años después de la muerte del Caudillo, no se ha renovado demasiado. No hasta el punto de volver sobre una denegación de justicia cometida voluntariamente durante el fascismo.

A los ojos del Tribunal Supremo, Antonio Martín no aporta suficientes pruebas objetivas de su culpabilidad para que sea

útil volver sobre una decisión de la justicia franquista. Ésta permanece «en conformidad con las leyes en vigor en el momento». Continuidad absoluta, ya que ningún proceso de la época franquista ha sido revisado jamás. Si Antonio Martín esperaba que con el tiempo el papel de los guardianes de la Bestia iba a difuminarse, se equivocó.

Cuando le preguntan a Lucio si la mala suerte habría podido colocarlo en el lugar de su amigo Joaquín, que fumaba tan gentilmente su pipa soñando con un mundo mejor, con su corbatita volando al viento, la respuesta viene siempre con la misma vehemencia:

—Yo podía pasar meses en la montaña sin moverme. En ciertos aspectos, no les llego a la suela de los zapatos, pero no eran lo bastante astutos.

La muerte atroz de Sabaté tenía algo luminoso. Las circunstancias que rodearon el sacrificio de Granado y Delgado destilaban veneno. Aquello royó durante mucho tiempo las noches de Lucio: jamás dejaría que nadie le pusiera en situación de ser víctima de tantos desatinos.

XII. LA PRIMAVERA DE LOS AMORES

En Francia, una ola de arrestos siguió a las ejecuciones. Siguiendo su costumbre, la policía española regaló a sus colegas transpirenaicos las últimas confesiones recogidas de los labios sangrantes de las víctimas. Un documento interno de Informaciones Generales, fechado el 27 de agosto de 1963 y titulado «La amenaza terrorista de los anarquistas españoles en Francia», relaciona a los sospechosos más peligrosos con la Federación de Juventudes Libertarias, «organización desprovista de existencia legal». Las personas que conviene detener, precisa, son «los elementos identificados con la FIJL, cuyo comité nacional es el instigador de la campaña de panfletos contra el turismo en España y secretamente el coordinador de la acción terrorista». De unos sesenta compañeros arrestados, veinte fueron acusados de asociación de malhechores y mantenidos entre rejas.

La letanía de atentados no dejó de proseguir en los años siguientes. No se libraron ni las embajadas de España en el extranjero, ni los consulados, ni las oficinas de Iberia ni las de turismo; mientras en Francia tronaba el Comité por España libre fundado por Louis Lecoïn, en el que se encontraban Henry Torres, André Bretón, Colette Aubry, Claude Bourdet, Morvan

Lebesque, Jean Paulhan o Emmanuel Robles. En octubre de 1966, en Madrid, cinco militantes libertarios acusados de preparar el secuestro del general estadounidense al mando de las fuerzas norteamericanas en España fueron arrestados. Entre ellos se encontraba Luis Andrés Edo, que había dejado los decorados de Rafael y el Alhambra. Fue liberado seis años después.

ETA, *Euskadi ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad), el movimiento separatista, empezaba a hacer hablar al Semtex-H, el explosivo que los checos repartían generosamente a los terroristas de mérito, y también a Libia, Iraq, Irán y Siria. Pero el movimiento del Primero de Mayo, donde la policía creyó ver la mano de Alberola, detenido en Bruselas el 11 de febrero de 1968, seguía ostentando el récord del detonador.

En medio de ese barullo, Lucio tejía su trama en silencio. Multiplicaba sus contactos y cruzaba las fronteras cada año, como un virus portador de genes peligrosos. Mayo del 68 le alcanzó como una brisa que aporta efluvios de islas encantadas al marino solitario.

Había aguzado los oídos, por supuesto, para saber lo que se estaba cocinando en la Facultad de Letras de Nanterre alrededor del turbulento Cohn-Bendit.

Pero nadie, ni él tampoco, sospechaba que la inauguración de una piscina en un campus de la periferia y el acceso de los chicos a las habitaciones de las estudiantes bastarían para desencadenar semejante torbellino en una Francia bloqueada, impaciente, que ya no se reconocía bajo los sombreritos

pasados de moda de tía Yvonne, beata esposa de un general-presidente a quien los jóvenes consideraban apergaminado.

Le entusiasmaban las primeras palabras sorprendidas en boca de los perturbadores del 22 de marzo, sobre las que despotricaban, presas de un mismo canguelo, los bien pensantes y los más comunizantes. «La sociedad es una flor carnívora.» No hablaban de dinero, sino de libertad y fraternidad. «¡Enfureceos!» No decían «ganad más», sino: «vivid mejor». «Tu felicidad está en venta. Róbala.» Y en el mismo tono que otros utilizaban para hablar de la nariz, ellos se atrevían a hablar del corazón.

En el transcurso de una velada en casa de unos amigos en la que se encontraba casualmente, conoció a una chica que le perturbó. Su voz dulce, sus gestos refinados, su dicción, todo le parecía de otro mundo. En seguida tuvo ganas de frotarla contra sus asperezas. Anne Garnier tenía veintiséis años y unos ojos en los que era imposible alcanzar la orilla: apenas se sumergió en ellos, ya fue demasiado tarde, se ahogó. Su mirada le recordaba a la del gran retablo de la basílica de la Virgen del Romero: una vez que te atrapaba, ya no te dejaba, allí donde estuvieras. Ella tenía una sonrisa que le hacía adelantar la mano para tocarla. Él exultaba, se exaltaba.

Ella era realmente de otro mundo: hija de un pequeño propietario de los alrededores de Troyes, había estudiado biología y volvía de Camboya, donde había pasado más de dos años en dos estancias diferentes, la primera de ellas por cuenta del Instituto Pasteur, en el centro quirúrgico Calmette de

Phnom-Penh, colaborando en investigaciones de microbiología. Esa flor de melocotón también poseía un alma, y sus ojos lanzaban destellos cuando evocaba los bombardeos estadounidenses sobre las presas de Hanoi, los insecticidas vertidos sobre los niños de los arrozales o los B26 que destruían la pista Ho-Chi-Minh a lo largo de toda Camboya. Esa trampa seductora sólo tenía un defecto: estaba prometida y se debatía contra icebergs de mala conciencia.

Por su parte, él tuvo que reconocer que, en fin, tampoco estaba del todo libre. De todos modos, se pasaron sus números de teléfono. La fatalidad hizo el resto. El mayo naciente fue el catalizador de la explosión. La primera vez que Lucio vio escrita en una pared la inscripción: «Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución; cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor», creyó en un mensaje personal.

No le dio tiempo para que le contara el último Bergman que había visto —debía de ser *El séptimo sello*— ni su descubrimiento de Michel Foucault, cuyo libro *Las palabras y las cosas*, bastante arduo, era objeto de culto. La llevó por su propia cultura, Brassens, Léo Ferré y el Alhambra, que acababa de ser convertido en garaje, con su restaurante junto a la entrada de artistas, en el bulevar Richard Lenoir, donde se encontraba con Rafael. El café estaba dirigido por ese tipo que había saltado sobre una mina en la Liberación para salvar a unos niños. Tenía el rostro lleno de marcas azules de las quemaduras, parecidas a las manchas de la varicela, y disimulaba la falta de un brazo con una manga de cuero.

Ella pensó que con Lucio todo asumía un aspecto heroico. Él le habló de Ferré como nadie lo había hecho. Al tararearle «Estás desnuda bajo tu jersey», causó estragos en la mirada de su nueva amiga, que se empañó de lágrimas. «Un día nos embarcaremos en el estanque de nuestros recuerdos», provocó el diluvio. Él tenía la voz de cavernas y de flores de las montañas de su país. Ella era porosa como un vinilo en el que aún no se ha inscrito nada grave. Bastaba con prensarla. Ella vivía en la calle de Fossés-Saint-Marcel, no lejos de la calle Monge, un estudio demasiado pequeño del que se mudó rápidamente para ir a instalarse en la calle Pyrénées, en el último piso de un edificio nuevo, con una hermosa terraza luminosa dotada de una magnífica vista sobre el *París, bajos fondos* de la película de Jacques Becker.

Viernes 3 de mayo: fecha de fundación de su convivencia en pareja. Un brusco estallido en el nuevo lago de su felicidad demostró a Anne que Lucio no pertenecía a la categoría de buenos chicos que ella solía frecuentar. Acababan de tomar una deliciosa cena en un restaurante en la calle de la Montagne-Sainte-Geneviève. En ese rato, la situación había degenerado alrededor de la Sorbona. Después de un agitado mitin en el patio de la facultad, mil quinientos policías habían invadido el barrio y desalojado a los «agitadores», a los que metieron en autocares por grupos de veinticinco. A las 19 horas se calentaron los ánimos. A los policías les pareció que les lanzaban algunas piedras, pero sus bombas lacrimógenas no fueron ilusorias. Del otro lado del Panteón, hacia la plaza Mouffetard o la calle Descartes, las calles seguían libres y aún se podía disfrutar de una cena romántica. Pero en el bulevar Saint-Michel los estudiantes, que al principio habían acudido

para mirar, atacaban a los autocares de la policía bloqueados en un embotellamiento. Las aceras abarrotadas de jóvenes se desparramaron sobre la calzada. Los policías cargaron para defenderse. Durante toda la noche se reprodujeron las refriegas entre la plaza Maubert y Port-Royal. Las balas de goma y las lágrimas caían al unísono, mezcladas con gotas de sangre. Cuando Anne y Lucio subieron al coche de éste, hacia las dos de la madrugada, setenta policías habían sido heridos y seiscientos jóvenes arrestados. Anne estaba indignada ante el espectáculo de la calle Soufflot, en manos de los agresivos uniformes negros, convertidos en dueños del asfalto de la capital. Lucio, prudente, bajó la velocidad con respeto ante la horda de los CRS, consciente de lo que le esperaba si iba a parar a comisaría: expulsión inmediata. No era buena cosa ser un extranjero pillado en una situación dudosa bajo la égida de Christian Fouchet. Verse entregado a las pocas horas a la Guardia Civil para sufrir en las mazmorras de allí abajo el trato de Delgado no era una perspectiva tentadora. Sólo pensar en semejante destino le helaba la sangre.

—¡Acelera! —gritó ella—. ¡Cobarde! ¡Te arrastras como un gusano!

Fue un golpe para el orgullo navarro, y no pudo soportarlo. Frenó el coche de golpe, salió a abrirle la puerta y gritó:

—¡Largo! Largo de aquí.

Luego se perdió en el tráfico, pero era imposible perderse del todo en aquel mes. Sobre todo cuando no se tenían muchas ganas de hacerlo. Los acontecimientos se sucedían en el

interior de un perímetro de treinta calles, de los Gobelinos a Censier y de los Inválidos a Maubert. Las tierras extranjeras empezaban en Saint-Germain-des-Prés. ¿Cuál de ellos dio el primer paso? Aunque les cortaran a pedacitos, ninguno de los dos lo confesaría.

Les reconcilió Aragon, como miembro del comité central del PCF, no como poeta, el 9 de mayo. Había ido a la plaza Saint-Michel para intentar, de manera imprudente, reconciliar a los estudiantes con el Partido. Sin duda no había puesto la debida atención, unos días antes, a la parrafada dirigida por su colega Pierre Juquin a los rebeldes de Nanterre: «¡Los agitadores hijos de papá impiden que los hijos de los trabajadores aprueben los exámenes!» También le habría pasado por alto el editorial de Georges Marchais en *L'Humanité* del 3 contra los estudiantes: «Esos falsos revolucionarios deben ser enérgicamente desenmascarados porque objetivamente sirven los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas.»

Sin comerlo ni beberlo, Aragon se encontró de narices con el más protestón de entre los que boicoteaban las clases, y estaba bien acompañado: Cohn-Bendit. Pocas veces se ha visto a un miembro del Partido tan vapuleado, megáfono en mano. Era el choque de dos universos. Un episodio cruel, aunque embalsamado con flores de retórica y de lucha de clases y generacional. Treinta años de mítines y burocracia estalinista no pudieron con el deslumbrante juguete de las circunstancias, heraldo de la algarada. «¡Ya puedes seguir corriendo, camarada! ¡El mundo moderno te ha adelantado!» A Anne se le cortó la respiración cuando reconoció a su español,

disimulado entre la masa de seguidores del gnomo rojo. Hábilmente, se las arregló para darle el placer de descubrirla. Al verla tan menuda y al mismo tiempo tan turbadora, él quiso decirle algo bonito. Habría podido ser: «Nací en realidad de tu labio. Mi vida empieza contigo.» Pero diez minutos antes había gritado tanto contra el autor de estos versos, puestos en música por el anarquista Ferré, que se había quedado sin voz. La calle se los llevó en su calurosa vorágine, ese gran lecho ruidoso en el que todos se hablaban, intercambiando promesas de sueños que construían. El furor del reencuentro forjó su unión. Cuando repartían leña ella se le escapaba. Él desconfiaba de sus propios impulsos, pero ella se arrojaba a las primeras filas, desafiando la humareda acre y las largas porras de los policías, con el riesgo de que se la llevaran detenida hacia Beaujon. No tenía que demostrar nada, simplemente, Anne Garnier no era ninguna cobarde.

De modo que cuando el siguiente domingo, 12 de mayo, llegó tarde a la comida semanal en Villeneuve-la-Grande, en la Champaña, en casa de sus padres, inquietos por el rumbo que tomaban las manifestaciones, no pasó desapercibida. Salió de un coche destartado que ellos no conocían: la camioneta de Lucio. La encontraron tumefacta, cubierta de esparadrapos y con un ojo morado. Cojeaba, y se presentó ante los responsables del capitalismo retrógrado, como papá, con el aire de una mártir de la represión.

Sus padres estaban aún asustados por los horrores de la noche de guerrilla que les habían hecho sufrir en directo Radio Luxemburgo y Europa 1 (la ORTF, voz de la Francia oficial, aún no había advertido nada anormal en las calles). Coches

calcinados, barricadas tomadas al asalto, periodistas desbordados, nerviosos, al límite de la resistencia, diálogos dramáticos en las radios periféricas entre el rector Roche y el joven Sauvageot de la UNEF (Unión Nacional de Entidades de Francia), granadas en la calle Gay-Lussac, porteros levantando adoquines, cargas salvajes, centenares de heridos, llamadas desesperadas a una tregua... Del sillón a la cama, de la cama al sillón, apenas habían dormido, nerviosos. ¡Y su hija estaba allí!

La comida empezó con frialdad y terminó gélida. Eran gente honrada, católicos por tradición y gaullistas por rebelión. Tenían media docena de empleados y se ganaban la vida gracias a una empresa de instalación de fontanería y calefacción. Nada los había preparado para el choque de placas tectónicas entre generaciones que provocaba semejante erupción, pero ver a su hija herida les resultaba doloroso. Todavía lo era más no disponer de argumentos adecuados, en el código de las connivencias familiares, para hacerla entrar en razón. Ellos también habían tenido sus enfrentamientos, en su época. La ocupación alemana seguía siendo su punto de referencia ante la adversidad y, además, se trataba de una guerra de verdad.

—Papá, deberías probar la autogestión —declaró ella de repente a su progenitor.

El champán procedía, como de costumbre, de unos propietarios amigos. El vino se servía, como de costumbre, en el botellón del abuelo. Las servilletas bordadas eran de la abuela. Pero el silencio pesaba en el ambiente.

—¿Qué es la autogestión? —preguntó él.

—Hasta un niño lo entendería. La empresa ya no te pertenece, pertenece a los trabajadores. Tú debes dársela —respondió con su voz frágil—. Ellos la harán funcionar.

—¿Eso es la autogestión?

—Sí.

El pequeño propietario quería mucho a su hija, pero ¿por eso tenía que hacerle tragar esas ideas delirantes?

—¿No te han golpeado ya bastante los de la CRS? —gruñó tirando la servilleta.

Se ahogaba, estaba al borde de la apoplejía. Paulette, nacida Lobot, se encaró contra tanta violencia ejercida contra su hija, marcada ya por la maldad de los hombres. Llamaron a la puerta: era el amigo de la infancia, que se había hecho ceramista, Vantello, un artesano alfarero, el Cohn-Bendit local.

Su escaparate estaba adornado con burlas nocturnas, y su aspecto desaliñado le había procurado fama de anarquista. Ella le explicó la eclosión, bajo el asfalto, del nuevo mundo en el que todo sería de todos según las necesidades de cada cual. Anne casi había besado la túnica de los últimos seres auténticamente vivos: los Geismar, los Sauvageot, los Dany; detrás de sus grandes gafas, él desorbitaba los ojos mientras sus padres se enfurruñaban ante esas perspectivas aventureras.

— Pero ¿no ves que es una utopía? —exclamó su padre, que intentaba calmarse.

—Precisamente —le lanzó Anne impávida—. Lo que no pudo hacerse en Cataluña y Aragón en 1936...

—¿No serán esos los que te han metido esas ideas en la cabeza? —intervino su madre, completamente desencajada—. ¡Ya sabes que son hijos de ricos...!

—¡Oh! Claro que no, mamá...

Paulette habría querido decirle: «Ten cuidado, Anne, eres demasiado ingenua.» Pero se contentó con preguntarle, cuando estaban a punto de separarse, cómo le iba con... Bueno, qué pasaba con su pareja. Georges, su novio, ya casi era médico...

—Ya te contaré, mamá —respondió Anne con firmeza.

Maurice Garnier, que era una buena persona y quería a su hija, cortó:

—Déjala, Paulette. Después de todo, es su vida. Nosotros ya vivimos nuestro tiempo. También soñamos. Y quizá ella tiene razón.

Al día siguiente, lunes 13 de mayo, Anne y Lucio se sumergieron cerca de la estación del Este en la inmensa masa de gente que iba a aglomerarse en la plaza de la República antes de volcarse hacia Denfert-Rochereau. Nunca habían visto a tanta gente reunida bajo el mismo fervor. Nunca Lucio había

visto desplegar las banderas negras —la falda de Louise Michel— mezcladas con las rojas y negras de la anarquía. ¿De qué osario las habían exhumado sus portadores por primera vez desde 1936?

Cuando, muy lentamente, el cortejo se puso en marcha, los rostros marcados y resueltos de los supervivientes de la vieja España entre la multitud de manifestantes, muchos de los cuales llevaban a sus hijos a hombros, parecieron surgir de los catafalcos donde se entierra a los últimos burgraves. Anne, entronizada como vestal del grupo, quedó atrapada por la procesión que para ella tenía algo de ceremonia iniciática. Cuando las notas de la Internacional subieron vibrantes hasta los balcones de los edificios en los que sonreían curiosos y temerosos, escépticos y partisanos, por encima de las hojas de los plátanos del bulevar del Temple, se encontró sumergida en la ola de lo sagrado. No habían vivido la Liberación, y por primera vez les embargaba el sentimiento de ser parte activa de la historia. Lucio, que al inicio se pavoneaba con el cándido orgullo de mostrar su nueva conquista, se dejaba llevar por la euforia. ¿Eran doscientos mil? ¿Un millón? Se sentían poseídos por una misma fiebre, una única esperanza. Los estudiantes guiaban el río. El politburó del Partido Comunista desfilaba detrás, y todos los libertarios pensaban por dentro lo mismo que expresó en alta voz Cohn-Bendit aquella tarde: «Me ha gustado ir a la cabeza de un desfile en el que los crápulas estalinistas ocupaban el furgón de cola.» Por esta vez, los *stalinians* no dictaban su ley.

Cuando la cabeza de la manifestación llegó al león de Belfort, la cola aún no había salido de la plaza de la República. La masa

humana se apelotonaba. Se dio la orden de dispersarse. Nadie tenía la menor intención de separarse así. Los más exaltados hablaron de asaltar el Elíseo. Surgió la idea de celebrar un mitin en el Campo de Marte. Anne, Lucio y un grupo de libertarios siguieron a los estudiantes.

Al atardecer, se sentaron en la hierba, bajo los pies dentados de la torre Eiffel. Escucharon. Discutieron. El primer ministro Pompidou, apenas llegado de un viaje oficial a Irán y Afganistán, bronceado, con su mirada chispeante bajo sus espesas cejas, sonrisa socarrona y la colilla en los labios, reunió de improviso la noche del sábado 11 a sus ministros, un rebaño desamparado por demasiados desmentidos tras un exceso de declaraciones fanfarronas y sectarias. Secundado por Michel Jobert y Jacques Chirac, propuso tres decisiones destinadas a apagar el gran incendio de las barricadas y provocar el desconcierto: reabrir la Sorbona, liberar el Barrio Latino de uniformes y soltar a los estudiantes retenidos en prisión. Buenazo y paternal, daba la impresión de reñir suavemente a los pequeños alborotadores, desde su propia fortaleza. ¿De dónde habían sacado los contestatarios esa idea de una enorme manifestación? Lucio no habría faltado a ella por nada del mundo. Sacrificó su trabajo en las obras de Prisunic con grandes carcajadas. Libre había llegado a la empresa, libre se iba.

Para Anne era distinto. Su nuevo patrón, Luc de Seguin, indefectible, humanista de una rara especie, que la empleaba desde el 16 de abril en su laboratorio de Drancy, en Seine-Saint-Denis, había dicho al personal:

—Creo que el lunes algunos de vosotros estaréis en el desfile. Es legítimo, pero hay que organizarse: necesito un equipo de guardia para las urgencias. Mientras tanto, ¡buena suerte!

¿Qué iban a hacer? Se sucedieron discursos y mociones, tan interminables como las conversaciones de antes de la manifestación.

—Palabras y palabras —gruñía Lucio—. ¡La de saliva que gastan esos chavales!

Entonces, una proposición fue aclamada por miles de voces: crear comités de barrio. Esparcir la «revolución» por todas partes, como vuelan las moscas. Lucio no tuvo que escuchar más. La idea le traía a la memoria lo que Quico le había contado de 1936. Se llevó a Anne y a una pareja de amigos, y les hizo recorrer París a pie. 1968 vio la primera ofensiva de las zapatillas de deporte contra el calzado urbano. Las tiendas de artículos de deporte eran desvalijadas entre manifestación y manifestación.

Cantaban mientras caminaban. Le enseñó a Anne los primeros compases de *Las barricadas*, el himno mítico, con un aire obsesivo de vals trágico. Ella tenía un acento deplorable. Como muchos en la Champaña, había aprendido el alemán y el inglés, pero lo ignoraba todo de España y de su pasado. Siguiendo a Lucio, navegaba a través de las calles por mares desconocidos, al azar.

En la plaza Clichy, en un quiosco que también vendía material de escritorio, compraron hojas blancas, un gran rotulador y

chinchetas. Una hora más tarde, los habitantes de Clichy pudieron leer, escrita a grandes trazos, la inscripción siguiente clavada en los troncos de los árboles: «Asamblea general, 14 de mayo, 20 horas. Plaza de la Alcaldía.»

El solador del mundo nuevo no esperaba más de treinta personas: esa era la cifra que había logrado tres días antes en el mismo lugar Jacques Duclos, el gnomo con acento del suroeste, pinche de pastelero en sus inicios, que durante la guerra había jugado un papel clave entre los miembros extranjeros de la Resistencia y el Partido. Pero cuando se dieron cuenta, varios centenares de manifestantes se habían congregado allí, dispuestos a protestar contra todo en ese centro de decisión del poder rojo. ¿Cómo darles la palabra? Lucio se subió a una silla para darles la bienvenida. Dijo que estaba contento de ver a tanta gente, porque el poder era de ellos, porque ya no había que obedecer... pero la arenga se acabó pronto.

—No hablo muy bien el francés, ¿verdad? —se excusó.

—¡Más alto! ¡No se oye! —replicaron unas voces.

Bajó de la silla y buscó ayuda entre Anne y sus compañeros, pero uno tras otro se negaron a hablar. Los militantes de la sección local del Partido, mezclados entre la multitud, aprovecharon para lanzar sus estocadas. ¿Quién era ese provocador? ¡Pero si no era del barrio! ¡Un agente secreto del capital! ¡Un izquierdista disfrazado de lumpen! Un agente de los hijos de papá. En fin, toda la retahíla. Lucio no temía a nadie a la hora de cruzar el Nive, pero el debate público nunca

sería su fuerte. Vació el buche delante del futuro senador Guy Schmaus.

—¡Tú eres como los demás! —estalló—. ¡Sois criminales! Asesinos. *¡Stalinians!*

Pero nadie tomó el relevo para poner música a sus palabras. Tuvo que batirse en retirada bajo las burlas de los eternos vencedores. Estaba furioso. Durante toda la noche le rechinaron los dientes.

Al día siguiente, fue a la facultad autoproclamada libre de Nanterre, y allí consiguió entrar en contacto con un puñado de chavales del grupo 22 de Marzo; para él, no eran más que chiquillos.

—Camaradas, tengo un buen comité de acción en Clichy —dijo con su mejor acento navarro—. El domingo daremos un mitin y habrá mucha gente. Necesito un orador.

—Camarada, en Clichy hay uno muy bueno —respondió el portavoz, después de cambiar impresiones con sus compañeros de armas.

En la dirección que le indicaron, Lucio conoció a un intelectual cuya vasta biblioteca le impresionó. Lo encontró simpático, pero descubrió que era anglófono y tartamudo. Primera impresión, nada más, de la organización al modo sesentayochesco. Al cabo de un rato, le diría a ese personaje, poseedor de tesoros culturales sin explotar y ansioso por una beca, que él mismo, el obrero, podía proporcionarle un salario mensual para difundir sus conocimientos, ya que la sociedad

capitalista le impedía expresarse. El proyecto no se concreta, y Lucio sale de su casa enfadado.

—¡Qué inconsecuencia! ¡Qué desperdicio! —repetía.

Ese día, como precaución añadida, fue a Asnières a casa de Maurice Laisant, el pacifista e infatigable combatiente del derecho a no matar que se había hecho cargo de la dirección del *Libertaire*, el semanario anarquista de Sébastien Faure y Louise Michel. Luego, tomó prestado un altavoz en el comité de acción de Citroën, en el muelle de Javel, fábrica cuya cadena se veía mucho más agitada por el férreo control a que estaba sometida.

El domingo 19 de mayo se abrió la segunda asamblea general del comité de acción animado por Lucio, en las escaleras de la alcaldía. Esta vez había repasado mejor la lección.

—Aunque haya gente de derechas, ¡que vengan a hablar!
—gritaba a voz en cuello—. Todo el mundo puede expresarse.
¡El altavoz es para todo el mundo!

En las primeras filas, había notado entre la multitud de desconocidos a trotskistas y curas obreros que querían intervenir; pero fue el secretario de la CGT quien se apoderó del micro.

—Este altavoz pertenece a los obreros de la Citroën —cortó, como un Robespierre de periferia promulgando un decreto—. Como responsable sindical y miembro del partido de los trabajadores franceses, ¡lo requiso!

Lucio le arrancó el objeto de las manos:

—El altavoz no pertenece a la CGT, pertenece al comité de acción de la Citroën. Y el comité de acción no pertenece a la CGT. Son amigos míos.

En un instante, se encontró rodeado. Estaban mejor preparados que él en este tipo de maniobras. El estalinista tiraba de un lado y él del otro. Como la proporción era de uno contra diez o veinte, le tocaba a él iniciar el ataque. Un puñetazo dio de lleno en la mandíbula del responsable comunista. Lucio no tuvo necesidad de dar un segundo golpe. El hombre chorreaba sangre. En un instante, la pelea se generalizó. Aprovechó para desaparecer.

Una hora más tarde, supo que los *stalinians* habían ido a denunciarle a la policía. Y, en su furor, le pareció casi normal; al fin y al cabo, ellos representaban muy a gusto el papel de contrapeso del orden reinante. Después de todo, en los pasillos de la Asamblea Nacional, Waldeck-Rochet, el secretario general de los comunistas, se lo acababa de dejar bien claro a Henri Rey, presidente del grupo UD-V, miembro de la mayoría: «Hacemos lo imposible para no vernos desbordados por los comités de acción revolucionarios maoístas, trotskistas y anarquistas.»

Ese mismo Waldeck, había repetido a Jacques Vendroux, cuñado del general: «Por favor, di a tus amigos que no nos ataquen. Es abominable. Somos vuestros mejores defensores. Ya ves que todos estamos desbordados.» Y después, había exhortado a sus aliados mitterrandistas: «Dejad de solidarizaros

con los Cohn-Bendit y compañía, con todos los irresponsables de su estilo. ¡Ya les daré yo crápulas estalinistas!»

Sin embargo, aunque la amenaza de la extradición planeaba de nuevo sobre él, Lucio no estuvo mucho tiempo escondido. Tenía que ayudar a sus compañeros, los católicos ensotanados que trabajaban como obreros, cuando convocaban asambleas generales sobre la miserable suerte de los prisioneros del enano español por la gracia de Dios. Tenía que estar allí para asistir al contagio de Clichy por la varicela maoísta, esa variante de la enfermedad infantil del comunismo hasta entonces desconocida en Hauts-de-Seine. Al final provocó una escisión en el seno del Partido. Blandiendo el librito rojo, los izquierdistas fueron a engrosar las filas del comité de acción, llevando con ellos a casa de Lucio kilos de *Pekin-Information*, biblia impresa en China en papel biblia, vehículo de su fe en la regeneración universal por el pensamiento-Mao y, además, la llave del local de la sección.

Esos locales custodiaban una máquina maravillosa: la prensa semiautomática de serigrafía, que permite dar bonitos colores a la plancha de los carteles y las octavillas, gracias al doble paso de los rodillos sobre la cinta perforada. Lucio estaba entusiasmado con la calidad de las superposiciones y de los collages: lo celebraron con alegría. A Anne le subyugaba la mezcla de fuerza salvaje y de sutileza que había en él. Pronto, Lucio se atrevió, superando las pintadas con las que él y sus compañeros adornaban las paredes, a editar un insolente periodiquillo gratuito que se burlaba de los delirios mal autodigeridos de cada cual, desdeñando responder a las perfidias de los de enfrente. Era demasiado para la sección

local del Partido, que les acusó en su hoja departamental de estar subvencionados con dinero y material por la prefectura. Afirmaba incluso tener pruebas de ello.

En cuanto tuvieron ocasión, algunos «camaradas» izquierdistas, concedores del paño, se abandonaron al placer de revelar a los rígidos comunistas la realidad sobre la fabricación de los carteles. Aquella misma noche, éstos cambiaron las cerraduras del local, pero Lucio había tenido tiempo de crearse nuevas relaciones en las imprentas, de modo que sus diarios no dejaron de salir.

Evidentemente, sus actividades no se limitaban a estas diversiones. Proseguía su guerra de España de manera tan feroz como siempre. Anne pronto se daría cuenta, después de una inundación en su estudio de la calle Pyrénées. Los bomberos tuvieron que intervenir en presencia de la policía. Venían de Vincennes, donde en tres meses se erigiría la futura facultad, triunfo de la arquitectura metálica de Paul Chaslin, y la portera les informó del siniestro. Él corrió al apartamento, y Anne le siguió como pudo.

La puerta del nido había quedado abierta. Él fue directamente al armario en el que había dejado algunas cosas para las noches en que no se quedaban en la calle Castérès, algo que sucedía a menudo porque el alojamiento de Anne era mucho más agradable.

Sacó una maleta de cartón a la que ella nunca había prestado atención. Contenía un surtido de pistolas y de Kalashnikov susceptible de llevar sin remisión a su propietario entre rejas, y

de allí allende los Pirineos sin billete de vuelta: una cuarentena de armas. Él nunca le había hablado de aquello.

En el primer momento, ella no hizo ningún comentario. Mucho después, durante la noche, ella se atrevió a preguntar. La respuesta era previsible: precisamente porque él la quería, ella nunca lo sabría todo. En esas noches cálidas, ella decidió vivir realmente con él. En pocas semanas, sin darse cuenta, Lucio se había convertido en su héroe. Y su héroe, mientras mayo celebraba sus últimos grandes desfiles, desplegaba sus alas ante sus ojos.

El 20 de mayo, Francia se encontró paralizada, sin ferrocarril, sin correo y muy pronto también sin gasolina, con las centrales eléctricas ocupadas por los huelguistas, ahora los únicos responsables de la distribución de la energía.

Las fábricas Renault y el Odeón estaban ocupados. No eran más que símbolos, pero se les unieron los cheques postales, Rhodiaceta, los Altos Hornos de Creusot, Rhône-Poulenc, Babcock, Nord-Aviation, Berliet y los astilleros: todas las fuerzas vivas del país controlaban las calles y las fábricas, y eso debería haber sido grave. Seis millones de parados comprometían el equilibrio del poder. Pero nadie quería ese poder, y aún menos los líderes obreros. Para la revolución, la trampa empezaba a cerrarse.

El 24 de mayo, Lucio no se quedó mucho tiempo en la gran manifestación de la estación de Lyon, que degeneró demasiado deprisa, después del discurso del general De Gaulle a las 20 horas, en una serie de peleas turbulentas con las fuerzas del

orden. Tenía cosas más importantes que hacer que una especie de guerra con un pañuelo en la cara y un palo en la mano. Tenía mil vidas que vivir, para tejer ante los ojos de Anne un cuento de las mil y una noches.

Al día siguiente, cuando vio a los representantes de los empresarios, del gobierno y de los sindicatos precipitarse, henchidos de su propia importancia, alrededor de una mesa rectangular en la calle de Grenelle, en el Ministerio de Asuntos Sociales, para hablar de dinero, comprendió que el bullicioso recreo estaba a punto de terminar. Se había divertido. Había sido como unos grandes Sanfermines en los que los toros llevaban quepis negro, de vez en cuando los soltaban entre las masas. Sin embargo, aunque ya no podía correr el riesgo, como otrora, de ser empitonado, por lo menos había aprovechado para conocer a un montón de gente abierta a todas las ideas, llena de confianza, dispuesta a ayudarlo. No había perdido el tiempo.

El 1 de junio, cuando la gasolina volvió a manar de los surtidores de las estaciones de servicio como fluye la sangre en las arterias, supo que era el fin. Las huelgas se fundieron una tras otra bajo el reflujó del carburante, con muy pocas excepciones. Un poco de revolución cultural popular estaba bien, pero un fin de semana en el campo estaba mejor. El general decidió disolver la Asamblea Nacional. Se fijaron las elecciones para el mes de junio. El 30 hubo un maremoto gaullista. Lucio le había combatido hasta el final, pero, después de todo, no era asunto suyo.

Una vez vuelta la calma, conoció a los padres de Anne. Les

gustó, a pesar de algunas prevenciones: evidentemente, habrían preferido que ella les trajera a un Grande de España; pero Lucio tenía el mismo oficio que Maurice, y era serio. La niña parecía feliz. En cuanto a Lucio, que nunca había bebido champán ni visto semejantes bandejas de fruta, quedó deslumbrado. Nunca había imaginado festines regados con tantísimas botellas, como si la bodega contuviera una cantidad innumerable.

A finales del mes de julio, encontró un empleo en Longjumeau, para la casa Eude, especializada en la construcción de barrios periféricos. El contrato no resistió la intemperie. El invierno, muy duro, empezó temprano. El agua se helaba en las cubas de cemento. Tuvieron que interrumpir las obras. El día en que empezó a fundirse el hielo, se presentó para reanudar el trabajo. Su exceso de celo no fue del agrado del jefe de la obra, un gigante llamado Roussel, un tipo poderoso en el sindicato de soladores. Lucio pasó de largo y se dirigió al altiplano ventoso en el que estaba creciendo el esbozo de una ciudad. El otro le siguió para verificar con sus propios ojos la afrenta infligida a su autoridad: ¡el obrero estaba trabajando con un ayudante! La sangre del contraamaestre le enrojeció las orejas y las raíces de sus cabellos. Se puso a vociferar cosas que Lucio no comprendía del todo. Aunque comprendió bastante para tirarlo al suelo, arrastrarlo por las piernas y agarrar una gran barra de cobre que se puso a blandir como haría el hombre de Neanderthal con su fémur de mamut.

Quizá, si el aprendiz no hubiera logrado calmarle, le habría matado. Roussel le denunció al sindicato y, como contaba

mucho en las comisiones paritarias, el sindicato expulsó a Lucio. El episodio concluyó el 31 de diciembre de 1968. Se sintió satisfecho, porque estaba madurando otros proyectos.

XIII. EL WORLD REVOLUTION BUSINESS

Con las jornadas de mayo, el trueque había adquirido un nuevo auge. Así pues, ¿no podía un obrero de la construcción listo intercambiar sus servicios con los de hábiles impresores? Pero seguía siendo necesario vivir en París para poder atrapar las ocasiones al vuelo.

Una puerta blindada nueva puede, por ejemplo, quedarse abandonada mucho tiempo en un solar rodeado por una tapia, al pie de fachadas a medio hacer, sobre todo si pesa ciento cincuenta kilos. Y puede suceder que un español chiflado sea capaz de transportarla sobre sus hombros, de noche, hasta su camioneta, ante la que aparecen unos policías.

—¡Documentación! ¿Qué estás haciendo?

Vacilante como un Hércules de feria bajo el peso, el dolor de los músculos crispados le convirtió en un toro de lidia.

—¿No ve que estoy trabajando?

Girándose, con un golpe de riñón, empujó la puerta hacia el

interior de la furgoneta. Uno de los agentes tendió una mano para ayudarlo.

—¿A estas horas? —insistió el jefe, ya con menos firmeza.

—¡Hay que terminar! —replicó Lucio secándose la frente—. ¿Quieren los papeles? Están ahí. Trabajo aquí.

Dio un paso para irlos a buscar a la parte delantera.

—No hace falta —dijo el jefe—. De todos modos, el patrón ya podría ponerte un ayudante...

—Pues dígaselo, a ver si lo convence.

—Buenas noches. Cierra bien la obra.

El acontecimiento se produjo en la calle Aguesseau, en Boulogne. Hicieron falta cuatro compañeros de la pequeña imprenta de la calle de Agadir, que se benefició del robo, para transportar aquel objeto destinado a protegerles, por el lado del patio, de las tentativas de incendio por parte de los grupos de extrema derecha.

Era una empresa minúscula. Por entonces sólo contaban con dos pequeñas imprentas y un laboratorio rudimentario. En cuanto pudieron expandirse, Lucio robó de todo para ellos, en particular los paneles de yeso para aislar el nuevo laboratorio. Lo transportó todo y lo fabricó todo. ¿Quién hablaba de sueldo? Eran socios en la utopía. El Lucio World Revolution Business empezaba a tomar forma.

Jacques, Patrick y Petitjean, salidos de la escuela de las calles de mayo del 68, no eran verdaderos profesionales, pero su entusiasmo les permitía realizar un trabajo inaudito con pocos medios. El taller estaba constantemente lleno. Militantes de América latina, sobre todo de Argentina, vascos, italianos, anarquistas, iraníes opositores del Sah perseguidos por el abominable Savak, rebeldes y supervivientes, todos aquellos a los que las dictaduras intentan hacer pasar por malhechores trabajaban hombro con hombro hasta la madrugada bajo el techo bajo. Parecía que no se podía combatir contra un régimen policial sin llegar antes o después a esa oficina discreta para hacer imprimir boletines, octavillas o periódicos. No pagaban nunca. El infatigable Jacques formaba a todos los aprendices que quisieran, y Lucio lo aprovechó.

Con materiales recuperados en las obras en que trabajaba, les fabricó artesanalmente un nuevo taller en la calle Tonkin, antes de que fueran a instalarse más lejos, en el pasaje de Venise.

Si alguien comentaba divertido que los plafones de construcción del nuevo taller procedían de las zanjas de las obras públicas, Lucio se encogía de hombros y reía. Sus robos no provocaban ningún remordimiento a nadie: en esa época, la industria inmobiliaria era escandalosamente rica y el tipo de pérdidas que él infligía a las empresas siempre había estado previsto en las contabilidades.

El primer paso ya estaba dado, pero el progreso sólo podía calibrarse como semillas que se arrojan al viento: la propaganda. Ahora bien, después de la mala experiencia de

Toulouse, seguía pensando que tenía que dominar lo esencial: sin papeles, no tenía la menor libertad de movimiento. Imposible cruzar una frontera, alquilar un apartamento, un coche, retirar dinero en un banco...

El problema parecía insoluble: el documento de identidad español, por citar sólo un ejemplo, comportaba cinco colores dominantes y un número casi infinito de matices. El pasaporte, cinco o seis, sin contar los alambicados escudos, la corona y el águila imperial en la tapa de cartón, los dorados, las filigranas del papel, los sellos, el plastificado, o los ángulos, que no son cuadrados. Y Lucio no tenía ni idea.

El azar organizado de su círculo de conocidos le puso en contacto con un desertor estadounidense de Vietnam que había estudiado en Berkeley. Un chico al que la guerra había despojado de muchos escrúpulos. Sus aportaciones se revelaron cada vez más preciosas. En esa época, no eran raros los soldados americanos fugitivos que, aprovechando las redes de apoyo en Europa, habían cruzado la línea roja de la legalidad. Solían ser muy decididos: radicales hasta el fondo de sus convicciones y dotados de un espíritu práctico que confundía, sorprendía e irritaba a la vez a sus homólogos militantes franceses, a los que, por su parte, ellos consideraban unos graciosos inútiles.

Éste tenía un taller de fotograbado muy bien montado. Los tres colores de los pigmentos primarios, el amarillo, el magenta, parecido al rosa subido, y el cian, que es el azul, que pueden combinarse hasta el infinito añadiendo el negro, no tenían ningún secreto para él. Sabía evitar las trampas que

provocan cuatro mil errores a partir de los cuatro colores básicos. Nunca había menos de siete películas que superponer, y a menudo eran muchas más, aunque todavía no disponía de una maquinaria lo bastante avanzada para llegar a la perfección.

Lucio, que necesitaba una recomendación, fue a ver al doctor Paul Desnais, el médico anarquista que había ayudado a Martín con los explosivos en el mausoleo franquista en tiempos de Delgado, y que no había dejado de correr riesgos para ayudar a los ilegales durante la guerra de Argelia. Desnais le aconsejó que fuera a visitar de su parte a Pierre Delabrosse, el dueño de una gran empresa de fotograbado cercana a la torre Eiffel: era un militante. Lucio se dirigió a la dirección indicada. Le dijeron que había salido a almorzar, pero podría reconocerlo fácilmente por su traje blanco. Lucio le encontró bajo el porche de entrada, en compañía de una bonita mujer de la que se separó en seguida.

—¿Puede fotografiar documentos antifascistas?

—Por supuesto —dijo el hombre del traje blanco.

No tendría más de treinta y cinco años.

—Son unos libritos realmente útiles —insistió Lucio intimidado.

El hombre, deseoso de hacerle comprender que, a pesar de su riqueza aparente, era un verdadero militante, intentaba que Lucio se relajara.

—No hay problema.

—¿Cuándo puedo traerle las muestras?

—Mañana por la mañana.

Al día siguiente, Pierre Delabrosse le llevó al café para examinar los documentos de cerca. Lucio le dio el carné de identidad y el pasaporte españoles. El otro no se imaginaba nada parecido.

—Pero... pero, ¡no es posible! —se aturulló.

—Es por la libertad de los hombres. ¡Si supieras la cantidad de gente que podemos ayudar con estos libritos! —dijo Lucio entonces.

—Lo sé.

—Supone la vida para miles de personas. A nosotros nos cuesta un precio exorbitante. Nos vemos obligados a robarlos o a comprarlos, que es todavía más difícil. Conseguimos algunos en un hospital, ya me entiendes, cuando hay algún deceso, pero no es suficiente.

El joven industrial que controlaba en París lo más selecto del mundo publicitario examinó el objeto más de cerca.

—¿Es urgente? —preguntó.

—Sí, es urgente.

—Ven el sábado, estará hecho.

—¿Cuánto te debo?

Pierre Delabrosse enarcó una ceja:

—¿Sabes?..., no me sentiría a gusto si te cobrara.

El sábado siguiente, a las 11, tendió a Lucio las primeras muestras de una larga serie. Las había fabricado él mismo. Lucio tenía lágrimas en los ojos. ¿Por qué este hombre aceptaba asumir un riesgo semejante? No se conocían de nada. Las gotas saladas, para no caer, se pegaban a las pestañas del emigrado. Guardó en un sobre delgado el precioso regalo. Su padre tenía razón: contra los rapaces y los cobardes palpita sin ruido otra fuerza menos visible. Pierre Delabrosse sólo fue el primero de una larga serie de personas sin las que su lucha habría estado perdida de antemano.

Quedaba un arduo problema técnico. Imaginando que pudiera procurarse los kilos necesarios del papel adecuado (como así hizo), ¿cómo añadir las filigranas, que están incrustadas en la misma pasta del papel? Un viejo anarquista, antiguo miembro de la Resistencia, ayudó a Lucio. Le dio el secreto de la poción mágica que habían aprovechado todo tipo de clandestinos durante la guerra: el bálsamo de Canadá, extraído de la savia de abeto de ese país. Se utiliza en óptica para pegar las lentillas a causa de su particularidad de permanecer transparente aunque lo calienten, aunque lo disuelvan. Inconveniente: al cabo de unos años, su efecto se borra, pero los documentos falsos no están previstos para la eternidad. Ventaja: la sustancia es indetectable. Desde entonces, se abrieron perspectivas infinitas a Lucio para

fabricar también documentos franceses, belgas o italianos, cosa que hizo según las necesidades.

Sólo faltaba reproducir cuidadosamente aquellas bellas estampas en la mayor cantidad posible. Los compañeros de la calle de Tonkin tenían aparatos demasiado rudimentarios para hacerlo; sólo podría la indispensable Heidelberg, de una milagrosa precisión. De modo que eligió una imprenta que tenía una. Era conocida sobre todo por sus simpatías ecológicas, pero las referencias de Lucio eran sólidas.

—Soy refugiado político —anunció—. ¿Podéis ayudarme contra Franco? Se trata de octavillas, documentos, toda clase de cosas. Tengo dinero, puedo pagar.

—¡Ni hablar! —respondió Albert, el jefe del taller—. Contra Franco, será un placer.

—Bien. ¿Podrías imprimirme un librito? Allí abajo está prohibido.

—Cuando quieras. Trae el libro...

—Es un folleto no muy grueso.

—Ven lo antes posible. Ahora disponemos de algo de tiempo.

Al día siguiente, Albert, percibiendo su incomodidad, le llevó al despacho del primer piso, donde podían aislarse. Lucio le dio los clichés. El hombre hizo un gesto de rechazo.

—No podemos... —balbució.

—Te has comprometido —respondió Lucio—. Te había avisado: son publicaciones prohibidas. El fotograbado es bueno, mejor que eso, es perfecto. No te costará mucho tiempo, y te repito que tengo dinero. Ya sé que no lo haces por eso, pero el dinero es interesante por mil otros motivos.

Después de ver reavivada su militancia con un sobre de billetes, Albert terminó por aceptar. La realización ocupó más tiempo del previsto: el menor error podía costarle un día la vida a un amigo. La perfección era imperativa. Además, nadie en el taller debía saber nada. No es que hubiera la menor sospecha hacia los demás, que eran todos simpatizantes, pero Lucio había visto demasiados proyectos convertidos en tragedia a causa de una simple indiscreción por no mostrarse intransigente con la vieja regla de oro: cuanta menos gente lo sepa, menos riesgo hay de que hablen. Así que sólo podía ir a trabajar con las máquinas en plena noche. Y, sobre todo, no todas las noches.

Pronto, no le bastó con una sola imprenta. En el largo período de su actividad, utilizó una decena, algunas de ellas en Bélgica, Suiza e Italia. Tenía cómplices en todas partes, a los que pagaba más o menos. En las pálidas horas de la madrugada, de 1969 a 1972, fichaba sin desfallecer en la empresa de obras públicas Samlino, en el número 4 del bulevar Sebastopol. Por las tardes, vaciaba las obras de las construcciones por cuenta de los compañeros. Por las noches, imprimía. ¿Cuándo dormía? Sólo él lo sabe. Por cuartos de hora, que también robaba. Y aun esos cuartos de hora incluían

lo que entonces se llamaba, con un guiño al título de la novela de Christiane Rochefort, *el reposo del guerrero*.

Una noche de primavera de 1969 en que volvía a casa muy tarde, Anne lo estaba esperando. Él estaba agotado. Al oír el ruido de la furgoneta, encendió unas velas y recalentó las tapas, que tanto le gustaban. Él no se imaginaba nada. Pensó en algún olvidado aniversario de su vida de pareja.

Al recibir la noticia, la miró estupefacto, como a una flor intimidadora en la que descubriera de repente una infinita fragilidad. Luego la abrazó lleno de felicidad y se puso a cantar y a bailar: iba a ser padre.

Entonces se planteó una grave cuestión, que en otros ambientes se suele discutir mucho antes: ¿iban a casarse? El viento de mayo que soplabá sobre las ideas libertarias habría debido hacerla incongruente. De todos modos, la cuestión surgió un domingo por la tarde, de regreso de Villenauxe-la-Grande. Maurice había ido a buscar sus mejores botellas a la bodega para ahogar la emoción en las burbujas. Paulette se había afanado en la vajilla para disimular torrentes de llanto. Los padres de Anne se sentían tan felices por el futuro acontecimiento y ahogaban con tanta prisa bajo un chorro de palabras su preocupación, que todo resultó perfecto. Fue Lucio quien abordó el tema.

—Después de todo, en nuestra situación, no estaría tan mal —dijo—. Sobre todo en caso de complicaciones, por el niño...

—Yo estoy muy bien así.

—Ya lo sé.

En el siguiente atasco de tráfico, insistió:

—Tendrás que conocer a mi madre...

Tres meses después, a inicios de julio. Anne descubrió España, las ligeras brumas pegadas a las rocas de los Pirineos, el puerto de Ibañeta, parecido a una alfombra verde que asciende suavemente hacia un cielo en el que palpitan las palomas torcaces. Roncesvalles, donde los pastores de Navarra hicieron pagar al Roldán de Carlomagno el saqueo de Pamplona; el camino de Santiago y el rastro de los bordones de los primeros peregrinos partidos en busca de la concha de Compostela: sí, una intensa poesía. Pero antes Anne tuvo que inaugurar en plena noche, al volante de la camioneta, un nuevo modo de atravesar la frontera inventado por Lucio.

—Mientras subes desde Saint-Jean-Pied-de-Port, después de dos kilómetros, prepárate a olvidar el vino de Irouléguy. En las primeras ventas no tienes que cambiar el ritmo del motor. Eso les alertaría. Los encinares están llenos de oídos. Ni aceleres ni reduzcas la velocidad. Un kilómetro después del doble ramal que lleva a Saint-Michel y a Huntto, a la derecha, abro la portezuela de mi lado. No cambias nada. Tiro lo que hay que tirar, tú no reaccionas. Queda un minuto. Todo depende de eso. Ruedo hecho una bola, me deslizo fuera. El ruido no ha cambiado. No han notado nada.

»En la frontera, si te interrogan, vas a Pamplona por los Sanfermines, a ver a tu novio. Después, no tienes nada que temer. El gran edificio de la izquierda, después de la primera

curva, es el garaje de mi hermano Alfonso. Espérame allí. Estás cansada, apaga las luces como si fueras a dormir un poco. Iremos a buscarte. No te preocupes por nada.

Fue la iniciación a un juego del escondite que duraría diez años. Al no ser sospechosa, por lo menos en este primer cruce, con su pasaporte francés, ella no tenía nada que temer. En cambio él, refugiado político en Francia con prohibición de entrar en su país, más o menos desertor, prefería, por lo menos esta vez, no llevar ningún papel encima para no correr el riesgo de que lo reconocieran si los llevaba falsos. Los kilos de octavillas que había de entregar en Pamplona, escondidos en las ruedas del vehículo, y las pesetas a distribuir, repartidas un poco por todas partes, eran casi una cuestión de principios. Y lo mismo cabe decir de unos Kalashnikov que cruzaron el río para completar el cargamento, y de los que ella no sabía nada.

Así, en cosa de tres días, la futura mamá conoció al excelente Alfonso en un rincón del garaje; más tarde conocería a su encantadora esposa, a Amadeo, que acababa de cumplir cinco años, y las pequeñas truchas pescadas furtivamente y rellenas de jamón. Luego participaría unos momentos en la fiesta, mientras él acudía a sus citas vascas aprovechando la multitud de turistas, y conocería a su madre en la casita punteada por los nidos de golondrinas. Con los ojos llenos de felicidad, Asunción acercaba la mano hacia Anne para tocarle el brazo, un mechón, la mejilla, como si quisiera verificar que su nuera estaba bien viva, antes de dejarse arrastrar por una alegría infantil. Anne hizo los honores de la humilde habitación bajo el tejado que Lucio había compartido con Alfonso, mejorada con una ducha nueva, regalo de los chicos. Luego, él no resistió la

llamada de la taberna a la que lo llevaron los amigos de su edad, en su mayor parte retoños del franquismo. Habría debido tener miedo, pegarse a las paredes, desplazarse a escondidas; pero los hijos de los protegidos del régimen lo jaleaban, tal vez avergonzados de un pasado poco brillante. Uno de ellos incluso aprovechó la velada para hablar con él a solas.

Las chaquetas de Enrique, abiertas por la espalda a la última moda, dejando un faldón majestuoso que le golpeaba orgullosamente las nalgas, le maravillaban, y aún más su vocabulario de orfebre y esa dicción inaudita, como si los dientes engastaran las palabras poco a poco.

Lucio había intentado imitarle en vano cuando estaba seguro de que no le veía nadie. Hijo de agricultores acomodados, Enrique se había ido a trabajar a Barcelona después de unos estudios brillantes.

—Lucio, aquí no me siento en paz —empezó.

—¡No me digas! ¿Menos que yo?

—No te burles. Tengo miedo. ¿Y si hubiera un cambio político?

—¿Qué tienes que temer?

—Tengo que decírtelo, Lucio. ¿No estás al corriente?

—Enrique, ¿me lo dices o no?

—Bueno... He matado a varias personas en Cascante, con el fusil.

Lucio lo sabía, evidentemente.

—¿Qué me dices?

Para atreverse a hacer esta confesión, Enrique debía de considerar a aquel a quien ya llamaban «el parisino» un personaje importante del cercano posfranquismo. Algo así como un comisario político.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —insistió Lucio.

—Aún no tenía ni quince años. Me decían: «¡Es un republicano!» o «¡Es un sindicalista!» o «Ese tío ha gritado ¡Viva la libertad!»

—¿Y eso te bastaba?

—Claro. Estaba intoxicado. ¿Te acuerdas del cura? ¡La Falange en casa! ¡Y mi abuelo! Entonces, yo apretaba el gatillo y me sentía orgulloso, porque me llamaban valiente.

—Pero yo te conozco, Enrique. Ahora eres una buena persona. No tendrás más que explicar...

—Es como si fuera otro. ¿Sabes? ¡No soy feliz!

—Creo que se te pasará —dijo Lucio, sin demasiada amabilidad—. No tienes nada que temer. Ven, vamos con los demás.

Y se puso a cantar.

Aquella noche, en la pequeña habitación rudimentaria de su infancia, iluminada con la presencia de Anne, pensó mucho en su padre. Amadeo siempre había sido ejemplar en todo. Lucio, a su modo, intentaba seguir el mismo camino: ladrón, estafador, ilegal, falsificador, hasta entonces no veía nada que reprocharse. Y seguiría así.

La boda tuvo lugar el 30 de octubre de 1969 en la alcaldía de Clichy. De Gaulle había cerrado sin una palabra la puerta del Elíseo en abril, mortalmente ofendido porque Francia había osado decir «No» a su referéndum sobre la regionalización y la reforma del Senado. Luego, henchido de doloroso orgullo, se fue a recorrer con Yvonne las playas de Irlanda. Pompidou, su sucesor al frente del Estado, se escudaba en el realismo para no manifestar más ganas que él de batirse contra los restos de una dictadura, marrón o negra. La boda fue una jornada muy alegre a la que, por razones de trabajo y de dinero, de la familia de Lucio sólo asistió Saturnina.

Era la mejor persona del mundo. Un año después de su llegada a Francia, había conseguido un trabajo como portera del número 134 del bulevar Jean-Jaurés, en Clichy, y allí acababa de encontrar alojamiento para su hermano y su joven esposa, en el cuarto piso. Se mudaron dos meses después del nacimiento de Juliette, en abril de 1970.

Por su parte, Saturnina fue a instalarse no muy lejos, con su marido, que se parecía a James Dean, y sus dos hijos, al número 84 de la calle Martre, escalera C, en el primer piso, en

un grupo de casas baratas pero de construcción bastante buena. Lucio vio enseguida la utilidad de su nuevo alojamiento. No sólo el edificio en el que vivía su hermana tenía varias salidas, sino que el acceso a los garajes, muy numerosos, podía realizarse desde los pisos sin que un observador exterior se diera cuenta de nada.

Bajo una falsa identidad, alquiló en seguida dos compartimientos del garaje bien cerrados, y a lo largo de los meses amontonó en ellos todo lo que la imaginación de Fantomas pudiera soñar: *stocks* de papel de imprenta y de billetes de banco, documentos de identidad, máquinas de todas clases, armas, municiones, explosivos. Lo mejor de todo era que las tres ventanas de Saturnina daban a la calle, de modo que, si le seguían de cerca, podía subir a casa de su hermana y manifestar ostentosamente su presencia, por ejemplo moviendo una cortina, para luego bajar al sótano, recoger lo que necesitara y, después de mostrarse de nuevo tras los cristales, salir sin despertar la menor sospecha. Todas las mañanas de los días laborables, llevaba allí en brazos a la pequeña Juliette para que la cuidara Saturnina. Esta, creyente a su modo y respetuosa de las leyes, nunca habría imaginado, antes de la aparición de este libro, la cantidad de noches pasadas encima de un depósito de armas susceptible de hacer saltar la mitad del barrio. Lucio todavía se ríe. Sólo Juan Cruz, su marido, que le había visto rondar en las proximidades de uno de sus escondites, tenía la mosca detrás de la oreja.

—¿Qué estará haciendo tu hermano por allí abajo? —había refunfuñado una vez, con su voz de barítono.

Pero era un vasco, uno de verdad. Buen jugador de pelota a mano y de fútbol, un tipo duro y silencioso. Nunca volvió a hablar del tema.

Todas esas inversiones representaban evidentemente mucho dinero. Mientras la pareja Urtubia vivía entre estrecheces con dos sueldos de trabajadores, la Lucio Incorporated estaba en pleno florecimiento. Había cerrado para siempre el molesto intermedio de los atracos. Sólo quería obtener dinero por «vía pacífica». Y estaba lleno de ideas. La más elemental nació de la escasez de cuentas bancarias entre el proletariado, y del hecho que los talones de las pagas, hasta la Ley de Finanzas de 1979, casi nunca eran barrados. Armado con su hoja salarial, el talón correspondiente y un documento de identidad en regla, un obrero de la Ford o de Cementos de Nogent podía presentarse en cualquier banco para que le dieran su dinero. En España, todos los funcionarios eran remunerados de este modo.

Era un juego de niños para Lucio reproducir hasta el infinito un talón y una hoja salarial relacionados con un nombre determinado. Así, nada impedía que el mismo ciudadano ficticio se dirigiera con la misma identidad, el mismo día, a veinte o cien sucursales bancarias distintas. Con sólo dos condiciones: tener un aspecto más o menos honrado y parecerse a la fotografía del documento de identidad.

En realidad, por prudencia, sus enviados actuaban por parejas: uno se presentaba mientras el otro, en la acera, con los bolsillos llenos de documentos, estaba listo para saltar, en caso de problemas, hacia un teléfono. Bastaba marcar un número y pronunciar una frase en clave: en algún lugar, en un

piso alquilado con nombre falso por Anne —¡ella sabe presentarse tan bien, es tan elegante!— Lucio esperaba. Los diversos equipos telefoneaban a intervalos regulares. En caso de producirse un incidente, informaba a los demás encargados de la misión y lo paraba todo. Había una quincena de equipos operando al mismo tiempo. De momento, no eran más por falta de gente segura. Actuaban siguiendo recorridos preparados con antelación para eludir cualquier imprevisto, de modo que una simple paga de camillero, de instalador de calefacción o de obrero de la construcción, cobrada cien veces en un día por quince comandos, podía llegar a sumar mucho dinero.

Los dos tercios del total eran para la causa: Lucio repartía el resto entre los compañeros como dinero de bolsillo. El grueso del botín se destinaba a partes iguales a compras de material y a su escondite personal, para sus propias actividades.

Otra precaución indispensable: era necesario que la parte dactilografiada de los cheques y de los documentos tuviera los mismos caracteres tipográficos que los originales. Era la época de las máquinas de escribir IBM de bola. Cada una tenía un solo tipo de caracteres. Para tenerlos todos, hacían falta decenas y decenas de bolas: se procuró todos los modelos.

Ya por entonces hizo varias incursiones en los cheques de viaje de ciertos países, al parecer tan fáciles de copiar como las entradas para los partidos de fútbol. Siempre siguiendo el mismo principio: comprar un carné de cheques de viaje auténticos con toda legalidad, y luego multiplicar su número. Los equipos actuaban todos al mismo tiempo, en quince países

distintos si era necesario, y todo se quemaba después de utilizado para no dejar ninguna pista. Gracias a estas precauciones, en los primeros años de estos ejercicios peligrosos, no tuvo que deplorar ningún fracaso. Y tampoco el menor inconveniente en las fronteras.

El oficio de mujer de falsificador puede tener consecuencias inesperadas. Por ejemplo, el pasaporte español presentaba, además de las complicaciones ya enumeradas, la característica de estar cosido. Anne, bióloga y alérgica al zurcido, sacrificaba con fervor sus días libres a una aguja militante. Jirliette, a los cuatro años, tomaba la mano de su madre y la acompañaba orgullosa a sus apartamentos alquilados con nombre falso para secundarla en sus ardores costureros. Mamá se llamaba para la ocasión Janine o Marguerite, y Juliette nunca cometía un error una vez doblada la esquina, con gran estupefacción de su madre, que nunca le había pedido que se comportara de este modo.

En esas ocasiones, la niña siempre tenía una misión que cumplir, como pegar sellos o contar las estrellas de los pasaportes. No se aburría. Sus padres no le escondían ningún secreto, salvo los que Lucio callaba incluso a su mujer. Nunca la obligaban a irse de la habitación, ni siquiera en las reuniones más clandestinas. Tenían confianza en ella y, en cierto sentido, con razón. Como les quería, ella modelaba su conducta sobre la de ellos. La clandestinidad era en ella una segunda naturaleza. Hay quien nace en las pilas de agua bendita, otros entre los repollos. Ella era hija de Louise Michel y de Durruti, y la habían vestido desde su primer aliento con ropas demasiado grandes para ella, que llevaban nombres misteriosos como

«fascismo» y «libertad», que ella no entendía, pero que, coloreados de rojo o de negro, se adherían a su piel. En caso de ausencia de los padres debida a un viaje o al celo policial, la tía Saturnina cuidaba de que asistiera a la escuela con regularidad y de las comidas. Era una solución mejor, sin duda, que los días en que papá decidía cocinar. Desde la época del Quico, sus conocimientos culinarios no habían mejorado en absoluto. Se había ganado el apodo de «papá calamar»: sólo sabía hacer eso. Un inconveniente que él compensaba con una paciencia inagotable en el dentista, en el jardín zoológico o enseñándole todo a su hija: porque lo sabía todo sobre todo, algo que no se advertía a simple vista al verle con su mono de trabajo blanco cubierto de yeso. En fin, ella se consideró largo tiempo una privilegiada en materia de padres. La mayor parte de los niños tiene padres que se toman las cosas en serio. Ella se había beneficiado de una variedad rara: los suyos se divertían jugando toda la vida. Sólo podía quejarse de verles demasiado poco. Si por casualidad un indiscreto le hubiera contado cómo pasaban el tiempo, seguramente ella se habría reído.

Un padre que siente la necesidad de dar volteretas hasta el río para llegar desapercibido al país del tío Alfonso no puede ser demasiado severo. Sobre todo si eso se añade a sus esfuerzos continuos por ser «muy discreto».

Un día, debía de ser después de Valcarlos, mientras llenaban el depósito en una gasolinera, un hombre de buena presencia, un «Guapo», como decía él, tuvo la mala idea de hacer el gallito con Anne. Cuando Lucio se acercó, miró con desprecio al obrero mal vestido que interrumpía su diálogo con la señora.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—Soy el marido de la señora.

La respuesta del «Guapo» quedó ahogada en un zumbido de oídos cuando el puñetazo —uno solo, como siempre— le tiró al suelo. Muy pronto se formaron dos bandos: ¿quién era el ofendido?, ¿quién era la víctima? Se presentía una refriega general. Los guardias civiles se removían como bueyes picados por tábanos.

—¿Quién es esta señora? —preguntó un oficial a Lucio.

—Es mi mujer —respondió, aún furioso—. ¿Y éste, quién es?

—Es el primer teniente de alcalde.

En ese momento crucial, habría bastado con que el jefecillo reclamara sus papeles a Lucio para que el incidente degenerara en tragedia, pero le distrajo a tiempo un chiquillo largo como un espárrago. Era Amadeo, el hijo de Alfonso, que entonces tendría unos diez años.

—¡Es mi tío! ¡Es mi tío! —reía, señalando a Lucio.

La gente, que conocía bien al contrabandista, aquel honrado empleado del alcalde, se puso a rumiar la nueva información. Los guardias hicieron un conciliábulo. El primer teniente sólo era temido, y acababa de ponerse en ridículo. Su estatus se tambaleaba. Lucio, discreto, caballeresco, insensible a la agitación, abrió la portezuela de la camioneta a su esposa. Por supuesto, no llevaba ningún papel encima. Sacrificando el culto

de la jerarquía a los potenciales disgustos que podía causarles el asunto, los guardias decidieron escoltar a la pareja hasta la salida del pueblo para evitar que ningún exaltado les hiciera alguna jugarreta.

En otra ocasión, también en España, discreto y siempre sin papeles en regla, había tomado el volante. Ángeles estaba a su lado y Anne detrás.

Entraron en Cascante. Un control imprevisto les sorprendió. Una patrulla de la Guardia Civil, según la costumbre, hacía señales a los vehículos para que se detuvieran. Un segundo grupo disparaba sobre los que preferían pasar de largo.

Ni hablar de pasar el control. Imposible continuar. Ningún cruce que tomar. Dar media vuelta era una quimera. Entonces, Lucio caló el coche y volvió a arrancar. Lo calaba y daba un salto: como una cabra moribunda. El vehículo hipaba y volvía a marchar. Hizo señales por la ventanilla: este cacharro está loco, tiene el ralentí estropeado. Ángeles saltó a la calzada.

—¡Es mi hermano! ¡Es mi hermano!

Ella les conocía, y Lucio pasó. Se paró algo más allá y bajó del obstinado artefacto con gestos de impotencia mientras los brazos de Ángeles, que seguía junto a las autoridades, batían el aire como molinos. Una de esas anécdotas de las que se ríe uno veinte años después.

Y otro día aún, siempre en Cascante, durante las últimas semanas de Franco, en que la Guardia Civil había procedido a detenciones masivas, todos, amigos o hijos de amigos, en los

periódicos y en los carteles florecieron tres palabras contra la policía, repetidas en todos los cafés: «¡Que se vayan!»

Aprovechando sus propias importaciones masivas de material, Lucio imprimió el mensaje en rollos autoadhesivos de quince centímetros de ancho y de una longitud indefinida. Luego tuvo una idea. El tío Elias, aquel hermano de su madre sobre cuya librea habían desteñado las ideas de la ultraderecha a fuerza de servir en el Astoria de Madrid a los dictadores de América latina, acababa de comprar la mansión de un rico propietario local. Era tan reaccionario que se había peleado con toda la familia, incluso con la excelente Asunción: un desafío. Impedido de las dos piernas, se obstinaba en proferir amenazas contra su sobrino indocumentado, a quien juraba que denunciaría en la primera ocasión, a pesar de que Lucio había intentado cuidarle, antes de decirle:

—¡Elias! Tú no tienes herederos. ¡Cuando mueras, convertiré tu mansión en un centro de vacaciones para los huérfanos vascos víctimas de la Guardia Civil!

Aquella noche, entre dos patrullas, se pudo ver una sombra, discreta, dedicada a adornar la residencia patricia con cintas, como un huevo de Pascua: ¡Que se vayan! Tenía más de cincuenta rollos. La madrugada siguiente, los compañeros encontraron toda clase de pretextos para pasear delante de la fachada. En la acera, el viejo maître de hotel se esforzaba, en su silla de ruedas, con el cuchillo en la mano, por rascar las escandalosas inscripciones, chillando a quien quisiera oírle:

—¡Hijos de puta!

Y en voz más baja:

—¡Lucio, me las pagarás!

Estaban vengados.

El joven Zorro de Navarra, a fuerza de insolencias, terminó por irritar también a los sargentos García al acecho en su país de adopción. En París, Anne y él fueron encarcelados el 22 de mayo de 1974 por «ocultación de robos cualificada y complicidad en secuestro de persona». No era el tipo de incidente que podía obligarle a concluir su carrera, pero no dejó de ser un golpe duro.

XIV. EL SECUESTRO

En 1970, Franco levantó el estado de excepción y el 16 de julio de 1971 llamó a Juan Carlos a su lado. Era una cortina de humo: la barbarie cotidiana no había disminuido un ápice. Detenciones y torturas seguían sangrando el País Vasco y Cataluña al ritmo de siempre. Mil doscientos prisioneros políticos se pudrían en unas mazmorras cuya ignominia quería demostrar la necesidad de restablecer la Edad de Oro, aquella en que reinaba Cristo Rey rodeado de una corte de nobles, duques y marqueses, cuya misión consistía en flagelar las carnes de un populacho que descuidaba su alma. El abrazo que De Gaulle le dio en junio de ese mismo año contribuyó a confortar al tirano sentado en su trono de osamentas. Era el último beso al leproso rehabilitado, el abrazo de un titán deshinchado al sangriento camarada-general. Un enemigo de ayer, hoy hermano de armas. Todo le estaba permitido.

Las condenas del proceso de Burgos, a nueve penas de muerte y setecientos años de prisión, para dieciséis resistentes vascos, por haber asesinado al verdugo en jefe Melitón Manzanos Rodríguez, jefe de la brigada politicosocial, no fueron sino una consecuencia lógica del sentido natural de la

justicia y del fino humorismo de ese hombre. Londres, Bruselas, Bonn, Roma, Estocolmo, el Vaticano y Berna solicitaron el perdón. No busquen en esa lista la Francia de Chaban-Delmas y Pompidou, sería en vano. Se produjeron manifestaciones tórridas bajo las miradas de los dirigentes en París, Bélgica, Frankfurt, Nápoles, Roma y en Inglaterra: testimonios de una cólera que se volcaba en las calles contra un aliado demasiado incómodo. Como en 1963, en la época de Julián Grimau. Los amos de palacio hacen lo que pueden para inculcar a los pueblos la razón política, pero estos últimos no siempre tragan.

El senil antropófago estaba pasado de moda. Incluso los más cínicos de sus jóvenes cachorros sabían, treinta años después de la gran carnicería, que debía ser posible guiar a las masas con menos canibalismo. A ellos los sacrificios humanos les parecían no tanto indignos como pasados de moda.

La presión internacional llegó a ser tal que su almuerzo de carne magullada le fue quitado de la boca *in extremis*, provocando reacciones de frustración entre los *gourmets* de su entorno. En ese tumulto, el nombre de ETA se vio proyectado a la fama.

Explotó con letras de fuego en el cielo de Madrid el 20 de diciembre de 1973, cuando después de un año más duro que nunca, lleno de disparos en las calles, de rebeliones salvajes y de represión, el almirante Carrero Blanco, falangista de choque, hostil a cualquier progreso, ejecutor todo terreno de las órdenes de Franco, su brazo armado, jefe del gobierno

desde hacía seis meses, saltó impulsado por una carga explosiva de tal calibre que su coche voló por encima de los edificios. Arias Navarro, el antiguo director general de Seguridad, que había ejercido su habilidad manual con Delgado y Granado, fue ascendido a su puesto, pero el Caudillo necesitaba sangre fresca. Se le ofreció la de Salvador Puig Antich. Era un anarquista catalán, de los más fogosos del MIL, el Movimiento Ibérico de Liberación. Había caído en Barcelona, con las armas en la mano, en una emboscada preparada por agentes de paisano en otoño de 1973. No había muerto del todo por las heridas. El 2 de marzo de 1974 el garrote vil lo remató con toda su lentitud.

Ese mismo día, fue ejecutado del mismo modo ignominioso en Tarragona, media hora antes para convencer mejor a la opinión de la infamia del joven anarquista, un oscuro delincuente polaco sin familia, sin pasado y sin forma, Heinz Chez, de quien nadie habría oído hablar si el autor catalán Albert Boadella no hubiera escrito y montado algo más tarde sobre el tema *La Torna*, una obra teatral que, como veremos, le provocó algunas dificultades. Es una vieja tradición de los tiranos envilecer al ideólogo mandándolo al suplicio entre los ladrones.

Numerosos compañeros de Puig Antich seguían encerrados en las mazmorras franquistas, como en un vivero de dolores entre los que escoger a voluntad. Entre ellos se encontraba un personaje que daría que hablar en Acción Directa, Jean-Marc Rouillan, llamado Sebas por sus tres años de prisión en San Sebastián. En 1974, su nacionalidad francesa le salvó del

garrote, y muy pronto la agonía de Franco lo haría de la misma cárcel. A Lucio, que simpatizaba con el MIL, le parecía un hombre de una pieza. Habría sido extraño que no se hicieran amigos después de su expulsión de España.

Mientras tanto, de Toulouse a Clichy y de Bruselas a Barcelona y Madrid, se había tomado la decisión de actuar, en vez de ahogarse de rabia a los pies del todopoderoso verdugo. Así, sobre las ruinas del MIL se crearon en Toulouse los GARI, Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista, «una asociación estructurada a dimensión internacional de diversos grupúsculos anarquistas que coordinan sus actividades con vistas a realizar una serie de atentados espectaculares, destinados a apoyar la lucha emprendida contra el régimen franquista y en favor de los detenidos políticos españoles», según escribió el juez de instrucción Pinsseau cuatro años después, en su mandamiento. La sigla GARI apareció por primera vez al día siguiente del secuestro de Baltasar Suárez, director de la sucursal parisina del Banco de Bilbao, el 3 de mayo de 1974.

Fue una operación montada sin duda por una mano maestra, pero de la que se derivarían problemas para Lucio.

Suárez sabía por la embajada que figuraba en una lista de personalidades susceptibles de ser secuestradas, pero el equipo que pasó a la acción en el garaje de la residencia del Parque, bulevar del Château número 41, en Neuilly, fue muy astuto. Eligieron ese viernes porque la víspera el banquero había ido a cenar bastante tarde a la plaza del Tertre

acompañado por su mujer y una pareja de amigos; sin duda, su chófer no estaría de servicio a la salida del sol. Tres jóvenes armados con pistolas lo encañonaron, le vendaron los ojos y lo ataron, así como a sus hijos, Carmen y Baltasar, de catorce y diecisiete años, que él se disponía a acompañar al instituto. Dejaron a los dos adolescentes atados en el recinto donde se dejaban las basuras. En cuanto a él, fue obligado a beber una poción que lo adormeció y le hicieron estirarse en el portaequipajes de su DS21. Un cuarto de hora más tarde, después de haber seguido lo que le pareciera calles adoquinadas y pasajes subterráneos, le condujeron a lo que describió como el almacén cerrado de un garaje elevado, hacia el séptimo piso.

Allí, otro equipo, formado por una pareja de franceses, le ordenó que se acurrucara en el interior de un cesto de mimbre. Luego, le metieron en una furgoneta. De allí le llevaron a un apartamento. Era un segundo piso. Siempre con los ojos vendados, fue tranquilizado por una voz española: no le harían ningún daño, pero su función en el Banco de Bilbao, pilar notorio del franquismo, le convertía en un símbolo.

Sus carceleros, después de desnudarlo, le ayudaron a ponerse un pijama azul y lo encerraron en una habitación acondicionada de modo que le fuera imposible identificarla después. «Los tabiques eran de conglomerado y estaban recubiertos con tela de saco. Hasta una altura de cincuenta centímetros del suelo, los mismos tabiques estaban cubiertos con cajas de huevos. El techo, muy bajo, unos dos metros veinte, también era prefabricado, quizá de corcho. El suelo

estaba recubierto de ese mismo material. Uno de los tabiques estaba cubierto con una tela multicolor.» El testimonio del banquero ante la policía judicial debe ser considerado con atención: fue uno de los elementos en los que se basó la policía para acusar a Lucio de complicidad, debido a su capacidad para procurarse materiales de construcción.

Ultimo detalle, para situar mejor la decoración del secuestro. Un rapto no tiene atenuantes, pero el banquero Suárez, al contrario de los desdichados secuestrados posteriormente, que tuvieron que sufrir el salvajismo de sus verdugos, como Jean-Paul Kaufman o el barón Empain, fue tratado con el mayor civismo. Sus raptores querían demostrar que el hecho de raptar a un ser humano en nombre de los derechos del hombre era incompatible con los malos tratos. Su detención ya constituía a sus ojos suficiente violencia. Suárez no tuvo que quejarse ni de las paellas que le traían sus carceleros enmascarados, ni de la calidad del vino de Rioja que le sirvieron, ni de la falta de libros. Por lo demás, siete años después, cuando tuvo lugar el proceso, ni siquiera se hizo representar por un abogado.

Así que todo parecía ir del mejor modo posible en el menos malo de los secuestros posibles. Los tres equipos que intervinieron, el del rapto propiamente dicho, el de la custodia y el encargado de las negociaciones con las autoridades, funcionaban de forma autónoma. Sin embargo, desde el principio había un gusano en la manzana: un infiltrado entre los libertarios. Un tal Inocencio Martínez contaba a la policía todos los hechos y gestas de Octavio Alberola, el destacado

intelectual antifascista al que volvemos a encontrar. Y, según la versión policial, él fue el coordinador de las negociaciones.

Ese hombre de talento y de buena voluntad, gran manitú según la versión policial, inocente pero manipulado según su propia versión de los hechos, estaba, o habría estado, en una posición demasiado visible para no representar un peligro en la acción. Tenía prohibido entrar en Francia y ya había sido amonestado una primera vez en París el 17 de abril anterior, es decir, dos semanas antes del inicio de los acontecimientos, y devuelto a la frontera belga. Apenas volvió a poner el pie en Francia diez días después, según él para formar un «comité sobre la represión en España» por petición de un misterioso Antonio, fue detenido. Eso pasaba siete días antes del rapto. Su pista llevó a los policías desde el sur del Ardedle y el Drôme hasta el norte del Gard y del Vaucluse. Alberola siempre sostuvo que actuó así a petición del provocador Inocencio, para «participar en el proceso de transporte de material de propaganda hacia España».

Sea como fuere, el 3 de mayo, el mismo día del secuestro, llegó al despacho de la Policía judicial un documento de Informaciones Generales, inspirado por los colegas de España. Identificaba a Alberola como el organizador del rapto. El 5, su nombre fue publicado en el *Journal du dimanche*: imposible conseguir más publicidad. Ese mismo día, Lucio y Anne descubrieron que les seguían; por supuesto, el soplón conocía perfectamente las relaciones libertarias de Alberola. Para ellos fue un shock.

Eran las seis de la mañana. Lucio bajaba del apartamento de la avenida Jean-Jaurés para ir a su trabajo en la calle de la Fédération, en la XV circunscripción. Instalaba cuartos de baño en un Hilton. A esas horas, todo el mundo se conoce. La menor silueta es familiar. Advirtió en seguida la presencia de un desconocido en el barrio. En cuanto puso en marcha su furgoneta Volkswagen, le siguieron dos coches. Para verificar que no era víctima de su imaginación, dio varias vueltas: en vano, los coches no le perdían de vista.

Al aparcar en el garaje del hotel, vio que los dos coches pasaban delante de la entrada. Esperó al volante de su vehículo hasta el momento en que surgió en la penumbra el que debía de ser el jefe. Sólo entonces subió a los pisos superiores para ponerse su mono blanco de trabajo. Se las arregló para que le vieran entrar en la obra. Le preocupaban sobremanera los asuntos que tenía en curso y los compañeros que podrían caer en la telaraña policial si intentaban el menor contacto con él. Toda su red de papeles falsos y de proscritos auténticos corría el riesgo de caer.

Sin hacerse notar, saltó una empalizada situada en la parte de atrás y telefoneó desde un bar a un compañero para decirle que estaba muy enfermo: tenía que anular todas sus citas.

—Hay que estar atentos —dijo—. Parece ser que tengo microbios. Creo que esta tarde iré al médico. De todos modos, lo confirmaré.

Aquella tarde, sin que dejasen de vigilarle un momento,

subió a su casa, volvió a bajar ostensiblemente media hora después, compró un periódico y pidió una caña en el Auvergnat, un bar con doble entrada del que salió por la otra puerta para deslizarse al restaurante de al lado y telefonar confirmando su enfermedad.

El sábado siguiente, estaba alicatando un cuarto de baño en un edificio del bulevar Soult, un trabajo que le había proporcionado Pasamar, un amigo venezolano, cuando llamaron a la puerta: eran dos jóvenes desconocidos que dijeron que venían a tomar medidas antes de colgar las cortinas. No traían ninguna cinta métrica, pero observaron con detenimiento el lugar, así como los apartamentos visibles desde las ventanas. Para dar un paso así, tenían que ir tras el rastro reciente de un pez gordo. ¿Qué era lo que sabían?

Aquella noche, antes de volver a Clichy, Lucio dio un rodeo por el número 91 de la calle Broca, un piso en el que había empezado a hacer una obra para Arnaud Chastel, un astrónomo, investigador en el laboratorio de astrofísica fundamental de Meudon, hijo de un profesor del Colegio de Francia, antifascista, un amigo desde el día en que se habían conocido en una librería de la XVIII circunscripción. Chastel había encontrado un pabellón en alquiler en la calle de Cascades, en la XX, pero aún conservaba el pisito de dos habitaciones y cocina de la calle Broca. A inicios de mayo, se había ido junto a su mujer, Chantal, a hacer un cursillo de cosmología de unos veinte días en la fenicia Erice, en Sicilia. Como de costumbre, había dejado la llave debajo del felpudo. Lucio, que le había traído una bañera, lavabos, placas de yeso,

azulejos, madera y placas de corcho, fue a continuar las obras.

Ese apartamento estaba situado en un segundo piso y no ocupado en las fechas en cuestión; la llave, disponible; el material, acumulado y susceptible de ser utilizado para el zulo en el que se secuestró a Suárez: algo más tarde, la tentación de sacar conclusiones enojosas para Lucio y los que le rodeaban iba a ser demasiado fuerte para los caballeros que se ocupaban de vigilarle. Ese sábado, sentados sobre un murete, se contentaron con observarle y luego seguirle de lejos hasta Clichy.

También Anne estaba contaminada por los microbios. Una infección tan sutil que ni siquiera se dio cuenta. Así, el 8 de mayo, se le pegaron a los talones hasta la agencia France-Presse, en la plaza de la Bolsa, donde Antonio Téllez, el autor del precioso libro sobre Sabaté, era secretario de redacción adjunto a la sección de América latina. En junio siguiente, Téllez no tuvo ninguna dificultad en explicar que ella se interesaba por las últimas repercusiones del secuestro. También había visto a Alberola antes del asunto: era un viejo amigo suyo.

El 16 de mayo a las once y media, siempre en coche, Anne cruzó tres circunscripciones desde su domicilio antes de detenerse en la oficina de correos de la avenida Saint-Ouen: una audacia fatal. En cuanto salió, se precipitaron al interior y hallaron sin problemas el objeto que acababa de depositar para su envío: un *Fígaro* de la víspera, edición de las cinco. Después de haberlo examinado del revés y del derecho,

dejaron que el periódico llegara a la dirección indicada, a casa de Luis Burro, enfermero en una clínica psiquiátrica de Barcelona, y dejaron que sus colegas transpirenaicos prosiguieran la investigación.

Como brazos ejecutores del Todopoderoso, tuvieron los mismos miramientos que en la República Francesa hacia testigos y sospechosos. A mamporro limpio descubrieron rápidamente que el destinatario del periódico había sido nombrado «estafeta del exterior», es decir, buzón de un pequeño grupo anarquista de Barcelona en el que también se encontraba Luis Andrés Edo, el viejo amigo de Rafael en el Alhambra.

El enigma del *Fígaro* no fue difícil de resolver para París. Era un pequeño anuncio en la página 21, novena columna, bajo la rúbrica «alquileres». «Por necesidad urgente, aceptamos cambio villa junto mar por piso gran ciudad. Precisar superficie total y número habitaciones.» El número de teléfono que seguía, 222.22.22, no correspondía a nada. Eso significaba que el rescate de Suárez estaba en camino. Ese mismo día había aparecido un mensaje análogo en el *ABC*. Sí, la idea de un rescate había surgido entre los raptos: qué menos, tratándose de un banquero.

Anne, en fin, servía de intermediaria. ¿Supo ella la realidad de lo que se tramaba? ¿O se limitaba, con fervor militante, a enviar mensajes cuyo motivo ignoraba? Siempre aseguró que no sabía nada, y la policía afirmó lo contrario: que ella también desempeñaba un papel. La justicia terminó por sentenciar que

cruzar tres circunscripciones para enviar un sobre en una determinada oficina de correos no es un delito inscrito en el código penal de ninguna democracia. No más que mandar *Le Fígaro* a España. Ese día, Lucio dijo, conciliador:

—Somos inocentes, ahora está claro; pero la policía está muy organizada.

En ese inicio del mes de mayo de 1974, en que Giscard d'Estaing acababa de presentarse como candidato a la presidencia del Estado unas horas después de la muerte de Georges Pompidou, ya no eran microbios lo que se ensañaba con Alberola, sino la octava plaga de Egipto, la langosta. Propagados por Inocencio, sus insaciables mandíbulas lo estaban devorando.

Mientras las reivindicaciones políticas proseguían su camino —no hubo más garrote vil en España tras el rapto de Suárez—, los pacientes animalitos, teledirigidos por Inocencio Martínez, proseguían su labor. El sábado 11 de mayo localizaron a Alberola en una casita de la Bernerie-en-Retz, en la Bretaña, donde su compañera Ariane Gransac y él mismo habían llegado pocos días antes para escribir junto al mar.¹³ La víspera, a las once y veinticinco —la precisión horaria es importante para los empleados de correos—, Alberola había pedido, desde la estafeta situada a ocho kilómetros de la Bernerie, que llamaran a su traidor de confianza, en el número 43 de la calle del Canal, en Ales, de parte de «Madame Rosa». Mala idea, dirigirse a

13 En esa época estaban trabajando en lo que sería *El anarquismo español*, publicado en 1975 por Ruedo Ibérico.

uno de esos lugares públicos cuando uno no desea dejar pistas: cualquier bar habría resultado más discreto. Según la versión de Alberola, anotada puntualmente por la policía con dedos pérfidos, Martínez quería que él fuera a instalarse urgentemente en el sur para organizar mejor su tráfico de propaganda hacia España. Le estaban buscando un domicilio. Alberola y Ariane Gransac llegaron, en efecto, a su casa de Ales el 16 a las diez y media de la noche.

Durante ese tiempo, bajo la mirada de decenas de funcionarios atentos, entre París, Ales, Barcelona, Madrid y Bayona, sin olvidar Londres, se estableció una tupida red de notas confidenciales, comunicados al Estado franquista, instrucciones secretas a los bancos, contactos en coche y mensajes en clave; es decir, los hilos tenebrosos y complejos que tenían que desembocar en el pago de los treinta millones de pesetas del rescate en dinero español, marcos alemanes y francos suizos, todo ello en billetes de números discontinuos, colocados en un maletín de color marrón cuyo portador tenía que llegar en un coche negro sin antena ni radio.

El viernes 17, el director de la sucursal del Banco de Bilbao en Lyon fue informado por teléfono de que su representante encontraría instrucciones pegadas bajo la tablilla de una cabina telefónica pública en la Place de la Poste de Montélimar. El 18, dirigidos por el comisario Broussard, los inspectores de la Brigada de Investigación y de Intervención, de la Criminal, de la Oficina Central de Represión del Bandolerismo, de la Dirección de la Policía Judicial y de su delegación en Montpellier, se instalaron en diversos lugares estratégicos largamente

inspeccionados para su uso por Alberola y su adlátere Inocencio Martínez.

La policía no podía pasar a la acción antes de la liberación del banquero, por prudencia elemental; pero en cuanto fue hallado sano y salvo en un banco del bosque de Vincennes el 22 de mayo a las 7 de la mañana¹⁴, se puso en marcha la operación «recuperación». Todo se desarrolló sin problemas, lo que permitió la detención inmediata de siete de los sospechosos localizados. La mayor parte del dinero se encontraba en Aviñón, en la habitación ocupada por Alberola, su compañera y una amiga inglesa. Alberola no comprendía qué estaba pasando: ¿qué error había cometido? El resto del dinero fue encontrado, como «se» había informado a la policía, en el portaequipajes de la moto de un tipógrafo de Toulouse.

En ese mismo momento, otro grupo de inspectores se apoderaba en la Bernerie de la agenda de direcciones de Alberola. En parte estaba codificada, pero el comisario Ottavioli resolvió rápidamente el misterio. Figuraban los nombres de todos los supuestos participantes. Desde el matrimonio Chastel y sus sobrinas, en cuya casa vivía Luis Andrés Edo en Cataluña, hasta Anne, a quien afirmaba no conocer, pero de la que había anotado el número del laboratorio; desde Luis Burro Molina, el buzón del psiquiátrico de Barcelona, hasta el inevitable Martínez.

En total, once personas se encontraron bajo orden de arresto: todos los que, según la investigación, formaban parte

14 Dos periodistas de *L'Aurore* habían recibido el aviso.

del grupo encargado del rescate; los miembros de los otros dos equipos nunca serían identificados. Aunque en realidad, uno de los pertenecientes al primer grupo no fue detenido: el inocente Martínez, el que, a la vista del voluminoso expediente de instrucción, podría considerarse el más activo. Pero la policía suele caer en ese tipo de distracciones: no lo buscó hasta horas después de haber encerrado a los demás. Para entonces, había desaparecido.

La policía no lanzó ninguna orden de arresto contra él hasta cinco semanas después. Nunca importunaron a su mujer, al contrario de lo que ocurrió con Anne, Ariane Gransac e incluso con la madre de ésta, que no había hecho más que prestar su casita de la Bernerie. Siete años después, ante el tribunal de apelación de París, la declaración de Octavioli, que entre tanto había sido ascendido al cargo de interventor general de la Inspección General de Servicios, siguió causando escepticismo:

—¡Era inútil seguir a Martínez, conocíamos su domicilio...!

¿Estaba su domicilio en realidad en Ales, o en la Dirección General de Seguridad española? La colaboración entre París y Madrid seguía siendo fructífera. La llegada de Michel Poniatowski, amigo personal del presidente Giscard, al Ministerio del Interior en julio de 1974 bajo el gobierno Chirac, reforzó el celo cooperativo de las policías francesa y española contra ETA y los GARI.

XV. A LA SOMBRA DE LOS ALTOS MUROS

Anne fue arrestada en el trabajo, en el laboratorio Krief de la calle Poulet 38, en la XIX circunscripción. La intrusión policial fue considerada una deshonra tan grande que más tarde le hicieron saber que no era necesario que volviera.

Los inspectores la llevaron a la calle Jean-Jaurés para hacer un registro que no aportó nada. Por lo menos tuvieron la humanidad de no dejar a la pequeña Juliette esperando en vano a su madre a la salida de la escuela, como sucedió con los hijos de otros detenidos. Juliette contó a la ex abogada Brigitte Hemmerlin¹⁵ el cándido sufrimiento de una chiquilla de cuatro años privada de su madre y de su padre sin saber por qué.

«Sólo recuerdo que unos policías fueron a buscarme a la escuela para llevarme a casa de mi tía, y que cuando llegamos había periodistas. Se hicieron pasar por amigos de mis padres para intentar obtener alguna información.

»Parece ser que cuando mis padres volvieron, yo me negué a hablarles. Como si quisiera castigarles por haberme abandonado...»

Tal vez habría sido mejor contarle la verdad, y no que Anne y

15 Brigitte Hemmerlin, *Paroles d'innocents*, Le Pré aux clercs, 1992.

Lucio se habían ido a Londres para ver a una tal Marilyn, sin despedirse. Pero la pobre Saturnina no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones. Improvisó, como hicieron, con la misma buena voluntad, los padres de Anne en Villenauxe-la-Grande. Cuando la gaceta local describió a su hija como a una muchacha bien educada que se había descarriado bajo la influencia de un meteco hasta convertirse en la musa de una banda de terroristas, el señor y la señora Garnier exigieron una rectificación: su yerno era un hombre de bien. No querían que ensuciaran su nombre. Ante los gendarmes de Troyes, Maurice, en su declaración, dio pruebas de una sorprendente y sobria solidaridad: «Como el marido de Anne es de origen español, sé muy bien que mi hija está sensibilizada ante los problemas que afectan a ese país. De todos modos, cuando nos reunimos, nunca hemos hablado de esas cuestiones.»

La detención de Lucio fue aún más espectacular: ocupaba el segundo puesto, después de Alberola, en la lista de personas buscadas. La policía judicial había apostado muchos coches para rodear al obrero solador en el momento en que salía, con sus compañeros de trabajo, del pequeño restaurante que ocupa una de las esquinas de la calle Fédération con la calle Saint-Saens. Era el 22 de mayo, a las 13 horas. No le dejaron recuperar en la obra su traje de calle, que había dejado junto a sus zapatos y sus herramientas. Como en una película acelerada, le llevaron al Palacio de Justicia con su pantalón blanco y su camisa de obrero para que se presentara ante el juez de instrucción Alain Bernard, que no estaba. Así que lo mandaron a la Santé. Dos días después, lo sacaron de allí para

ver al señor juez.

Lucio esperaba en una celda, sabiendo sólo que lo habían clasificado como «preso especial», es decir, considerado peligroso, cuando los guardias hicieron entrar a un dandi vestido de azul marino. Por supuesto, le habían despojado de su reloj de pulsera, el anillo y el reloj de oro por los que se distingue a un hombre de su clase, pero conservaba el estilo. Lucio hizo un esfuerzo por mostrarse cortés:

—¿Va usted al Palacio de Justicia? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el aristócrata de las mazmorras con una reserva que marcaba las debidas distancias con un representante del proletariado.

—¡Entonces iremos juntos! —dijo Lucio con jovialidad.

—No, señor. Yo voy como especial...

Acostumbrado a los coches-cama «individuales» de la justicia, el desconocido no podía, evidentemente, relacionarse con un miserable cualquiera, alcohólico o vagabundo, recogido en una obra.

—Yo también voy como especial.

En la rápida mirada del elegante joven, Lucio comprendió que su imagen acababa de pasar de la de simple borracho a la de homicida, accidentalmente al menos, en una obra.

—¿Qué juez lleva su caso? —preguntó el incrédulo, con un educado desprecio.

—Alain Bernard. O algo así.

El golpe fue duro. Por primera vez, la joven fiera levantó la mirada hacia Lucio. Entre los delincuentes las jerarquías se conocen a la perfección, y Alain Bernard estaba entonces en la cima de su notoriedad. Ese plebeyo intrigaba al «elegante».

—¿Y de qué le acusan?

—¡Uf! Me acusan de complicidad en rapto, de secuestro, de extorsión de fondos... ¡Pero no tengo nada que ver! —respondió Lucio—. Ya sabes, los tipos que han raptado al banquero lo han hecho para que no haya más ejecuciones en España, pero tenían a un banquero entre manos. ¿No te parece tentador, cuando no tienes dinero, pedir un poco? Yo soy solador. Entonces, los chicos han pedido un rescate y luego, no sé, no conozco muy bien los entresijos de la historia. Pero el resultado es que nos han inculpado a mi mujer y a mí. Ella se llama Anne. Y ya ves, nos han encerrado.

En todas las radios que se oían en la Santé sólo se hablaba de Suárez. Parecía un asunto de profesionales. Al truhán le costaba imaginar a un obrero de la construcción en semejante aventura.

—¿Me conoce usted? —preguntó de repente.

—No.

—Soy Jean-Charles Willoquet. ¿Ha oído hablar de mí?

—No —repitió Lucio.

Estupefacto como una estrella a la que hubiera repudiado su club de fans, Willoquet le tendió unos recortes de prensa: algunos periodistas llegaban a considerarle el Bottin del crimen. Su carrera de atracador había sufrido una interrupción provisional pocos meses antes, debido a seis balas de la brigada antigang en la espalda, en los Campos Elíseos: ocupó la primera plana de todos los periódicos. Lucio estaba deslumbrado:

—Qué suerte has tenido. Tendrás para mucho, ¿no?

—No me quedaré.

El solador no tuvo tiempo, ese día, de informarse más sobre el sentido del combate del otro. Les interrumpieron los guardias. Fueron sus primeros pasos en el universo de los presos. Los cumplió con un entusiasmo de creyente, ansioso por unirse a su padre en esos lugares del sufrimiento en los que se forja la elite de los seres. Por lo menos, pudo enriquecer rápidamente la lista de conocidos.

Anne pasó dos meses en la prisión considerada modelo de Fleury-Mérogis, cuyas instalaciones utopistas acababan de ser valoradas con cuatro estrellas en la Michelin de la represión. Nada que ver con la pesadilla monumental de las mazmorras alucinadas de Piranese: un frío sueño de celdas asépticas para insectos delincuentes, en las que una impersonal perfección

electrónica había sustituido a guardianes demasiado infectados por malos humores y reivindicaciones. La máquina había envarado hasta al personal. «Imagínate a las vigilantes con bata blanca, rígidas y automáticas en sus gestos y su forma de andar, abriendo y cerrando puertas a lo largo del día, todo en pasillos muy modernos (ningún barroto, sólo ingeniosas composiciones debidas al progreso, con vidrios irrompibles y metales blancos, verdes o marrones). Jardines en flor y allí, una multitud de chicas multicolores, indisciplinadas, vivas...» Así describió su internado estatal Ariane Gransac, la compañera de Alberola, encarcelada en la misma fecha que Anne, pero en otro sector.¹⁶

Encerrada allí, Anne sufrió en sus carnes la ausencia de su hija, la falta de correo y de noticias del exterior —salvo por mediación del abogado— y la prohibición de visitas: lo que llaman aislamiento. Descubrió la división de las chicas por categorías: toxicómanas, ladronas... y *garçonnes*, como se conocía a las lesbianas. No le costó esfuerzo mostrarse discreta y reservada. No se arrepentía de nada y lo rechazaba todo: tenía su conciencia en orden.

A las chicas les atraía su aire sereno, especialmente a Catherine Leguay, una residente que ya llevaba bastante tiempo en el establecimiento, contra cuyos muros casi se había roto el cráneo, por ser demasiado impetuosa. Le habían prometido una libertad rápida y muy pronto iba a enarbolar el

16 Natacha Duché, Ariane Gransac, *Prison de femmes*, Denoël. Evidentemente, las supuestas cómplices del secuestro de Suárez no podían comunicarse.

estandarte de la revuelta en la estela de Serge Livrozet y del Comité de Acción de los Presos. Entre ellas se creó una amistad que duraría mucho tiempo, forjada en el centro modelo, más fuerte desde el momento en que la joven pasionaria, arrastrada por su temperamento fogoso, estuvo a punto de echar a perder su próxima libertad por haber gritado que, cuando saliera de allí, le pegaría fuego a todo. Anne la moderó. Ella no odiaba menos el universo carcelario, y no sería la última en testimoniar la injusticia cometida contra las menos favorecidas. Pero su presencia en ese lugar demostraba, a su entender, que el orden establecido defendía a Franco.

Para Lucio, el combate cotidiano fue más físico. No tenía que combatir sólo contra las cucarachas, las ratas, la mugre y los olores. Ante todo, había hombres. La visión idílica que tenía de los presos no tardó mucho en disolverse. «Ese medio no es un mundo de honor y de amistad a toda prueba, como demasiadas películas muestran. Los hombres, los verdaderos, son raros. En realidad, es el mundo del embrollo, de la sodomía, de la presunción, del orgullo desmedido: un mundo de fanfarrones. Sin su revólver, algunos duros se convierten en pusilánimes. Los verdaderos hombres destacan en la cárcel por su actitud, por su modo de saber pagar con la cabeza alta y no arrastrándose por el suelo. Si la mayor parte de las mujeres vieran a “sus hombres” en la trena, se harían lesbianas.» Al autor de estas líneas, redactadas en la Santé mientras Lucio estaba allí, no le faltaba experiencia para expresarse así: era Jacques Mesrine¹⁷. Lucio se cruzó con él en varias ocasiones,

17 Jacques Mesrine, *Instinto asesino*, Martínez Roca, Barcelona, 1978.

pero nunca se le acercó: Mesrine estaba en el aislamiento más estricto, pero además no le tenía ninguna estima después de un incidente del que se vanagloria el enemigo público número uno en su obra:

Ningún detenido podía acercársele desde el momento en que él podía salir de su celda. Un argelino al que llamaban «Tchicou» lo intentó cuando se abría su puerta para la distribución de café. «Yo agarraba mi cuchara. Alargué el brazo, de modo que el mango de la cuchara le atravesó la mejilla izquierda a la altura de la mandíbula, rompiéndole dos muelas y cortándole un trozo de lengua. Todo el mango se le quedó incrustado en la mandíbula. Alucinado, miraba mis ojos fríos. Yo rompí la cuchara y le dejé el mango en la boca.» Así se consolida una reputación tras las rejas. Pero ese Tchicou, ¿era realmente un «conocido soplón de la policía, un informador de la administración», además de un «vagabundo, un cara dura como los demás»? Tal vez. También es posible que Mesrine no hubiera actuado de ese modo si el hombre no hubiera sido un argelino: secuelas de una guerra de Argelia mal digerida, porque había pasado dos años cerca de Bona, al lado de la frontera tunecina, en la policía militar; voluntario para todas las operaciones y dispuesto a todos los servicios. «En los sótanos, los hombres sufrían los interrogatorios. Vi a hombres torturados chillando su odio contra Francia. Algunos preferían morir antes que hablar. Había enterrado en el fondo de mi corazón cualquier sentimiento humano. Varios tipos a los que conocía habían perdido la vida en emboscadas; yo odiaba a los argelinos por ese único motivo, un odio irreflexivo que me hacía meterlos a todos en el mismo saco.»

Entre los compañeros con los que Lucio compartía una celda de nueve metros cuadrados para cuatro personas, amueblada con dos literas, figuraba un bruto de veintinueve años aparcado allí desde hacía casi cinco, a la espera de ser juzgado. Era *un pied, noir* domiciliado en Marignane, un antiguo paraca que degeneró en un vulgar delincuente después de su desmovilización. Todo el mundo le llamaba «Zorro», diminutivo de su apellido. Pasaba el día contando heroicas partidas de póquer, y la felicidad suprema cuando las chicas traían un tentempié en el punto más caliente de una apuesta. Ese tipo mató a su novia. Ella se había fugado a París, sin duda cansada de sus malos tratos. Él había encontrado su pista en la calle des Marronniers y, aunque ella intentó defenderse y llegó a herirle con un cuchillo de cocina, de un furioso revés, como le habían enseñado sus instructores, él la degolló con su puñal de comando. En la huida, chorreando sangre, robó un coche. De pronto se dio cuenta de que un bebé lloraba en el asiento de atrás y lo llevó a casa de su hermana para que lo protegiera. Una hora después, en un control, lo arrestaron.

La justicia le condenaría a cadena perpetua y le encerraría en la central de Muret, cerca de Toulouse. Lucio, apenas liberado, movido por una especie de caridad que se podría llamar cristiana y digna de Vicente de Paul, si no fuera libertaria y cercana a Louise Michel, fue a hacerle una visita acompañado por Anne. Zorro no manifestó ninguna emoción y les pidió que fueran a ver a su hermana, que por su parte no quiso oír ni una palabra sobre ese hermano descarriado del que no se podía esperar nada bueno. Ni un solo suspiro, ningún remordimiento en ese Zorro a propósito de su crimen. Bajo su cráneo, un alto

muro le impedía mirar cara a cara su propio salvajismo.

—No son gente interesante —dice Lucio desde entonces.

Unas semanas le bastaron para constatar que la inmensa mayoría de los presos se recluta entre personas desgraciadas y obtusas, de cerebro muy limitado, mezcladas con un aluvión de cobardes y rabiosos, desviados y viciosos: casi todos ellos, pobres tipos. Víctimas de la mentira original que ha arrasado sus vidas, todos ellos se declaran inocentes. La Santé es un pontón negro anclado en el centro de París, en el que se debate un rebaño de inocentes. Él mismo era inocente: por lo menos de lo que se le acusaba. En varios meses, sólo encontró a un espécimen de esa especie rarísima: un hombre de Malí explotado por uno de los innumerables chantajistas del trabajo clandestino. Había cometido el crimen de esconder en su casa una pulidora, robada en realidad por su negrero. Protestaba en vano desde hacía seis meses ante los demás presos de la división B, donde le habían encerrado junto a Lucio: la de los criminales de baja estofa, los inmigrantes y los averiados. El tribunal le condenaría a seis meses de prisión para justificar el tiempo que le habían hecho pasar entre rejas.

Zorro tenía ya entonces las tripas anudadas por su larga estancia a la sombra. Durante toda la noche ocupaba, con grandes ruidos de fontanería humana obturada y tórridas fragancias, la letrina, que no estaba aislada ni siquiera por una mínima cortina, y era el único punto de agua común para lavarse, enjuagarse y lavar la vajilla. ¿Acaso la putrefacción del lugar tenía que superar a la de las almas? ¿Cómo extrañarse

entonces de que la desesperación de algunos llegara hasta el nivel de aquella realidad sucia e insoportable? «Había quien se cortaba las venas o se atracaba de barbitúricos, como protesta. Algunos se dejaban la piel, bajo la mirada indiferente de la administración. A veces un chico condenado a una sentencia larga, una noche, solo en su celda y sin creer ya en nada, sin amor, elegía ese modo de evadirse», cuenta Mesrine. De ahí esas pulsiones enloquecidas en forma de revueltas sangrientas, en las que se ponían fuera de sí a falta de poder escapar de las alambradas. Lucio descubrió esos horrores en el verano de 1974 y se sintió solidario con ellos.

Sin embargo, su estima por los Willoquet no creció un ápice. No acató su estatuto de caído, e hizo bien. Un año después, el 8 de julio de 1975, ayudado por Mesrine, a quien acababa de conocer a pesar de la regla absoluta del secreto, «Charlie» protagonizó una evasión espectacular desde la decimocuarta cámara correccional, ante la que comparecía por un vulgar robo de coche. Su mujer, Martine, había escondido bajo una toga de abogado una granada, un revólver y esposas. Tomaron como rehenes al vicepresidente del tribunal de París, Cozette, y al sustituto Michel, y, en su huida, hirieron de muerte al comandante de la gendarmería Guillaume y al gendarme Germano. Un precio muy elevado por algunos meses de libertad, antes de caer abatido en Lyon durante un robo frustrado.

—¿Tú también eres un criminal? —reía Lucio en las narices de los admiradores de «Charlie»—. Eso sólo puede llevar a la miseria. ¿Qué hay al otro lado de una escopeta? Nada en

absoluto, la muerte.

No era muy prudente dirigirse así a los émulos de Willoquet y de Mesrine, dispuestos a cualquier cosa para llegar al estatus de *garlón*: alguien ante el que los *truffes* debían guardar silencio so pena de recibir una lección. José, uno de los que le habían tomado afecto, se lo repetía a menudo:

—No deberías decir lo que piensas. ¿Has visto al colombiano? ¿Qué le has contado de él a la hermana Marjorie?

—Ella estaba inclinada, con su cruz de oro. Entonces le dije: «Tenga cuidado, hermana, o ése se la birlará.» ¡Bah! Era un chiste.

—Pues le ha molestado. Es un camello de coca. Se considera un auténtico, y quiere tu pellejo.

—Por sus mujeres siento una gran admiración —replicó Lucio—. Ellas sí son valientes. Pero ellos... Lo odian todo. Sólo piensan en vengarse, y eso no lleva a ninguna parte...

Rió con su risa de niño malicioso:

—¿Y tú, a qué te dedicas? ¿Me has dicho: que eras «proxo», no? ¿Qué significa?

Ni en las monjas, ni en las obras, ni en las escuelas libertarias, nadie le había enseñado el significado de una palabra así. Lucio insistió. El otro se retorció de risa.

—¡Lucio! Vuelve a contarme la historia de aquella dama, la semana pasada.

En sus visitas como preso especial al Palacio de Justicia, el navarro había tenido tres encuentros insólitos. El primero, ese Willoquet que le había mirado con desprecio. El segundo fue Jean-Jacques Susini, el responsable de la OAS para la política y la propaganda.

Lucio le había despreciado: ni una palabra, ni una mirada. El tercero fue una mujer.

—¡Una mujer en el furgón celular! —José se ahogaba de la risa—. ¿Y eso no te ha escamado?

—¡Sí! Era muy guapa. Una belleza... Sólo supe que había matado a dos o tres personas.

—¡Pero si era un travesó!

Lucio, molesto, hizo una mueca.

—¿Qué significa «proxo»?

Con el mayor tacto posible, José empezó a explicarle en qué consistía su oficio.

—¡No! ¡No es posible! —terminó por estallar Lucio—. ¿Haces trabajar a las mujeres? Eres un guarro. ¡Y tú querías conocer a Anne y a Juliette! ¡Nunca! No las verás nunca.

No encontraba las palabras.

—Pues mira, es una bicoca —replicó el otro—. Tú pones tres coños en la acera, y luego, a contar billetes. Si sale a menos de diez pases al día, las zurras. Sin eso, no hay respeto. Y sin respeto, ¡nada!

—¡Pero es lamentable! ¡Es repugnante! ¡Es asqueroso! —se sofocaba Lucio.

—Oye, papaíto, cuando salgamos, nos vamos tranquilamente con tus mujeres a papear por ahí...

—¡Nunca! ¿Me oyes bien? ¡Nunca! ¡Un atracador, aún! ¡Pero presentar un macarra a Juliette y Anne!...

—¡Bah! Tienes razón, es un trabajo podrido. De todos modos, ¡eres duro! —dijo José ese día a modo de conclusión.

Unos meses después, cuando Lucio ya hacía tiempo que había vuelto a sus actividades, se enteró de la liberación del protector de las damas y se acercó hasta la calle Saint-Sauveur, una arteria caliente entre Montorgueil y Saint-Denis donde el otro se alojaba. José le recibió como a un hermano, con grandes abrazos. Descorchó una botella de champán. Se había autoproclamado anarquista. Lucio aún no había medido los estragos que su propaganda había efectuado en la trena.

—¡Pero si no puedes! ¡Un anarquista no puede ser proxeneta!

Ahora le tocaba a Lucio reírse, mientras brindaba.

La vez siguiente, le dijeron que el caballero del asfalto se había mudado a la zona de Pigalle. Bueno, en fin..., no exactamente al bulevar, precisó un cliente del restaurante. Más bien hacia el hospital, con algo de plomo en el abdomen. Ahora estaba bajo tierra.

Lucio, en la Santé, no abdicó un instante. Una mañana de septiembre, aquellos buenos chicos a los que creía haberse ganado le contaron que, mientras él dormía, se habían presentado voluntarios al director para liquidar a unos japoneses del ejército rojo que habían secuestrado a once rehenes, entre ellos el embajador de Francia en La Haya. Lucio se indignó y trató a aquellos navajeros susceptibles de basura, de peste de asesinos, de candidatos a antropófagos.

Ese comando luchaba contra los *trusts* petroleros de Asia. La policía francesa había arrestado a su líder, Yukata Furuya. ¿Por qué motivo le habían encerrado a él, a Lucio, aunque se equivocaran de persona? Por secuestro. ¿Y esos duros de tres al cuarto no encontraban nada mejor que hacer, a sus espaldas, que pedir a la administración permiso para matar a unos desconocidos culpables de un secuestro político? ¿Ellos, que decían estar en contra de la sociedad? ¡Rebeldes con piel de conejo! A fuerza de sacar espumarajos y de aporrear la puerta, consiguió que le cambiaran de celda.

Le fue mal.

Se encontró en un agujero, uno de cuyos cinco ocupantes le

dirigió en seguida, sin ningún motivo preciso, una mirada torva que significaba la muerte. Sin negociación posible. No había que esperar ninguna discusión. Aquí carecía de valor el respeto que Lucio inspiraba a los demás cuando había demostrado a los más robustos su habilidad en los juegos de fuerza, en los que era más campeón que nunca. Sólo había una perspectiva al final de ese túnel: que le «pincharan» mientras dormía. Era moneda corriente. Sin una palabra, se estiró en su litera. No se movió en toda la noche. Esperó. La noche siguiente, vuelta a empezar, con todos los sentidos alerta. ¿Cuánto tiempo podría resistir?

Le salvó la suerte, como tantas otras veces en su vida. Aquella mañana, el carcelero empujó la puerta y pronunció las palabras mágicas:

—¿Urtubia? ¡Fuera!

Era el 18 de septiembre de 1974. Había estado dentro dos meses más que Anne, y cinco menos que Alberola, el más castigado del grupo. ¿Qué había pasado?

Un acontecimiento del que evidentemente no podía presentir el alcance desde el fondo de su prisión, al no conocer los secretos del Palacio de Justicia: el juez Alain Bernard, ese implacable magistrado, se había atascado en su instrucción. Era imposible completar el dossier Suárez sin pedir información complementaria a España, porque su investigación estaba relacionada con los medios anarquistas ibéricos. Para obtener cargos más concluyentes contra un Alberola o un Urtubia —sin

contar a Inocencio Martínez—, había que dirigirse a Madrid. Ello se traducía en comisiones rogatorias internacionales despachadas para que la policía del otro lado de los Pirineos tomara el relevo allí.

Muy pronto, el juez se dio cuenta de que sus repetidas demandas servían de pretexto para arrestar y torturar a cualquier militante antifranquista. Él, magistrado de un país democrático, se convertía de ese modo en agente activo de un fascismo agónico, pero aún muy feroz. Lo comentó a las altas instancias, y las altas instancias giscardianas de la Cancillería, en la plaza Vendôme, en las estancias secretas del Elíseo, comprendieron y aprobaron. Sí, se trataba del único secuestro político de la segunda mitad del siglo XX en Francia: un asunto de la mayor gravedad. Sin embargo, las autoridades judiciales no se atrevieron a oponerse a liberaciones anticipadas, tan incómoda era la situación. La prensa empezaba a hablar del asunto: la justicia francesa al servicio del Caudillo. Las costumbres policiales de la dictadura franquista inspiraban indulgencia hacia los Urtubia y los Alberola que las combatían.

XVI. EL FIN DEL ENANO

En la Francia de Giscard, que quería aparecer sonriente y relajada, reinaba un joven conquistador vestido con pullover, cuya mirada disimulaba ciertos destellos carniceros bajo los *cachemires* de la frivolidad. A muchos les parecía que invitarse a comer en casa de desconocidos era el principal proyecto de gobierno. También se le permitía gustar a las chicas y aprovecharse de ello. Se comentaba la partícula prestada de su apellido y su pretensión de descender de Luis XV, pero Simone Veil, con su apoyo, había obtenido la legalización del aborto, y la mayoría de edad pronto bajaría a los dieciocho años. Y cuando la sangre de los presos de Clairvaux se hubo visto demasiado en las pequeñas pantallas, se dirigió en persona a dos prisiones de Lyon para apaciguar los ánimos, antes de salpimentar con algunas reformas las mazmorras encolerizadas.

Como si quisiera castigar a Francia por haber querido jugar a la distensión, una bomba llegada de Oriente Próximo y de sus convulsiones estalló de súbito entre los visitantes del *drugstore* Saint-Germain, a la hora punta de la tarde, causando dos muertos y treinta y cuatro heridos. Ese 15 de septiembre de

1974 golpeó a la opinión pública como la intrusión de la barbarie en casa de gente más o menos civilizada. La historia volvió a repetirse cuatro meses después cuando Septiembre Negro, nombre que adoptaron ciertos comandos de la Organización para la Liberación de Palestina, disparó un bazuca en Orly contra un B707 de El Al, que transportaba a ciento treinta y seis pasajeros. Fallaron el tiro, pero tocaron a un avión yugoslavo antes de ametrallar a la gente al azar en el vestíbulo de salidas.

Evidentemente, ningún libertario podía aprobar ese salvajismo, la negación de toda humanidad. Les separaba un mar Rojo de asesinatos. Durante las peripecias del caso Suárez, los amigos no habían dejado de dar que hablar, pero estaban inspirados por una moderación que no tenía punto de comparación con las matanzas llegadas de Iraq o de Libia.

Algunas oficinas de correos fueron atacadas, y el consulado general de España en Toulouse fue saqueado. La policía también encontró diversas armas de fuego e ingenios explosivos en el coche de Jean-Marc Rouillan y de dos de sus compañeros. Les habían capturado en el curso de una incursión a fines de 1974, al mismo tiempo que a Michel Camilleri y Mario Ines Torres. Pero por el momento, el virus que empujaría a Rouillan y los dos últimos hacia Acción Directa no les había afectado. Sus manos estaban limpias de sangre; las manchaban, más bien, atentados marcados por una pizca de travesura, como hacer saltar la estatua de San Luis en la gran galería del Tribunal de Casación de París, o tomarla con Bernadette, inutilizando las sillas de ruedas de los peregrinos

que iban a depositar su devoción a los pies de la santa fetiche de Lourdes. Uno de esos caballeros del terrorismo, que se disponía a hacer saltar algunos cristales, una noche llegó incluso a agarrar su bomba con las manos para desactivarla, con el riesgo de perder los brazos, porque había aparecido un desconocido.

También cayeron algunos pilares de edificios: ello se debió a los militantes de Toulouse, obreros sólidamente organizados. Sin embargo, nada era comparable con lo que pasaba en una España presa de los fusiles, las furias de la represión y los electrochoques de los interrogatorios. Las noticias de allá abajo sublevaban el corazón de la opinión pública lo suficiente como para que la justicia francesa se mostrara benevolente, como en el caso Suárez, hacia los miembros del GARI que arrestaba.

Todo compromiso se hizo aún más intolerable en septiembre de 1975, cuando, a pesar del ascenso de Juan Carlos a la fantasmagórica función de jefe de Estado interino, porque Franco sufría de manera demasiado visible la enfermedad de Parkinson, tres miembros de las Fuerzas Revolucionarias Armadas Populares y dos de ETA fueron ejecutados. El presidente del gobierno, Carlos Arias Navarro, seguía mereciendo el apodo de «carnicerito de Málaga», obtenido sobre los cadáveres de sus víctimas en la guerra, en la época en que se reveló como uno de los fiscales militares más despiadados del pequeño general de la boina de pompón. En señal de desacuerdo, nueve países europeos retiraron a sus embajadores. En esta ocasión, Francia fue uno de ellos.

Ese final de un régimen en el que un jefe de Estado enfermo, aferrado a sus cañas de pescar, a su escopeta de caza y a los juguetes del poder como a un hueso, reinaba desde el fondo de su búnker sobre un pueblo de cuarenta millones de seres de los que la mitad ni siquiera había conocido Guernica, alimentados a partir de entonces con la tele y la Coca-Cola, devorando Marx y porno con la misma ansiedad, era en efecto digno de Buñuel y de Hieronymus Bosch.

El caos crecía al paso de los días. A pesar de las proclamas, el estado de sitio seguía aplastando a los rebeldes. Era imposible hablar en plena Barcelona de una Asamblea de Cataluña: sesenta y siete detenciones. Por una reunión de ETA en un bar de Bilbao: tiroteo, un militante muerto, un guardia herido y cinco detenciones. Era el 11 de septiembre. Dos días más tarde, explotaba una bomba en la cafetería Rolando de la Puerta del Sol, punto de reunión habitual de los policías de la temible DGS: nueve muertos y cincuenta heridos.

¿Reuniones sindicales de obreros? Doscientos proletarios detenidos de golpe el 5 de octubre en Madrid, y cuarenta y siete cerca de Barcelona. ¿Trotskistas o marxistas-leninistas? Daba lo mismo. «Terrorismo, asociación de malhechores, propaganda ilegal.» Un buen fiscal podía obtener treinta y un años de prisión. La pertenencia a ETA valía de cincuenta y dos a setenta y ocho años.

Reinaba el orden. A condición de reducir a los recalcitrantes al estado de coladores, o de ectoplasmas en el fondo de las mazmorras. Se acababa de reconocer el «derecho de

asociación para acción política», pero en el «respeto de los principios del franquismo y la fidelidad al Movimiento Nacional». Para oponerse, antes había que gritar: «Viva Franco, viva el Ejército, viva la Iglesia.» Los militantes del GARI, de momento mantenidos tras las rejas en Francia, no exageraban al reclamar para Año Nuevo el estatuto de prisioneros políticos. Y pusieron en la balanza el peso de una huelga de hambre.

La última hazaña del anciano fue, gracias a su entorno y en particular al marqués de Villaverde, su yerno, batir un récord poco envidiable de supervivencia artificial. Duró del 5 al 20 de noviembre de 1975 y corría el riesgo de eternizarse, al no osar ninguno de sus allegados desenchufarlo por miedo a perder los oropeles de un poder que sólo se sostenía por su sombra protectora: únicamente su hija se atrevió a pedirlo.

Pocos jefes de Estado, a excepción de Pinochet, asistieron a sus funerales en la basílica del Valle de los Caídos. Muchísima gente había deseado ese instante. ¿Y qué había cambiado? En la Costa Brava, se construían nuevas residencias para los turistas del verano siguiente. En sus profundidades, España seguía sangrando. El País Vasco estaba febril. Se declaró el estado de emergencia para acabar mejor con la huelga general.

Con una bonita ceremonia de entronización, el 22 de octubre de 1975, el joven rey se presentó como heredero del jefecillo. Incluso prestó juramento de permanecer fiel a los valores fundamentales del franquismo y al Movimiento. Sus inicios no fueron brillantes: la oposición se manifestó duramente contra

el *monarcaudillo*. Los falangistas le execraban. Su primer gobierno chocó tan fuertemente contra los huelguistas vascos como quería la tradición. La muerte de cinco personas en una manifestación en Vitoria, en marzo de 1975, demostró que no había habido ningún cambio. ¿Amnistías? Las hubo: con cuentagotas. El indulto de noviembre de 1975 seleccionó a los presos políticos presentables: los que sólo eran culpables de delito de opinión. La dimisión del implacable Arias Navarro no solucionó nada. El indulto de julio de 1976 siguió excluyendo a cien prisioneros del FRAP y de ETA, acusados de tener las manos manchadas de sangre.

El sucesor, Adolfo Suárez, joven lobo alimentado en las secas ubres de la Falange, a pesar de su habilidad de maniobra en el seno de la manada, no inspiraba ninguna confianza. La amargura se traducía en el fondo de las mazmorras por revueltas de una violencia inaudita, como la de Carabanchel, en febrero de 1977.

«La policía antidisturbios atacó las celdas de los huelguistas de hambre con gases lacrimógenos y porras hasta alinear a los que ya estaban en el hospital contra la pared, amenazándolos con metralletas. La policía destruyó prácticamente toda la enfermería. Algunos presos que estaban allí porque se habían cortado las venas, intentaron suicidarse de nuevo. Después del asalto, los presos fueron encerrados en calabozos muy bajos y fríos. Se les dejaba morir de hambre, sin cuidados médicos y sin poder hablar con sus abogados. Los guardianes estaban armados con porras y pistolas. La policía venía todos los

días.»¹⁸

En las Cortes, el nuevo capitán empuñaba como podía el timón para dirigir el navio hacia aguas libres, pero la dotación de los galeotes de los tribunales militares no había cambiado. No cambiaría jamás. El joven rey tenía un escaso margen de maniobra.

Lucio tuvo su primer contacto con el sucesor de Franco por mediación de la policía francesa. Giscard, después de una batida de caza privada en Chambord en febrero de 1975, había mandado a España una invitación oficial. Poniatowski decidió asignar residencias lejanas a la elite de los activistas: envió a los vascos a la isla de Ré, y a los «terroristas», entre ellos el hombre de Cascante, a Belle-Île-en-Mer.

Con Anne, alojaba entonces a una celebridad del periodismo ibérico. Aquí le llamaremos Paco Luarca, y acababa de pasar en la cárcel una temporada durante la cual se había hecho particularmente amigo de Luis Edo, el anarquista del Alhambra. El solador seguía maravillándose de que las cárceles de su país, como en la época de su padre, siguieran cumpliendo su función de universidad paralela y de centro de contactos. Algunos se hacen amigos disparando contra los faisanes, otros lo hacen purgando sus penas. Al oír los pasos de las fuerzas del orden en el nido, Paco Luarca, presa del pánico, se tiró de cabeza bajo la cama. Y de allí no se movió.

18 Cajo Brendel y Henri Simón, *Illusions politiques et lutte de classes*, Spartacus.

El jefe del destacamento se excusó ante Lucio:

—No hay ningún cargo contra usted —reconoció—. De hecho, no le estoy arrestando. Digamos que Francia le ofrece una estancia de diez noches en un hotel de lujo con ocasión de la visita del rey de España.

El navarro nunca se quejó de malos tratos policiales. En esta ocasión, fueron especialmente corteses. Le llevaron ante el prefecto de Nanterre, quien le recibió personalmente a las seis y media de la mañana. Sus servicios se encargarían de avisar al patrón de Lucio, insistiendo en el hecho de que no era un delincuente sino un militante político. Dos horas después, otro equipo vino a recogerle.

—Hagan todo lo que les pida el señor Urtubia —advirtió el prefecto.

—De acuerdo, pero ¿quién paga? ¡Nosotros no tenemos dinero!

—Ya se las arreglarán.

La circunstancia era realmente peculiar, y no habían previsto recurrir a ningún fondo reservado. Llegaron a la estación de Montparnasse en dos coches: el primero abría el camino como para un ministro.

Llegaron a mediodía, demasiado pronto para el tren, del que se había reservado un vagón entero. Había que almorzar, pero ¿dónde?

—Quiero comer, ¡y bien! —se atrevió a reclamar Lucio, para verificar el poder que le había sido conferido.

Sus deseos fueron satisfechos: él, que no conocía más que el cuscús de la periferia, desde que había conocido al abogado Torres nunca había comido en un restaurante tan suntuoso. Intrigaba a los jóvenes policías, que le hicieron mil preguntas ingenuas sobre la España fascista y su lucha. En el tren, jugó a la canasta con ellos.

—¿Y si intento evadirme? —terminó por preguntar—. Yo no soy ni un asesino ni un gángster. ¿Qué haríais?

—La verdad es que estaríamos jodidos —acabaron respondiendo—. No tenemos autorización para disparar contra usted.

En el trayecto desde un cuartel —con las excusas de la República— hasta el barco que le llevaría al Palais, se sintió respaldado por una pequeña multitud que gritaba contra Poniatoski. Luego llegó a la mansión de Goulphar, un auténtico cuatro estrellas donde habían rodado *El fantasma del Louvre*, futuro retiro del convaleciente Mitterrand. Ya se encontraban allí una docena de personas, la flor y nata del antifranquismo, las vedettes del *bombing business*. Entre Octavio Alberola, Vicente Martí y los demás, las conversaciones solían degenerar en peleas de familia. Informaciones Generales habían encontrado incluso a uno de los raros supervivientes de una especie desaparecida, Busqués, que había compartido celda con el hermano menor de Sabaté. Había sobrevivido a

veinte años de prisión y era uno de aquellos a quienes la muerte de Franco había devuelto a la luz del día. ¿Por qué, en esas condiciones, había huido a Francia?

—Tenía que presentarme cada semana en comisaría para firmar un papel —explicó a Martí—. El funcionario ante el que tenía que firmar era el mismo que me había arrestado y torturado. Ya no hay franquismo, pero no ha habido depuración.

Y no la habría jamás: ése será siempre el problema. En la Alemania de 1945, se instalaron tribunales de desnazificación, que a veces llegó a ser quirúrgica, pero Hitler no había mantenido al país bajo su bota durante cuarenta años.

Las vacaciones de Belle-Île no dejaron de tener su diversión. El capitán de la gendarmería que cumplía las funciones de «animador» se desvivía para limar asperezas, a condición de que los huéspedes del club no intentaran escapar. Alberola hizo correr el rumor de que un submarino vendría a recogerlos en plena noche.

Lucio se esforzó, con mímicas diabólicas, por convencer a la propietaria del palacio de que, como anarquistas consecuentes, prenderían fuego a los hermosos paneles de madera. Bebían litros de champán pagado por el Estado. Lucio, en el gran comedor, tendía sus brazos a los hijos de las clientas más ricas: «¡Toca! ¡Toca al terrorista!», les decía. Saltaban a su cuello con gran alegría de las afectadas turistas.

Un día, descubrió un *stock* de bicicletas preparado para los

miembros de su lujoso gueto, mientras que los de Informaciones Generales no tenían ninguna. ¿Cómo podrían seguir a sus huéspedes? Durante unas horas, fueron presa del pánico, hasta el momento en que un helicóptero les trajo otro lote de bicicletas. Por fin pudieron chupar la rueda de sus presas, pero seguían teniendo prohibido entrar en las casas en las que ellos se regalaban con vino caliente, sidra y carajillos. Bajo la lluvia, tenían que contentarse con bocadillos.

—Si quieres, te saco de aquí —había ofrecido a Lucio un gigantesco pescador que recogía su red—. Mi barco zarpa dentro de una hora.

Toda la isla era solidaria. La prensa metió cuchara en el asunto. Los demás medios de información hicieron coro. Se rodó una película sobre la epopeya, *Vacaciones reales*, de Gabriel Auer, que obtuvo el premio Jean Delmas en Cannes en 1980. Lucio se negó a participar, salvo como figurante. La policía se portaba bien y el episodio tenía bastante gracia, pero él tenía otras responsabilidades.

XVII. LA PREFECTURA LIBERTARIA

Sin darse cuenta, había empezado a construir un imperio. Se levantaba de madrugada y podía localizársele en la obra con su mono de obrero, pero era indetectable fuera de ella. Cada noche reinventaba la subversión y acumulaba burlas y zancadillas al orden, según las oportunidades. En noviembre de 1976, el consulado de España le dio un pasaporte que desde entonces le sirvió de documento de identidad, porque sus otros papeles habían sido confiscados por el juez del caso Suárez a la espera de un eventual proceso. Ello le facilitó los movimientos.

De los conocidos que hizo en la Santé, uno le resultó muy útil. Llamémosle Gabriel. Ex director de una compañía de seguros, había desviado demasiado dinero declarando siniestros que no existían. En su último año entre rejas había obtenido un puesto en el servicio de contabilidad que le permitía pasearse por todas las celdas mientras los detenidos pasaban sus demandas para la cantina.

Lucio, que ya había salido hacía un año, quiso volver a verle.

Era junio de 1975. Pretendía, por su mediación, recuperar el contacto con los camaradas libertarios menos afortunados que él, pero necesitaba un permiso de visitas.

En el Palacio de Justicia se tropezó con un secretario de aspecto asequible llamado Malaval. Con semblante desolado, se excusó por no haber traído más que el permiso de conducir.

—¿Urtubia? ¡Es un apellido de origen vasco! —apuntó el señor Malaval con el inicio de una sonrisa cómplice, mientras lamentaba no poder hacer nada por alguien que no estaba en regla. Lucio, entre las montañas de polvorientos dossiers, le evocó un colorido paisaje hecho de truchas con jamón, y prosiguió con el curioso grupo sanguíneo de sus congéneres, único en el mundo, y con la reunión, algún día, de las siete provincias en un solo Estado por la que militaba su amigo prisionero. Veinte minutos después, subyugado, el señor Malaval le tendió el formulario que había de rellenar.

Al entrar en la Santé, el recibimiento no fue el mismo. El cancerbero de servicio le confiscó el permiso de visita y le negó la entrada. Dos días después, volvió al Palacio de Justicia, donde su amigo de la antevíspera le recibió con una lluvia de injurias. Era la primera vez que le hacían una afrenta semejante: ¡su firma rechazada por sus superiores! Tras esta reacción, para calmar su conciencia, se había dirigido a los archivos. ¡Y menudo dossier había descubierto! ¡Un indocumentado! ¡Tenía prohibido abandonar Francia! ¡Nunca habría sospechado que un vasco pudiera mentir así!

—Le ruego que me siga a ver al fiscal —terminó el señor Malaval, sin aliento.

—En seguida—dijo Lucio.

El señor Tarragon era un viejo republicano. Durante una hora habló con el renegado sobre Cataluña y Navarra, de los cuarenta años de martirio debidos a ese régimen que no acababa de expirar, y de cómo la resistencia contra toda dictadura está necesariamente fuera de la ley. Al salir, Lucio tenía un permiso de visita en el bolsillo. Así pudo, por mediación de Gabriel, aportar a sus compañeros del interior el aire fresco y los subsidios que necesitaban. Así, por añadidura, se ganó la amistad de Gabriel: una confianza absoluta, indispensable en el tipo de negocios en que se iban a meter. Más aún: aquel hombre adinerado, una vez en libertad, rechazó todo porcentaje en un tráfico del que él era, sin embargo, la llave maestra. La pasión de Lucio le había convertido a él también.

Y es que en ciertas cajas expedidas por sus camiones a Maisons-Alfort, en la periferia parisina, no sólo había mandarinas procedentes de Córcega: también había armas. Lucio las recuperaba personalmente para esconderlas en zulos dispersos por París: entre ellos, las plazas de aparcamiento situadas en los bajos de la casa de Saturnina. Luego las redistribuía a los grupúsculos que las pedían, gratuitamente si no podían pagarlas, y con la prima de sumas bastante importantes si estaban sin blanca.

¿Cómo podía asegurarse de estar sirviendo a la buena causa, la del oprimido contra el opresor, y de no estar aprovisionando a locos furiosos?

¿Podía estar seguro de que las armas sólo servían para amenazar —como él mismo había hecho en los atracos de sus inicios—, y no para matar? Su buena estrella y su instinto le pusieron a salvo, antes de la implacable deriva que llevaría a Acción Directa a un torbellino de atentados y de asesinatos, y a la ETA vasca, siguiendo el modelo del IRA irlandés, a totalizar hasta el año 2000 setecientos setenta asesinatos, a veces atroces, casi siempre imperdonables, cualquiera que fuera el objetivo perseguido.

Cuando Lucio supo que la Marina francesa había interceptado, el 30 de octubre de 1987, el mercante *Eksund* cargado con 150 toneladas de armas destinadas al IRA tuvo conciencia del océano que les separaba. Él continuaría siendo un artesano deseoso a su manera, impulsiva pero obstinada, de reparar descompensaciones tan excesivas que saltaban a la vista.

Las mandarinas sólo fueron un intento más entre otros, y pronto se dio cuenta de los inconvenientes. Cada viaje a Marsella estaba plagado de trampas.

Un día encontró el barrio próximo a los muelles, al que se dirigía, acordonado a causa de un ajuste de cuentas. La policía estaba levantando un cadáver en el sótano del bar en el que tenía su cita. Otra vez, en los muelles, había una batalla campal

entre gitanos y sus propios proveedores. La última vez, Gabriel le había prometido una gran cantidad de «material» nuevo. La negociación con los importadores debía tener lugar en un café cerca del Vieux Port, el Cintra. Le esperaba una veintena de personajes ambiguos: cabellos engominados, actitudes felinas, miradas glaucas cargadas de sobreentendidos... Tales caballeros le fueron presentados. Eran los vendedores de armas, sus abogados y tres peces gordos del mundillo. Les dejó sin decir una palabra. Había tomado su decisión.

Al agotarse esa fuente, sólo logró obtener una pistola después de muchas precauciones. La *pégre*, la mafia marsellesa, no era su mundo, desconfiaba de esas arenas movedizas. Adivinaba en todas partes a espías infiltrados, dispuestos a la menor alarma a arrojar a su «familia» sobre el extranjero. Curioso comercio, en el que pagaba con su propia persona. Y al contado.

Sin embargo, sus escarceos con la marginalidad aún no habían acabado. En aquel final de los años setenta ya había ascendido a la primera fila de las estrellas de la sombra.

Casi ignorado por los servicios de policía, para los iniciados era el hombre de todos los misterios. Le llamaban para consultarle, y su renombre a veces tenía consecuencias molestas.

Por ejemplo, en la primavera de 1978, el hijo de un deportado del campo de Argélés, Jaime, insistió para que entrara en contacto con un grupo que deseaba pasar a uno de

los suyos a España. Nada más fácil para Lucio. Les citó en el café Saint-Claude, cerca de la puerta de Vincennes.

Le ofrecieron mucho dinero, lo que no era desdeñable para las buenas obras de la parroquia libertaria. Aceptó, añadiendo, casi en broma, una condición:

—¡A menos que se trate del secuestro del barón Empain!
¡Esos tipos son unos sádicos!

Los raptores, efectivamente, acababan de liberar al joven presidente del grupo Schneider después de sesenta y tres días de trato degradante, con un dedo menos.

Sintió que sus interlocutores se agitaban, molestos. Uno de ellos se ruborizó. Lucio murmuró un vago agradecimiento por el café y no se sintió tranquilo hasta que hubo cruzado la puerta.

En ese mismo local, Jaime le presentó a unos fabricantes de pesetas falsas. La calidad era mediocre, pero en Barcelona Lucio había conocido a un simpatizante que era el responsable en un gran banco de un servicio de lo más atractivo: Augusto destruía los billetes usados para reemplazarlos por otros nuevos. ¿Por qué no destrozar unos billetes falsos, y que Augusto le diera a cambio otros verdaderos?

Lucio hizo que le dieran un buen fajo de su material y mandó un equipo a Barcelona. Sin embargo, los contactos tardaron en establecerse más tiempo del previsto. Los proveedores se impacientaron y llegaron a amenazar a Jaime, el único de quien

conocían la dirección, en el bulevar Soult. Lucio tuvo que acudir al rescate. El que debía ser el jefe, a juzgar por el peso de sus anillos, se sentó frente a él con el aire decidido de quien se considera dueño del destino. Llevaba la fatalidad en el rostro. Liquidar a Lucio sería para él cuestión de un simple gesto, y procuraba que se notara. Nuestro soldador le explicó que él dirigía una organización política. Tenía amigos bien situados en España, pero no obedecían como robots, había que esperar un poco.

Más calmado, el caído se despidió con la sombra de una sonrisa. Lucio le miró mientras se dirigía hacia el bar. Tres de sus hombres le esperaban. Uno se precipitó a descolgar un abrigo de alpaca beige y colocarlo sobre los hombros del patrón con un gesto tan servil que le hizo estremecerse de asco. Lucio decidió anular la operación inmediatamente, y al cabo de unos días devolvió los fajos a los gánsteres.

Con Paco Luarca, la comunicación iba mejor: éste no se había hecho injertar en el cerebro ningún herrumbroso código del honor. Tampoco había vuelto a meterse bajo las camas. Formaba parte de ese pequeño lote de cínicos, de un aplomo sin fisuras, que dominaban el horizonte periodístico desde la muerte del dictador. España ardía de fiebre. Los lectores eran bulímicos: tragaban todo lo que ayer podía sonar a tabú, es decir, casi todo. A condición de no atacar al ejército, ni a la monarquía, ni a la justicia, ni al pasado franquista de la gente bien situada, ni demasiado a la Iglesia, todo estaba permitido: en particular el sexo, los chismes y los escándalos de todo tipo. Toda transgresión podía ser descrita al detalle siempre que la

pluma utilizara un tono escandalizado. Paco Luarca era un maestro; de los cuatro o cinco profesionales que se repartían las exclusivas, él era el mejor pagado. La revista en la que trabajaba, *Interviú*, rozaba entonces el millón de ejemplares. Los lectores devoraban sus apetitosos reportajes. Paco se infiltraba en todos los ambientes. Aureolado por sus años de cárcel, recomendado por Luis Edo, había sabido ganarse a Lucio. El resultado fue la publicación de numerosos testimonios libertarios que no habría obtenido sin el navarro. Aquel repórter de choque había encontrado una fuente de informaciones inextinguible, y Lucio se había acostumbrado a confiarle muchas cosas.

Conociendo el talento clandestino de su nuevo amigo, sin la menor vacilación, el brillante investigador apeló a él para poner un sello en los documentos de identidad de un amigo con problemas. Sin protestar, Lucio puso manos a la obra desde que recibió las fotografías del desconocido. Fijaron una cita en el hotel Intercontinental. Esta vez, el obrero de la construcción no se dejó impresionar por el inmenso patio, ni por el desfile de almirantes con galones en busca de taxis, ni por el rígido recibimiento, endulzado por el caramelo de las sonrisas fijas, en la recepción; en la suite indicada en el primer piso, en presencia de Paco Luarca, pidió al hombre que estaba allí que firmara los papeles, colocó el plástico protector y le tendió las diversas piezas de su nueva identidad con un calor poco frecuente en los despachos oficiales. Apostilló la entrega con un comentario sereno:

—De parte de la prefectura libertaria.

El desconocido, sinceramente conmovido, le abrazó.

—¿Sabes quién es? —preguntó Paco Luarca cuando salieron a la calle Castiglione.

Con toda evidencia, no era un anarquista. Lucio se inclinaba por un republicano.

—¡Compra los periódicos, hombre! —dijo Paco con una risa de hiena—. Está en todas las primeras. ¡Le busca la Interpol!

Era Pere Baret, el financiero del Fútbol Club Barcelona, primero de una larga cohorte de potentados del balón que recibieron la tarjeta roja. Aquel hombre no era un estafador cualquiera. Después de acumular fortunas en la industria textil y la inmobiliaria, se mostraba capaz de apostar todo por una corazonada, o en una partida de dados. Caballero incluso en las peores vicisitudes, gran burgués visionario, demasiado excéntrico para meditar un plan de acción, vivía su vida al galope, apartando impaciente las pequeñeces que se interponían en el camino. La vicepresidencia del FC Barcelona, que quería convertir en una catapulta hacia la cumbre, le había hecho tambalearse. Lucio le encontró muy sencillo en el curso de una cena en Le Fouquet's, a la que el mecenas le invitó junto a Anne y Paco, el otro malabarista. La comida fue de una cordialidad extrema. En el momento de los postres, el financiero fugitivo le tendió un talón del Banco de España, firmado, pero en blanco. Lucio no comprendió que se trataba de un regalo. Miró al trasluz el rectángulo de papel, constató que no tenía filigrana y asintió: sería fácil de imitar.

—¡Consévalo, es para ti! —replicó el amante del fútbol, echándose a reír.

Dos días más tarde, Lucio les acompañó a él y a su esposa hasta los controles policiales del avión que partía hacia Río. Embarcaron sin problemas. No volverían a verse.

En vez de inscribir en el talón una cifra con muchos ceros, Lucio lo deslizó entre las páginas de un libro para el día en que el financiero se acordara de pedirle imitaciones. El cheque seguía en el mismo sitio, mucho más tarde, cuando la policía hizo un registro en Clichy. Fue devuelto a las autoridades españolas, perplejas ante ese objeto de un valor ilimitado que nunca había sido cobrado, mientras que a su poseedor se le acusaba de un sinfín de falsificaciones.

Paco Luarca, cuyo don de gentes parece realmente ilimitado, siguió de cerca la persecución de que fue víctima el gran director teatral catalán Albert Boadella a causa de su obra sobre Heinz Chez, el polaco ejecutado al garrote al mismo tiempo que Puig Antich. El acontecimiento había tenido lugar dos años antes de la muerte de Franco.

Entre el 7 de septiembre y el 30 de noviembre de 1977, dio cuarenta representaciones de *La Torna* en una paz absoluta a través de toda España con su compañía, Els Joglars. En todas partes, el público había aclamado esta carga contra los militares obtusos.

Sin embargo, al llegar a Cataluña se inició la ofensiva. Antes del estreno de la obra en Reus, el capitán general Pascual Vidal

Aznavar, comandante de la región militar de Cataluña, llamó por teléfono para anunciar que la representación estaba prohibida.

—Aunque fuera el Papa —replicó Boadella—, no obedecemos a las llamadas telefónicas. Necesitamos un documento escrito.

El 2 de diciembre recibió la orden. Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat, instancia suprema garante de la autonomía catalana que acababa de ser restablecida en sus funciones cuatro meses antes, había tenido que aceptarla.

Nueve días después, el 11 de diciembre, Boadella fue citado a comparecer ante el tribunal militar. Salió de allí esposado, en dirección a la cárcel. El 18 de enero de 1978 fue condenado a cuatro años y seis meses de prisión firme. Su obra había afectado al corazón de Vidal Aznavar hasta el punto de provocarle un primer infarto: él había sido el presidente del tribunal militar que había condenado cuatro años antes al desgraciado Heinz Chej al garrote. Con Franco o sin Franco, no admitía que unos histriones osaran criticar sus sentencias de muerte.

Así fue como una de las glorias del teatro español, hombre de cultura y de humor, se encontró sumergido en el horror de la Modelo en uno de los peores momentos de la revuelta, debida a la amnistía truncada del joven rey. Los reclusos, unidos en la COPEL, la coordinadora de presos en lucha, no tenían nada que perder. Boadella, que compartía una celda

individual con tres asesinos y un estafador, vio un día a doscientos detenidos dando vueltas lentamente en el patio central cantando el himno de su revuelta. Mientras marchaban, se mutilaban con los utensilios de que disponían. La sangre salpicaba las paredes y corría por el suelo, cubierta poco a poco por cuerpos retorcidos de dolor que la policía antidisturbios acudió de inmediato a poner en una fila que para muchos de ellos fue definitiva.

Boadella consiguió hacerse pasar por enfermo: bien es cierto que ya lo estaba. Desde el día de su admisión en el Hospital Clínico, el 9 de febrero, sólo vivió con la esperanza de evadirse. Dolors, su compañera, poseedora de un permiso de visita, le secundó con todo su espíritu combativo.

Le comunicaron que el 28 se celebraría su consejo de guerra, al que asistiría según el ritual obligatorio de las leyes franquistas: el capitán general tenía prisa. Al borde de la jubilación, no quería correr ningún riesgo de verse desautorizado por un sucesor más generoso. La víspera del gran ceremonial, a las 16,30 horas, gracias a discretas complicidades, Boadella desapareció. La recapitulación de sus pecados en el curso de una gran ceremonia militar no pudo tener lugar. Sus jueces tuvieron que separar su caso del de los demás componentes de la compañía, inculpados por el mismo motivo.

Halló refugio con Dolors en el piso de una amiga que había formado parte del grupo. Se quedaron allí un mes. En cada esquina se desplegaron barreras policiales. Todas las carreteras

estaban cortadas. Policías y militares registraban cada coche. Estaban furiosos. Ver su autoridad discutida por uno de esos artistas cuya raza no habían logrado eliminar les ponía tanto más nerviosos cuanto que la prensa se frotaba las manos al ver su desconcierto.

Todos los semanarios progresistas habían elegido a Boadella como símbolo de la apuesta entre la vieja y la nueva España. Era la peor broma que les podían haber gastado. Una evasión provocadora.

El evadido pudo entonces contactar con su abogado. Un personaje de carácter: Federico de Valenciano, ex comandante de la Legión, la elite del ejército franquista. Había desfilado victorioso en Barcelona al frente de sus tropas en 1939 y luego había realizado estudios de Derecho que le habían llevado a ocupar todos los escalones de la justicia militar, desde el de abogado general hasta el de jefe de tribunal. Tenía en su palmarés un buen puñado de cabelleras.

Sin embargo, algunos barceloneses ilustrados se lo habían recomendado al autor dramático antes de que lo encarcelaran. Boadella le había hecho leer *La Torna*, que él juzgó algo dura, pero había aceptado la causa.

Y de un día para otro, se produjo el milagro. El antiguo oficial encontró su camino de Damasco. Perseguir a cómicos, meter en la cárcel a un hombre de teatro por el único crimen de haber representado una obra irrespetuosa, le pareció de repente una infamia. Peor aún: una mancha en el blasón

militar. Reconoció a su camarada de promoción, Vidal Aznares, como la ruina obtusa y sanguinaria que era.

Entró en contacto con Paco Luarca, y aceptó servir de intermediario con el falsificador anarquista, de quien evidentemente ignoraba la identidad. Él se encargó de las fotos de identidad de un Boadella barbudo y bigotudo después de tres semanas, con el cabello teñido. Él llevó a escondidas el pasaporte falso fabricado por Lucio. Hizo aún más. Él, uno de los abogados más caros de la ciudad, se negó a cobrar. Y dio, al mismo tiempo que los papeles, un sobre que contenía dos millones de pesetas, que rechazaron, claro; pero el gesto les dejó boquiabiertos.

Eligieron el Viernes Santo, un día de turistas, para cruzar la frontera de La Junquera con dos coches. Dolors iba delante, y gente de teatro acompañaba a Boadella en el segundo, entre ellos Lluís Pasqual, el futuro director del Odéon de París. Se separaron en cuanto cruzaron la frontera. Al sol de Bouzigues, cerca de Séte, donde poseía una casita con su mujer, Boadella no supo resistirse. En mitad del almuerzo, consiguió el número de la justicia militar y el del oficial que le había encarcelado.

—¡Es formidable comer con ostras! ¡A su salud, coronel de mis cojones! —le espetó, eufórico.

—¡Ya te atraparemos, Boadella! —fulminó el oficial.

El fugado ignoraba que el capitán general, al conocer la noticia de su evasión, había tenido un ataque de histeria que le había provocado un segundo infarto. De este modo, el director

de Els Joglars puede presumir de haber matado a un militar de alto rango sin siquiera pertenecer a ETA, y de haber vengado a un desconocido polaco. El día del entierro, algo más tarde, Federico de Valenciano prefirió reunirse con él en Perpiñán en vez de asistir a las exequias, dando el máximo de publicidad posible a su gesto.

Mientras, se imponía un mínimo de prudencia. Nada garantizaba que la policía de Giscard, en el caso de que identificara a Boadella, no lo entregara a la Guardia Civil. Pocas semanas antes se había producido un caso de devolución salvaje. Camino de París con Dolors, Boadella llamó como estaba convenido a una compañera de Paco Luarca, corresponsal de *Interviú* en la capital, una amiga de Lucio, Evelyn Mesquida.

Después de acampar el mínimo tiempo indispensable en su pisito, la pareja se puso en marcha hacia Clichy, a casa de Anne y Lucio, a quien previnieron desde una cabina telefónica. Lucio había adivinado que eran ellos. Había calculado cada etapa del periplo.

—¡Date prisa! —dijo a Boadella utilizando las pocas palabras en catalán que le había enseñado Sabaté—. ¡El conill está caliente!

Seguro de sí mismo, el mal cocinero había preparado una ensalada verde y un delicioso estofado de conejo con ajo, según la mejor receta catalana. Boadella, que se esperaba montañas de dificultades en los caóticos senderos de la

clandestinidad, estaba embargado por la emoción. Se diría que todo iba sobre ruedas, como unas apacibles vacaciones en casa de unos amigos.

Al día siguiente, la prefectura libertaria le dio un rimero de papeles que le permitiría desplazarse a su antojo. El 3 de abril tuvo lugar una conferencia de prensa en el Théâtre des Bouffes du Nord, organizada por Ariane Mnouchkine y Peter Brook, el director. Asistieron, además de un centenar de periodistas, Simone de Beauvoir, Jack Lang, Roger Blin y Jean-Jacques de Felice, de la Liga de los Derechos Humanos. Lucio, para prevenir cualquier acto de fuerza, había movilizado a una veintena de compañeros musculosos. Estaba listo para saltar en su camioneta con su huésped y salir por una puerta lateral mientras sus guardaespaldas repartían puñetazos.

Afortunadamente, no tuvieron que intervenir ni contra la policía francesa ni contra un comando español. Veintidós años después, Albert Boadella aún no se ha recuperado de la impresión.

—Sentía una emoción extraordinaria. Ellos asumían todos esos riesgos por mí, ni siquiera me conocían. Yo no era de los suyos, no era de ningún partido. No se trataba sólo de una noche, ni de pasarme un documento de identidad así, de cualquier modo. Eran capaces de pasar a la acción. ¡Una violenta rebelión contra la policía!

Al cabo de un mes escondido en casa de Evelyn, tuvo la ocasión de comprobar la calidad profesional de los

documentos fabricados para él. En el consulado de España, donde Lucio tenía discretos contactos, le habían aconsejado prudencia. Francia se resistía, a la hora de acordar el estatuto de refugiado político a los españoles, debido a la virtuosa evolución del reino hacia la democracia. En Madrid, el gobierno seguramente no lo reclamaría: sólo los militares querían su pellejo. Que se quedara, si quería, a condición de pasar desapercibido.

Boadella se estableció entonces en el sur de Francia, abonado a los cruces de frontera sin problemas gracias a sus documentos libertarios. Hasta que un día fue a caer en una aduana en plena efervescencia: un ajuste de cuentas entre mañosos acababa de dejar media docena de cadáveres en las aceras de Marsella. El coche en el que circulaba con un amigo tenía matrícula francesa. Los controles procedían lentamente. En el lado francés, con sus papeles falsos, pensó, tenía la cárcel asegurada. Si echaba a correr hacia el lado español, le esperaban seis años. ¿Saltar hacia la montaña y galopar? Sólo en sueños cabía imaginar algo así.

El aduanero examinó sus documentos de identidad franceses con desconfianza antes de alejarse hacia la oficina en la que se encontraba esa nueva invención: el maquiavélico ordenador.

—¡Tenemos prisa! —gritó su compañero, no sin temeridad.

—¡Sí!... ¡El museo Dalí de Figueras nos cerrará! —añadió Boadella—. Quiero visitar el museo sin falta.

La espera les pareció interminable. Luego el hombre volvió y

les devolvió desdeñosamente la pequeña obra maestra de la prefectura libertaria. Llevaba el nombre de un ciudadano francés nacido en Lérida, en el corazón de Cataluña, para justificar el acento de Boadella.

—Si tuviera que convertirme en hombre de acción —insiste—, Lucio sería mi maestro. Comprendí pronto que los documentos venían de él. Nunca hemos hablado del tema. Hoy, cada uno sabe que el otro sabe, eso es todo. Es un hombre de una pieza.

En diciembre de 1978, un año y medio después de las primeras elecciones por sufragio universal, un año después del ingreso de España en el Consejo de Europa, se adoptó la nueva Constitución, que abría perspectivas al derecho al divorcio y al aborto, y suprimía radicalmente la pena de muerte. Entró en vigor el 29 de diciembre. No obstante, al contrario de lo que París fingía creer, no todo estaba solucionado. Un artículo publicado en *Le canard enchainé* del 14 de febrero de 1979, firmado por mí, da una imagen de lo que sucedía sobre el terreno, en los lugares en que el ejército y la policía se negaban a abdicar del más mínimo poder.

«El 30 de enero, los policías franceses devuelven a sus colegas de allende el Bidasoa a siete residentes españoles que se encontraban sin permiso de residencia en territorio francés», según el comunicado del ministerio del Interior. Siete vascos «de ETA», la organización separatista. ¿Sus papeles no estaban en regla? ¡Vaya! ¡Pero si Francia ya no concede el estatuto de refugiado! Reenviar a los opositores *manu militari*

a su patria de origen es una bonita concepción del asilo que recuerda los tiempos en que Pétain, en 1940, extraditó a Companys, a quien Franco hizo fusilar.

»Bonnet pronuncia entonces, cinco días después, una de esas fórmulas cuyo secreto sólo él conoce: “¡No toleraremos que algunos individuos pongan trabas a unas elecciones libres!”

Éstas tendrán lugar el 1 de marzo en el País Vasco.

»No sé si los independentistas de ETA se equivocan o tienen razón. Estoy seguro de no aprobar los métodos terroristas de algunos de ellos. Sólo sé lo que Bonnet ha hecho al entregar, en aras de la democracia, a esos siete jóvenes a los torturadores del otro lado.

»Francisco Martínez Apesteguia. Devuelto por nuestros servicios a la policía secreta española, que lo llevó a Pamplona.

Allí, suplicio de la barra de hierro sobre la que le ataron de rodillas; la cabeza golpeada contra la pared; vómito de sangre; golpes en las plantas de los pies. No puede andar, diez días sin comida. La primera noche, en la montaña sobre Pamplona, colgado hasta hacer que le crujan los huesos, hasta el límite. Como con Franco, democráticamente.

»Carlos Catalán Sánchez: las mismas atrocidades, con la añadidura de la “mesa de operaciones”: manos atadas a la espalda, con la cabeza colgando fuera. Estrangulamientos, golpes, sadismo, con total democracia.

»Juan Manuel Lopetegui y Juan Treset Sastre, llegaron ya a la frontera después de un largo tratamiento suministrado por la policía francesa: entre colegas, hay que ayudarse. Luego, fueron torturados hasta perder el conocimiento en varias ocasiones.

»Los mismos tratos salvajes para los otros tres. ¿Hay que seguir? La Liga de los Derechos del Hombre ha denunciado estos hechos.

»No se trata de casos aislados. Bonnet y Giscard no pueden ignorarlo. Las Cortes han sido democratizadas, sin duda, pero la policía no. Es la misma que con Franco. Las mismas personas. El comisario Conesa, por ejemplo, responsable de la lucha antiterrorista en el País Vasco, es el antiguo jefe de la Dirección General de Seguridad. Traducción: jefe de la tortura. El que mandó al suplicio a Eva Forest, a los acusados del juicio de Burgos, a toda la oposición.

»Con los mismos métodos, el “bastón eléctrico”, especie de grupo electrógeno mejorado, es de uso ordinario en las prisiones de Pamplona y Soria. En San Sebastián, prefieren apretar el cuello con una cuerda o golpear las plantas de los pies: a cada cual sus gustos.

»Todo manifestante detenido es acusado de “apología del terrorismo” y tratado en consecuencia.

»Y el liberal Suárez suministra a Bonnet listas de refugiados que querría recuperar. Las policías colaboran. Y Bonnet se esfuerza: al mismo tiempo que entregaba a los siete vascos a

sus verdugos, deportaba a otros trece a Valensole, en los Alpes-de-Haute-Provence. No está previsto que sigan allí después del 1 de marzo: ¿Los entregará más democráticamente? Miles de refugiados tienen motivos para inquietarse. Algunos están aquí desde hace cuarenta años.»

Boadella, de manera menos bárbara, también pagó los gastos de esta persecución. Tras varias idas y venidas clandestinas entre Francia y España, esperaba que se estableciera un *statu quo* entre Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat, y el nuevo capitán general, tan limitado como el anterior, pero que por lo menos no había mandado al garrote a Heinz Chez.

Se introdujo en la sede de la Generalitat autonómica, en pleno corazón de Barcelona, por una puerta lateral, después del cierre de las oficinas.

—Volver a España sólo depende de usted —sugirió el presidente, como si se encontraran con Faulkner en Yoknapatawpha, o con Ubu en Polonia, ese lugar que tampoco existe.

—¿Con qué papeles? No tengo —respondió Boadella en el mismo tono.

—Podría entrar como hasta ahora...

—Podrían arrestarme...

—Sin duda. Pero sólo cabe otra solución posible... Me da

reparo decirlo... ¿Y si se entrega a los militares?

—Vivo, jamás.

—Le tienen preso quince días, le liberan y se acabó. Son obstinados, ¿comprende?

—Perfectamente. Sólo me entregaré con una pistola apuntándome al estómago.

—¡Qué fastidio!

Boadella comprendió que Tarradellas se había comprometido bastante más de lo que decía.

—¿De veras no puede? —insistió el presidente—. Entonces tendré que colocarle bajo mi custodia. Quédese en su casa, en Cataluña, pero no haga declaraciones. No haga nada, no diga nada. Lo arreglaremos, pero hará falta tiempo...

Así que el autor teatral se fue a instalar en la montaña, en Pruit, con Dolors, para ensayar la obra que a pesar de todo había tenido tiempo de escribir, *M-7 Catalonia*.

Una llamada telefónica le informó de que el Institut del Teatre de Barcelona, donde enseñaba, le había nombrado profesor titular. Tenía que ir a tomar posesión de su plaza. Un periodista, idiota o malintencionado, le hizo, sin que se diera cuenta, una foto que recorrió todos los periódicos con el comentario: «la audacia de Boadella». Uno de esos periódicos cayó en manos del estado mayor, para el que Boadella estaba

en busca y captura.

Pocas noches más tarde, el 23 de febrero de 1979, la casa de Pruit fue tomada al asalto como una fortaleza, a las cuatro de la madrugada. Boadella fue arrancado de su sueño y arrojado directamente a la Modelo.

Las condiciones habían mejorado mucho, pero, aún provisto de una coraza de humor, no encontró de qué alegrarse. Un día, en la sala de la televisión, un tipo se puso firme a los sones del himno español. A punto estuvo de que lo lincharan. Su lúgubre payasada les recordaba demasiado a Franco, bajo el que habían gemido tanto. Boadella se levantó y, con voz fuerte, les explicó que no debían prohibir nada, porque fabricar una cárcel dentro de la cárcel agravaría su suerte todavía más.

—Yo no estoy de acuerdo con este señor —dijo—. Pero me gusta lo que ha hecho. Hay que demostrar que aquí podemos crear más libertad que fuera.

Su discurso calmó hasta a los peores brutos, y el patriota provocador invitó a Boadella a su celda, en la que vivía solo mientras que los demás se apretujaban tres o cuatro en cada celda. Ofreció un trago al autor dramático: ¿whisky, champán? Lo que quisiera. Tenía un mayordomo. Se hacía traer las comidas de un restaurante de los alrededores. Obtenía lo que quería de las cocinas. Tenía, por así decir, a toda la prisión a sus órdenes. Financiaba las necesidades de ciertos prisioneros.

Ese flamante conde de Montecristo no era otro que el hijo del financiero del Fútbol Club Barcelona a quien Lucio había

ayudado a fugarse al Brasil: Pedro Baret hijo, estafador como su padre, multimillonario, dandi desesperado como él. El desequilibrio de ambos procedía de la muerte del hermano mayor de Pedro en el incendio de su villa, según cuenta Boadella. Aunque en mi opinión, en esa familia la estafa es una cuestión genética.

El corsario hereditario no quería separarse del mirlo blanco: un hombre que no vivía para el dinero. Estaba fascinado. ¿Cómo se podía sentir interés por otra cosa? Decididamente, el saltimbanqui era una especie de marciano.

Cuando le soltaron, un mes antes que a Boadella, se comportó con la misma generosidad lírica de su padre. Los guardianes disfrutaron de gruesos paquetes de billetes para seguir a las órdenes de su protegido. Organizó una recepción fastuosa para Dolors y, cuando ella estaba a punto de irse, deslizó en su bolso varios millones de pesetas, que ella, por supuesto, dejó discretamente sobre una bandeja. Y no dejó de movilizar al Todo Barcelona, que conocía muy bien, contra la injusticia cometida con el gran escenógrafo.¹⁹

No fue el único en comportarse así. El presidente Tarradellas removi6 cielo y tierra. Viaj6 a Madrid para intentar arreglar el asunto con Su6rez en persona. El rey fue a comer un d6a a la Generalitat. Con ellos estaban el alcalde de Barcelona, un ministro y el capit6n general.

19 Pedro Baret nunca hizo las cosas a medias. Se suicid6 unos meses antes del a6o 2000.

—General, espero que se muestre comprensivo con Boadella
—dijo Juan Carlos en mitad del almuerzo.

—¡Ejecutaremos la pena! ¡Aplicaremos la ley! —tartamudeó el jefe militar, con magnífica demencia.

Un silencio de fosa común acogió su retrógrada declaración. El rey no movió un músculo, pero el capitán general fue jubilado y se buscó a un juez supremo más asequible que puso finalmente en libertad a Boadella, el 20 de julio de 1979. Cierto que sólo se trataba de una medida provisional, con la obligación de presentarse cada quince días ante la Guardia Civil de Pruit, pero muy pronto se le eximió de esa obligación.

Boadella tuvo que esperar aún tres años para la aplicación de la Constitución, que retiraba a los tribunales militares el derecho de juzgar a civiles. Sin embargo, aun entonces, nuevo Kafka de la costa mediterránea ibérica, fue condenado a un año de prisión por evasión antes de que un magistrado tuviera el suficiente sentido común para detener el juego.

En 1999, en el ensayo general de *Daaalí*, su última obra hasta el momento de redactar este libro, el rey fue a sentarse a su lado. Era un recordatorio del apoyo que le había prestado veinte años antes, cuando aún era considerado una marioneta de Franco.

Mientras tanto, en París, Lucio acababa de conocer al abogado Roland Dumas. Parecía inevitable, después de tantas aventuras. No sólo a título personal, para pedirle que fuera su defensor llegado el caso, sino porque el flamante príncipe del

foro se encargaba entonces de la herencia de Picasso, que era a la vez un rompecabezas jurídico y un embrollo familiar... Entre las piezas del puzzle figuraba el retorno a España del inmenso *Guernica*, fresco pintado bajo la impresión de la carnicería que habían perpetrado los bombarderos de la Legión Cóndor en la villa sagrada del País Vasco, en abril de 1937. En su testamento, Picasso pedía que su obra no fuera transferida del Museo de Arte Moderno de Nueva York a España hasta el día que la situación fuera plenamente democrática. Incluso había escrito la palabra «república», pero una monarquía constitucional, ¿puede o no puede ser asimilada a la república? ¿Deberían Inglaterra, Bélgica, Holanda y Dinamarca ser apartadas del campo democrático con el pretexto de que estaban representadas por una reina o un rey? Hubo ásperas discusiones entre el gobierno de Madrid, muy interesado, a título simbólico, en ese retorno, y la familia, que pedía indemnizaciones.

Dumas había tenido repetidos contactos con el gobierno de Adolfo Suárez cuando un diputado cercano al presidente, Javier Rupérez, fue secuestrado el 11 de noviembre por la fracción político-militar de ETA.

Dumas ofreció su colaboración a Suárez con la idea de utilizar su nueva relación: el extraño solador que conocía a tanta gente en todos los ambientes, y que, sobre todo, era navarro. A las tres de la madrugada, un emisario llamó a casa de Lucio para exponerle la demanda. La intuición de Dumas funcionó: Lucio acababa de comer en Casa Alcade, cerca del metro de La Motte-Piquet, con un viejo conocido, uno de los polis-milis

fundadores, un tipo por el que sentía la mayor estima. Ese hombre, un maestro en principio jovial, se había mostrado grave. Por militancia, se había metido en una pesadilla. Era responsable del grupo que había secuestrado a Javier Rupérez y le correspondía llevar al prisionero a dar un «paseo», es decir, ejecutarle, si no había acuerdo con el gobierno. Con palabras apenas encubiertas, había confesado su malestar a Lucio. Así, ese mismo día, al terminar la mañana, se estableció el contacto entre Dumas y los secuestradores. Javier Rupérez fue liberado...

Y así el obrero de la construcción Lucio Urtubia participó, como asesor de Roland Dumas, en negociaciones del más alto nivel.

Una de las principales reivindicaciones de los militantes vascos seguía siendo la suerte de los compañeros no incluidos en la amnistía a causa de actos violentos graves. En el muelle de Bourbon, en la isla de San Luis, las luces no se apagaban hasta muy entrada la noche para debatir el tema. Además de Lucio, participaban en los animados debates el omnipresente periodista Paco Luarca, Mateo Segui, abogado de los anarquistas españoles, y un viejo conocido, Rodolfo Guerra, diputado de Barcelona, otrora uno de los fundadores del «Felipe», el Frente de Liberación Popular. Lucio defendía una idea radical: no restituir el *Guernica* mientras no se creara una organización nueva del tipo de Amnistía Internacional para justificar el derecho al uso de la violencia, contra la violencia de la dictadura. Pero ¿qué tipo de violencia podía ser reivindicada legalmente? ¿Dónde estaba el límite? Un proyecto así ¿acaso

no terminaría por legalizar los secuestros y los atentados? Una fosa de sangre separaba el asesinato del almirante Carrero Blanco, devoto secuaz de Franco y su sucesor designado, de la horrenda matanza del *drugstore* Saint-Germain; pero hacer esos distingos y utilizarlos como plataforma tenía pocas posibilidades de éxito. Y nunca lo tuvo.

En cambio, Roland Dumas supo aprovechar a fondo los contactos de Lucio con los libertarios más turbulentos.

No dejó de utilizarlos en el curso del largo periplo que llevaría a la restitución del cuadro en septiembre de 1981. Entre tanto, las reivindicaciones de los anarquistas caían dulcemente en el olvido.

XVIII. TRAVELLERS BUSINESS

En 1979, Lucio no encontraba en los acontecimientos políticos ningún motivo para poner freno a sus actividades. Tanto más cuando su clientela empezaba a extenderse a toda la América de habla hispana. Y allí, la lucha por la democracia no tenía fin. Uruguay, Bolivia, Chile o Argentina: no había un movimiento que no hubiera recurrido antes o después a sus servicios. El mismo Eldridge Cleaver, líder de los Panteras Negras, fue tal vez uno de sus clientes, después de su fuga clandestina de Estados Unidos. ¿Dónde está ese registro? ¿Y la contabilidad? Sus servicios no siempre eran personalizados, como con Pere Baret o Boadella; también trabajaba al por mayor. Trabajo cuidadoso a precios que desafiaban cualquier competencia: habría podido adoptar esta divisa para su publicidad.

Unos años después, cuando quiso vender sus *stocks* para emprender otras operaciones, estableció una especie de catálogo oral que da una idea de sus tarifas.

Para un pedido de quinientos a mil carnés de identidad

belgas, quinientos francos cada uno, trescientos para los suizos o italianos. Un carné francés con permiso de conducir: mil francos. El juego completo de documentos españoles, también mil francos. En el mercado negro «oficial», la tarifa ascendía a cinco mil. Él solo trabajaba como una gran superficie: Lucio reventaba los precios.

Su fama llegó a ser tal que en varias ocasiones sus corresponsales intentaron atraerle al otro lado del Atlántico para que trabajara para ellos *in situ*. Le costó convencerles de que su eficacia dependía de su anclaje en la vieja Europa. Su empresa no era exportable, y casi les pedía perdón por obligarles a ir a París a hacer su mercado negro. Otros llegaron a llevarlo a África para un viaje de estudios; pero, decididamente, su fondeadero predilecto se situaba entre Clichy y la XX circunscripción.

Tampoco tenía tiempo de aceptar empleos interminables como antes, en Meudon-la-Forêt o Longjumeau. Sus últimos contratos largos son de antes del caso Suárez, para Enzeler en Courbevoie y para Techni-Coop, por un sueldo de tres mil quinientos francos al mes: todo un triunfo para un soldador, pero una suma irrisoria para un traficante. Sin embargo, nunca dejó de trabajar, normalmente como maestro de obras, durante períodos más breves entre expedición y expedición. En pie antes del alba, obstinado en no confundir su tren de vida personal con las sumas que pasaban entre sus manos, nunca se permitió apartarse de la realidad, al contrario de los jóvenes que pronto podría observar.

En 1979 germinó su idea: especializarse en la fabricación de los cheques de viaje más comunes en el mundo junto a los de American Express, los *travellers* del First National City Bank. Entonces podían cambiarse en cuarenta y cinco mil sucursales. Los *travellers* estadounidenses eran de los más difíciles de imitar, pero permitían apuntar muy alto. Y, en caso de problemas, quien dictaba sentencia era el tribunal correccional, por «falsificación de documento bancario», en vez de la terrible «fabricación de moneda falsa» si lo falsificado eran dólares. En tal caso, era asunto de la *cour d'assises*, y las penas mucho más duras.

Acumular reservas de buen papel, poner a punto las filigranas, preparar las placas, procurarse el material necesario para fabricar los talonarios: necesitó casi un año para desactivar todas las trampas tendidas por la institución bancaria. Una de las dificultades imprevistas fue deshacerse de las grandes hojas de veinticinco cheques cada una, testigos de ensayos y de pruebas. No era cuestión de tirar esos borradores en cualquier papelería. Tenía que quemar los ensayos fallidos, que proliferaban sin cesar: entre trescientos y quinientos antes de llegar a la versión definitiva.

El papel no es de una naturaleza disciplinada: se consume de golpe y revolotea, incontrolado, por todas partes. Fue un calvario.

Encendía fuegos aquí y allá. Echaba los papeles al fuego de golpe, los sábados por la tarde: volvía a la obra cuando los demás ya se habían marchado. Un día, en la avenida de la

puerta de Villiers, en la XVII, unas llamaradas captaron la atención de la policía. Lucio había llevado allí con su camioneta algunos millones imperfectos, escondidos bajo sacos de cemento. Se vio atrapado.

—¡Estoy limpiando la obra! —dijo, por decir algo, con toda su arrogancia el carbonero Lucio, sin dejar un instante de remover el bidón de hierro transformado en brasero. Intentaba sofocar el más mínimo intento de rebelión de las partículas indomables, dispuestas a salir volando con trazos de cifras y de la palabra «dólares».

Como estaba limpiando, y eso era bien visible, la curiosidad de los uniformados se encontró falta de argumentos para intervenir. Pudo terminar su tarea.

Hubo otro momento crítico: para su trabajo de pirómano había recurrido al piso de una amiga que tenía chimenea, pero en su entusiasmo no se dio cuenta de que las llamas asomaban por encima de los tejados. Los vecinos llamaron a los bomberos, quienes a su vez, acompañados por la policía, llamaron a la puerta en el momento en que acababa de esconder bajo la cama los restos aún humeantes de su obra.

No pasó a la acción hasta que hubo dominado todos los aspectos de la técnica. Los talonarios de diez cheques de viaje destinados a servir de modelos nunca eran robados: Sus números de serie constarían en todo el mundo. Alguien compraba verdaderos talonarios, con dinero de verdad pero bajo nombre falso. Los documentos de identidad que habían

servido para este uso eran quemados inmediatamente. Desde ese momento, era imposible cualquier investigación policial. Lo hizo en varias ocasiones. Y también Anne, que alquilaba, siempre con la misma elegancia flemática, nuevos apartamentos en los que el teléfono desempeñaba un papel esencial.

Una vez analizado se hacían cincuenta copias del talonario original, cada una dotada de números de serie distintos, del trescientos cuatro al trescientos trece, o del seiscientos seis al seiscientos quince, por ejemplo, para evitar las comprobaciones. A la manera de los conquistadores del poema de José María de Heredia, una treintena de equipos de dos personas estaban dispuestos a caer sobre las grandes capitales de Europa, de Helsinki a Berlín, de Roma a Londres, de Copenhague a Madrid, para golpear todas el mismo día a la misma hora, o casi. El cómplice que se quedaba al volante del coche alquilado con nombre falso sólo tenía una misión: correr hacia un teléfono en caso de alarma, como en otro tiempo con las falsas nóminas, pero esta vez los beneficios no tenían comparación.

El talento de Lucio en esta empresa consistió en compartimentar, como buen obrero de la construcción. Una idea simple y genial que hizo de un hombre sin ningún conocimiento en materia de imprenta el cerebro hasta ese momento insospechado de una maquinación diabólica. El único topo anarco capaz de orientarse en sus innúmeras galerías. Un verdadero Estado dentro del Estado, porque acuñaba moneda y se atribuía el derecho de distribuir

identidades.

Anne siempre ignoró la existencia de los depósitos de debajo de la casa de Saturnina. Los patronos de la imprenta en la que se fabricaban los cheques de viaje nunca adivinaron que él se había hecho un doble de sus llaves. En plena noche volvía al taller, cuando los demás se habían ido, para imprimir sus peligrosos millones falsos. Ignoraban hasta la procedencia del papel. «¡*Nano*, no te fíes nunca de nadie!» La frasecita de Sabaté había recorrido un largo camino. Dos laboratorios de fotograbado en Francia, uno en Bélgica; varias imprentas en España y en Italia; tampones, pan de oro para los dorados, una guillotina procedente de Estados Unidos para redondear los ángulos, comandos de libertarios, de intelectuales, de vascos, de delincuentes: lo controlaba todo.

De los pasaportes a los cruces de la frontera, pasando por los talonarios de cheques de viaje, lo dirigía todo. Ésa fue su fuerza. También sería su debilidad.

En la primavera de 1980, quiso verificar en persona la calidad de su producto. Había llenado de cheques de viaje y de documentos de identidad los neumáticos de un coche antes de ir a una gran capital española. Le esperaba una veintena de personas. Casi todos eran viejos compañeros, especialmente Nicolás, responsable libertario desde mucho antes del secuestro del banquero Suárez, que también se había hecho amigo de Paco Luarca en la cárcel. Había traído a un compañero del pensionado, Silvestre. No era un militante, pero Nicolás lo avalaba.

Las caras estaban tensas cuando Lucio hizo su entrada con los documentos extraídos de los neumáticos. Estaban nerviosos, y algunos gruñeron su escepticismo en seguida. De todos modos, se repartieron sobre un plano de la ciudad sectores, itinerarios y sucursales en los que proceder a la cosecha según un estudio previo de la operación. Sólo quedaba repartirse los documentos de identidad, cuando una voz sugirió que podían esperar uno o dos días antes de lanzarse, para recuperar el aliento. Estarían más en forma. Un segundo compañero tomó la palabra en el mismo sentido. Nicolás, el viejo compañero, no abría boca.

—¡Ah! ¿Os deshincháis? —dijo Lucio—. ¡Hace meses que corro riesgos! Yo fabrico los cheques de viaje, yo fabrico los documentos de identidad, yo cruzo la frontera, yo os traigo el material a domicilio. Sólo queda ir al banco a recuperar el dinero. ¿Y queréis esperar? ¡Esperar a qué, por Dios! Esto hay que hacerlo en caliente. Con el miedo en las tripas, sí. ¡Pero cuanto antes lo haces, antes te libras de él!

Los miró uno tras otro con aire de senador romano ultrajado. Era Catón de Utica ante ese miserable de Catilina, fustigando a los prevaricadores y la depravación de las costumbres.

—Haced lo que queráis —concluyó—. Yo he venido a trabajar. Empiezo mañana a las ocho. Adiós, voy a acostarme.

Como todo buen general antes de la batalla, dormía profundamente cuando, a medianoche, Nicolás vino a despertarle para anunciarle que lo habían pensado mejor: le

seguirían todos.

A la una de la tarde, él solo había recuperado siete millones de pesetas, o sea, más de cuatrocientos mil francos. Cuando echaron cuentas, llegaron a más de tres millones y medio de francos, sesenta y tres millones de pesetas, a repartir en tres tercios: el primero para los participantes en la expedición, lo que representaba más de un millón de pesetas para cada uno, una fortuna caída del cielo de los bancos, muy por encima del tren de vida de la mayoría; el segundo tercio, para las familias a las que ayudaban, los abogados y los presos; el tercero, para la infraestructura, es decir, para que Lucio pudiera reinvertir.

Uno de ellos lloraba de alegría. El recién llegado, Silvestre, dejó su parte para la causa, lo que le atrajo de inmediato la simpatía de Lucio. A otros les daba vueltas la cabeza ante una riqueza, en apariencia, tan fácil de alcanzar. En una mañana, habían perdido sus puntos de referencia. Un imprudente llegó a apoderarse, a escondidas, de parte del material depositado en el escondite para volver a empezar en provecho propio, a pesar de las consignas de Lucio. Y lo que tenía que pasar, pasó: la policía le cayó encima en la tercera sucursal.

Temiéndose lo peor, Lucio escapó en un coche de alquiler. Dirección Pamplona, con paradas en Tarazona, Tudela e incluso Cascante. En todas partes sembró fajos de billetes: ocho millones de pesetas fueron distribuidos para obras militantes. El dinero quemaba los dedos del antiguo niño pobre.

Aún le quedaban setecientos mil francos cuando se hizo

llevar a Valcarlos por un amigo, sin dar tiempo a que le localizaran. Los vidrios de los coches camuflados de la Guardia Civil, más numerosos junto a la carretera a medida que se acercaban a la frontera, estaban cubiertos de vapor: señal de que estaban al acecho. Recomendó a su chófer que no se parara ante la casa de Alfonso, sino que continuara durante un kilómetro antes de dar media vuelta. Saltó en marcha, según su costumbre. Como siempre, Alfonso tardó mucho en abrir. Eran las dos de la madrugada cuando Lucio se durmió, con la bolsa que contenía el botín colgada de un tejadillo sobre el pequeño Nive. Unos segundos bastarían para hacerla caer al río en caso de registro. Al día siguiente, su cuñada curó las heridas y los moratones que se había hecho al saltar del coche. Almorzó tranquilamente con su hermano cuando éste regresó de Pamplona, y volvió a dormir hasta la caída de la noche antes de cruzar hacia Arnegi y de tomar un taxi para Bayona, desde donde llegó a París en tren.

A pesar del éxito total de la expedición, recordaría con amargura el recibimiento desafiador que había tenido que soportar a su llegada. En caso de fracaso, las críticas de esos a los que hasta ahora había considerado amigos ¿se habrían limitado a simples retahilas de insultos? Su perplejidad se transformó en cólera unas semanas más tarde, tras un nuevo incidente.

Nicolás había aprovechado la breve estancia de Lucio para pasarle un encargo de armas. Se encontraban en el sótano de un amigo que, por prudencia, tenía las únicas llaves. El sábado en que llegó Nicolás, el amigo se había ido de fin de semana sin

avisar. No podían arriesgarse a forzar la entrada, así que convinieron en que Nicolás mandaría a alguien de confianza el sábado siguiente. Previeron tres citas sucesivas en su casa de la avenida Jean-Jaurés: a las 17, si no a las 20, y si seguían sin encontrarle, a medianoche.

Ese sábado, Lucio fue muy pronto a trabajar. A la hora del almuerzo, con mil precauciones, fue a buscar las armas al zulo y las trasladó a uno de los locales del edificio de Saturnina. Luego volvió a terminar sus azulejos. Poco antes de las 17 horas, estaba de vuelta en su domicilio. Alguien había deslizado un pedacito de papel por la cerradura: «¡Cerdo, vamos a por ti! Has visto el sol por última vez. Eres hombre muerto.»

Estupefacto, fue a buscar un teléfono para llamar a Nicolás. Cuando por fin se encontraron, Lucio le leyó las amenazas con voz estrangulada por la emoción. Nicolás le respondió secamente hablándole de las escuchas telefónicas.

Rabioso por haber multiplicado los riesgos sin que nadie le diera explicaciones, Lucio volvió a buscar las armas al sótano de su hermana para depositarlas en un tercer escondrijo. Buscó en seguida a un par de guardaespaldas en previsión de las dos citas siguientes, pero nadie fue a intentar matarle ni a buscar las armas. Sólo una llamada telefónica, a las cinco de la madrugada, reiteró las amenazas de muerte, confirmadas por una carta el lunes siguiente.

Pasó varios malos días antes de esclarecer el caso con

Nicolás. Éste no había encontrado a un compañero válido, y había enviado a dos delincuentes sin envergadura. Éstos se habían rajado y habían preferido hacer pasar a Lucio por traidor y traicionar al mismo tiempo a su mandatario, que afrontar los peligros de un transporte de armas.

Todo eso no era serio y Lucio decidió cortar toda relación con esa banda de peligrosos aficionados. Aún más habría tenido que desconfiar de Silvestre, pero éste se había portado bien, Silvestre le necesitaba. La policía española le buscaba, quería rehacer su vida fuera de la banda, quería trabajar. ¡Y sobre todo, no venía a verle de parte de sus falsos amigos! Si ni siquiera Nicolás, ni Paco Luarca estaban enterados...

Por la mayor de las casualidades, Silvestre había conocido a un tipo que decía dedicarse a los negocios. Habían hablado del tema de los cheques y el tipo se había mostrado interesado. Compraría cheques en gran cantidad, sin límite, al treinta por ciento de su valor efectivo.

Lucio se dejó tentar, ¿para qué hacer correr riesgos a decenas de compañeros?

Un detalle habría debido ponerle sobre aviso: ¿era plausible que un delincuente de buenas cualidades pero de mediana envergadura se moviera en las mismas aguas que personajes capaces de jugar con miles de millones? Porque se trataba de miles de millones. Lucio disponía entonces de ocho mil hojas impresas, cada una de las cuales representaba veinticinco cheques de cien dólares. Calculando el dólar a seis francos,

como era más o menos el caso en esos años, eso representaba ciento veinte millones de francos brutos. El treinta por ciento representaba treinta y seis millones, más de seiscientos millones de pesetas. Ese argumento debió de pesar en su decisión de aceptar el trato. Júpiter enloquece a los que quiere perder.

XIX. TESORO PERDIDO EN «LES DEUX MAGOTS»

Un día de finales del mes de junio de 1980, Lucio va a Orly a buscar a Silvestre. Se dirigen directamente al lugar de la cita, el Hilton de la avenida Suffren. El hombre con el que habían quedado no está. Temiendo haberse equivocado de hotel, preguntan en el de al lado. Luego vuelven, desconcertados, a preguntar en la recepción por el «señor Maurice», que les está dando plantón. Le llaman por megafonía. Entonces aparece un desconocido de unos cuarenta años que afirma representar a ese señor Maurice. Ignorando a Lucio, reclama a Silvestre las muestras de la mercancía. Lucio parece despertarse. Ese tipo no le gusta.

—¡El jefe soy yo! —dice al desconocido, que le parece, con justeza, un mal bicho—. Tengo una cita con el señor Maurice, no con usted. Dígale al señor Maurice que no tendrán nada, ¡ni el uno ni el otro! Y no tengo nada que enseñarle.

En realidad, lleva los bolsillos llenos de cheques de viaje falsos. Pero su actitud es tan perentoria que el hombre, policía

o chivato, nunca lo sabremos, les deja marchar. Lucio, al borde del pánico, recurre al plan previsto para casos de extrema urgencia: enterrar sus cheques en el cementerio de Pantin. No se trata de ninguna trampa: la policía aún se mueve a tientas. Han recibido una denuncia, pero ignora aún la importancia y la calidad de la falsificación. Así empieza el juego del gato policía y el ratón de las obras, en el que el destino fatal de este último será perder la partida. Aunque se da alguna excepción.

Unos días más tarde, Silvestre vuelve a hablar con Lucio. Vuelve a jurarle que Nicolás no sabe nada del asunto, y aún menos Paco Luarca. Sus interlocutores han pedido disculpas por su torpeza. En esta ocasión un rico americano va a desplazarse para concretar el proyecto. Y Lucio vuelve a ceder. ¿Por qué? ¿Por el impresionante número de ceros situado en el centro de la negociación?

El astuto zorro aprecia demasiado la causa y a los que le habían acompañado en una u otra ocasión como para imaginar por un solo instante el informe que acaba de llegar a Francia: «El 1 de julio de 1980, la dirección central de la policía judicial fue informada por un corresponsal del Banco de España de que iba a tener lugar una cita el mismo día en el vestíbulo del Grand Hotel de París entre cuatro individuos susceptibles de dedicarse al tráfico de moneda falsa.» El informe definitivo, redactado por el fiscal de la República el 20 de enero de 1982 a partir de los distintos elementos de la investigación, es una mina de informaciones.

El primer hombre citado se llama Lucio Urtubia. El segundo

es Silvestre. La existencia del tercero, Mario Catano Inga, es sin duda ficticia, porque los dos compadres nunca le verán. Y el último, «Tony sin más precisiones», o bien Tony Greco, como se presentará, encarna a un rico buscador de oro en billetes emigrado a Estados Unidos.

Lucio lo estudia con la más absoluta desconfianza. Durante siete días y por así decir siete noches, no le deja en paz, sometiéndole a exámenes sin fin. Pero el otro es un profesional, con una excelente formación, y supera todas las pruebas. Bakunin y Louise Michel no tienen secretos para él, y era un as en el campo de la imprenta: lo sabe todo sobre los colores. Moviéndose por la zona de la Bastilla o de la plaza de la República, prácticamente vuelve a enseñar a Lucio el arte de detectar posibles seguimientos. Quiere demostrarles que tiene relaciones, y lleva al solador y a su socio a casa de un gran anticuario de los Campos Elíseos, y luego al taller del escultor César: es amigo suyo, pero casualmente no está.

—¡La mercancía volará a Estados Unidos aquí dentro!
—asegura ante las cajas destinadas al transporte de las esculturas.

Lucio no puede retrasar más el momento. Aunque ese hombre no le guste, como cliente no tiene nada que reprocharle. Deciden pasar a la acción al día siguiente, el 8 de julio. El comprador se sentará en el café Bonaparte, en la plaza Saint-Germain. Los vendedores estarán en la terraza de «Les Deux Magots», frente a la iglesia. Desde allí verán a los que viniesen de la otra terraza. Se levantarán a las 10,55. Se

cruzarán, empujándose quizá. El intercambio tendrá lugar en ese momento.

Al volver del escondrijo de los cheques de viaje, después de meter el número de talonarios necesario en un maletín, Lucio tuvo el presentimiento de que le seguían. Un vehículo color gris no se separaba de su furgoneta roja. Eran más o menos las siete de la mañana. Hizo varias paradas en Clichy, una en el café Gambetta, donde tuvo buen cuidado de no telefonar. Otra en casa de la señora Boldy, la madre de un objetor de conciencia que había pasado a Inglaterra con su ayuda²⁰. Y luego fue a casa de gente sin ninguna significación política. Pero no había forma de despistarlos. Volvió a casa. Anne se estaba bañando.

—Tengo el maletín con los cheques —explicó— y la policía en los talones. Ve a por el coche y pégate a la camioneta. Pasaremos por la calle Villeneuve, detrás del ayuntamiento. Allí cala el coche. Es una calle muy estrecha. No podrán adelantarte.

Anne no habla en las situaciones graves. Se vistió rápidamente, sin un comentario, y aplicó el plan. En la callejuela indicada, los seguidores tocaron la bocina hasta cansarse, pero su motor estaba ahogado. Cuanto más nerviosa la ponían, menos conseguía arrancar ella. Había roto la persecución. Lucio lo comprobó con alivio antes de llegar a «Les Deux Magots», donde desayunó con Silvestre.

20 La pobre señora sufriría poco después un registro en toda regla.

En el minuto exacto, como en la prueba, tuvo lugar el intercambio: dólares auténticos por cheques falsos. Nada podía garantizar la honradez del cambio salvo la perspectiva de un mañana aún más prometedor. Ésa era la apuesta. Luego saltó a un taxi, por si acaso habían vuelto a localizar su coche. Miró atrás: le seguían de nuevo. ¿Cómo habían recuperado su pista? ¿No le habían dejado nunca? En ningún momento le vino la idea de una traición mayor. Aprovechando un semáforo en rojo en los embotellamientos del muelle Voltaire, después de dar una buena propina al conductor, saltó del vehículo para colarse en el edificio de la Documentación Francesa sin que sus ángeles de la guarda se dieran cuenta de nada. Continuaron detrás del taxi mientras Lucio dejaba el botín a una amiga de confianza que se lo devolvió aquella misma noche. Tony no había hecho trampas, y Lucio había esquivado las encerronas más imprevistas: fantástico.

Por desgracia, señala el informe, los policías tampoco estaban descontentos: «Un seguimiento efectuado durante varios días permitió a los inspectores constatar el 8 de julio de 1980 el intercambio de un maletín de color marrón y una bolsa de plástico entre Urtubia y Silvestre, por una parte, y Catano y “Tony” por la otra, confirmando la hipótesis de la negociación fraudulenta señalada por el Banco de España.»

Ya que no había ido tan mal y el comprador se había comportado de manera correcta, ¿por qué no terminar con la segunda parte de los cheques? ¿Al día siguiente, según lo convenido?

Los dos compinches fueron, como la víspera, a «Les Deux Magots» sin notar nada de particular. Pidieron café con leche y tostadas. El camarero les sirvió. Empezaron a saborear sus consumiciones con un maletín puesto entre ambos al pie de la mesa, al lado de Silvestre, parecido al que Tony Greco tenía en el Bonaparte, cuando resonó el grito:

—¡Policía! ¡Manos arriba!

Estaban rodeados por una decena de agentes dispuestos a disparar. A las once, cargaron en los coches al falsificador y su cómplice, debidamente controlados y esposados.

«El registro de Silvestre facilitó documentos que contenían numerosas cifras y números.

»El registro de Urtubia llevó al descubrimiento de veinticinco llaves, una de las cuales abría el maletín que contenía los billetes falsos. Un trozo de papel con un número que resultó ser el de un cheque de viaje, y documentos relativos a la formación de oficial de máquina offset y de material de imprenta.»

Al mismo tiempo, otros investigadores registraban su domicilio sin descubrir nada más que aquel extraño talón en blanco del Banco de España. Lo que devolvieron a las autoridades españolas.

Aquel registro es un mal recuerdo para Juliette. Ella tenía diez años. Saquearon su habitación infantil tirando por los aires, según su costumbre, libros, juguetes, peluches,

almohadones, sábanas, colchón. La ordenada chiquilla estaba horrorizada. Anne, con los ojos brillantes, no se atrevió a decir palabra. Veinte años después, Juliette sigue sin comprender el motivo de ese tipo de violencia ante una niña.

Cuando se llevaron a su madre con ellos con la excusa de que tenía que firmar algo, ella no lloró, pero tuvo el reflejo de no telefonar desde casa. Bajó a una cabina telefónica, y desde allí previno a la amiga de sus padres que mejor podía ayudarles en aquellas circunstancias. Era una abogada. A Juliette le costó mucho introducir las monedas y marcar el número, dada la altura de los teléfonos en las cabinas. Nadie le había dicho que lo hiciera, pero su intervención fue muy útil. Una investigación policial llevada a la perfección, un delito flagrante: cuando Lucio llegó a las oficinas de la dirección central de la policía judicial, sección décima, había muy buen ambiente.

—¡Qué conocido es usted! —dijo un inspector con admiración.

—¿Por qué? —se sorprendió Lucio haciéndose el ingenuo.

Para apabullarle aún más, se dieron el gusto de leerle el telegrama llegado de España que le denunciaba. Se mencionaba su apellido. Silvestre, en cambio, no lo conocía: en esos días ésa fue la única certeza sobre la que podía respirar. Silvestre no era un traidor. El inexistente Catano y Tony, llamado Greco, habían conseguido escapar por los pelos, como por casualidad.

Lucio y Silvestre no tenían ninguna posibilidad de salirse con

la suya. El maletín que había entre los dos en el restaurante contenía tres mil cuarenta y tres cheques de viaje falsos de cien dólares, del First National City Bank: poco menos de dos millones de francos. Parece evidente que no les queda otro recurso que una confesión, pero no cuentan con la habilidad de Lucio, una vez pasada su crisis de ingenuitis aguda, para escamotear las evidencias en el juego de los interrogatorios.

Separados y colocados bajo un ametrallamiento continuo de preguntas, los dos compinches lo tergiversan todo. Sus declaraciones son tales obras maestras de picardía que los inspectores sienten que la alfombra de la certidumbre se desliza bajo sus pies.

¿Lucio se llama Urtubia? Eso es una novedad para Silvestre. ¿Cómo se conocieron? Por medio de un tal José, llamado Pepe, el nombre más común en España. Suele ir al Nuria, un gran bar de Barcelona. Pepe, de quien no sabía nada, le aseguró que Lucio le encontraría un trabajo en París.

Se ha paseado con Lucio, Silvestre no recuerda demasiado por dónde. Había dormido en un hotel cuyo nombre no recordaba. Al día siguiente comieron, pero no sabía dónde. Fueron a varios sitios que no conocía, como tampoco conocía a la mujer de Lucio, ni en qué trabajaba. En sus conversaciones habían hablado de todo y de nada. No, no se habían encontrado con nadie.

¿Esa mañana? ¡Ah, sí! Se habían citado en el bar-estanco de la Ópera antes de ir a «Les Deux Magots». ¿El maletín?

Silvestre confiesa. Ha hecho una estupidez. Lo ha recogido del vestíbulo del Grand Hotel, donde hacía tiempo esperando la hora de encontrarse con Lucio. No habría debido hacerlo, y ahora pasaba lo que pasaba. Sí, lo había robado, como se suele decir. Lucio ya le ha reñido por eso. Su idiotez le ha puesto tan nervioso que al ver a la policía ha tirado la llave en el bolsillo de Lucio, así, sin pensar. Y Lucio no se ha dado cuenta. Ha arrancado la llave de la empuñadura del maletín, estaba atada con un hilo de seda. Para ser más precisos, dentro de un estuchito. ¡Ni siquiera ha abierto el maletín! Y Lucio tampoco, claro.

—¿Dice usted que estaba lleno de cheques de viaje de cien dólares emitidos por el First National City Bank? Le repito que lo ignoraba —explica tranquilamente al inspector que le interroga.

¿Cómo hacerle admitir algo que salta a la vista? Los inspectores de repente se dan cuenta de que han cometido un error que tendrá consecuencias graves: en su impaciencia, en el momento en que les registraban, no han tomado la precaución de abrir el maletín delante de los dos hombres. Silvestre aprovecha su ventaja: el objeto que le enseñan se parece al que ha robado en el Grand Hotel, pero ¿quién le demuestra que es el mismo?

Lucio no se muestra más locuaz. ¿El hombre con quien estaba sentado unas horas antes? Lo conoció en algún sitio de Barcelona, o quizás en París. ¿Su nombre? Silvestre. Eso es todo. Le llamó por teléfono hace unos días. Se encontraron en

algún lugar de la calle La Fayette, no recuerda bien... Silvestre está unos días en París, sin razón precisa. ¿Dónde vive?... ¡Ah, sí! Por supuesto, residencia Mauroy, en el 11 bis de la calle Godot de Mauroy; tiene una tarjeta donde consta el dato. ¿Dónde cenaron? En un self-service por ahí, por la zona de Neuilly, o quizás en otro sitio, ¡a veces la memoria tiene estos chistes! Como esta mañana, ¡no consigue acordarse de si ha sido él o Silvestre quien ha decidido tomar un café en «Les Deux Magots»!

Ya que hablan del tema, ni siquiera está seguro de que haya sido Silvestre el que ha traído el maletín, del que no sabe nada. ¿La llavecita plana de dos puntas? Hay que admitir que abre el maletín. Pero ¿cómo ha llegado a su bolsillo? ¡Misterio! Lucio siempre ha llevado un montón de llaves encima. Seguramente será una coincidencia que abra este maletín en particular. Estas llaves no están muy perfeccionadas.

¿Por qué se han citado en Saint-Germain-des-Prés? El mismo se lo pregunta. Sin ninguna razón particular, por pasear. «Además, debo mencionar que actualmente me encuentro sumido en un estado depresivo debido a problemas personales y a que me siento continuamente perseguido por la policía.»

¿Cómo se puede mostrar un aplomo semejante? Entre líneas, uno parece oír que los inspectores murmuran: «Pero bueno, ¿habéis terminado ya de tomarnos el pelo?»

Al día siguiente, 10 de julio, a las 15 horas, Lucio se ha recuperado de sus emociones. A propósito de las veinticinco

llaves que le han encontrado, se lanza a un número de malabarismo digno de los primeros *shows* del Alhambra. Es vertiginoso. ¡La cantidad de maletines de éstos, todos idénticos, que ha comprado para mandarlos a su país llenos de periódicos prohibidos! Es muy sencillo:

—Esta llave y el maletín que abre, que no es el maletín que usted ha cogido y que contenía los falsos cheques de viaje, habrán sido comprados en un Prisunic de Clichy o de Asnières. Si sólo queda esta llave es que he enviado el maletín a España con la segunda llave, porque estos maletines se venden con dos llaves... ¿Lo comprende, señor inspector?

¿Las otras veinticuatro llaves? Aún más fácil de explicar. La Vega es para entrar en casa. Las dos «Witte» son del Volkswagen. Las cuatro Gamo proceden sin duda de cajas de herramientas de viejas obras. Las Kis sin número, con borde de plástico, imposible hablar de ellas por motivos políticos. ¿Las otras? Ni se acuerda.

¿El nombre de la agenda: Dondeyne René, puerta 83? Se llama realmente Dondeyne René, es un solador y vive en el 83 de alguna parte de Clichy, en un gran inmueble del extrarradio. ¿Y la empresa Somatrans? ¡Ah, sí! «Cambió de domicilio a inicios de año y ya no recuerdo los datos.» ¿Ese número de teléfono? «Sí, lo he apuntado yo.» «¿Este nombre? Un refugiado cubano que conocí hace cuatro o cinco meses.» Perdido de vista. «No recuerdo a qué corresponde la anotación IOSU 117484.» «No sé a qué corresponde el 20 de la calle Varize...» Y para terminar: «A partir de ahora, me niego a

responder cualquier pregunta, por motivos políticos.»

Los investigadores, a pesar de su tenacidad, no conseguirán nada más. Tienen ante sus ojos, entre los juegos contenidos en el sobre número dos, la llave del tesoro que buscan. Lo saben. Pero ¿dónde está la llave que da las instrucciones de uso de las llaves? ¿Por qué milagro, por ejemplo, llegarían al sótano de la madre de alguien a quien nosotros llamaremos Émilien Lepape, sin Lucio? Su identidad no figura en ninguna agenda. Lucio conoció a Émilien cuando éste era estudiante. Durante mucho tiempo, el joven barbudo fue a ayudarle los sábados a la obra para ganar algo de dinero de bolsillo. Hablaron de la lucha sin fin contra las dictaduras. Un día, invitó a comer a casa de su madre a su compañero Lucio, el proletario libertario. De paso le mostró el gran sótano semivacío.

A Lucio le fue fácil obtener de la madre, ante la que había ejecutado sus danzas de oso encantador, que le permitiera el acceso. Colocó un gran baúl que pronto empezó a vomitar todo un muestrario de mercancías muy apetecibles para el hermano de Émilien, un joven banquero:

—¡Pero si es negociable! ¡Es perfectamente negociable! —se puso a gritar un día blandiendo talonarios de cheques.

—¡No se toca! No has visto nada. Júrame que no has visto nada.

—¿Qué es?

—Es política.

Desde entonces el banquero aceptó guardar silencio. Aún más, porque tras la detención de Lucio, el zulo fue trasladado a un destino desconocido después de un mensaje transmitido por Anne.

La sorpresa llegó de la madre. Después de un almuerzo frugal, su voz aflautada se elevó:

—Dime, Émilien... ¿Qué ha pasado con las cosas de tu amigo?

—Olvidé decírtelo... Se las ha llevado...

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo? ¡Hace tiempo que no le veo!

—Eh... Se ha ido de viaje...

Los ojos de la mamá se abrieron con codicia:

—¡En el baúl había una cantidad de billetes...!

—¡En absoluto, mamá! Lo habrás soñado. ¡Qué cosas dices!

—exclamaron los dos hijos a coro.

—¡Pero si los he visto!

—Tú no has visto nada. Nada. Tienes alucinaciones.

Ante semejante incomprensión, la señora Lepape decidió callar. Varios años después, en cama, sabiéndose condenada, interrogó a sus hijos por última vez.

—Ahora podéis decírmelo. ¡Lo vi perfectamente! Estaba lleno de billetes. No lo soñé. ¡Los vi! Ahora podéis contarme...

—No, mamá, no. Lo soñaste.

Y la señora Lepape se fue al otro mundo sabiendo perfectamente que no había soñado.

Otra llave aún más peligrosa preocupaba más al detenido Lucio: la de los garajes de Clichy, en el edificio de Saturnina. La primera vez que pudo hablar con Anne, consiguió explicarle, a pesar del plexiglás que les separaba, la urgencia de hacer desaparecer el material de esos escondites que ella ignoraba.

Cuando aquellos tres encargados desinteresados de la mudanza hubieron metido con el mayor de los cuidados, en una camioneta, aquel material del que sólo una pequeña parte no era explosivo, comprobaron horrorizados que justo al salir del aparcamiento había uno de esos baches para aminorar la velocidad de los vehículos.

Con la cabeza llena de imágenes dignas de *El salario del miedo*, creyeron llegado su final. Pero ya no podían abandonar. ¿Se sintieron ligados hasta el fin por el compromiso con el libertario? En particular Régis, el yerno de Saturnina, no necesariamente.²¹ Pero por honor, por amor y por fidelidad, cumplirían.

21 Lucio no supo de su participación en la «mudanza» hasta 1999, cuando este libro se redactaba.

No iban demasiado a menudo a visitar a Dios en su casa, pero ya que iban a encontrarse ante él, mejor estar en orden. Así pues, los tres valientes se confesaron unos a otros, se santiguaron, se abrazaron y se metieron en la piel de aquellos héroes que habían transportado la nitroglicerina, con la diferencia de que su servicio era gratuito. ¿Quizá las instancias supremas de la misericordia tuvieron en cuenta su inocencia? La cuestión es que pasaron.

Sin embargo, sus penas aún no habían terminado. Tenían que seguir al pie de la letra las instrucciones de Lucio: ir a un pabellón de Drancy, asegurándose de que nadie los siguiera. Sin llamar la atención, colocarlo todo —documentos de identidad, máquinas, documentos, armas, explosivos y máquinas de escribir IBM—, en el sótano, al que se accedía por una trampilla que se abría sobre una escalerilla. Luego tenían que cerrar la trampilla y colocar encima una alfombra y un gran aparador.

¿Por qué tantas precauciones? Lucio sólo podía hacer hipótesis sobre las cartas que tenían sus adversarios. ¿No le habían seguido continuamente durante semanas? Por lo menos una vez había ido a Drancy, quince días antes de su detención, para recoger los cheques de viaje. Quizá conocían la existencia del pabellón.

En esas condiciones, puede parecer una locura hacer correr tales riesgos a un equipo. Su locura le hizo ganar.

Es cierto que los investigadores nunca descubrieron los

garajes, pero en Drancy su victoria fue más sutil: lo registraron todo de arriba abajo sin encontrar nada. Ese pabellón era el único de los alrededores que tenía un sótano. Los ventanucos de ventilación, visibles desde el exterior, habrían podido denunciarlo; así que Lucio había recomendado que los camuflaran con arena. A los inspectores nunca se les pasó por la cabeza que allá hubiera un sótano. Sólo a un profesional de la construcción pueden ocurrírsele esas ideas.

Cuando, el 23 de julio, Lucio compareció ante Francine Caron, juez de instrucción encargada del procedimiento de delito flagrante, la investigación estaba atascada. Ni siquiera había huellas digitales válidas en la maleta. El inspector Flament desplegó toda su habilidad, que era mucha, para desentrañar el lío en el marco de la comisión rogatoria, pero los hilos se rompían uno tras otro. Uno de los números de teléfono llevó a un anticuario del Pré-Saint-Gervais que podía ser sospechoso: Labrava era un antiguo simpatizante de la CNT española, lo que les había llevado a conocerse. Pero ni el interrogatorio ni el registro arrojaron ningún resultado.

La pista de Alberola terminó en un callejón sin salida: el militante libertario realmente ignoraba todo ese tráfico. Además, las relaciones entre ambos hombres eran tirantes «por divergencias políticas» desde el caso Suárez.

Uno de los misteriosos números descubiertos en los bolsillos de Lucio coincidía efectivamente con el de un cheque de viaje comprado legalmente en la avenida de Tervuren de Bruselas en diciembre de 1979; pero el comprador, la señora Nuria

Ycaba, no existía, y tampoco el 74 de la calle Pío Baroja de Madrid, su supuesta residencia. La calle sólo tenía seis números.

Lucio fue aún más lejos: llegó a poner en duda su presencia en «Les Deux Magots» la víspera de la detención.

«El 8 de julio a las 13 horas, me presenté ante el Consejo de los Prud'hommes de Conflans-Saint-Honorine y por esa razón me había vestido desde la mañana con un traje de calle, de color marrón. No podía ir vestido con pantalón azul, como dice la policía.

»Además, si ese día hubo un intercambio, ¿por qué no intervino la policía?

»De manera general, como me han confirmado los agentes que me arrestaron, hacía tiempo que la policía me seguía. Así que la policía debe de saber... No comprendo este ensañamiento. Ejercicio el oficio de soldador. Sólo he hecho un cursillo de operario de offset de quince días... Ese cursillo no me permitiría de ningún modo realizar un trabajo como el de los cheques de viaje falsos encontrados por la policía.»

El caso de este inmigrado es, en efecto, preocupante. Está politizado, sin duda, pero es tan elemental que seguramente hay un cerebro por encima de él, él sólo debe de ser un ayudante. Los investigadores se orientan hacia esa pista.

El director del servicio de seguridad del First National City Bank (después llamado Citibank), Geoffrey Heggart, en su

respuesta a la demanda de «examen técnico» de los cheques falsos, sostiene ese punto de vista: «Del examen efectuado por los servicios especializados del American Bank Note Company de Nueva York, se desprende que esta falsificación es de excelente calidad, y por ello muy peligrosa.

Según los expertos del FNCB estas falsificaciones sólo pueden haber sido realizadas por un profesional de la imprenta. Esta falsificación es, hasta el momento, la mejor de las conocidas por el FNCB.»

¡Un obrero solador no puede haber realizado estas obras de arte! Entonces, ¿dónde está el *stock*? Todo el mundo medita sobre el mismo enigma. El zorro, que adivina la mejora de su situación, cobra ánimos. Está a la espera de que asuman su defensa Roland Dumas y su estado mayor: «Si acudo a usted, no es sólo por su competencia profesional», le escribe el 8 de septiembre, «sino porque tenemos una relación distinta de la de abogado-cliente detenido».

Y, de repente, ¡catapum! El 11 de octubre, un tal Jean-Jacques Saint es arrestado en Ámsterdam en el momento en que negociaba siete cheques de viaje falsos idénticos a los de Lucio.

El hombre lleva otros setenta encima. Reconoce haberlos pasado ya en Italia, Luxemburgo y Bélgica. Y ese Jean-Jacques no es otro que el impresor con el que Lucio ha preparado el proceso de fabricación.

¿Qué ha pasado? Saint ha cedido a la tentación.

Discretamente, había reproducido copias de las películas antes de terminar el pedido de Lucio y de que éste se llevara la totalidad de la mercancía. Luego, fabricó nuevas series para él solo y empezó a cambiarlas.

—Cuando uno es imbécil, no hay nada que hacer —se enfada Lucio—. Saint era bueno, muy trabajador. ¿Por qué tenía que estropearlo todo? Pero se creyó más fuerte. Quiso hacerlo todo solo, y hay que saber hacerlo. No he vuelto a hablar con él desde entonces.

Pillado con las manos en el talonario, Saint se comporta por lo demás impecablemente. Carga con toda la responsabilidad. Afirma que su compañera, de origen iraní, le ha sensibilizado ante la miseria del país, que visita cada año. Los estudiantes de la época del Sah le habían mostrado el desastre de los hospitales, la falta de medicamentos... «Yo solo fabriqué los falsos cheques de viaje a partir del mes de septiembre de 1980, a petición de un movimiento islámico.» Su experiencia le ha permitido trabajar muy deprisa. «He creado los clichés, tipos y placas completamente solo en algo menos de una semana.» La impresión no le ha llevado mucho más tiempo. «Las falsificaciones se hicieron con un duplicador Mehari Alpha noventa gramos 45/64.»

Alega una circunstancia atenuante: «puse como condición a la fabricación de estas falsificaciones que fueran copiadas de un banco americano y no francés, porque considero que los americanos han ocupado y explotado Irán durante treinta y cinco años y es normal que sea uno de sus bancos la víctima

del perjuicio, y no un banco francés, español, italiano, etc.».

Jura que el señor Urtubia, a quien ha conocido con ocasión de diversos trabajos de manipostería realizados en la imprenta, no tiene nada que ver en el asunto. Además, «afirmo que no he trabajado en la creación de falsos cheques de viaje antes del inicio del mes de septiembre, es decir, con posterioridad a la detención del interesado». En suma, ha actuado «por ideología y no con ánimo de lucro». En el momento del arresto, simplemente efectuaba una prueba «para verificar si estos documentos pueden ser pasados fácilmente».

No obstante, estas declaraciones tuvieron lugar algo más tarde, en marzo, ante la juez de instrucción. Mientras tanto, desde que tuvo noticia, por la oficina de la Interpol en La Haya, de la detención de Jean-Jacques Saint, el inspector Flament se precipitó a su imprenta en la calle del *abbé* Faria para realizar un largo registro que se desarrolló en dos etapas. La primera, el 14 de octubre, desde las 16 horas hasta casi las 3 de la mañana, o sea, durante once horas. Y el 15, de nuevo, cinco horas. Obtuvo una gran cantidad de elementos interesantes: «Cinco fajos de hojitas de papel satinado cortadas al formato de cheques; once clichés con ampliaciones del motivo que constituye el fondo de seguridad del cheque auténtico; un cliché ampliado de los puntos rojos que figuran del derecho y del revés; un cliché con la mención “Citicorp-Citicorp”, que constituye una parte del fondo de seguridad; el motivo de la estrella del Sur», y con el mismo fin, «cajas de hojas perforadoras para los denticulados», que permiten separar los cheques de los talonarios, todas las tintas necesarias y falsos

documentos nacionales de identidad: la evidencia era abrumadora.

Sin embargo, faltaba lo esencial: el *stock* y las películas. ¿Dónde estaba el escondrijo? Durante dieciséis horas, los policías inspeccionaron, sondearon, separaron y registraron con obstinación. Un hombre vino a ayudarles. Se llamaba Georges Calfart, gerente de la sociedad Graffaria, realquilada, en el segundo piso, de la imprenta principal que ocupa la planta baja y el primer piso, comunicados entre sí por un montacargas y una escalerilla. La entrada de ambas empresas es común.

Al principio, a Calfart le sorprendió muchísimo esa incomprensible historia de los cheques.

En cambio, teniendo en cuenta la disposición del lugar, habría debido sospechar algo, ¿no? Empezó a balbucir, se contradijo, se embrolló completamente y por fin se hundió.

Era un sábado de inicios del año 1980. Los había visto a los dos, Jean-Jacques Saint y Urtubia, inclinados sobre la máquina offset. Nerviosos, intentaron tapar el aparato: Calfart tuvo tiempo de divisar rectángulos de papel de color verde que se parecían extrañamente a billetes de banco falsos. Un mes y medio más tarde, después de un segundo incidente, Saint le había explicado su secreto: Urtubia era el que lo había encargado, y a él le pagarían a comisión.

Y Calfart empieza a hablar, como un torrente, como una catarata de locuacidad. Al parecer, la película del negro para

los cheques planteó muchos problemas. Menos, sin embargo, que «la realización de la aureola que rodea la figura de la “Pastora” situada a la izquierda, en el anverso del cheque». Necesitaron muchos tanteos antes de conseguir reproducirla. Saint coloreaba el papel original en amarillo pálido para dar una verosimilitud mayor. Grabó «una plancha tipo-presensibilizada para conseguir el texto en relieve». Realizó un estampado en el reverso. La declaración de Calfart resultó ser un cursillo de artes gráficas.

Urtubia traía el papel, de poco gramaje, en su Volkswagen roja.

Se llevaba las hojas a medio imprimir cuando tenían que hacer varias pruebas para conseguir un color. Luego volvía a traerlas. Nunca dejaba ningún borrador. Hacía desaparecer todas las pruebas defectuosas. Para los números, tuvieron la idea de tiras de caucho «por un sistema de reducción progresiva» que «permitía obtener números distintos a cada paso de series de hojas».

Para los talonarios, Saint encolaba los cheques con un pincel antes de utilizar una troqueladora horizontal. Urtubia le ayudaba. Como no tenía bastantes conocimientos técnicos, se contentaba con hacer de peón, de encargado de la seguridad y de coordinador de las operaciones.

Cuando todo hubo terminado, Urtubia se llevó los cheques de viaje, los clichés y las planchas. Luego, no hubo más noticias.

—Sí, pero luego Jean-Jacques Saint volvió a empezar por su cuenta —objetó el inspector Flament—. Había conservado las copias...

Para ser precisos, un negativo de cada cliché de selección de colores. Y como el grueso del trabajo ya estaba hecho, podía trabajar muy deprisa.

—Y ahí puso usted las manos en la masa...

Calfart lo reconoce. Saint necesitaba dinero. No había recibido el primer pago de la comisión de Urtubia: por lo menos, dio ese motivo. Empezó a inicios de septiembre.

—Me puso al corriente de su decisión y me pidió que le ayudara. Acepté. Debo decir que lo hice más bien por interés técnico profesional y por idiotez...

—¿Cuánto tenía?

—En francos, no lo sé; pero el *stock* pesaba más o menos setenta kilos. Me pasó treinta en una caja de cartón y se guardó el resto, con el material, las películas y las planchas utilizadas.

—¿Dónde está ese *stock*?

—No lo sé.

Calfart había dejado el suyo en el cuartito situado al fondo del taller del segundo piso.

Pero el inspector Flament dispone de un arma secreta:

—¿No recibió una llamada telefónica de la compañera de Saint el 13 de octubre?

Calfart balbuce un poco, pero tiene que meterse de cabeza: le ha caído otra ola encima. Jean-Jacques Saint, en el momento de su detención, tuvo tiempo de pedir a su compañera iraní que le llamara «para sacar de la imprenta una o dos cajas que contienen el *stock* de falsificaciones, así como los clichés, las películas, las planchas y los tipos». Un punto que el mismo Saint confirmará muy pronto: «Los cheques falsos y todos los documentos y planchas que habían servido para su fabricación fueron colocados en dos cajas, y éstas depositadas en los locales, en la planta baja entrando a la derecha, cerca de la perforadora.»

Muy bien, pero ¿qué hizo Calfart con ellas?

Primero las dejó en casa de su hermano, en Saint-Mandé, pero era demasiado peligroso. Entonces fue a buscarlas. «Recuperé las dos cajas y, en mi coche, fui a la orilla del Marne, en Bonneuil, donde intenté sin éxito hundirlas. Visto el resultado, recogí en una acera, no lejos de allí, un gran cubo de basura de plástico verde. Metí allí el contenido de las cajas, y decidí echar ese cubo al Sena. Sí, temía que me vieran.» Con el miedo en los talones y el remordimiento en bandolera, Calfart vio, por la zona de Athis-Mons, un puente del ferrocarril bajo el que tiró el fruto de su pecado, su obra criminal. «Con gran sorpresa por mi parte, observé que el cubo no se hundía, sino

que seguía la corriente.»

En su informe, el inspector Flament concluye sobre este punto con un tono amargo: «Se han emprendido numerosas búsquedas, especialmente con la ayuda de la brigada fluvial de la prefectura de policía de París (hombres rana, inspección de las orillas desde un barco), pero el resultado ha sido negativo.»

Su amargura podrá duplicarse con la lectura de estas líneas. Durante dieciséis horas, él y los hombres que le acompañaban, auténticos profesionales, tuvieron el tesoro de Lucio ante *sus ojos*. Hoy podemos revelar que la mayor parte de los cheques de viaje, los tipos y las planchas se encontraban ocultos en el interior de la plataforma del montacargas, bajo el suelo. Arsenio Lupin no lo habría hecho mejor. Lucio pudo recuperar su bien ilícito con toda tranquilidad un tiempo después. En la calle del *abbé Faria*, persiste la leyenda de un tesoro escondido en el inmueble en que otrora se encontraba la imprenta: durante unos meses, la leyenda no fue del todo falsa.

El inspector Flament debía afrontar unas semanas después una decepción suplementaria: ante el juez de instrucción, el antes tan cooperativo Georges Calfart se retractó. «En realidad —declaró en esta nueva ocasión—, esas declaraciones fueron inspiradas por los policías responsables de la investigación. Iban a por el señor Urtubia. Los interrogatorios se prolongaban hasta muy avanzada la noche. Yo estaba muy cansado y, en consecuencia, no releí los informes antes de firmarlos.»

En realidad, no vio al señor Urtubia más de cuatro o cinco

veces: cuando realizaba trabajos de mampostería en la imprenta.

Ese famoso sábado en el que habrían intentado esconder lo que tramaban en la máquina offset no distinguió nada interesante. Calfart no recuerda haberles visto nerviosos. ¿El hecho de haberles sorprendido «rectificando la película de un elemento de cheques de viaje falsos»? Invención policial. ¿Urtubia transportando los paquetes de papel con su camioneta roja? Fantasía. «Supongo que han interpretado declaraciones como la de la portera, por ejemplo.» ¿Las dificultades que tuvieron Saint y el señor Urtubia con el color negro o con la aureola que rodea la «Pastora»? «Hablé de numerosos problemas técnicos de imprenta en general, y la policía ha interpretado.»

¿La fabricación de cheques por Saint para su uso personal en la que habría participado? «También discrepo en este punto.»

¿La declaración de su hermano, que ha confirmado su relato? Sugerida por la policía. ¿Los números de los cheques falsos encontrados en su agenda? Combinaciones para jugar a la lotería. ¿El episodio de las cajas de cartón tiradas en el Sena en Athis-Mons? La policía tenía que encontrar un final lógico para esas cajas imaginarias.

De ese modo, la policía y la justicia se encuentran en posesión de unos auténticos cheques de viaje falsos y de unos culpables manifiestos. Sin embargo, el delito flagrante es dudoso. No hay ni confesiones ni testigos. Sólo una certeza: el

inspector principal Didier Flament la señala como conclusión de su informe: «Recordemos que esos falsos cheques de viaje son muy peligrosos por su excelente calidad y notemos que es posible evaluar el contravalor de los efectivos fabricados en varios centenares de millones.»

Centenares de millones abandonados.

XX. PRISIONERO 200-799

Mientras tanto, el héroe del folletín ocupa su agujero en la Santé. Es el número 200-799, destinado al bloque B 102. Un preso como tantos otros, que da vueltas alrededor de una única pregunta: «¿Quién me ha traicionado?» Y que repasa mentalmente la película de lo sucedido. ¿Quién lo sabía? Muy poca gente, exceptuando a Jean-Jacques Saint y Calfart, ya castigados por su error.

¿Silvestre? Él también está preso. Y eso es prueba de honradez, así como su pobreza: si sale de ésta, le defenderán los abogados de Lucio.

¿Nicolás? Demasiado militante como para haber montado semejante maquinación, pero también demasiado compañero de Paco Luarca desde su paso por las cárceles de Franco.

En cambio, ¿quién tiene contactos por todas partes, policías, políticos, banqueros? Paco Luarca. ¿Quién corre siempre detrás del dinero?

Lucio se encuentra en una situación similar a la del inspector Flament respecto de él: tiene la convicción, pero no las pruebas. Y, como Flament, no las tendrá nunca.

Evidentemente, una estancia de Lucio Urtubia entre rejas no podía pasar de manera anodina. El primer personaje con el que se encuentra en las celdas de la prefectura de policía es Charlie Bauer, el amigo de Jacques Mesrine. Estaba acusado de haber acribillado a balazos, con un cómplice, a Jacques Tillier, un periodista de extrema derecha, y de darle por muerto en una cueva del bosque de Fleurines, donde un automovilista lo descubrió y lo salvó. Lucio y él tienen tiempo de intercambiar unas palabras antes de ser conducidos ante sus respectivos jueces de instrucción. La suerte reservada al bandido, con cadenas en los pies y en las muñecas, impresiona a Lucio. Una larga hilera de vascos, de militantes de Acción Directa y de ex militantes del GARI desfila ante sus ojos llevada por los gendarmes, en una pesadilla de chirridos de puertas y de nombres gritados. Lucio conoce a la mayoría de ellos. Vaya un sitio para hacer amigos: Bauer es un mafioso de Marsella, desviado del buen camino por delirios de justiciero. Volverán a verse en varias ocasiones para compartir el pan de los recuerdos en cuanto Bauer haya purgado su pena. En la actualidad, se ocupa de niños maltratados en Aubervilliers.

El compañero de celda de Lucio se llama Serge Teissedre. Se le implicaba en el asesinato, la noche de Navidad de 1976, del príncipe de Broglie, uno de los fundadores del partido de Giscard, a quien algunos reprochaban, aparte de malas compañías, tráfico indigno para un hombre de su rango. Un

crimen sórdido en las sentinas de la República. Los servicios de información de otro príncipe, Poniatowski, entonces ministro del Interior, estaban, según parece, avisados desde hacía mucho tiempo.

Las fieras enjauladas están destinadas a coexistir después de husmearse: Serge Teissendre estaba en prisión preventiva desde hacía cuatro años: el tiempo de aprenderse de memoria el código penal —lo que fue muy útil para Lucio—, y meditar sobre la suerte reservada a las personas con las que la justicia no sabe muy bien qué hacer, cuando el caso es tortuoso: la mazmorra. Serge Teissendre es un hombre de negocios y de ideas desbordantes. Por recomendación suya, al cabo de tres meses de cohabitación, Lucio echa mano del papel de cartas. La petición está destinada al juez Chevalier: «Señor juez, le escribo confidencialmente estas líneas. Comparto la celda con Serge Teissendre. Le veo muy deprimido y temo que cometa una tontería. Este hombre es capaz de suicidarse.» Se han procurado un libro de medicina y estudian cuidadosamente el trayecto de las arterias. Su idea es cortarle el cuello sin que muera.

Afilan un cuchillo de punta redonda y el día señalado, a las seis de la mañana, antes de la llamada para el desayuno, Lucio se pone manos a la obra: le agarra la cabeza con el brazo izquierdo e intenta hundir la hoja. Resiste. Sólo le ha hecho un rasguño. Entonces, de común acuerdo, hunde el cuchillo más profundamente, y es el drama. La sangre mana a borbotones. Los gritos de Lucio no son fingidos. Con una toalla, intenta detener el flujo. Acuden los guardias. Se dan los primeros

auxilios al suicida, que es conducido con urgencia a Fresnes.

Le salvan in extremis y le devuelven a su celda. No cambia nada: la no-instrucción sigue los meandros de su curso.

En una siguiente ocasión, el buen corazón de Lucio le lleva ante el pretorio, el tribunal interno de la prisión; allí la administración puede acusar, juzgar y condenar sin control externo. Es una zona de tinieblas donde reina el no-derecho, a la sombra de los altos muros. En el patio, se ha fijado en un joven tunecino, Kanzari Mougi, por su talento de futbolista. Es un excelente deportista. Está allí por tráfico de drogas. Por lo menos, la policía, al tirarle al suelo esposado, encontró droga a sus pies. Es un monstruo de vitalidad. Y, como todos los demás, se proclama inocente.

—¡Ah, no! ¡Ah, no! ¡No era yo! —insiste en explicar a Lucio, que es el único que le escucha.

—¿Qué te crees, que son imbéciles? —le replica Lucio—. Si fueron a arrestarte, era por algo. Si la mandanga estaba allí, seguro que la habías tirado tú.

—¡No! ¡No la llevaba yo!

Lucio, que también se había declarado inocente, se divierte haciéndose el cabeza dura.

Llega el día del tribunal. Kanzari se viste con sus mejores galas. Está grotesco con su camisa de flores, sus cabellos engominados y su traje a rayas, que él cree resplandeciente.

—¡Paso! ¡Me largo! —dice a Lucio lleno de entusiasmo.

Se despide. Van a soltarle, es evidente, porque no hay ningún cargo de peso contra él.

Al día siguiente, a la hora del paseo, el muchacho, devuelto a la Santé, llora como un niño: quiere abrirse las venas. La condena es desproporcionada.

Lucio le consigue un buen abogado. Anne se encarga de los trámites. Firman un cheque con la cantidad adecuada para el príncipe del foro —un hombre considerado de derechas—, que obtiene para el joven tunecino la reducción a la mitad de su pena de prisión. Kanzari salta de alegría. Las Navidades se aproximan. El no-trafficante deportista que quería morir ve, entre los objetos de la cantina, tarjetas postales que celebran el nacimiento de ese Niño que no es Dios donde Alá lo es. Dicta a un compañero un texto de agradecimiento lírico a la atención de su benefactor, a quien en adelante considerará de la familia: «Padre, ruego a la Santa Virgen por usted y por su mujer y por Juliette.» ¡Milagro de la reconciliación de los dioses vengadores unidos por un anarquista!

Lucio, halagado de que le consideren santo, quiere que Anne vea esta postal, pero la edificante misiva no irá lejos: el vigilante en jefe se apodera de ella y la esgrime en el despacho del director: es un texto en clave.

El detenido Urtubia intenta comunicarse con el exterior. Le han pillado in fraganti. Al alba, dos gorilas lo despiertan para llevarle al pretorio.

—¡Recibe usted correo en clave!

—¡Tengo todas las entrevistas que me da la gana con mi mujer!

—Cállese.

—¡Pero para comunicarme tengo abogados!

—Cállese.

Es condenado a una pena de calabozo con sentencia pendiente, que podría privarle de visitas y de los raros consuelos del encierro. Protesta ante la señora juez Caron. La verdad, no necesitaba este lío suplementario: le aflige una preocupación bastante más poderosa. La política viene a atormentarle hasta lo más hondo de su soledad.

Los siete años de Giscard tocan a su fin. Las elecciones se han fijado para mayo de 1981. Después de una serie de despropósitos como el caso de los diamantes de Bokassa, sus consejeros notan que el inquilino del Elíseo se ha debilitado: su reelección no es segura. A fuerza de construirse una imagen de jefe de Estado moderno, abierto al futuro, ha perdido los votos conservadores sin conquistar los de la izquierda, ahora bloqueados por el temible Mitterrand.

Los duros de su entorno, y Poniatowski en primera fila, le llaman a la ley y al orden, palabras clave para su electorado tradicional. Entre muchas otras consecuencias, se reactiva el caso Suárez. Sí, España ha amnistiado a todos los militantes

detenidos en 1974, pero Francia pretende mostrarse ejemplar. La vista queda fijada para el 19 de enero.

A los ojos de un número creciente de personas, el secuestro del director del Banco de Bilbao en París aparece como lo que es: un episodio de la lucha contra el franquismo. Los inculpados están dispuestos a comparecer con la cabeza alta, defendidos por abogados competentes. Todos salvo Urtubia, Lucio: si las cosas siguen así, irá al proceso esposado, y entre dos gendarmes, como un preso de derecho común, un anarco. Le tocará pagar el pato por todos.

Desde que conoce la fecha fatídica, el mal humor es continuo. ¿Qué hacen los abogados? Sus cartas se multiplican, sembradas de impaciencia. Su dossier está casi vacío. ¡Que lo usen, por Dios!

2 de octubre de 1980. Stéphanie Bordier, del gabinete de Roland Dumas: «Lamentamos... No dejaremos de hacer lo necesario... Preparar una demanda de puesta en libertad...»

20 de octubre. «Roland, si quieres que formemos un equipo para pegar los carteles de la campaña socialista, sácame de aquí en seguida.»

22 de octubre. Bronca injusta a su amiga la letrada Christine Martineau.

24 de octubre. Roland Dumas a Lucio. «Estoy de acuerdo con que dirija su petición de libertad directamente a la señorita Caron, juez de instrucción. Yo mismo haré alguna gestión por

mi cuenta.»

4 de noviembre. «Querido Roland, ¿hasta cuándo crees que estaré aquí? ¿No crees que ha llegado la hora de intervenir directa o indirectamente?

»Me parece que hay alguna confusión, y aunque algunos buenos amigos míos son delincuentes, y no tengo nada en su contra, me molestaría que me identificaran con ellos.

»Hasta ahora me has ayudado muy poco, y no es un reproche. Tu nombre me ha sido bastante útil, pero en el día de hoy te pido y reclamo una intervención rápida [...]. Para mí sería pésimo no estar en libertad el día del juicio [...]. Tengo un trabajo, un domicilio, ningún antecedente penal [...]. No hay nada sucio en ninguna parte, tú puedes defenderme, toda mi vida está ligada a mi ideal...»

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Roland Dumas visita a su turbulento cliente. Los dos hombres se sienten cómplices en muchas cuestiones, pero la campaña presidencial está en auge. A pesar de las invocaciones a la amistad que profiere Dumas, Lucio tiene la impresión de que su prestigioso defensor se ocupa de sus asuntos desde demasiado lejos.

28 de noviembre. Nuevo interrogatorio de Silvestre por la juez Caron. Silvestre reafirma su ignorancia absoluta. «Lo ignoro todo sobre este asunto [...]. Quiero puntualizar, por lo que pueda servir, que los servicios de policía no abrieron delante de mí el maletín que cogieron durante mi detención [...]. La policía no me comunicó hasta el día siguiente que

contenía falsos cheques de viaje.»

Ese mismo 28 de noviembre, la juez interroga a Lucio de nuevo. «Se trataba de trabajos que, por razones políticas, no puedo precisar. Lo que sí puedo decir es que nunca participé en la ejecución de esos trabajos [...]. Usted dice que un número correspondía al de un cheque de viaje auténtico de diez dólares. En cambio, los *travellers* encontrados en el maletín eran de veinte y de cincuenta...» Una astucia de la que se ufana no poco: si confunde así el valor de las falsificaciones, es que en realidad no sabía nada.

28 de noviembre. «Roland, si no te molesta, me gustaría que aceptaras que me defendiera el abogado Thierry Fagart...»

Así entra en escena un abogado lleno de brío y de talento que estudiará el dossier con toda atención. Catherine Leguay, la amiga de Fleury-Mérogis, es quien ha sugerido el nombre de Fagart y luego ha facilitado el contacto entre Anne y el abogado. Fagart se ha especializado en defender a grupúsculos y a militantes que aparecen, se agitan como torbellinos y a veces pierden pie en las arenas movedizas situadas en los márgenes de la izquierda parlamentaria. El gabinete que comparte con Antoine Comte no tiene el renombre del de un Roland Dumas, pero por lo menos ponen el corazón en los casos que representan. Sólo faltan siete semanas para la vista. El dossier Suárez, añadido al de falsificación de documento bancario, es gigantesco. ¿Cómo sacar de su celda al atípico solador?

Evidentemente, Lucio se impacienta por el tiempo que se toma Fagart para investigar su caso. Da saltos en su celda. Un miércoles de diciembre, durante la entrevista que tiene con Anne y Juliette —el sábado es el día de Saturnina—, explota.

—¡Es increíble! ¿No le dices nada a Thierry Fagart? ¡Tienes que decirle que tengo que salir! —grita por enésima vez.

—¡Oye, Lucio, ya basta! —replica Anne, herida en lo más íntimo—. ¡Deja ya de portarte como un niño!

La chiquilla, que ahora tiene diez años, está desesperada. «Imposible tocarlo, imposible besarlo, imposible ignorar a los vigilantes que se pasean arriba y abajo impacientes, imposible tener una conversación que no esté hecha de recriminaciones», explicará más tarde a Brigitte Hemmerlin.²² Aún hoy esos gritos le duelen. De repente el preso se levanta, al borde del ataque de nervios, y deja plantadas a su mujer y a su hija.

«Culpé de todo a mi madre, cuenta Juliette. Me peleé con ella en el coche, porque habíamos ido a ver a mi padre para elevarle la moral y le habíamos dejado peor aún de lo que estaba antes de nuestra visita. Yo no lo encontraba normal. Por lo demás, no encontraba nada normal en esa prisión.»²³

A Juliette le horroriza todo en ese mundo de tinieblas: la jaula en la que lo sientan al otro lado del hygiaphone. El

22 *Paroles d'innocents*, Le pré aux Clercs, op. cit.

23 Ídem.

cuartucho en el que le obligan a vivir, con la ventana que da a una pared. «Siempre tenía frío. En Navidad, los guardianes hicieron trizas todos los paquetes que le traje... Los vigilantes no tenían ningún respeto, ni por él, ni por nosotras. Siempre me acordaré del tono con el que anunciaban el final de la entrevista. Gritaban: “¡Se acabó!” Y ¡zas! Había que pararlo todo, ¡incluso en mitad de una frase!». ²⁴ Porque, en fin, mi padre podía estar en la cárcel, ¡pero no había hecho nada malo! ¿Había infringido la ley? «A veces hay que hacerlo. Mi padre ayudaba a personas perseguidas por los dictadores. Iba contra las autoridades, es cierto, pero pienso que de todos modos hacía lo justo (...). Le echaba de menos.» ²⁵

A fuerza de trabajar sobre todas las hipótesis posibles, Fagart tuvo una idea, pero era muy insegura y colgaba de un hilo. El 10 de enero siguiente, Lucio cumpliría exactamente seis meses de prisión provisional. Como era un delincuente de primer grado, por falsificación de documento bancario, no podía incurrir en una pena superior a los cinco años. Si la instrucción no se cerraba en la fecha fatídica, tendrían que liberarle: el código está hecho así para evitar abusos en el tiempo de detención. Evidentemente, la señora Caron lo sabe. Se ha organizado para poder terminar su trabajo en el término fijado, salvo imprevistos. Convencida de que Lucio es culpable, no tiene la menor intención de dejarle escapar, a pesar de las miradas de paloma fascinada que él le dirige a veces. Porque, aunque conozca la severidad de la señora, él siente una secreta

24 Ídem.

25 Ídem.

admiración por ella. «Ella fue muy dura conmigo, pero me gustaba muchísimo su modo de vestir, la blusa de seda, la falda plisada, el pañuelo-corbata. Era muy clásica...» El hecho de encontrarse en sus garras no cambia nada: la señora le gusta.

Sin embargo, Fagart ha encontrado un error. Después de la detención en Ámsterdam de Jean-Jacques Saint en octubre, ella pidió la valoración de un experto acerca de los cheques de viaje que encontraron en su posesión, para verificar que se trataba efectivamente de falsificaciones; pero olvidó un detalle que hará valer el hábil abogado: no los hizo comparar con los del maletín-que-no-era-de-Lucio.

A principios de enero, ella se dispone a notificar el informe pericial, último acto de la instrucción, y a cerrar el atestado. Thierry Fagart no acude inmediatamente al frente de batalla. De común acuerdo, es Roland Dumas quien va a tomar conocimiento del último acto en curso. Lo hace con una resignación ostensible, con fatalismo, como se cumple una formalidad a la que no hay ningún comentario que añadir. La juez le deja, según la costumbre, cinco días para pedir un nuevo contrainforme pericial.

Cuatro días después, como un muñeco de resorte que salta de su caja al abrirse la tapa, Thierry Fagart asoma la cabeza por el despacho de la señora Caron.

—Desearía tomar conocimiento del informe pericial.

—¡Pero si ya ha sido notificado en debida forma! —replica ella con desconfianza—. Su compañero Dumas estuvo

presente.

—Sí, señora, mi compañero estaba, pero yo no pude venir —dice, en la pose del abogado ambicioso humillado al ser suplantado por un compañero más notorio—. La defensa del señor Urtubia la llevan varios abogados, y todos tenemos acceso al atestado.

De mala gana, ella tiene que dárselo. Thierry Fagart se sumerge en su lectura. Se supone que ignora el contenido.

—¿Y bien, abogado? —le pregunta cuando él cierra la carpeta.

—Mire, señora... Hay elementos que no me gustan... Voy a escribirle una nota.

¿Se trata de un subterfugio de joven picapleitos agresivo, sin mayor trascendencia? Francine Caron está perpleja. Al día siguiente, en el límite del plazo, él presenta el fruto de sus reflexiones: una petición de contrainforme. La rigurosa magistrada casi se traga la corbata. Apenas queda tiempo de comunicar el atestado al fiscal, quien a su vez redactaría su requisitoria, y luego ella daría una orden de reenvío. Hasta aquel momento, la instrucción se daba por concluida, y Lucio Urtubia iba a permanecer entre rejas hasta la fecha de la vista, en la que iba a oír pronunciar una condena de tres, cuatro o cinco años de cárcel.

Estamos a martes 6 o miércoles 7 de enero, demasiado tarde para pedir a los servicios especializados de la prefectura que

efectúen las comparaciones pertinentes entre los falsos cheques. Aún más tarde, si hay que enviar los cheques a Nueva York. Por supuesto, ella podría negarse a acceder a la demanda del abogado Fagart, pero entonces él tendría derecho a apelar, según el código de procedimiento penal. Y la apelación sería suspensiva. Las mandíbulas de la trampa son sólidas. ¿Qué hacer? ¿Debe reprimir su cólera y llegar hasta el final de la instrucción sin incidentes... y hacer que la justicia atrape otro día a ese Urtubia? ¿O bien mantenerse firme y optar por la denegación? El 10 de enero es sábado. Es el día D. La última oportunidad para Lucio de reencontrarse al aire libre. Final de la instrucción. Es absolutamente necesario que Roland Dumas, que no sabe nada de la iniciativa de su compañero, asista a su cliente común.

A las nueve de la mañana, Fagart corre a la Santé. Les amenaza una catástrofe imprevista: Roland Dumas está ilocalizable. Esperemos que no se haya ido de fin de semana. Lucio se alarma.

—¿Qué quieres que haga? Me cortaré las venas, me romperé la cabeza. Así tendrán que enviarme al hospital. No podré firmar nada y el plazo expirará.

—No es necesario. Espero que podamos encontrarlo. A la una vendrán a buscarte para llevarte al Palacio de Justicia.

A la hora fijada, le sacan de su celda y le llevan al furgón. Está tenso. Desde el furgón policial, los CRS le conducen hasta el despacho de la juez. Le hacen esperar en un banco. Van a dar

las dos. Por fin, a menos cinco, aparece la cabellera leonina de Roland Dumas. Lucio se siente salvado. Dumas va a sentarse a su lado.

—No tenemos tiempo de hablar —dice con una sonrisa de predador—. Responde normalmente a las preguntas de la juez. Estaré allí. Y al final, sólo al final, di: «Señora juez, pido la anulación del procedimiento.»

—¡Ah, vale! ¡Sí, de acuerdo! —dice Lucio sin comprender del todo la refinada emboscada de la que depende su libertad.

Dumas hace una entrada admirable ante Francine Caron: no ruidosa como las de sus colegas de la generación anterior, sino más bien felina. Se instala en un rincón del despacho con los ojos brillantes, como un gato al acecho de su presa, dispuesto a dar el zarpazo mortal. Fagart y él se han puesto de acuerdo. Sabe que tiene pillada a la juez, y sabe que ella lo sabe, pero tienen que representar la cruel comedia. Francine Caron hace preguntas precisas, sin fiorituras, que dejan muy poco espacio a los subterfugios del inculpado. Sin embargo, Lucio se bate, discutiendo cada punto, a menudo contra el sentido común.

—¡La respeto muchísimo, señora! —termina por decir—. Ya sé que es usted importante, pero defiando mi libertad.

Casi una confesión, que conforta a la magistrada en su íntima convicción. La justa dura dos horas. Una pieza suplementaria para la instrucción.

—¿Tiene algo que añadir? —concluye al fin del

interrogatorio.

—¡Sí! —recita Lucio, algo confuso—. Anulo el procedimiento...

Roland Dumas corrige el error a bote pronto, con la destreza de un gato siamés ante un ovillo de lana. Tiene todos los ases. El ovillo se desenrolla de golpe. La señora Caron está obligada a firmar la orden de puesta en libertad. Tiene algo con lo que consolarse: la instrucción sigue, y deja adivinar lo que será la requisitoria del fiscal. Lucio está loco de alegría: esa misma tarde queda en libertad.

XXI. UN PROCESO ROBADO

El proceso Suárez hizo en efecto mucho ruido, pero no de la clase que deseaba Poniatowski. Se desarrolló en los locales de la decimoséptima sala correccional, porque la audiencia estaba en obras. «Proceso incongruente, desfasado», escribe *Libération* entonces; como si en 1950, en un Estado vecino de Francia, la justicia la hubiera emprendido contra miembros de la Resistencia francesa sospechosos de haber cometido un acto de sabotaje contra Vichy. Los nueve inculpados, entre los que se encontraban Anne y Lucio, habían firmado una declaración que, en forma de pasquín, se encontraba un poco por todas partes y que habían reproducido numerosos periódicos. Resume bastante bien la opinión de muchos de los que eligieron la alternancia el siguiente mayo.

«Esta mañana, 19 de enero de 1981, volvemos a nuestras respectivas prisiones para comparecer como acusados en un proceso que hasta ahora nadie habría creído posible. Fuimos detenidos hace siete años y puestos en libertad con bastante rapidez. Los militantes españoles arrestados en 1974 han sido todos amnistiados.

»En 1981, en Francia, nuestro proceso será el de individuos que ayer rechazaron el franquismo, así como rechazaron el régimen de los coroneles griegos y el de Caetano en Portugal.

«Nuestro proceso será el de individuos que, hoy, rechazan el régimen de Pinochet en Chile, de Videla en Argentina y de Breznev en la URSS.

»Sí, nosotros condenamos toda dictadura y todo Estado totalitario. Sí, nosotros apoyamos todos los movimientos de lucha que intentan detener la mano del verdugo, como sucedió en el caso Suárez.

»Hoy, a dos meses de la elección presidencial, el gobierno francés se quita la máscara:

»A1 procesarnos, al procesar a los GARI en marzo de 1981, al encerrar a los militantes antifranquistas de ETA, al permitir que los grupos de extrema derecha españoles, relacionados con miembros de la OAS, maten y hieran con total impunidad [...].

»Ante esta realidad, este proceso se hace todavía más absurdo y escandaloso, pues somos nosotros, los antifranquistas, los considerados criminales.»

El presidente Gaillardot concede a los acusados, desde la primera sesión, el derecho a comparecer libres, sin guardias ni esposas: algo raramente visto en una audiencia criminal, según recuerda el cronista. El banquero, secuestrado en mayo de 1974 y que se había constituido como parte civil, no acude. Ni siquiera se hace representar por un abogado. Personalidades

del mundo científico como Haroun Tazieff, el profesor Minkowski, el premio Nobel Alfred Kastler y el historiador Leroy Ladurie hacen circular una petición: «El carácter puramente político del caso se ha desvirtuado conscientemente, como si fuera necesario transformar este último proceso franquista en proceso criminal.»

La prensa convierte unánimemente a Alberola y Lucio en las dos grandes figuras del juicio. Del primero, el intelectual con el que Lucio no siempre ha estado de acuerdo en la acción, «alto, delgado, frente alta y el mismo rostro que los anarquistas», según *France-Soir*, el presidente no traza un retrato francamente acusador: «Como ingeniero, usted participa en la construcción de la embajada de Estados Unidos en México. En 1958, usted, como periodista, conoce a Albert Camus en Europa. Su entrevista tiene un gran eco. Luego milita activamente contra el régimen español. Conferencias, artículos, contactos con los movimientos sindicales. El 1 de mayo de 1967, en México, su padre es asesinado. Usted piensa que es un error y que el objetivo era usted.»

El segundo declara, después de la evocación de su propia vida: «Ayudo a cualquier hombre que luche por la libertad en España, a riesgo de perder mi propia libertad.» Anne, «ya sensibilizada hacia los problemas humanos en el mundo después de haber estado en Camboya —dice *Le Matin*—, añade un toque suplementario de emoción al contar cómo Lucio la había impresionado con la descripción de la dictadura en su país». El retrato de los demás inculpados, cada cual a su modo, es igualmente conmovedor. «Juicio franquista en París.

En España, Franco tardó meses en morir. En Francia, su cadáver aún colea», prosigue *Le Canard enchainé*.

Del paso de los agentes policiales de choque, Ottavioli y Broussard, por la barra de los testigos, el público y la prensa retienen sobre todo la extrañeza de que hayan dejado escapar a Inocencio Martínez, el agente franquista, recordemos, infiltrado entre los libertarios. Era el individuo que les había tendido la trampa y que lo había orquestado todo a la sombra de Alberola. Contrariamente a los demás, los sabuesos ni siquiera le siguieron. «Es posible que fuera una equivocación», comenta Ottavioli en tono indiferente. Tampoco vigilaron a la mujer de Martínez, «porque pensábamos que era inútil». Registraron su casa con cuarenta y ocho horas de retraso, cuando había tenido tiempo sobrado para desaparecer. Tres golpes del azar curiosamente favorables.

¿El lugar del secuestro? Situado sin sombra de duda por los investigadores en el apartamento de Chantal y Arnaud Castel, en el 91 de la calle Broca, su localización resulta de repente menos clara cuando los abogados Thierry Fagart y Thierry Levy hacen preguntas enojosas para la versión policial: ¿cómo es posible que el banquero secuestrado no oyera los gritos de los niños de la escuela situada bajo las ventanas durante los recreos? ¿Por qué, en cambio, oyó pasar trenes? ¿Cómo podía la disposición de los baños constituir una prueba?

A pesar de todo, el jueves 29 de enero los nueve inculcados no las tienen todas consigo mientras esperan el veredicto: saben que la máquina judicial está mejor equipada para

condenar que para arrojar flores con mano ligera. La tensión, al cabo de seis años de libertad provisional, se prolonga durante hora y media antes de que se conozca el veredicto: todos absueltos. A pesar de las llamadas al silencio del presidente Gaillardot, la sala rompe en aplausos, y todo el mundo se abraza. Muchos lloran de emoción y de alegría.

Juliette acaba de pasar dos semanas geniales. Los días laborables dormía en casa de Saturnina, y los fines de semana en casa de su profesora de arpa, una mujer con la que simpatiza mucho y que hará de ella, para mayor orgullo de su padre, una maravillosa arpista. La directora de la escuela ha redactado un escrito en favor de sus padres y lo ha pasado para obtener firmas. Se ha creado un comité de apoyo. Todo el mundo mima a la joven heroína.

El otro proceso en el Tribunal de la Audiencia contra los militantes de los GARI resultará igualmente infructuoso. Tiene lugar el 19 de marzo en los locales de la X sala correccional, siempre a causa de las obras. A pesar de la aparatosa escenografía, con arcos detectores de armas y gendarmes de elite con las Magnums 357 al cinto, los hechos, que se remontaban a 1974 y 1975, se desvanecen como acusación en cuanto los magistrados intentan dilucidarlos.

Los acontecimientos son fruto de un período revuelto. Los combatientes antifranquistas, sentados en el banquillo de los acusados, adquieren un aspecto de fantasmas. La acusación parece irreal. Todo se diluye en el polvo del tiempo. Las absoluciones caen sobre los cruzados de la democracia como

una lluvia refrescante. Es un raro momento de felicidad no enturbiado aún por la conciencia de que, bajo esa oleada bienhechora, germinará la mala hierba del terrorismo. Jean-Marc Rouillan y su compañera Nathalie Ménigon, que figuran en el proceso, también son perseguidos por el Tribunal de Seguridad del Estado, que será suprimido en agosto de 1981, por hechos posteriores y más graves. La gentil Egeria, antigua empleada en la Sociedad General, expulsada de la CFDT por «izquierdismo virulento», en particular, ha vaciado dos cargadores de su colt 45 en dirección a unos policías antes de ser arrestada con su amigo en la calle Pergolése. Se achacan a la organización once atentados en París, en su mayor parte simbólicos, en menos de un año. Han pasado la página del GARI; desde ahora se reclaman de Acción Directa. Sus celdas les esperan en Fleury-Mérogis. Volverán allí por unas semanas.

Lucio no tiene tiempo de saborear la tregua: un nuevo secuestro se produce el 20 de febrero de 1981: ETA político-militar se apoderó en España de tres cónsules: los de Austria, Uruguay y El Salvador. Como siempre, quieren conseguir la liberación de militantes a cambio de rehenes. La suerte del primero, sobre todo, preocupa al candidato Mitterrand a la presidencia de la República, así como a su correligionario Roland Dumas. Los dos están pasando unos días juntos en Megève. El raptado no es otro que un sobrino del canciller Bruno Kreisky, presidente de la Internacional Socialista. Los lazos son estrechos.

Entonces se teje una extraña cadena de llamadas telefónicas que, partiendo de los palacios imperiales de Viena, llega,

pasando por la estación de esquí de Megève, al bulevar Jean-Jaurés, antes de proseguir su camino hacia los escondrijos de San Sebastián o de Barcelona.

—¡Sobre todo, a él que no lo toquen! —dice en tono más alto la voz del futuro ministro—. Austria ha hecho mucho por los vascos.

—¿No creerás que yo estoy implicado, verdad?

—No, no. Pero tú conoces a todo el mundo en el País Vasco...

—¿Y quieres negociar?

—Que pidan lo que quieran. Pero, sobre todo, que no lo toquen.

—¡Bueno, va! Te haré un trato especial: ¡Un camión de armas y todo arreglado! —responde Lucio echándose a reír.

—¡Ya veremos, ya veremos! —se impacienta Dumas antes de colgar.

Nunca se supo más del camión de armas. En cambio, el 23 de febrero, a las 17 horas, el teniente coronel Tejero, escoltado por un grupo de guardias civiles armados, irrumpió en el Parlamento de Madrid en mitad de una sesión y tomó como rehenes a los seiscientos diputados presentes, a los que obligó a tirarse al suelo. Un ataque de nostalgia franquista.

Juan Carlos se entera en directo por la radio. No se doblega.

Llama uno tras otro a todos los jefes de las regiones militares y obliga a los que parecen indecisos a definirse ante la situación. Contra lo que cabía temer, el Ejército se inclina ante el rey.

En uniforme de gala, éste reitera por la televisión: «La Corona no puede tolerar que unos cuantos impidan por la fuerza el proceso democrático que ha fijado la Constitución.» De madrugada, los golpistas se rinden. Pero la alarma ha sido grave y Lucio concluye que hay que seguir vigilando: la monarquía aún es demasiado frágil ante el ejército, la falange y la iglesia. ¡Y encima una monarquía! Francamente, ¿es el régimen con el que sueña un libertario?

El 28 de febrero, los secuestrados son liberados sin que se sepa muy bien si deben su suerte a la mediación de Lucio y de Roland Dumas o al golpe que, al fracasar, ha proporcionado a la realeza una vitola democrática: de modo que ejercer chantaje sobre ella sería mal recibido. De todos modos, Dumas sabrá sacar del fuego las castañas de su *Guernica*. La idea de la devolución da un paso adelante.

XXII. LA CAZA

Lucio no tendrá tiempo de disfrutar de nada. Entre las nuevas relaciones con las que ha enriquecido su agenda en la Santé, figura un tal Ahmed, nacido en Marruecos en 1950, de profesión barman. Por alguna ofuscación de la que aún se lamenta, Lucio ve en él a un agente del Polisario, el Frente de Liberación del Sahara Occidental, ocupado por Marruecos y Mauritania tras la partida de los españoles en 1976. Allí nunca han cesado los enfrentamientos y nuestro solador, que sueña con ser maestro de obras internacionales, no pide más que aportar su granito de arena a ese rincón del desierto.

El tipo siempre caminaba solo por el patio a la hora del paseo, vestido con un terno espléndido. Está ahí por fabricación de moneda falsa.

—¿Quieres que paseemos juntos?

Lucio tiene aspecto de pasajero de elite en el bloque B de la cárcel, el de los negros y los magrebíes, donde no se aventuran las personalidades de la división distinguida. Él mismo ha elegido este alojamiento poco envidiable.

Una oferta suya no se rechaza. Al cabo de una hora, Lucio se da cuenta de que bajo el bonito chaleco no hay más que aire.

Sin embargo, terco como la mula de su infancia, va a buscarlo después de que los liberaran a los dos en enero de 1981. Lo encuentra en un café-restaurant de la XVII. Lucio le propone bolsas, maletas, cajas enteras de papeles falsos si él dispone de una organización para pasarlos, aunque eso suponga reventar los precios. No quiere darse cuenta de que semejante perspectiva supera al pobre diablo.

En pocas semanas Ahmed vende bastantes juegos de documentos. Pero se hace notar. Los policías no tienen ninguna dificultad en encontrar su infantil escondite: en el mismo edificio en el que habita, detrás de los tubos de canalización de agua. Le arrestan, le interrogan una y otra vez, y lo pasan al juez Michat, el cual se declara interesado por esta detención aparentemente insignificante: las falsificaciones se parecen a otros documentos descubiertos en Bélgica, en Holanda, en Italia, en España, en Francia, de los que nunca se ha podido establecer la procedencia.

Lucio tiene todos los motivos para alegrarse. El 10 de mayo de 1981, la elección de François Mitterrand le aporta un viento de esperanza, aunque no tardarán en llegar los mañanas del desencanto. Entre los libertarios no es costumbre gritar: «¡Viva el gobierno!» Pero, al menos, han desaparecido los que intentaban procesos de brujería contra los GARI y entregaban a los sospechosos vascos a los verdugos de uniformes aún calientes de la hornada franquista. La política jura tener un

rostro humano. En su último debate en la televisión, el candidato ha hablado de «defender la libertad». Es para no creerlo. Seis condenados a muerte, desde el fondo de sus celdas iluminadas *a giorno*, en un último día que no tiene fin, oyen pronunciar la palabra gracia. La pena de muerte está en peligro. Los periodistas de radio y de televisión empiezan a soñar, un día, con atreverse a pensar. Objetores de conciencia e insumisos están a la expectativa.

¿Almuerzos de tempestades, festines de ilusiones, cenas de ilusos? ¿Y si las rejas de los barrios de alta seguridad que ciñen las vidas saltaran por los aires? En junio, unos compañeros de Lucio colaboran en la campaña del candidato Dumas en Dordoña, primera circunscripción, Périgueux. En plena ola de la rosa, el abogado resulta elegido. Y justo en ese momento vuelven a acumularse los nubarrones sobre la cabeza de Lucio, sin que éste se dé cuenta de nada.

Ahmed ha resistido dos meses antes de contar, mediante promesas de un cielo azul, lo poco que sabe al juez: el proveedor de papeles falsos es un vasco español cuyo nombre ignora. Pero es un obrero, tiene una camioneta roja y su abogado es Roland Dumas. Los policías no necesitan mucho tiempo para identificar a Lucio. Cuando llaman a la puerta del piso del bulevar Jean-Jaurés pistola en mano, Anne les responde la verdad: su marido ha ido a trabajar. Los policías se ríen y registran toda la casa. Ella está sola con una niña de once años. ¿De qué trabajo vive? ¿Traficante? ¿Ladrón? ¿Macarra?

—Es obrero —dice ella simplemente.

La respuesta les deja escépticos. Exploran los rincones del modesto apartamento durante más de una hora. Juliette se da cuenta entonces de que el asunto es serio. Tiene razón: los inspectores, a la vista de la comisión rogatoria, buscan a un ladrón de altos vuelos, no a un proletario. Algo huele a podrido en alguna parte. Se llevan a Anne. Y la pequeña Juliette baja a llamar a Thierry Fagart.

A las once y media, según su costumbre, Lucio llama a su mujer al trabajo.

—Está enferma —le responden.

Es la señal de alarma. La intensidad de la enfermedad depende del calibre del desastre. Intenta hablar con su casa.

—Se han llevado a Anne a la policía —responde Juliette.

—¡Ah, bueno! ¡Ah, bueno! Te llamaré luego para saber si ha vuelto. ¿Has hecho los deberes?

Lucio es así. No soportaría que su hija perdiera un curso o que no aprendiera las lecciones. De las malas compañías, ya se encarga él.

Sueltan a Anne esa misma tarde. Breve conversación telefónica. Lucio le recomienda que recurra a Thierry Fagart. Éste irá al día siguiente, con la toga temblorosa de justa cólera, a ver al juez Michat.

La señora Urtubia no sólo es una clienta, argumenta,

también es una amiga. ¿Cómo pueden tratar a una bióloga con tanto desprecio? Una humanista, una mujer de corazón. ¿Cómo se pueden comportar así en Francia. En una república en la que sólo se oye hablar del estado de derecho?

El juez Michat, un hombre de buena estatura, con una calma imperturbable, ha oído otras veces la misma canción.

—Querido abogado, no dudo un instante de que la señora Urtubia sea una excelente persona digna de respeto —responde—. La policía se ha comportado con ella como debía, con la mayor corrección, como se hace en semejantes casos. Pero a su marido, el señor Urtubia, me lo encuentro por todas partes. Está metido en asuntos de la mayor gravedad. ¡Incluso trafica con un delincuente de baja estofa! Ese caballero, señor abogado, puede esconderse detrás de no sé qué ideología. Pero no es ningún ángel. ¡Y si cae en mis manos, lo encierro!

Sin saberlo, Lucio ha cruzado una línea fatal. La maquinaria que ha puesto en marcha se dispone a atraparlo y a aplastarlo con todo su poder.

El juez Michat dicta en julio de 1981 una orden de arresto contra él.

Antes de desaparecer en la clandestinidad, el 15 de julio, el inculcado alega en una carta que no tiene ninguna intención de entregarse.

Señor juez, como ya sabe, la policía ha venido a mi casa con

una comisión rogatoria dictada por usted mismo. No venía sólo a interrogarme y registrarme. Creo que si estoy en libertad es gracias a mis hábitos de obrero madrugador, a pesar de las dudas de los inspectores sobre mi profesión y mi trabajo.

¿Por qué no me presento, si en mi caso nada puede justificar una detención, aunque sea provisional? Bien, pues simplemente por miedo, miedo a la lentitud administrativa, sobre todo en período de vacaciones [...]. Tomo esta decisión a pesar de los métodos casi infalibles de la policía, porque sé que antes o después seré arrestado, o me presentaré voluntariamente ante usted para responder a sus preguntas.

Mientras espero que el miedo se vea remplazado por el coraje, le explicaré mi situación jurídica [...]: seis meses encerrado, dos semanas procesado ante el Tribunal de la Audiencia, y el 3 de febrero, es decir, tres días después, de vuelta al trabajo en mi oficio de soldador en el metro de Bercy (...). Me encontraba en un estado físico lamentable, pero orgulloso, y lo estoy de decírselo. Mis ingresos son de cinco mil francos, pero gano otros tantos en negro, bajo mano, y éste es un crimen que no debería confesarle ¡Todo esto es para decirle que no estoy tranquilo y que querría tener el valor de presentarme ante usted antes de que me arreste la policía!

Primero se refugia en la calle de la Breche-aux-Loups, en la XII, cerca del metro Daumesnil, en casa de la compañera de su amigo Durán, el cirujano argentino de Médicos sin Fronteras. Espacia los contactos.

Pero ¿puede estar alguien seguro de nada? Visita, por ejemplo, a Labrava, el anticuario del Pré-Saint-Gervais, cuyo número de teléfono encontraron en sus bolsillos los policías que le detuvieron en «Les Deux Magots». Hacía ocho años que lo había conocido en la CNT española, le considera un hombre de confianza.

Labrava se interesa mucho por los cheques de viaje. Gracias a sus relaciones, tiene buenas pistas para pasar cantidades enormes. Por otra parte, está recibiendo cuadros de origen dudoso, telas de maestros que se creían desaparecidas. ¿Y si a Lucio le entrara el gusto por el arte? Vengan los cuadros de maestros, ¿por qué no?

De súbito, el solador ya no se siente tranquilo en ese escondite. Su instinto le dice que le han visto demasiado por el barrio. Anne y Juliette han tomado todas las precauciones para venir a verle. Para evitar el metro, Lucio pide a Labrava que lo lleve al bulevar Barbes.

Este le deja cerca de un segundo escondite, en la calle Ramey, cuya dirección exacta calla Lucio.

En efecto, un amigo corrector le ha ofrecido una buhardilla. Juliette está encantada con el curso de los acontecimientos. Es un lugar mucho más cómodo para ver a su padre escondido, y a veces hasta le dejan quedarse a dormir. Para ella, que se queja de no ver bastante a menudo a su padre, es una maravilla. No le asusta ningún trayecto: cambiar de vagón mientras su madre mira de reojo si no viene nadie detrás es

sólo una cuestión de hábito, no es ninguna aventura para la niña nacida en la clandestinidad. Y, desde el gran juicio, todos aprecian a sus padres. Además, Lucio escribe cartas cuando no pueden verse: «Hoy he pasado por delante de un colegio y he visto a una niña que se te parecía. He pensado mucho en ti»... Sólo hay un detalle que a Juliette no le gusta: la gorra que se pone para no ser reconocido. Le da aspecto «de abuelito».

Esa gorra acaba de salvarle. El otro día, había ido al bulevar Soult a casa de su compañero Jaime, tan fértil en malas compañías, pero con el que nunca había perdido el contacto. Jaime fue arrestado inmediatamente después.

En cuanto lo sabe, Lucio corre a ver al defensor de su amigo. Éste le enseña una página del informe policial: «A partir de informaciones confidenciales, hemos puesto bajo vigilancia la entrada del número 113, considerando que Urtubia podía aparecer.»

Escondidos en una camioneta, han filmado y fotografiado con teleobjetivo a todo el que entraba o salía del edificio. Y si no han identificado inmediatamente al solador, es por culpa de la gorra. No reconocen su silueta hasta algo más tarde, al revelar la película. Han deducido que Lucio podría esconderse en ese lugar. De ahí la detención del militante, en cuya casa han encontrado un surtido de papeles falsos suficiente para condenarle.

¿Quién sabía que Jaime era uno de los hombres de Lucio? Al día siguiente, Lucio se cita con Labrava cerca del Père-Lachaise.

Está taciturno, preocupado.

—¡Sólo puedes ser tú! —ruge de repente. ¡«Informaciones confidenciales»! ¿Quién lo sabía aparte de ti?

El otro ruega a Lucio que se calme. Ríe con aire de complicidad, con desenvoltura.

—¡Esto es inaudito! —fulmina Lucio antes de irse, más consternado por la traición que furioso con el delator, cuya bajeza le desconcierta demasiado.

Un paréntesis: Labrava debe su vida a Lucio. Había denunciado a otro «amigo», más virulento que el navarro y mucho menos civilizado: en pocas palabras, un truhán de altos vuelos. Éste había jurado que haría desaparecer al anticuario bajo un bloque de cemento como castigo por sus villanías, y los demás lo aprobaban. Lucio se opuso y supo convencerlo.

Son las seis de la mañana. Al salir de su vivienda de la calle Ramey, Lucio va a tomarse un café. Sus espesas cejas le permiten disimular su mirada de hurón. Entre los trabajadores del alba que se funden en el gris suburbano, se fija en un joven. Parece un gamberro perdido lejos de su territorio.

Lucio sigue la calle Custine y va hacia el metro en Château-Rouge. De hecho, no puede permitirse trabajar. Va a hacer una entrega de cheques de viaje a unos argentinos que luchan contra la dictadura de los generales. De Château-Rouge a Montparnasse, donde tiene su cita, la línea es directa. En el andén de enfrente, ve al mismo joven desastrado. Todo va

bien, se dice, se trata de una coincidencia. Ese tipo va hacia la puerta de Clignancourt.

A la llegada, cuando se topa de bruces con su seguidor, se da cuenta de que aquel poli con pinta de pasota ha sido capaz de cruzar los raíles y saltar al tren en marcha. «Hay que reconocer que no le faltaba valor», dice todavía hoy.

A pesar de todo, consigue despistarlo. Cambia de domicilio y, al cabo de una semana, vuelve a la calle Ramey.

El 9 de octubre, sale muy pronto de su nido para recuperar en uno de sus depósitos un maletín lleno de pasaportes que debe entregar. Nada sospechoso durante la operación. Ni cuando vuelve a su escondite hacia las nueve. A las diez, va a depositar un sobre en la oficina de correos del bulevar Barbes. Al salir de allí, gira a la derecha para bajar por la calle Labat. Sigue la acera de la izquierda en dirección a su domicilio. Aún no ha dado diez pasos cuando el pasajero de un coche baja apuntándole. Ante él aparecen cuatro inspectores con las armas en la mano.

—¡Lucio, no te muevas! —gritan.

Otros dos policías le sorprenden por detrás.

—Tú eres Lucio, ¿verdad? Sabemos que no estás armado. Nunca llevas armas. Enséñanos en qué piso vives.

Un registro sucinto no les aporta nada. En la comisaría de la place d'Italie, una puerta entreabierta le permite ver una pared

llena de fotos tuyas. Le sorprende una en particular. En la esquina de la calle Barbes con la calle Ramey hay una zapatería llamada André.

Cada vez que salía, Lucio observaba cuidadosamente el reflejo del escaparate, para ver si le seguían. Y le espiaban precisamente allí, hasta descubrir su dirección exacta. Labrava les había denunciado a un falsificador de alto nivel, y no habían escatimado medios. Pero en aquel momento están decepcionados: Lucio lleva un juego de documentos con un nombre falso, pero no encuentran nada más.

—¿Podrían hacerme un favor? —les pide después de escuchar pacientemente las maldiciones con las que desahogan su frustración—. Querría avisar a mi mujer para que vaya a buscar a mi hija Juliette al colegio... Voy a esperarla todos los días...

—¿No has terminado con tus tonterías? Hace meses que seguimos a Juliette a cada salida, ¡y nunca has estado allí! ¡Basta, Urtubia! El juego ha terminado.

El joven inspector, afectado de calvicie precoz, no está contento.

Tampoco lo está el policía rubio, que se pone a gritar que nada de todo esto es lógico. Han tardado seis semanas en volver a localizar al individuo. Saben que está al frente de un enorme tráfico. Y él se ríe de ellos.

Mandan a Lucio a meditar en una celda en la que pronto va a

visitarle el comisario López, *pied noir* de origen español, que se compadece de sus miserias.

—Esta vez estás jodido, Urtubia —le explica en castellano, con aire desolado—. Estás frito. Quiero ayudarte. En la policía no todos somos unos bestias, ¿sabes? Mis colegas no están al corriente de lo que te estoy diciendo ahora. Mi padre era anarquista y mi abuelo también, así que ya ves... Siento una gran admiración por lo que haces. Sí, sí... Tú te has consagrado a los débiles... Te he seguido muchas veces al Hogar Español, en la calle Orfila, cuando vas a comer paella. Sé de lo que hablo. Me preocupa Anne. Tu arresto... Mira, si puedo echarle una mano para sacar el material... Porque ella se lo va a cargar a la espalda. Me juego el puesto, date cuenta, al decírtelo, pero es más fuerte que yo, es un asunto de familia, ¿me entiendes?

Lucio le entiende, claro, y le da las gracias. Pero no tiene nada que esconder, o en cualquier caso pequeñeces, Anne ya se las arreglará. Lo llevará al *château* de Paco Rabanne, donde ha pasado algunos fines de semana con Olga, la hermana del modista.

No cree necesario precisar que Olga es la compañera de Arino, un militante de la época de Delgado que tuvo la suerte de escapar de la Guardia Civil, en Madrid, en 1963. Tampoco cree necesario añadir que Anne no acostumbra hacer ese tipo de salidas. Ni que sería el último lugar al que ella iría a esconder cualquier cosa. Incluso omite señalar que ella nunca ha compartido el secreto de los escondites de su marido. Sus falsas confidencias tienen el punto justo de verosimilitud para

poder prescindir de la solidaridad del comisario López.

Esa misma tarde, se ve citado ante el juez Aldebert: como llevaba documentos falsos en el momento de su detención, es preciso abrir un procedimiento distinto del que lleva el juez Michat.

En el trayecto, un inspector le cuenta que le había visto esperando a Anne y Juliette en la plaza Daumesnil, unos días antes, y cómo Juliette había saltado a sus brazos...

—¿Por qué no me detuvieron ese día? —pregunta Lucio.

—No disponía de bastantes efectivos.

El juez Aldebert se siente incómodo. Thierry Fagart, que mientras tanto ha sido avisado, asiste a Lucio, pero tras un intenso intercambio el magistrado ordena su ingreso en prisión a la espera de verlo más claro. Es su tercera estancia en la Santé, esta vez con la perspectiva de quedarse mucho tiempo bajo el fuego cruzado de los dos jueces. Sin embargo, Fagart decide no esperar a que la rutina sepulte el caso bajo capas de polvo. Al día siguiente corre a prevenir al juez Michat.

—¿Quería usted a Lucio? Ya lo tiene. Es suyo. Está detenido por un mandato de su colega el señor Aldebert. Tal vez —añade— no sea indispensable que usted dicte una segunda orden de detención, puesto que está ya encerrado.

Michat cita a Lucio y descubre a un espécimen de humanidad completamente distinto al depravado que imaginaba. El

individuo que tiene delante se parecería mucho más a un obrero modélico y padre de familia ejemplar, si no fuera por esa rareza, digna de Don Quijote, de querer desfacer entuertos por todo el planeta. Una vocación sin duda tan absurda como la de su predecesor, el Hidalgo de la Mancha, y que podría llevarle a romperse brazos y piernas contra los molinos de viento. No obstante, ese aspecto hace aceptable su versión de los hechos: tal vez no se haya complicado con Ahmed por ánimo de lucro. En todo caso, el libertario merece un castigo por los papeles falsos y hay que inculparle. Tal vez se podría prescindir del encarcelamiento...

Por su parte, Aldebert se muestra más y más perplejo a medida que avanzan los interrogatorios.

—¿Por qué fabrica esos documentos? —termina por explotar.

—¡Por moral, señor juez! —responde Lucio.

Al cabo de cinco semanas, con la instrucción ya cerrada, ¿es cierto que el juez declaró, como afirma Lucio: «Usted ha triunfado en la vida, yo he fracasado»? ¿Con qué tono lo dijo? ¿Con nostalgia? ¿Con qué deseo? ¿O con qué ironía? Thierry Fagart pronto se siente autorizado a solicitar la puesta en libertad de su cliente. Lo hace planteando una sutil paradoja: «Si bien la infracción no es discutible, es necesario resituarla en su contexto [...]. En el mes de julio de 1981, el señor Urtubia decidió eludir las investigaciones ordenadas por su colega el señor Michat. Con tal fin, hizo llegar a dicho magistrado una

carta [...]. Con franqueza, explicaba que mientras esperaba que el miedo se viese remplazado por el coraje, había decidido no presentarse.

»Es el único motivo por el que nuestro cliente, sabiéndose buscado, decidió utilizar documentos de identidad falsificados.»

A finales de noviembre, Lucio volvía a ser libre. Pero era una libertad reducida y vigilada: «Ordenamos el mantenimiento del inculpado bajo control judicial hasta su comparecencia ante el tribunal», le notifica Aldebert.

Le rodean tres jueces. Tres águilas de la jurisprudencia. Profesionales metódicos. Se ha abierto la batida contra el astuto zorro. Nadie daría un duro por su piel. Michat abre el fuego el 21 de febrero de 1982 ante la XII sala correccional, con «ocultación de falsos documentos administrativos». «Una atmósfera detestable», recuerda Fagart. La alimaña anarquista atrapada en una maraña jurídica: dos años de prisión firme y dieciséis meses de condena en suspenso. No hay otra salida que la huida hacia delante en forma de recurso de apelación que suspende la ejecución de la sentencia.

Aldebert toma aliento, sin bajar por ello los brazos. Francine Caron, que no había olvidado el caso después de que él se escurriera entre sus dedos un año antes, vuelve a la carga citándole el 26 de octubre, durante su último paso por la Santé, para puntualizar, sin demasiadas contemplaciones, sobre el asunto de los cheques de viaje. El 30 pasa una copia

asesina de la instrucción a la fiscalía, que desemboca, el 20 de enero de 1982, en la requisitoria definitiva del fiscal. Seis días después, la magistrada está facultada para ordenar el reenvío del inculpado a prisión correccional. No se librará. La justicia adora esas lentas esperas que preceden a los gritos de acoso de la caza. Los cheques de viaje le tienen atrapado.

No deberíamos sorprendernos demasiado. Tanto si trabajaba en sus obras como si se pudría en la prisión, si lo encerraban en la Santé, le seguían en Clichy o le localizaban en Daumesnil, desde los primeros ensayos en Barcelona, sin una semana de descanso, sus equipos han seguido recorriendo Europa, retirando el diezmo de Lucio de los bancos por medio de cheques de viaje indetectables. Ninguna máquina, ningún aparato permite reconocer los cheques falsos del First National City Bank, rebautizado Citibank en 1981. Hay que devolverlos a la sede para que se descubra la superchería. En los periódicos no se habla de ese tráfico, del mismo modo que no se habla del tráfico cotidiano de los ferrocarriles. Un cheque falsificado es como un tren que llega a la hora: igual de banal. Hacen falta accidentes para que la actualidad encienda sus proyectores. Y fatalmente los hay, vista la cantidad de gente que circula con falsos títulos de pago.

El 22 de diciembre de 1981, Lahouari Benchellal, llamado Farid, francés de origen argelino implicado en todos los combates grupusculares, es detenido en Helsinki en el momento en que negociaba en un banco falsos cheques de viaje. Salió de París llevando cheques por valor de veinte mil dólares. Diecinueve días después, aparece ahorcado en su

celda con la ayuda de una manta, sin que nada, según la policía finlandesa, permita sospechar un asesinato. Inmediatamente se forma un grupo revolucionario con su nombre, que exige venganza. Jean-Marc Rouillan, interrogado, afirma que el dinero recogido por Benchellal debía servir para financiar a Acción Directa. Los investigadores advierten que esos cheques tienen el mismo origen que los del maletín marrón a los pies de Lucio y de Silvestre en «Les Deux Magots».

El 28 de junio siguiente, Éric Waucquier, portador de ciento setenta y seis *travellers* de idéntica procedencia, será detenido por los aduaneros en el París-Ámsterdam, en la frontera de Aulnoye. Es un militante de Acción Directa. Los cheques le habrían sido confiados por cierto grupo de la OCC (Organización Comunista Combatiente) que responde al nombre de Benchellal.²⁶

Más tarde aún, cuando Helyette Bess, llamada «la Vieja», uno de los pilares de Acción Directa y amiga desde mucho tiempo atrás de Rouillan, que dirigía la librería «Le Jargon Libre», en la XIII circunscripción, es detenida en Lyon en posesión de diez mil trescientos dólares, declara que se los ha dado Waucquier. Éste, interrogado a su vez, afirma que esa suma procede «tal vez» de los cheques de viaje.

Una nota de la Dirección Central de Informaciones Generales, citada por Hamon y Marchand, precisa: «Anteriormente, de julio de 1980 a octubre de 1981, militantes

26 Alain Hamon y Jean-Charles Marchand, *Action Directe*, Le Seuil.

de las ex GARI habían sido aprehendidos en París, en Holanda, en España y en Bélgica mientras intentaban cobrar falsos cheques de viaje procedentes de la misma fuente.»

De este modo, todos los caminos llevan a la policía hasta el clandestino que alimenta esa desenfrenada circulación de dinero y que ha conseguido que uno de los mayores bancos estadounidenses financie proyectos subversivos sin tener tal intención, no cabe duda...

XXIII. «AL PIE DEL MURO SE CONOCE AL ALBAÑIL»

Sin embargo, el enigma ante el que se encuentran los inspectores, su rompecabezas, su pesadilla, es que el llamado Urtubia Jiménez, Lucio, nacido en Cascante, sólo parece interesarse por las obras que debe efectuar en el centro Paco Rabanne, bulevar de la Villette, cerca de la plaza del Coronel Fabien.

Ya en la Santé, entre los vascos, los italianos y los militantes de Acción Directa, que son sus amistades habituales, sólo habla de su proyecto. Sus charlas podían llegar tranquilamente a los oídos de la administración penitenciaria: en ellas no había nada reprochable.

—Siempre consigues dinero cuando lo quieres realmente —les repetía—. Pero en vez de robarlo y venir a parar aquí, ¿por qué no comprar inmuebles en mal estado? En este momento cuestan un trozo de pan. Formamos una sociedad y damos trabajo a todos los refugiados que vienen a vernos. Todo el mundo se gana la vida y es una obra militante.

Entre los simpatizantes que le rodeaban, no había uno que no encontrara la idea formidable. De modo que, apenas salió de la cárcel a fines de noviembre de 1981, Lucio creó realmente una cooperativa. El primer trabajo fue para Francisco Rabaneda Cuervo, llamado Paco Rabanne. Más atraído en esa época por las utopías gracias a las cuales la humanidad podría prosperar que por el apocalipsis y el fin del mundo, había comprado un edificio que en la guerra del catorce albergaba una fábrica de globos aerostáticos. El 1 de enero de 1982, contrató a Lucio como maestro de obras.

El edificio es de una gran belleza, con una estructura en forma de quilla de barco volcado, y se afirma que lo construyó Gustave Eiffel. Lo que más le gusta a Lucio del asunto no es sólo que trabaja para un prestigioso inmigrado cuyo padre había sido fusilado, sino sobre todo que puede al fin armonizar la práctica con sus ideas, modelar la sociedad con sus manos de obrero para hacerla mejor.

Evidentemente, nada sucedió como había imaginado. Tuvo que llegar a la edad adulta para hacer un descubrimiento desconcertante sobre sus semejantes: los compañeros más activos a la hora de hablar, una vez al pie del muro, se comportan como unos perezosos. Para construir los vestidos, pidió treinta y dos toneladas de placas de yeso. Un remolque las entregó a las siete y media de la mañana. Sólo eran tres —tres españoles— para descargarlo todo. La circulación peatonal quedó interrumpida por los montones de placas. Hacia las diez, uno de los asociados hizo su aparición con paso ligero e indolente: se había dormido. Los voluntarios del

retorno a la pala se fueron sucediendo con cuentagotas. A las once llegó Ginou, un refugiado guatemalteco. Lucio le entregó una carretilla.

A las doce menos cuarto, después de siete idas y venidas, Ginou fue a ver a Lucio. Estaba lívido.

—Hace diez años que no trabajo —le lanzó furioso—. ¡Y no serás tú quien me haga trabajar!

Volvió a su casa, allá abajo. Murió en la miseria. También la cooperativa decayó. A pesar de varias demostraciones de buena voluntad que Lucio celebró, la obra no avanzó hasta que el 12 de septiembre de 1983 optó por contratar a obreros profesionales. Había muchos a la busca de un contrato en Belleville o en la parte baja del bulevar Sebastopol.

Pero la prefectura de policía ignora ese fracaso relativo: no puede pagar a sus mejores funcionarios para que descarguen durante todo el día montones de yeso y de cemento. Pero sí, lo más anormal de este sorprendente sospechoso es su conducta de trabajador normal.

Mientras, la policía no le deja ni a sol ni a sombra. En ese asunto de los *travellers* hay demasiado dinero en juego, y demasiado prestigio que ganar para el poli capaz de «trincar» al falsificador que desafía a Europa y burla todas las vigilancias. Su reputación durará mucho tiempo.

Un día, el patrón del hogar de los trabajadores españoles, Santiago, habla con Lucio:

—¿Cómo van los negocios?

—Estoy casado, tengo una hija, tengo trabajo —responde Lucio.

—¡Eres un tipo raro! —dice el otro—. ¿Sabes que tus enemigos te respetan? Incluso te admiran. Mira... Conozco a un comisario... Ha pasado años detrás de ti. Pues ya ves, te aprecia mucho. ¿Qué me dices de eso?

Lucio no dice nada de nada hasta la semana siguiente, cuando un cliente al que había visto cien veces se sienta a su mesa. Se presenta sin misterios: es, o al menos nosotros le llamaremos así, el comisario divisionario Youen, de Informaciones Generales.

Ha consagrado tantas horas en seguir a Lucio que casi se han convertido en íntimos. Lo sabe casi todo sobre él.

Youen había llegado, en cierta ocasión, a hacer que en el hogar contrataran a un policía chino —al que apodaban *Fine Oreille*, «oídos finos»— para que espicara a Lucio.

—Un sábado, *Fine Oreille* te vio entrar —cuenta el comisario riendo—. Pero no te vio salir. No lo entendía. El lunes, nos informó. Le dijimos que insistiera. Al sábado siguiente, la misma historia. Entonces lo trasladamos a Lille y descubrimos la otra entrada, la de la calle Villiers de L'Îsle-Adam, que tú conoces. Es paralela a la calle Orfila: muy práctico, con todos los vascos, italianos y tipos de Acción Directa que rondan por estos pagos.

—No tengo nada que esconder, señor comisario —responde Lucio.

—Es curioso, entre nosotros se habla mucho del «tesoro de Lucio». Tienes un tesoro, ¿verdad? Ya ves, a la gente no le falta imaginación.

—Sobre todo, debo de tener enemigos —reacciona Lucio—. La prueba es que me han denunciado. Gente con mala intención, la policía ya sabe lo que es eso.

—Es verdad —dice el comisario—. ¿Quieres saber quién te denunció?²⁷

Youen es un maestro en el arte de desestabilizar a la gente. Lucio empieza a sentirse incómodo.

—Sé quién ha sido, señor comisario —responde como si todo fuera lo más normal del mundo.

—Ya ves, juego con mis cartas a la vista. No te fiaste de López el otro día cuando te ofreció trasladar tus *stocks*... Ya sabes, la última vez que te arrestaron... Te equivocaste. Trabaja para mí...

—Lo único que sé es que el soplón del que me habla me debe la vida. Puede usted decírselo. Me peleé con unos amigos porque querían hacerlo desaparecer bajo un bloque de

²⁷ En mi entrevista posterior, el comisario Youen le mostró la foto de Labrava. No arriesgaba nada, porque su informador estaba en la cárcel.

cemento. Yo lo impedí.

—No, si cuando digo que eres un buen tipo... ¡Y pensar que ahora tienes tantos problemas!

—¡Ah, vaya!

—Tu amiga, la juez Caron... Y todo lo que te espera... Una avalancha, vamos —prosigue Youen mientras saca del bolsillo un papel que tiende a Lucio—. Mi mujer es española. Una admiradora tuya. Si te pasara algo, no me lo perdonaría. ¡Si supieras la cantidad de reuniones que hemos tenido con los colegas para hablar de ti! Si caes, tendré problemas. Pero en mi situación, puedo arreglar muchas cosas.

Lucio agradece al comisario sus buenas intenciones y vuelve a ocuparse de sus asuntos: después de todo, ese tipo está cumpliendo con su deber, no hay por qué guardarle rencor.²⁸

¿Qué saben realmente los inspectores? ¿Qué no saben? Después de esa entrevista, la tensión aumenta. Lucio quiere asegurarse.

Uno de sus conocidos más próximos, José Ramón, acaba de ser arrestado; evidentemente, por otra historia. Sin embargo, Lucio y él han trabajado mucho juntos. No es que ese descreído sea un santo: tiene un expediente judicial bastante

28 Los dos volverán a verse. Lucio le guardaba tan poco rencor que, cuando el comisario tuvo problemas con la jerarquía a causa de otro asunto, hizo todo lo que pudo para que le defendiera Roland Dumas, aunque éste no pudo impedir que quedara a disposición judicial.

abultado, pero a su modo es un tipo de fiar, honrado. ¿Quién habría sido capaz, como él, al preparar una expedición en la que se necesitaban treinta o cuarenta pasaportes, de cumplimentarlos de antemano con tanta destreza que sus destinatarios no tuvieron más que estampar una firma? ¿Quién habría llevado su sentido de la amistad, después de la puñalada por la espalda que le ha dado a Lucio el marroquí, hasta el punto de ir a buscar a sus allegados a su restaurante de la XVII para intentar convencerles? Quería que fueran a ver a Ahmed a la Santé, que hicieran que se retractara de su declaración acusadora. Pero Ahmed, ese pequeño crápula, había tomado la delantera: había contado a su familia que el traidor era Lucio. En cuanto José Ramón hubo pronunciado un par de palabras, sacaron los cuchillos. Apenas tuvo tiempo de salir pitando y, después de perder las sandalias en una carrera desenfrenada, encontrar amparo en un agente de tráfico: sin ese salvador inesperado, lo habrían asesinado. Ésas son anécdotas que unen.

Lucio y José Ramón tienen un escondite en un pabellón de Joinville. Allí se encuentra una parte apreciable del tesoro. Al detener a su socio, los inspectores le han encontrado las llaves del pabellón. Y en el pabellón, un indicio que Lucio sabe comprometedor y del que intentan comprender la función: dos de esas grandes ventosas de treinta centímetros de diámetro que utilizan los profesionales para colocar los vidrios de los escaparates. Lucio lo ha sabido por las vías misteriosas que usan los presos para comunicarse. La cuestión que se plantea es crucial: ¿Han descubierto el escondite, o no? Cuando Youen ha venido a sonsacarle al Hogar Español, ¿era para demostrarle

que lo sabe todo, con la crueldad del gato que lanza al aire al ratón despedazado antes de volverlo a atrapar? ¿Para empujarle a que cometa un error? Si han encontrado el escondite, es inútil proseguir: antes o después, caerá en la trampa.

No obstante, Lucio, contra toda lógica, con el orgullo del buen profesional, sigue creyendo con la firmeza de una piedra en la solidez de su astucia, a pesar de todos los polis de Francia: ya se burló del inspector Flament en la calle del *abbé* Faria.

Sin avisar a nadie —algunos se lo habrían prohibido—, va a Joinville. Ve el coche de los inspectores aparcado, pero como no tiene nada comprometedor encima, ¿en qué puede interesarles? En caso de que quieran molestarle, tiene una respuesta preparada: se ocupa del mantenimiento del pabellón.

Se tranquiliza en cuanto entra. Los hombres del comisario no han descubierto el escondite de los cheques, aunque salta a la vista. En la sala principal no se ve nada más que una enorme chimenea que aún conserva las cenizas del último fuego sobre una gran losa de piedra. ¿Han examinado las cenizas? Quizá. Pero ¿cómo podría pensar el más sutil de los investigadores de la policía judicial que existiera un hombre lo bastante fuerte para levantar ese bloque de piedra, sin ningún asidero visible?

Nadie podría hacerlo, si no es un atleta como José por medio de las ventosas. O como esa palanca humana, el forzudo ex

campeón de levantamiento de sacos de arena en Cascante; Las ventosas están en su lugar, en la cocina. Lucio limpia dos puntos de la losa. Acciona las pequeñas bombas que vacían el aire de las ventosas para que se adhieran bien. Se arquea en un esfuerzo sobrehumano: el yacimiento de *travellers* está ahí, intacto, en el escondite construido por él mismo. Por supuesto, no toca nada. Sólo tiene que volver a depositar la pesada tapa y soplar sobre las cenizas para repartirlas bien. Luego se va sin que nadie le moleste, silbando el canto trágico de la batalla del Ebro, uno de los himnos más bellos de la guerra civil, escrito sobre una melodía que entonaban los alzados contra los ejércitos de Napoleón:

*El ejército del Ebro
rumba la rumba, la rumba, ba
una noche el río pasó
Ay Carmela, Ay Carmela*

XXIV. EL GRAN BANCO

La justicia no tarda en fijar la fecha de la apelación para su condena a prisión correccional: la vista tendrá lugar el 13 de mayo. Es seguro que la pena será confirmada, por lo menos en parte. El proceso de los cheques de viaje también se aproxima, pero éstos no son los únicos motivos de angustia para Lucio. Empieza a plantearse cuestiones más fundamentales. ¿A quién aprovechan las sumas que su militancia permite recuperar? ¿Por quién está corriendo el peligro de pasar años entre rejas? En América latina, de acuerdo, hay que hacerlo todo contra las dictaduras. Es útil, aunque está muy lejos. En Italia, al contrario, la inmersión en la violencia no hace esperar un mundo realmente fraternal: ciento veintiocho homicidios entre 1976 y 1982, incluyendo, a modo de apoteosis, el asesinato del ex primer ministro Aldo Moro, cuatro años antes, sumado a la racha de disparos contra las rodillas de quienes no caen lo bastante simpáticos. Y todos saben que una rodilla no se cura. Las víctimas son periodistas, magistrados, intelectuales culpables de supuestos desvíos de la «línea», esa famosa «línea», la única «correcta» para llevar a las masas al cénit, allí donde brilla la revolución inmarcesible.

Y bien, esa democracia tan vilipendiada, ¿no es la que Lucio ha invocado con todas sus fuerzas desde que moría lentamente de hambre junto a su padre durante el fascismo?

Ahí está la paradoja. Lucio da a muchos los medios para seguir adelante. Con su propio genio, realiza lo que ningún doctrinario sería capaz de inventar, pero ¿realmente tiene ganas de hacer saltar por los aires esa sociedad de la que se alimenta? Como buen obrero, orgulloso de serlo, se siente más inclinado a construir que a destruir. Muchos intelectuales, que no conocen el precio del sudor, quieren empezar por romperlo todo, como los niños mimados con sus juguetes. Luchar contra Franco no suponía ningún problema de conciencia: era un deber. Echar una mano en las borrascas de la sucesión era natural.

Sin embargo, los asesinatos sin fin de la nueva ETA a partir de 1975, ¿cómo podían no incomodarle? Seguramente Lucio no dispone de la documentación de un historiador como Joseph Pérez, pero los hechos están ahí. «La organización ha elegido deliberadamente oponerse al proceso político y arrancar por las armas una independencia que el sufragio universal no parece dispuesto a aceptar, al menos por cualquier medio. ETA intensifica la lucha. Obliga a los industriales y comerciantes del País Vasco a pagar el “impuesto revolucionario”. Secuestra a personalidades que libera a cambio de un rescate. Lo que horroriza a la opinión pública son sobre todo los atentados individuales, los asesinatos de guardias civiles, de jóvenes reclutas de remplazo que cumplen el servicio militar en el País Vasco y de oficiales superiores en toda España. ETA se muestra

más asesina bajo la democracia que bajo el franquismo». ²⁹
Durante los diez años que siguen a la muerte del Caudillo, se cuentan más de ochocientos crímenes. Este punto es capital: «ETA intenta provocar al ejército para incitarlo a interrumpir el proceso democrático, que la organización terrorista juzga perjudicial para el pueblo vasco.» ³⁰

Lucio está tan poco de acuerdo con las decisiones de los duros de ETA militar que, cuando el semanario *Cambio 16*, en la pluma de Xavier Domingo, le cita entre los militantes de la organización en los números del 15 y del 22 de noviembre de 1982, intenta llevarles a juicio —sin duda una circunstancia única en su existencia— y les reclama por daños e intereses una indemnización de dieciseis millones de pesetas —que no obtendrá— y ejercita el derecho de réplica, que aparece publicada en las semanas siguientes: «No soy un terrorista. Nunca he pertenecido a las organizaciones ETA militar ni Acción Directa, nunca he intervenido en ningún tráfico de armas a ningún nivel y para ninguna organización. Nunca han encontrado en mi domicilio “papeles o documentación de la organización terrorista vasca”; supongo que, una vez más, se refieren a ETA militar.» Más solidario que nunca con el pueblo vasco, la nueva opción militar no es, sin duda, del gusto de nuestro obrero solador.

En Francia, la amnistía de 1981 que siguió a la elección presidencial liberó poco a poco a numerosos militantes de extrema izquierda entre los que se encontraban todos los

29 Joseph Pérez, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1999.

30 Ídem.

miembros de Acción Directa, salvo los implicados en crímenes de sangre. Rouillan fue amnistiado. Nathalie Ménigon se benefició de un indulto por motivos de salud. La «tregua de buena voluntad» durará un año. «El poder espera convencer a esos “militantes descarriados” de que el “socialismo a la francesa” demostrará la inutilidad de la lucha armada», escriben Hamon y Marchand³¹. En efecto, en los meses siguientes, la agitación no es muy feroz: unos militantes roban el R14 de Lionel Jospin, entonces primer secretario del Partido Socialista, en un garaje cerca de la plaza Saint-Sulpice y lo abandonan en la calle René Coty haciendo creer que está lleno de explosivos. La brigada antiminas sólo encontrará una caja de zapatos que contiene bombas de humo. Otros —o los mismos— atacan el restaurante La Tour d’Argent. El San Luis entronizado bajo su roble en la gran galería del Tribunal Supremo aparece mutilado. *Le Quotidien de París* y la agencia France-Presse ven sus locales ocupados durante unas horas. En el museo Grévin raptan a un François Mitterrand de cera. Hamon y Marchand recuerdan, entre las acciones de lucha que afligen las provincias, un ataque en toda regla contra la tienda de ultramarinos Germain de Toulouse, por un grupo llamado también Germain (sigla de *Gastronomes écoeurés révoltés par le manque d’alimentation des incarcérés non amnistiés*, Gastrónomos descorazonados en revuelta por la falta de alimentación de los encarcelados no amnistiados), y otro con reincidencia contra el almacén Lucullus de Perpiñán por el GAGA (*Groupe Affamé des Gastronomes Amnistiables*, Grupo Hambriento de Gastrónomos Amnistiables): chistes y bromas

31 Alain Hamon y Jean-Charles Marchand, *Action Directe*, Le Seuil.

para sorprender al burgués. No obstante, bajo las risas subyacen los rescoldos de un fuego mal apagado.

Ante todo, porque los policías no creen en esa amnistía por la que ha apostado la parte más dinámica del gobierno Mauroy, a pesar de la oposición de Badinter. Para ellos, los nuevos amos son una banda de utópicos peligrosos que, deslumbrados por el brillo del poder, están haciendo, ingenuamente, el juego a los terroristas. Ahora bien, un fanático no puede regenerarse. Eso no se cura, no se arregla nunca, es preciso ponerlo en situación de que no haga daño. Así se interpreta la naturaleza humana bajo el paraguas de Informaciones Generales: uno nace como es. Nathalie Ménigon quizá no ha matado a nadie, pero ha vaciado dos cargadores contra la policía, y eso no se olvida.

Hay que entenderlo. Los veteranos del seguimiento, los Mozart del señuelo, los Chopin de la desinformación, de la emboscada y del cebo, que han arriesgado el pellejo en este deporte, no pueden de pronto dejar de perseguir al subversivo. Es como intentar impedir que el trampero se lance tras las huellas del animal. Quitadle la presa al cazador: ya no es nada. ¿Cómo podría un Raboliot de los densos bosques urbanos soportar verse privado de su pasión? Todos comprenden que la caza esté reglamentada. Pero muchos, en diversos servicios, no soportan que unos comandos pacifistas, emboscados alrededor del primer ministro, proscriban el noble arte de la caza de los predadores del asfalto. Una fuerte convicción les guía: según ellos, lejos de desarmarse, los enemigos de las instituciones aprovecharán la tregua para reforzar su arsenal.

Cubiertos por un puñado de magistrados, eligen la caza furtiva. A base de hacer la vida imposible a las potenciales presas de ayer, lograrán sabotear el intento de pacificación. Dentro de los grupúsculos, numerosos moderados que sólo soñaban con recuperar una existencia pacífica, se encontrarán pronto envueltos en acciones violentas que realmente no deseaban.

A su lado se perfilan los intratables. Los que proclaman, como Rouillan, que «la izquierda, políticamente, no pone nada en cuestión, sobre todo cuando se trata del modo de vida», que se proponen «desarrollar el enfrentamiento de clase mediante la lucha antiimperialista». Con la lucha armada como medio privilegiado.

Una práctica mortal que deja entrever un tufillo de barbarie. ¿Eran buenos los asesinatos de la extrema izquierda y malos los demás? Ese 15 de abril, un mes antes de la elección presidencial, un comando formado por tres hombres y una mujer atacó una sucursal del BNP en la plaza de Ternes. En su huida, abatieron a un gendarme, Jean-Pierre Olive, con una bala del 11,43 en la cabeza y dispararon una ráfaga de subfusil contra un coche de policía: todo ello por un botín de 30.000 francos, que será encontrado en el asiento posterior del automóvil. La muerte del policía fue claramente innecesaria. Mesrine o Willoquet disparaban bastantes menos ráfagas en el curso de sus atracos. ¿Hay que atribuir este primer «efecto» de la revolución, según el credo del terrorismo, a Acción Directa? De lo que no cabe duda, es de que su acción les dio acceso al restringido club del bandidaje al por mayor, al Jockey-Club del crimen. Lucio no traicionará la solidaridad que le ha unido a

compañeros de lucha, pero ése no es definitivamente su estilo.

Y eso que aún están sólo en un período de reflujo antes de la marea sanguinaria que llevará a los jóvenes soñadores de ayer, en contacto con los italianos de Prima Linea y de los alemanes de la Fracción Ejército Rojo, a volar las sedes de diez sociedades europeas en 1984, a abatir al inspector general Audran, a fallar por poco al comandante general Blandin y al vicepresidente del CNPF (Consejo Nacional de la Patronal Francesa), y luego a matar al director general de la Renault, George Besse. Creerán más que nunca en un mundo más justo en el que el hombre dejará de ser explotado. La lucha armada sigue siendo su panacea para dar a luz al mejor de los comunismos. Sin embargo, su uso del fórceps pone en peligro tanto al bebé como a la sociedad-madre. Y Lucio hace mucho tiempo que ha elegido la paleta de albañil en vez de los revólveres y el TNT.

Enero de 1982. Le confiesa sus problemas a «Mateo», gran figura del sindicalismo de América latina que ya había venido a Europa para luchar contra Franco y que después de la guerra civil fue el primer libertario que instaló una imprenta clandestina en la España fascista. Volvió al otro lado del Atlántico y se dio a conocer como secretario cultural de la Central Obrera Boliviana (COB) haciendo representar obras teatrales hasta en el fondo de las minas, antes de verse forzado al exilio por un golpe de Estado fallido. Alojado misérrimamente en la calle del Château, luego en la Contrescarpe y por fin en la calle Harpe, con el estómago vacío, sin un céntimo, el gobierno socialista de Mauroy le consulta a

menudo sobre los asuntos de América del Sur. Él ha forjado la opinión de Lucio sobre la traición de Fidel Castro hacia el Che.

Juntos, con el apoyo de algunos activistas, planean un proyecto que no tiene nada de quimérico: raptar en La Paz, Bolivia, al torturador nazi Klaus Barbie. Los compañeros de la COB le han confirmado que cada día toma un café en el mismo bar. Todo está preparado, han establecido los contactos y han comprado los billetes de avión. Sólo el atentado de la calle Rosiers, el 9 de agosto de 1982, con el que ninguno de ellos tiene nada que ver, pero que provoca la detención de dos conjurados, les hará anular la operación.³²

—Sólo hay un hombre en Francia que pueda hacer algo por tu situación —dice Mateo a su amigo Lucio—. Se llama Louis Joinet, y es el asesor jurídico del primer ministro. Defiende a los que luchan contra las dictaduras. Él me ha salvado la vida, con Amnistía Internacional. No sé si podrá hacer algo por ti, ni si querrá, pero por lo menos te escuchará.

Mateo contacta con Louis Joinet, que ya es experto de la OCDE, del Consejo de Europa y de la ONU. La opinión pública le conoce sobre todo como fundador del sindicato de la magistratura, llamado por sus enemigos «el sindicato rojo».³³

32 Se trata de Jean-Marc Rouillan y de Régis Schleicher, de Acción Directa, entonces en plena «tregua de buena voluntad» y antes de caer en picado. Cabe preguntarse si su destino no habría cambiado con esta expedición.

33 Después de ser sucesivamente consejero de Mauroy, de Rocard y de Fabius, Louis Joinet es hoy primer abogado general en el Tribunal de Casación, lo que le convierte en el segundo magistrado de Francia.

Martes 26 de enero, 7,45 de la mañana. Es el día en que Francine Caron notifica su orden de reenvío. La primera cita delante del Escorial, en la esquina del bulevar Raspad y la calle Bac, con *Le Canard enchainé* bajo el brazo, fracasa: Lucio no se siente tranquilo y no espera más de unos minutos.

Domingo 30 de enero, 11 de la mañana. Los dos hombres se han dado una segunda cita: en casa de Louis Joinet. Le recibe Germaine, su esposa, una estatuilla viva de acero templado, de sonrisa turbadora y voz ronca, médico especializada en la rehabilitación de los toxicómanos más recalcitrantes, una mujer toda pasión y emoción. Louis Joinet no está: una urgencia le ha llamado a Matignon. Su vida, la vida de los dos, es una urgencia en la que se entrechocan casos sociales y golpes inextricables, cuestiones de vida o de muerte en cada ocasión. Louis Joinet es un gran servidor del Estado, pero nunca ha pensado en servir a un Estado que no esté a su vez al servicio del hombre. Ella le localiza en su despacho. Lucio sólo tiene que ir a verle a Matignon. El visitante empieza a balbucir. Está sudando a mares. Germaine vuelve al teléfono.

—El señor no puede ir ahí —dice—. Se encuentra muy mal.

—Voy en seguida —responde el magistrado.

Unos minutos después entra un hombre de buena estatura, pelo castaño y ojos verdes que centellean tras las gafas. Sirve el aperitivo con una atención afable.

—¿Y bien, cómo está el amigo Mateo? ¿Y a usted, qué le trae por aquí? —pregunta jovialmente.

Lucio intenta explicarle que le espera la prisión, que tres jueces le acechan, o mejor dicho cinco, pero dos van mal encaminados. Le acusan de fabricar pasaportes españoles, documentos de identidad españoles, permisos de conducir españoles. Y también carnés italianos, franceses y belgas. Y cheques de viaje. A cada frase, el señor asesor se hunde un poco más en su sillón, como si prefiriera no estar allí, no oír nada, no haber venido. Nadie ha tocado el aperitivo. Lucio añade, por escrúpulo, que acaba de pasar ante el Tribunal de la Audiencia, pero lo han absuelto, eso sí. Joinet, estupefacto, observa de reojo si el sujeto no manifiesta señales de demencia demasiado alarmantes. Si es un agente provocador, no se anda por las ramas.

—¿Quién es su abogado? —pregunta con el mayor tacto posible.

—Es Thierry Fagart...

—Muy bien, ahora váyase usted —dice Joinet con una determinación glacial—. No puedo verle más y no le he visto nunca. Sólo quiero hablar con su abogado. Es su oficio.

Se dirige a Germaine:

—Vigila por la ventana. Seguramente le siguen. ¡De otro modo, no es posible!

Atenta, Germaine pasa media hora espiando los rincones de la calle. Los dos hombres no volverán a verse hasta el final de los acontecimientos.

13 de mayo de 1982. El caso de los pasaportes falsos llega a la sala número 13 del Tribunal de Apelación. Temiendo que le arresten en la sala, Lucio no se presenta. Es condenado en rebeldía a trece meses de prisión firme. Inmediatamente se dicta una orden de arresto. Desde entonces, la policía puede detenerle en cualquier momento. La perspectiva del próximo juicio, el de los cheques, le obnubila hasta tal punto que ni siquiera se molesta en esconderse. Se mueve por el edificio de Paco Rabanne como si no pasara nada, algo tenso, pero convencido, en el fondo, de que le salvará un milagro en el último momento, aunque el asunto no está tan claro, a menos que haya un terremoto o un incendio en el Palacio de Justicia. Mientras tanto, el tráfico de los falsos cheques de viaje continúa. La vista llamada de fijación tiene lugar el 17 de junio. Dura diez minutos: el caso se verá en el otoño.

15 de julio. Es citado en la gendarmería de Clichy, y decide acudir. Le arrestan inmediatamente. En cuanto le avisan, el abogado se opone a los trece meses de prisión que le esperan. Lucio se presenta ante el juez, que fija para el 7 de octubre el reexamen sobre el asunto. El 22 de julio vuelve a quedar en libertad.

Mientras, el abogado Fagart ha podido explicar al magistrado Joinet la personalidad de su cliente y el sentido del combate que lleva a cabo desde su juventud. El magistrado sólo le ha hecho una pregunta, pero insistente: ¿por qué este hombre desea poner fin a sus actividades ilegales? ¿Por la misma razón que un malhechor ordinario, porque se siente acosado y en el final del camino? ¿O porque tiene conciencia de los cambios

políticos y no quiere batirse contra los progresos de la democracia? La respuesta del abogado convence al asesor presidencial y apasionado del hombre, que desde entonces decide implicarse: el autor de las falsificaciones en cuestión ha servido a numerosas causas: ha ayudado en Bolivia a Mateo, y ese amigo fiel le avala, y a otros movimientos en toda la América latina.

7 de octubre de 1982, Lucio comparece por fin en carne y hueso, y sin esposas, ante el tribunal por los papeles falsos. Su firmeza termina por impacientarlo al presidente:

—Pero señor Urtubia, ¿no tiene remordimientos? —exclama.

—No, señor presidente, no tengo remordimientos.

—Pero señor Urtubia, ¿significa eso que, si tuviera que volver a hacerlo, lo haría?

—¡Naturalmente! Es mi deber de hombre.

—Muy bien. El tribunal ha comprendido el sentido de sus motivaciones. Ha tenido en cuenta su franqueza. No le devuelve a la prisión, pero no se haga ilusiones. Si reincide, volverá.

Es un regalo por parte de los magistrados. La condena con la pena en suspenso es dura, pero por lo menos se va sin un solo día suplementario que cumplir.

Mientras, se acerca la prueba más temida. Por lo que Lucio

ha oído, los representantes del banco estadounidense son intransigentes. Quieren un castigo ejemplar y reclaman millones de dólares. Su militantismo culpable ha sido doloroso para ellos. Los periódicos se hacen eco de un aviso de alerta difundido por la dirección de Citibank: una circular enviada a las sucursales de todo el mundo anuncia que ya no cubre los cheques falsos. De un día para otro, ningún establecimiento del planeta acepta los *travellers*. No hay modo de cambiar más de diez dólares a la vez. Del Polo Norte a Tierra de Fuego, de Tuamotú a Tananarive, centenares de miles de turistas se encuentran en apuros, furiosos con ese banco al que han confiado sus dólares contantes y sonantes a cambio de unos cupones de papel que ya no son negociables. La imagen del prestigioso First National City Bank se empaña. Su crédito está en tela de juicio. La cotización se tambalea. Hay que recurrir a las reservas. Si algo no pone fin rápidamente a esta situación malsana, podrían surgir grandes problemas. ¿Y por qué? Por culpa, informan en Nueva York los enviados a París, de un oscuro trabajador español emigrado que ni siquiera es uno de esos grandes bandidos que acaparan la atención de los grandes medios de comunicación. La bancarrota toma un cariz que casi se diría vejatorio.

Visto por Lucio y su defensor, el caso no se presenta mucho mejor: en la hipótesis de que el tribunal se mostrara benévolo, al maestro de obras de Paco Rabanne le esperan cinco años, porque los cheques falsos no han dejado nunca de aparecer. Única esperanza en las tinieblas: los estadounidenses han elegido al abogado Yves Baudelot para que les represente. Baudelot, Joinet y Fagart se conocen desde hace años y se

aprecian. ¿Por qué no sentarse alrededor de una mesa antes de matarse mutuamente?

La posición de los denunciantes parece de entrada irreconciliable con la de la parte contraria. El mayor banco del mundo burlado por un falsificador: no hay nada que discutir.

—Lo comprendo —observa Fagart—. Sin embargo, lo que os interesa sobre todo es que se detenga la fabricación de falsos cheques, ¿no? Bueno, pues aunque mi cliente sea encerrado de por vida, proseguiré. No se trata de una banda de pequeños malhechores, no lo olvidemos, sino de una organización política, y aunque es Urtubia quien tira ahora de los hilos, todo proseguirá en su ausencia.

El mensaje es recibido. La orgullosa América pide tiempo para reflexionar.

Mediados de octubre. La sala está llena de compañeros en ocasión de la segunda sesión de la vista, en el curso de la cual las dos partes se declaran de acuerdo para pedir una reconsideración del caso.

La sesión se levanta en medio de la satisfacción general. Dos tipos grandes y rubios, muy elegantes, de tipo nórdico, según le parece, se acercan a él y le estrechan calurosamente la mano.

—¡Lucio! —dicen—. ¿Qué tal?

—Muy bien —replica sin saber de quién se trata.

A la salida del palacio, al pie de la gran escalera donde le ha citado, Fagart se hace esperar. Al cabo de una hora, Lucio empieza a inquietarse. Por fin llega, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa.

—Esos hombres que te han saludado, ¿has adivinado quiénes son?

—No —responde Lucio.

—Son del FNCB. Quieren negociar.

Pero Lucio se revuelve.

—¿Negociar qué? Con las sumas que reclama el banco...

—Sí, pero a ellos también les ha costado una suma colosal...

¿Cuánto? No es fácil saberlo con precisión, porque Lucio tenía la fastidiosa costumbre de contar los dólares a peso. Pero podemos hacernos una idea. Siempre ha hablado de una fabricación de ciento cincuenta kilos, es decir, ocho mil hojas de veinticinco billetes de cien dólares cada uno. Una sola hoja vale dos mil quinientos dólares; el total, contando el dólar a seis francos, sería de ciento veinte millones de francos, más de dos mil millones de pesetas.

—No, no. ¡No me rindo! —dice, terco—. No voy a entregar las armas en esas condiciones. Además, no estoy solo. Los demás tendrían que estar de acuerdo.

Algo más tarde, añade:

—¿Y si pidiéramos al banco una cláusula nueva, por compensación? Puedo hablar con los compañeros...

Fagart, Baudelot, Baudelot, Joinet, Fagart: las modalidades del eventual acuerdo son tratadas en todos los sentidos. No sólo se trata de conciliar puntos de vista opuestos, la justicia francesa también está implicada. ¿Cómo presentarle el caso sin provocar su crispación, sin ponerla en contra de una solución política, preferible a la represión «pura y dura»? Se trata de un ejercicio de malabarismo de altura. Al menos, todos están de acuerdo en evitar la menor filtración.

Un acuerdo amistoso no es como para discutirlo en la plaza pública.

Y es precisamente un discreto agente de primerísima clase quien va a reunirse con Lucio en el gabinete del abogado Baudelot, en presencia de Thierry Fagart.

Bigotillo al estilo del mayor Thompson, terno de franela gris, paraguas *smart* colgado del brazo, sólo le falta el bombín: se trata del director del servicio de seguridad del Citicorp Citibank, Geoffrey Heggart, ex miembro de Scotland Yard. Por un lado, el representante del mayor banco del mundo, abrigado por el muro del dinero y protegido por la omnipotencia de la ley y el orden, y perfumado además por los servicios prestados a su Graciosa Majestad y por el misterio suplementario de haber llegado a un puesto tan alto en Estados Unidos, la más robusta ciudadela del dios dólar.

Enfrente, un solador que se fue de casa descalzo, o casi. La entrevista no puede empezar bien:

—Espero que se dé usted cuenta, señor Urtubia —dice—, de que se trata de un acto criminal...

No tiene tiempo de proseguir. Las flemáticas frases del señor director, con su exquisito acento británico, son interrumpidas por la carga de un Urtubia presa de la furia sagrada de los toros de los Sanfermines.

—¿Y usted, se da cuenta de para quién trabaja? La banca es un robo organizado! ¡Internacional! ¡Los criminales son ustedes! Y no parece que usted se dé cuenta de eso.

Nada puede detener al navarro, que quiere hacerse comprender:

—Pero, señor Heggart —ruge con un acento que aumenta con la cólera—, ¿usted sabe qué son los bancos americanos? Usted tiene el aspecto de un hombre honrado, pero ¿quién hace las dictaduras de América del Sur? Los bancos americanos. ¿Quién hace ejecutar a la gente sin juicio previo? ¿Quién tortura? ¡Los bancos americanos! Nosotros sólo intentamos restablecer un poco el equilibrio. ¡No somos criminales!

Y luego, *El Zorro* añade:

—No usted, señor Heggart, evidentemente. No usted. ¡Pero sí la institución! ¡La banca! ¡Lo hacemos por eso!

—Hum, hum... —intenta intervenir el gran agente de los criminales de banca, sin abandonar su cortesía.

No obstante, el ataque frontal ha tenido su efecto: Geoffrey Heggart brindará un *shake hand* de la urbanidad más ejemplar al criminal ibérico al que habría estado encantado de hacer colgar un rato antes.

Unos días después, los dos abogados y Geoffrey Heggart terminan de sopesar todos los términos del intercambio.

—Pero aún quedan cheques por todas partes —concluye Fagart—. Mi cliente no lo controla todo a todos los niveles.

—Lo esencial es que le entregue las planchas y todo el *stock* restante —responde Heggart con una sonrisa fija de veterano de los comandos—. Comprendo que no puede detenerlo todo de golpe. Ya se sabe, no hay que exagerar.

Finales de octubre, una de la madrugada. Encerrado en un coche con Evelyn Mesquida, entonces presidenta de la prensa extranjera en Francia, Lucio graba en una casete lo que podría ser su testamento. En unas horas dará el gran paso. Va a despojarse de lo que hace su fuerza. Entonces será realmente vulnerable, y teme una trampa. Evelyn no está más tranquila que él: también ella está convencida de que sería un momento ideal para hacerle desaparecer. «A las ocho depositaré en la consigna de la estación de Austerlitz las bolsas que contienen las películas, las planchas y el resto del *stock* de cheques. Si me sucediera algo, hay que avisar a una persona del gobierno...»

Antes del amanecer, Lucio vacía sus escondites y, a la hora de mayor afluencia, cuando los trenes de cercanías vomitan ejércitos de sombras grises, sombra entre las sombras, deposita el contenido en la consigna de la estación de Austerlitz. Unos minutos después, aparece otra sombra para recuperar el cargamento y depositarlo en el portaequipajes de su coche. Es Thierry Fagart. Mucho menos entrenado que Lucio en la clandestinidad, se siente aún menos cómodo. Los embotellamientos de la calle Rivoli son un vía crucis. Los Campos Elíseos, su ascensión al Gólgota. La fábrica de millones le quema la espalda. Bastaría con que le detuvieran en ese momento: nada podría justificar la presencia de ese material en su coche. Por todas partes presente policías en las aceras, apenas tranquilizado por la idea de que Louis Joinet, al corriente de la operación, ha debido de prevenir a alguien para que le proteja; pero tampoco sabe muy bien quién: ¿una brigada especial, servicios secretos...?

Afortunadamente para el estado de sus coronarias, ignora que Louis Joinet, que lo sabe por experiencia, está obligado a no alertar a nadie en esa fase, si quiere evitar la menor indiscreción susceptible de malograr la operación. Sería un fracaso político.

Así que Thierry Fagart está completamente solo detrás de su volante, pero Lucio y él tratan con grandes deportistas que practican el *fair-play*. Le esperan en el hotel cercano a los Campos Elíseos donde han concertado la cita. Descargan las bolsas en un ascensor. Yves Baudelot está presente. Nada garantiza que eso sea todo, pero todos son conscientes de que,

en caso de traición de la confianza, las consecuencias serían graves. En este tipo de juegos las trampas no son de recibo.

Y hace el camino de vuelta en su coche cargado con un fardo mucho menos voluminoso: el saldo de todas las cuentas. Para pasar los gastos diversos y la gestión, para cubrir las indemnizaciones por fin de actividad y para pagar una vez más el impuesto de la solidaridad. Geoffrey Heggart se ha comportado hasta el final como un auténtico *gentleman*: por ejemplo, ha firmado los documentos como comprobante de que el trato ha tenido lugar.

La fecha del proceso definitivo se acerca. Mientras tanto, Lucio puede por fin cumplir el mejor de sus sueños: volver oficialmente a su país, por primera vez en veintiocho años. Un viejo amigo, Mario Onaindía, uno de los condenados a muerte por Franco en los juicios de Burgos, ha gestionado esta medida. El ministro del Interior se hace, según él, garante de su seguridad. Sin embargo, ese mismo ministro, por otra parte, favorece el florecimiento macabro de los GAL, esas brigadas de la muerte especializadas en el rapto, la tortura y el asesinato de los independentistas vascos, y Lucio no está tranquilo. Viaja con su hija. Anne no está: el destino —y la vida tumultuosa de Lucio— les han separado desde que Juliette tenía diez años. Desde entonces, Anne trabaja con Médicos del Mundo, lo que la llevará a pasar largas temporadas en Birmania, Mali y Haití. Juliette tiene doce años. En cuanto salen de París, él le pide que conserve un trozo de papel en el que ha escrito nombres y direcciones útiles en caso de que surjan problemas. La llegada a Bayona es explosiva: como una persona mayor, Juliette

piensa que ha sido muy inteligente al meterse el documento en el zapato.

—¡Es el primer sitio en que lo buscaría la Guardia civil!
—refunfuña Lucio, como si su hija, a su tierna edad, tuviera que conocer por vía natural todos los arcanos de la clandestinidad. Rica educación para una futura profesora de español, arpista, cuya voz tenía que cubrir con cantos a la Virgen el tío Alfonso, unos años antes, cuando, pasando las vacaciones en su casa de Pecotxeta, ella entonaba canciones anarquistas en los bares llenos de guardias civiles.

10 de marzo de 1983. Ha sonado la hora de la verdad en la sala número 12. Una verdad tamizada, es cierto, porque el banco que denunciaba haber sido robado y reclamaba millones en la instrucción renuncia a su demanda. El Estado se encuentra con que es el único que puede mostrar los dientes, pero justamente, el Estado no está de humor para morder demasiado fuerte. ¿Por qué un fiscal debería mostrarse más maximalista que la parte civil?

De ese modo, Lucio «sólo» recibe una pena de treinta meses de prisión, dieciocho de ellos con la condena en suspenso. Quedan doce meses de prisión firme, que son sólo seis porque ya ha cumplido otros seis.

No obstante, el tribunal no ordena su detención inmediata: puede marcharse en libertad. La justicia proseguirá su curso majestuoso. Los representantes del banco, siempre tan corteses, vienen a felicitarle cordialmente. Han tenido tiempo

de verificar que su falsificador ha cumplido la palabra y que el tráfico de cheques falsos ha disminuido considerablemente.

El resto no es más que la historia del propietario de una pequeña empresa, ciertamente algo particular. La idea nacida en la Santé de rehabilitar viejos edificios no ha cambiado mucho. En septiembre de 1983 crea la sociedad «Atelier 71», que emplea a todos los cuerpos del oficio de la construcción. Entonces recibe una prohibición de ejercer una profesión comercial, que será levantada tres años después. Aún más tarde, querrá poner la empresa en autogestión, pero los obreros no sabrán pasarse sin el ala protectora de un patrón. Sin duda, la decepción de su vida.

Sin embargo, el GAL le ha encontrado. Tenía razón al temer a sus esbirros.

Lluvia de cartas y de llamadas telefónicas amenazadoras. Visita a las cinco de la mañana de una especie de gorila que sin duda pretendía intimidarle y quizá secuestrarle; pero Lucio, guiado por su olfato, esperaba su visita. Ante la enorme porra que blandía el pequeño propietario como una maza, es el otro quien desaparece. Y otra curiosa visita, un domingo por la mañana, de falsos policías que afortunadamente no le encuentran, pero que asustan a Juliette. Como siempre, la suerte le ayuda. Terminan por desanimarse.

El 22 de noviembre de 1984, cita en la gendarmería. Es el último rebote de la historia de los *travellers*. Lucio acude. Con muchos miramientos, le informan de que dormirá seis meses

en Bois d'Arcy. Él se indigna, se agita, suplica. Son buena gente, aceptan que el sábado asegure la paga de sus obreros. A condición de que vuelva, palabra de honor, a inicios de semana. Thierry Fagart, avisado de inmediato, intenta obtener el régimen de semilibertad que le permitiría trabajar durante el día y pasar tras las rejas sólo las noches.

Luego, Fagart tiene una idea mejor. Va a ver al señor Garnier, el sustituto del fiscal encargado de meter a Lucio a la sombra. Le explica que su cliente no es un delincuente ordinario.

—Evidentemente, ante la ley, esos cheques de viaje eran un caso grave —alega—, pero no lo ha hecho en provecho propio. Y además tiene una empresa.

Es un auténtico trabajador. Nunca ha dejado de trabajar. Negarle la libertad condicional mandaría al paro a decenas de personas.

—¡Quiero ver al pájaro! —corta el sustituto.

Esa misma tarde, le recibe, consulta con severidad los puntos de acusación, le interroga sobre sus delitos, manifiesta una ruda desaprobación, le riñe, le hace enfadar:

—Muy bien. Usted tiene una empresa. Usted tiene obreros. En resumen, usted se cree responsable. ¿Y acaba de aumentarse el sueldo en dos mil francos?

—Sí, señor.

—Señor, es usted deshonesto. ¿Ha convocado una asamblea general para su aumento?

—¡No! De todos modos, yo soy quien trabaja catorce horas diarias. Yo he creado la empresa, aunque no sea oficialmente el gerente. ¡Y soy quien trabaja y da trabajo!

—Señor—le interrumpe el fiscal—, ¿qué hace si un delincuente que sale de la cárcel le pide trabajo?

—Si encuentro un buen solador o un buen enyesador, aunque salga de la cárcel, lo contrato. ¡Me da igual! ¡Aunque venga del paraíso!

El fiscal Garnier es un hombre recto y severo, pero también un humanista. La sinceridad de Lucio le ha conmovido. Como muchos otros magistrados antes que él, ha sido sensible a la fuerza de su convicción.

—Bueno, muy bien... Deme la dirección y los datos de su empresa —dice.

El fiscal se vuelve hacia Thierry Fagart:

—Abogado, hágame una instancia en seguida. A mano, para ir más deprisa.

Un cuarto de hora más tarde, Lucio se beneficia de una instancia de «suspensión de ejecución de la pena», con la opinión favorable del tribunal.

—Pero vaya a dar las gracias a los gendarmes, ¿de acuerdo...?

Recluido el 22 de noviembre, puesto en libertad el 22 de noviembre.

Durante las vacaciones siguientes, el sustituto Garnier le pide que contrate en prácticas a uno de sus hijos, de diecisiete años. El pobre chico se acordará de esas vacaciones. Se dormía en los camiones, pero aguantó.

El padre sigue en contacto con Lucio. Fue invitado a la primera exposición en el Espace Louise Michel, ese hermoso lugar que el hijo de Cascante construyó con sus propias manos para abrirlo a todos los que aman la cultura y el arte.

Al poco tiempo, todo va del mejor modo posible. Con grandes placeres: como restaurar la casa de la Liga de los Derechos del Hombre.

Y pequeñas contrariedades. En 1994, en la agenda de un militante de ETA encuentran su nombre inscrito, seguido de la mención T.A. Anne y él son arrestados inmediatamente y luego Anne es liberada.

—¿Por qué T.A.? —le preguntan los antiterroristas.

—¡Seguramente significa trabajo! —replica.

A mediodía, el comisario responsable de la investigación le expone la situación.

—¿Qué prefiere? ¿Venir a comer con nosotros o quedarse aquí? Si se queda, estamos obligados a meterle en una celda y a quitarle el cinturón y los cordones de los zapatos.

—Bueno, si como con ustedes, preferiría que no se supiera demasiado. Podría crearme problemas...

La réplica les hace reír. En el camino al restaurante, van relajados. Ya saben que Lucio no tiene nada que ver con ese incidente y que le van a soltar, pero queda un problema que les atormenta. Sentados a la mesa, el comisario lo suelta.

—Lucio, esa historia de los *travellers* falsos, dígame. ¿Cómo terminó?

—Señor comisario, ya se lo contaré cuando sea viejo...

No es que Lucio se sienta viejo, pero lo ha contado.

Una última escena, a la hora del crepúsculo, durante el último invierno. Lucio empezaba, en compañía de Isabelle Villemont, con quien había estado trabajando en este libro, a subir la escalinata Fernand Raynaud, construida sobre el modelo de las de Montmartre, que lleva de la tranquila calle Cascades, donde tantos fueron pasados a cuchillo en tiempos de la banda de Manda, el amante de Casque d'Or, a la calle del Ermitage, arriba.

A mitad de la subida, dos siluetas emboscadas con las manos hundidas en los bolsillos de cazadoras informes, la gorra de lana calada hasta las orejas, en una actitud que no ofrece

ninguna duda sobre sus intenciones. Isabelle volvería atrás, pero Lucio sigue subiendo con su poderosa marcha de metrónomo. Va a llegar a su altura. En dos miradas imperceptibles, ve con quién tiene que habérselas. Los bravucones aún le dominan por unos escalones.

—¡Buenas noches! ¿Qué tal? ¡Oye, con esa cosa que te has puesto en la cabeza no te habría reconocido! —grita Lucio al más grande.

—¡Ah, sí!

Mira fijamente al chico malo, que le sigue observando. Pasa. Les separa un metro. La joven se desliza. Lucio se gira.

—Sabes, tal como estás, se diría que vas a hacer algo feo. Me has dado miedo.

El gamberro más corpulento se rasca la cabeza bajo el gorro con perplejidad.

—¡Mentiroso! —dice a media voz—. No sé qué es lo que puede darte miedo a ti.

Cuando llegan arriba, Isabelle pregunta con una vocecita temblorosa:

—... ¿Les conocías?

Lucio ya piensa en otra cosa.

—¿Yo? En absoluto. ¡Pobres tipos! ¡Realmente son unos pobres tipos!

El viejo zorro no ha perdido los dientes. Si un nuevo Franco se ocultara, emboscado, habría que contar con él.